

KARIN LINDBERG

Verano en escocés



VERANO EN ESCOCÉS

PASIÓN EN EL LAGO NESS

LIBRO UNO



KARIN BALDVINSSON

Karin Lindberg 

KARIN LINDBERG

Verano
en
escocés

ÍNDICE

[Sobre el libro](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Epílogo](#)

[Receta](#)

[Gracias](#)

[Acerca del Autor](#)

[Para los bloggers](#)

Cover Depositphoto @ankmsn, @MArisa_, @A7880SCopyrightCopyright © Karin Lindberg 2024

Primera edición en español: Juli 2024

www.karinlindberg.info

[Facebook](#)

Karin Baldvinsson

Am Petersberg 6a

21407 Deutsch Evern, Alemania

Para no perderte ninguna novedad, suscríbete ahora a mi [boletín](#). Recibirás una sorpresa especial de mi parte como agradecimiento.



Todos los derechos reservados.

Cualquier uso o reproducción de este libro -incluso parcial-, así como la traducción de esta obra, sólo está permitido con el permiso escrito del autor. Las acciones y personas que aparecen en la novela son ficticias. Las similitudes con personas vivas o fallecidas son pura coincidencia y no pretenden serlo.

SOBRE EL LIBRO

Trabajo en la cuerda floja, recién separada y embarrancada en Escocia con una tienda de campaña en el maletero - Ellie ha tocado fondo. Cuando descubre una vieja casa para botes con las Highlands como telón de fondo maravilloso, esta mujer de Hamburgo sabe lo que le depara el futuro: alquilar el destartado local y hacer realidad su sueño de tener su propio restaurante. El único problema es el propietario, que no se muestra nada cooperativo. Ella decide infiltrarse en su casa como criada y convencer en secreto al antipático señor del castillo de sus habilidades culinarias.

Kenneth debe regresar a Escocia para deshacerse de su herencia no deseada. Esto es más difícil de lo que pensaba cuando descubre que su padre no sólo le ha dejado un castillo, un título nobiliario y un perro lobo irlandés mal educado, sino también cartas de su difunta madre. Para Kenneth comienza un doloroso viaje al pasado. Su único rayo de esperanza es la atractiva pero insistente turista Ellie, que llamativamente se cruza a menudo en su camino y aparece constantemente en lugares donde realmente no tiene nada que hacer ...

CAPÍTULO 1



"Dios mío", gimió Ellie, jadeando con fuerza. Agarró con más fuerza el volante mientras conducía su viejo Golf por la estrecha... bueno, carretera apenas podía llamarse así, ¡un eufemismo despiadado! - por la estrecha carretera. Entrecerró los ojos en la oscuridad, con los limpiaparabrisas raspando chirriantemente el parabrisas. Eran sólo las ocho, pero ya estaba completamente oscuro. Ni siquiera se veía el cielo porque los árboles eran tan altos y espesos a ambos lados de la carretera que aumentaban la oscuridad. Al parecer, el alumbrado público se consideraba innecesario en esta región, lo que no era de extrañar cuando las carreteras ni siquiera estaban construidas con la anchura suficiente para dar cabida a dos vehículos uno al lado del otro. Se repetía a sí misma en su mente: "Mantente a la izquierda, mantente a la izquierda". Cuando era tan raro encontrar tráfico en sentido contrario, podía ser fatal si, sin pensarlo, se metía en el carril habitual de la derecha. Acababa de doblar otra curva muy cerrada cuando la parte trasera de su coche dio un volantazo sobre el asfalto resbaladizo.

"Maldita sea", refunfuñó Ellie, e inmediatamente después profirió unas cuantas maldiciones más, hasta que por fin volvió a tener el control del Golf. Redujo la velocidad, a pesar de que hacía tiempo que se arrastraba más que conducía. No importaba, lo importante era llegar y poder acampar.

¡Campamento! Era una broma. ¿A qué idiota se le ocurrió acampar en Escocia en mayo?

Oh sí, es cierto, había sido Alexander.

Había, esa es la palabra clave. Él no había venido, ella tendría que montar la tienda sola. Bajo la lluvia torrencial. Ahora sí que no podía ser peor. Estaba a punto de soltar otra maldición cuando el motor rugió y el coche aminoró la marcha. Ellie pisó el acelerador, pero no pasó nada. Se detuvo. En medio de la carretera. A oscuras. Sola.

Ni siquiera pudo gritar todas las palabras que tenía en los labios, tan disgustada estaba de que su coche tuviera que abandonar el fantasma justo ahora.

"Tiene que ser una broma", murmuró, golpeando el volante. "Vale, que no cunda el pánico", se dijo, giró la llave en el contacto y quiso volver a arrancar el motor. Después de todo, algunos problemas se resolvían solos. Probablemente se trataba de un fallo de encendido o algo así. El coche había pasado revisiones periódicas y, justo antes del gran viaje, lo había llevado todo al taller. Era imposible que se hubiera averiado ahora. No podía ser.

Contuvo la respiración, pero no pasó nada.

Ellie gritó la palabra con "F" en la oscuridad y cogió su smartphone para buscar dónde se encontraba según Google Maps (no tenía navegador por satélite).

"No hay cobertura. Genial". Gimió y permaneció inmóvil al volante.

No llores ahora, pensó, pero ya notaba el ardor en los ojos.

El hecho de que ahora estuviera tumbada era el colmo, y ella había pensado que no podía ir a peor.

Bueno, pensamiento equivocado.

Ellie tragó saliva y trató de apartar las lágrimas. Ni siquiera podía pedir ayuda sin cobertura telefónica, tendría que esperar aquí hasta que viniera alguien... y pararse por si acaso.

¿Cómo pudo tener la estúpida idea de irse de vacaciones sola?

Ya sabes por qué, dijo una vocecita en su cabeza.

"Sí, de acuerdo", refunfuñó, recordando el drama que se había desarrollado antes de que ella se marchara y que también había sido rematado por la revelación de Alexander.

Ellie estaba repasando el plan de menús para las próximas semanas con su colega Sabine cuando las puertas se abrieron de golpe y se produjo una redada en el restaurante y las oficinas. Se sintió como en una mala novela policíaca cuando los agentes uniformados -oficiales armados- irrumpieron en la cocina y en las salas del restaurante. La acusación era blanqueo de dinero, habían "pedido" a su jefe que viniera, nadie podía tocar un tenedor y mucho menos llevarse documentos de la empresa. Todo fue confiscado y el restaurante quedó cerrado hasta nuevo aviso.

Después de que los agentes comprobaran que en realidad cada uno sólo se había llevado sus pertenencias, los escoltaron hasta el exterior y el "Kopernikus" fue precintado. En aquel momento, había pensado que todo era una broma de mal gusto, que aquel tipo rubio estaba a punto de doblar la esquina y gritar "¡¿Estás de broma?!". Por desgracia, había sido la realidad y cualquier cosa menos una broma.

"¿Qué vamos a hacer ahora?", le había preguntado a Sabine cuando por fin se encontraron en la acera.

"Te vas de vacaciones como habías planeado, por supuesto, para cuando vuelvas este lío estará aclarado", le devolvió no muy convencida su amiga y colega.

"¿Tú crees?"

Le puso una mano en el hombro. "Absolutamente. Estás listo para unas vacaciones de cualquier manera, ¿qué vas a hacer aquí? Ve a descansar como planeaste, te mantendré informada". Se acercó un poco más y habló más bajo. "Si me preguntas, estás desperdiciando tus talentos aquí de todos modos".

Ellie se llevó una mano a la frente, tras la cual se extendía un fuerte dolor de cabeza. "No empieces otra vez".

"Bueno, entonces no lo haré... ya sabes lo que voy a decir de todos modos". Sabine la miró con insistencia, incluso ella, la imperturbable, se había puesto pálida tras el asalto.

"Lo sé", dijo Ellie. "Primero necesito algo de espacio y paz para pensar. Luego echaré un vistazo a los anuncios de trabajo... Quizá tenga que hacerlo ahora de todos modos... ¿Y si...?".

Sabine levantó la mano y la interrumpió: "Déjate de ese juego de 'y si...', ahora no va a ninguna parte. Honestamente, te llamaré y te haré saber las noticias si las hay".

"¿De verdad lo crees?"

"Sí, por supuesto. Lo has reservado y pagado todo, ¿verdad? Necesitas descansar todo lo que puedas, es un trabajo agotador, y para ser honesta, te ves muy preparada para las vacaciones".

"Puedes repetirlo. Ahora mismo estoy que me salgo, no recuerdo la última vez que dormí más de cuatro horas y media seguidas."

"Bueno, eso es obvio".

Ellie hizo lo que era mejor en una situación así. Se rió. Se rió a carcajadas hasta que se le saltaron las lágrimas. "Es tan absurdo", dijo en un momento dado.

"Ya está. ¿Vamos a tomar otra copa?", sugirió Sabine. "¿Ahora que estamos fuera del trabajo?"

"No creo que el alcohol sea la solución".

"Ciertamente no, pero un trago no lo hizo peor".

"Otra vez tienes razón. Aun así, creo que será mejor que me vaya a casa, así podré hacer las maletas en paz y dormir de verdad unas horas, así estaré descansada para el viaje. Sabes que me mareo muy fácilmente. Ya estoy temiendo la travesía en ferry".

"¿Por qué no vuelas entonces? Seguro que es más barato, ¿no?"

"Sí, pero entonces no tenemos coche, los coches de alquiler son caros, y además queremos ver un poco. Si no, nunca llegaríamos tan lejos como al pueblo de Highlands".

"¿Por qué necesariamente las Tierras Altas? ¿Tienes alguna inclinación romántica y no me he dado cuenta?"

Ellie gruñó. "Algo así. No. Alexander lleva años insistiéndome en que quiero visitar algunas destilerías para aprender más sobre el buen whisky. En realidad, habría preferido unas vacaciones en la playa. Simplemente tostarme al sol y disfrutar sin hacer nada".

"Oh, no", gimió Sabine. "¿Así que ahora tienes que hacer de taxi para él? Ni siquiera te gusta el whisky".

Ellie levantó los hombros. "No hacemos este tipo de cosas todos los días", respondió, sin sospechar aún que Alexander no haría el viaje con ella.

Ellie suspiró, recordando el desastre que siguió a la redada. Como siempre, cuando pensaba en Alexander en las últimas veinticuatro horas, se le cortaba la respiración por el dolor de su traición. Le ardían los pulmones, ¿o era el corazón?

Sacudió la cabeza ante lo absurdo de su vida. Trabajo perdido. Novio desaparecido. Coche averiado.

¿Qué ocurrió después? ¿Se cayó un árbol y los enterró bajo la chapa?

Se rió histéricamente y luego notó que le corrían lágrimas por las mejillas.

"Mierda".

A algunas personas les resulta más fácil que a otras dejar ir y empezar de nuevo. A Ellie nunca se le habían dado bien las despedidas. Respiró hondo varias veces e intentó hacerse dueña de su situación emocional cuando, de repente, unos faros parpadearon en el retrovisor.

Inmediatamente saltó del coche, se paró en medio de la carretera y agitó ambos brazos. La persona tenía que entender que necesitaba ayuda. Sólo faltaba que el conductor pensara que estaba loca, la esquivara, atravesara un charco profundo y la salpicara de arriba abajo con agua turbia. La preocupación estaba justificada, teniendo en cuenta la racha de mala suerte que estaba teniendo en ese momento. Afortunadamente, el Land Rover redujo la velocidad y se detuvo delante de ella. Los faros la cegaron, no pudo distinguir si era un hombre o una mujer quien iba al volante.

Esperemos que no sea un asesino en serie pervertido, pensó, y se dio cuenta de que ya estaba completamente empapada por la lluvia después de sólo unos segundos. La blusa se le pegaba a la parte superior del cuerpo y el pelo a la cara, hacía un frío que pelaba. Pero ya no importaba, volvería a secarse, al fin y al cabo, no estaba hecha de azúcar.

La puerta del conductor se abrió, y desde dentro oyó un ladrido profundo y retumbante.

"¿Te has vuelto loca?", le atronó una voz oscura casi simultáneamente. Hablaba con una R rodante, su tono áspero. Así que tenía que ser de la zona. "¿Tienes ganas de morir o por qué estás

de pie en medio de la calle por la noche?".

Ellie boqueó como un pez fuera del agua, aunque su estado era todo menos seco. "Bueno, escucha. Necesito ayuda", dijo finalmente. "Mi coche... se ha averiado".

El tipo antipático se acercó a ella -su coche seguía en marcha, los faros seguían siendo terriblemente cegadores, así que no pudo distinguir nada, salvo su silueta-. Pero la silueta decía lo suficiente, era alto, muy alto, alrededor de uno noventa, tenía los hombros anchos -lo que también podía deberse a la chaqueta, pero ella no lo creía- y avanzaba hacia ella con pasos largos y dinámicos. Todavía no podía ser viejo, eso era bueno, así que sin duda era capaz de ayudarla. Ellie tragó saliva y el corazón se le subió a la garganta. Sus duras palabras no habían errado el tiro, se sintió literalmente como un ciervo en los faros al encontrarse con el lobo feroz.

"¿Qué pasa?", le ladró y se detuvo frente a ella. En aquellas difíciles condiciones de iluminación, sus ojos parecían casi negros, tenía el pelo oscuro, igual de húmedo que el de ella al cabo de unos segundos, y le colgaba plano sobre la cabeza. Ellie parpadeó y aspiró. "No sé, el coche se paró de repente. Y tampoco tengo red en el teléfono, así que no pude pedir ayuda".

"¿Y qué quieres de mí ahora?"

¿Qué quería de él? El tipo era imposible. El nudo en su estómago creció aún más.

Frunció el ceño y se apartó un mechón mojado de la cara. "Quizá podrías llevarme a la próxima ciudad y dejarme en algún sitio donde pueda hacer una llamada y llamar a la asistencia en carretera".

"¿Quieres que te lleve?"

Dios, ¿era este tipo retrasado o simplemente lento de entendederas? "Sí, eso estaría muy bien, si no te supone un inconveniente", se las arregló para añadir con una sonrisa amistosa.

No dejaría que un paleta como ese la molestara. No otra vez.

"Déjame ver, tal vez sea sólo una cosita". La empujó y se sentó en el asiento del conductor.

La boca de Ellie se abrió y volvió a cerrarse, luego le siguió. Giró la llave y no pasó nada.

Genial, podría habérselo dicho al tipo enseguida.

—¿Y bien? —preguntó, cruzando los brazos delante del pecho y reprimiendo una sonrisa sarcástica.

—Eres toda una novata.

—¿Perdón?

—Se ha quedado sin gasolina. ¡Avería, una mierda!

A Ellie le temblaron las rodillas. "Oh, Dios", pensó.

El hombre sacó las llaves, se bajó y se las entregó, diciendo:

—No muy lista, diría yo.

—Bueno, escucha, le puede pasar a cualquiera, ¿no?

No podía creer lo grosero que era. Ella empezó a defenderse, queriendo decir que había perdido su trabajo y luego a su novio, pero él se fue dando pisotones hacia su todoterreno otra vez.

—Oye, ¿me vas a dejar aquí? —preguntó Ellie.

Por un segundo dudó, luego se volvió.

—A mi perro no le gustan mucho los extraños.

Y probablemente a ti tampoco, quiso añadir Ellie, pero estaba demasiado perpleja como para decir algo.

Como ella no se movía, él le gritó:

—Ahora muévete, ¿o quieres que me empape hasta los pantalones hasta que por fin te pongas en marcha?

—Vaya —murmuró Ellie. Esperaba que el resto de la gente de la zona fuera un poco más amable que él—. Sí, enseguida voy, tengo que sacar algo del maletero. Dime, ¿por casualidad no tendrás una linterna en el coche?

El hombre respondió con un gruñido bajo, desapareció brevemente y luego regresó con una luz LED negra.

—¿Para qué la necesitas? —preguntó él.

—¿Puedes echarme una mano? —dijo Ellie.

—Me temo que no creo que aceptes un no por respuesta. —Su tono sonaba tan seco que Ellie tuvo que sonreír contra su voluntad. Tal vez estos escoceses tenían un extraño sentido del humor. Sí, tenía que ser eso. Seguramente no había querido decir todo lo que le había espetado. Probablemente se lo había tomado a mal debido a su estado emocional, ¿quién podía culparla!

—¿Puedes hacerlo rápido? —sonó su oscura voz detrás de ella mientras forcejeaba con el portón trasero.

—Disculpe, a veces se pega un poco —respondió Ellie, mientras trataba de abrir el maletero.

—M-mh" —continuó y se iluminó obedientemente.

Por fin se abrió el maletero y buscó su mochila con el portátil y el bolso, no iba a dejar allí los objetos de valor, en la oscuridad y la soledad.

—¿Son cuchillos? —preguntó el hombre de repente.

—Sí.

—Dios mío, ¿eres acaso una asesina en serie en busca de una nueva víctima?

Ellie no pudo evitarlo, resopló:

—Es curioso, por un momento he pensado lo mismo de ti.

Cogió su mochila, cerró el maletero y cerró el coche. Más vale prevenir que curar. Y se guardó para sí la explicación de por qué los cuchillos estaban en el maletero: ningún cocinero que se precie cocinaría en ningún sitio sin su propio juego de cuchillos, y como en ese momento ya no los necesitaban en "Kopernikus"...

—Estaría preparada —añadió, apartando los pensamientos sobre el desastre de su vida.

Él —cualquiera que fuera su nombre— respiró audiblemente en la oscuridad, luego se dirigió hacia el lado del conductor y subió.

—Muy bonito —refunfuñó y le siguió, agradecida de poder al menos escapar de la lluvia y buscar ayuda... O gasolina. Con suerte, en el siguiente pueblo habría una gasolinera.

—¿Dónde estamos? —preguntó por encima de los ensordecedores ladridos.

—No hablas en serio, ¿verdad? —dijo él.

—Para ser sincera, mi teléfono me ha fallado hace un rato, pero no hay tantas carreteras por aquí.

—¿A dónde vas? —preguntó el hombre.

—Kiltarff —respondió ella, temblando de frío—. ¿Podría subir un poco la calefacción? Estúpidamente, se había acordado de su mochila, pero no de su chaqueta. Era culpa suya si ahora cogía frío o se moría. Muerte quizá no inmediata... Sí, era propensa a exagerar.

—Tienes suerte, pensé que estarías de camino a Roma —dijo él.

—Ja, ja, muy gracioso.

—No bromeo. —Su respuesta fue tan seca que ella se detuvo. Incluso el perro finalmente se rindió.

“Extraño pájaro”, pensó, y durante las siguientes vueltas ambos permanecieron en silencio, ni siquiera sonaba la radio. Sin embargo, no se le escapó que su salvador olía bien. Olía muy bien. Su aftershave picante le llegó a la nariz, y la nostalgia la asaltó. Ya no tenía un hombro fuerte en

el que apoyarse.

Tampoco quería apoyarse más en Alexander. No podía molestarse con él. ¡Qué gilipollas!

—¿Pasa algo? —le dijo él con una voz oscura.

—¿Qué?

—Bueno, estabas suspirando tan teatralmente hace un momento, que pensé que sería mejor preguntar antes de que tengas un ataque de nervios aquí. Conseguir un poco de gasolina no es gran cosa, ¿verdad?

—Si eso fuera todo... —respondió ella, cabizbaja.

—Al fin y al cabo, ya casi has llegado a tu destino, quizá vayas directamente a tu pensión y mañana resuelvas lo del coche.

—Ojalá. —Él no tenía ni idea de que su casa de huéspedes era una tienda para dos personas.

—Así que aquí estamos. —Giraron a la izquierda y él paró el coche delante de una gasolinera. No hizo ningún movimiento para salir. Por supuesto que no lo hizo.

—Sí. Gracias. ¿Cómo puedo agradecértelo? —Rebuscó en su mochila en busca de su billetera.

—Déjalo así, está bien —dijo él.

—¿Puedo al menos invitarte a un café? Estaré en la zona unos días.

—No.

Cuando él no añadió nada más, ella balbuceó:

—Sí, eh, bueno, gracias y... Que pases buena noche.

—M-mh —se limitó a refunfuñar él, tamborileando impaciente sobre el volante.

Temblando, salió del coche, se apresuró a entrar en la tienda y miró a su alrededor en busca de bidones. No se trataba sólo de una gasolinera, era evidentemente un lugar de encuentro "todo en uno": supermercado, oficina de correos, tienda de recuerdos y gasolinera. El centro de su lugar de vacaciones. Aleluya. Detrás de la caja registradora estaba sentada una señora canosa que se había metido las gafas en el pelo y la miraba con ojos llorosos.

—¿Puedo hacer algo por usted, jovencita? —Su acento era muy pronunciado, algo a lo que Ellie tenía que acostumbrarse.

—Sí, gracias. ¿Por casualidad tiene algún bote? Mi coche se averió —dijo Ellie.

—Canister, no lo sé.

—Um, vale.

—¿Necesitas un remolque?

—En realidad, sólo necesito gasolina.

—Espera, llamaré a Stuart, tiene un camión tan grande que hasta puede transportar furgonetas en él.

—Muchas gracias, pero en realidad sólo necesito un ka... —No pudo decir nada más, pues la señora ya tenía el teléfono en la oreja y hablaba por él. Ellie no entendió nada, pero tampoco se atrevió a intervenir. Un suspiro después, la mujer la miró con una sonrisa a la que le faltaban varios dientes.

—Stuart irá enseguida —dijo.

Ellie exhaló.

—Gracias.

Al parecer, los escoceses en general eran bastante... Complicados. Debería haberse saltado las vacaciones y haberse reservado un viaje de última hora a las Islas Baleares después de echar a Alexander del coche.

Alexander. Sólo pensar en él la calentaba por dentro y le hacía olvidar el frío. Con rabia, por

desgracia, no por comodidad.

Hacía tiempo que su relación iba mal, sí, había sido difícil en los últimos meses, todo el trabajo le había puesto los nervios de punta. *No era culpa suya* que él se hubiera dejado calentar en la cama de otra.

Ayer por la mañana habían subido alegremente al coche —todo lo alegre que se puede estar cuando el empresario acaba de tener que cerrar temporalmente el negocio por blanqueo de dinero — y habían emprendido sus esperadas vacaciones. Acampar, porque era más barato y se podía disfrutar más de la naturaleza. Así es como Alexander había intentado hacérselo apetecible, y como ella no había tenido ganas de discutirlo, había accedido.

Ellie conducía y Alexander se acomodó en el asiento del copiloto. Luego, en algún lugar entre Osnabrück y Ámsterdam, empezó a sacudirse.

—Oye, Ellie, tengo que decirte algo.

Ella pensaba que tal vez él había estropeado accidentalmente su jersey de lana favorito durante el último lavado —no había podido encontrarlo durante semanas—, pero, en lugar de eso, hizo estallar una bomba completamente distinta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, mirándole brevemente.

—Yo... —Se frotó la cara—. Yo... Tuve algo con una colega.

Ellie frenó tan bruscamente que ambos salieron despedidos hacia delante.

—¿Qué?

—¡Cuidado! ¿No ves que casi tenemos un accidente?

Inhaló bruscamente, puso las luces intermitentes y se metió en la siguiente plaza de aparcamiento.

Frenó con el chirrido de los neumáticos y se volvió hacia él cuando el coche se detuvo.

—Repítelo —le instó.

—Fue un error, sinceramente —dijo él.

Ella pensó que no podía creer lo que oía.

—¿En serio?

—Sí, de verdad. No la amo, sólo te amo a ti.

—¿Y cuánto tiempo lleva pasando esto?

—Pasó, Ellie. Ya está. Se acabó, Claudia ha sido trasladada a Frankfurt y quería decírtelo ahora para que podamos dejar esto atrás.

—Qué amable de tu parte. —Ella se quedó estupefacta. Le sirvió esta información como si fuera el desayuno en un agradable bistró a la vuelta de la esquina.

Alexander la miró con extrañeza, el tipo nunca había entendido el sarcasmo.

—Sólo pensé que deberías saberlo, has estado bastante difícil los últimos meses.

—¿Yo? —chilló ella.

—Ves, ahí vas de nuevo.

—Dame un respiro, querido. Tú eres el que me engañó aquí. ¿Cuánto tiempo estuvo pasando esto a mis espaldas? Supongo que no fue sólo un desliz.

Alexander apretó los dientes.

—Unas semanas. —Se miró las manos cruzadas sobre el regazo—. Siempre había roces en casa, y tú tampoco querías sexo, y...

—No me lo creo —gimió ella, sacudiendo la cabeza—. Y me lo dices ahora, de camino a nuestras vacaciones. ¿No podías haber esperado?

—Quería aclarar las cosas de una vez.

—Sí, así es como te lo imaginabas. Vamos a decirle a la mujer que el hombre ha estado

engrasando sus bollos en otro lugar, entonces todo estará bien de nuevo. No, querido, no es tan sencillo.

—Pero, Ellie...

—Ya para con el “pero Ellie” —gritó.

—Te lo dije porque quería ser justo.

Se rio amargamente.

—“Porque querías ser justo”, muy gracioso. Lo justo hubiera sido controlarte y no desahogarte en otro sitio. Justo habría sido decírmelo enseguida y no tenerte revolcándote alegremente entre las sábanas de otras durante varias semanas.

Estaba muy enfadada. Eso no era bueno. En un momento tendría una rabieta. Sintió que la ira aumentaba en su interior como la válvula de alivio de una olla a presión.

—Fuera —dijo en voz baja y miró hacia delante. Un camionero saltó de su cabina y orinó al lado de la carretera—. Genial, como si quisiera ver su salchichita ahora —murmuró, maravillada por lo absurdo del momento.

—Ellie, por favor. Hablemos de esto —dijo Alexander.

—¡He dicho fuera! ¡Que te vayas a la mierda! Saca tus cosas del maletero y lárgate.

—No puedes hablar en serio, Ellie. Nos vamos de vacaciones.

—Debes estar loco. ¡Como si fuera a ir de vacaciones contigo, o a cualquier sitio!

Alexander le puso una mano en la parte superior del brazo, ella se la sacudió y gritó:

—¡No me toques! Nunca más.

—No lo dices en serio. Entiendo que estés enfadada. A lo mejor sólo tienes hipoglucemia, mira, he traído un Mars. —Sacó una chocolatina del bolsillo de su chaqueta.

—Oye, ¿estás loco? Además, es un Snickers, ¡idiota!

—¿No quieres chocolate entonces?

—No. Ahora sal de mi coche. Ya.

—Ellie.

—Te juro qué si dices mi nombre una vez más y no te vas, no me controlaré.

Lo miró con rabia, con el corazón retumbando en sus oídos, tan fuerte que ya no era consciente de nada más, excepto de la sangre que corría.

¡No podía ser!

Primero lo del blanqueo de dinero.

Ahora Alexander, que le confesó que le había engañado.

Era como si un elefante le hubiera puesto el pie en el pecho. Ya no podía respirar.

—¡Ellie...!

Y entonces explotó. Ellie gritó las maldiciones más salvajes, le aporreó —no lo suficiente como para herirle, pero sí para hacerle huir— y finalmente consiguió hacerlo salir.

Ellie también lo hizo. Fue al maletero, buscó su mochila y la tiró, junto con una pequeña maleta de viaje, a un charco que había en la plaza de aparcamiento vacía junto a su coche.

—No puedes hacer eso —balbuceó él.

Ella respiró hondo y recuperó lentamente el sentido.

—Oh, sí. Sí que puedo. Y lo haré. ¿Por qué no ves por ti mismo cómo sales de aquí? Pide un taxi. No me importa.

—Pero, ¿qué pasa con nuestras vacaciones?

—No volveré a ir a ningún sitio contigo. —Ésas fueron sus últimas palabras en dirección a él, después se subió al auto y se marchó a toda velocidad. En realidad, era una conductora bastante prudente, pero al parecer esos hábitos quedaban anulados por los ataques de nervios.

En comparación con los acontecimientos de las cuarenta y ocho horas anteriores, una noche así en una carretera escocesa de las Tierras Altas sin asfaltar —o casi sin asfaltar— quedándose sin gasolina era casi agradable. Luego, volvió a la realidad.

—Cariño, estás temblando. ¿Te hago un café? —Oyó la voz de la mujer.

Dios mío. ¿Qué estaba pasando aquí? ¿Alguien se ofrecía a ayudarla?

—¿Café? —preguntó, irritada. La amabilidad era tan inesperada después de los recientes problemas que no estaba en absoluto preparada para ella.

La anciana se levantó y no se hizo mucho más alta, apenas podía medir más de uno cincuenta. Con pasos pequeños y tropezones se dirigió a una máquina de café que había junto a una estantería de productos de pastelería y lo sirvió en un vaso de papel.

—Este va por cuenta de la casa. Parece que lo necesitas.

—Gracias. —Ellie parpadeó incrédula—. Estaré feliz de pagar por esto.

La anciana le puso la mano arrugada en el brazo, diciendo:

—Déjalo, cariño. Las mujeres tenemos que permanecer unidas, ¿no? —Chasqueó la lengua, entonces se abrió la puerta y entró un tipo guapo.

—Ah, ahí estás, Stuart. Aquí está la joven.

Stuart hacía honor a su nombre, era ancho de hombros, de ojos azules y rostro anguloso.

—Hola, ¿qué tal? —preguntó, también con un particular acento.

—Me quedé sin gasolina. De verdad, no es para tanto, iba a comprar una bombona, pero la señora de aquí insistió en llamarte.

Stuart enarcó una ceja y miró a la mujer de pelo gris.

—¡Abuela!

Ellie comprendió y casi se atragantó con el café. ¿Estaba la abuela intentando tenderle una trampa a su nieto? No tenía ni idea de que ayer mismo había estado a punto de asesinar a su ahora ex.

—Vamos, muchacho. La señorita está empapada y cansada. ¿Dónde está su coche, señorita?

—No está lejos de aquí, quizá a diez minutos en coche. —Se volvió hacia Stuart—. Por favor, no te molestes, si pudiera pedir prestado un bote estaría bien.

Al parecer, la mirada malévola de la abuela le dejó claro que ella lo veía de otra manera, así que se apresuró a decir:

—En absoluto, estaré encantado de ocuparme de ello. —Y entonces se quitó la chaqueta y se la ofreció.

—No puedo tomarla.

Estaba a punto de ponérsela de nuevo, cuando su abuela se la arrebató de las manos y se la puso alrededor de los hombros a Ellie.

—Por cierto, soy Shona, cariño. ¿Y tú? —dijo la anciana.

—Ellie. Vine aquí por unos días de vacaciones, me temo que no fue un buen comienzo.

Shona le acarició la mejilla.

—Sí, todo puede mejorar, ¿no?

Ellie no quería, pero el calor de la chaqueta y la amabilidad le hicieron llorar. Tragó saliva.

—Gracias.

—Así que, Stuart, vamos a ver cómo poner en marcha el coche de Ellie. ¿Cuál es tu combustible?

—Gasolina.

Diez minutos más tarde estaba sentada junto a Stuart en el asiento del copiloto y él la llevaba a su Golf en una vieja camioneta con un bidón en la parte trasera.

—Siento mucho que tu abuela te engañara.

—No hay problema, de verdad.

—¿Hace este tipo de cosas a menudo?

Se rio y enseñó toda una hilera de dientes blancos.

—A veces tiene ideas extrañas. Soy el único nieto que aún no se ha casado.

—Ya veo.

—Ella sólo tiene buenas intenciones. Pero sigue siendo embarazoso.

Ahora Ellie también tuvo que reírse.

—Yo estoy muy agradecida de que me ayudes. Había conocido a alguien que me llevó a la gasolinera, pero él estaba contento de librarse de mí.

—¿En serio?

—Realmente temía que todos los “highlanders” fueran tan gruñones.

Él soltó una risita y sintió que parte de la tensión por fin desaparecía.

—¿Qué, eres de las que mete las narices en las novelas románticas y lee historias de escoceses de hombros anchos con falda escocesa y espada? —preguntó.

—No, normalmente no. En realidad, yo quería ir a España y no a Escocia.

—Oh. ¿Por qué? ¿No te gusta Escocia?

—No es nada personal. Mi amigo quería hacer senderismo, visitar destilerías y encontrar a Nessie —dijo y se rio—. Pero yo tengo un trabajo muy exigente y entonces me gusta tumbarme perezosamente al sol en mis vacaciones.

—Bueno, entonces estás en el lugar equivocado. Tenemos lluvia casi todos los días.

—Oh, Dios.

—No te preocupes, te acostumbras. ¿Y dónde está tu amigo?

Mierda, había hablado de Alexander en presente.

—Cambió de opinión. Ahora es mi ex. Bueno, serán unas buenas vacaciones, sólo me quedará quince días. —No sonaba muy convincente.

—¿Dónde has reservado? —preguntó Stuart, que tuvo el tacto suficiente como para no comentar la situación con su novio o su nuevo ex novio.

—En el camping.

—Oh, ¿tu autocaravana se averió?

Ellie sintió que el calor le subía por el cuello hasta las mejillas. Menos mal que estaba oscuro. —No, me iba de acampada.

—Wow. Una mujer tan guapa sola, ¿y además en una tienda? Puede hacer mucho frío en esas noches de mayo. Espero que tengas un buen saco de dormir contigo.

Ellie respiró hondo.

—Estaré bien —respondió.

Ojalá.

—La mayoría de las pensiones también tienen algo gratis en esta época del año, si hace demasiado frío para ti, quiero decir —agregó él.

—Exacto, eso también sería una solución. Pero en realidad estoy feliz de tener un poco de espacio para mí. —Eso era cierto, ella se daba cuenta recién ahora de que la idea de la paz y la tranquilidad sonaba muy tentadora después de todos los problemas. De todos modos, Ellie no era el tipo de persona que necesitaba atención constante o gente a su alrededor. Al menos no en su tiempo libre. En el trabajo, la gente siempre se estaba pisando en la cocina.

—Hay un coche más adelante. ¿Es tuyo? —preguntó Stuart.

—Sí, exactamente. Genial, eso fue rápido.

En un santiamén, Stuart había repostado gasolina, la lluvia había amainado y sólo caía una ligera llovizna.

—Ya está, ahora deberías poder volver a conducir —dijo él y arrojó el bidón vacío a la plataforma de su camioneta.

—Muchas, muchas gracias. ¿Cómo puedo mostrarte mi agradecimiento? —dijo ella y le devolvió la chaqueta.

Le hizo un gesto con la mano.

—No hay problema. ¿Por qué no te pasas por mi taller un día de estos y no vamos por un café?

—Invitaré el café entonces, por supuesto.

Sonrió.

—Con mucho gusto —respondió Stuart.

—¿Dónde puedo encontrar tu taller? —preguntó Ellie.

—Pasamos por delante antes. Está justo detrás de la ferretería Girvan, que es un buen sitio para ir si necesitas algo. Tienen de todo, desde cañas de pescar hasta material de acampada.

—Ya tengo tienda —respondió Ellie con un guiño.

—Claro, pero también tiene cocinas de parafina, ratoneras, calcetines gruesos... Básicamente cualquier cosa que se te ocurra.

—Suenas emocionante, definitivamente iré a comprobarlo.

—Incluso puedes alquilar bicicletas allí. Una bicicleta, quiero decir —agregó Stuart.

—Es una buena idea, podría hacerlo —dijo y le tendió la mano—. Muchas gracias, Stuart. ¿Puedes decirme dónde está el camping?

—Lo pasamos también, justo al otro lado de la carretera de Girvan.

—La tienda parece ser el centro, ¿eh? —bromeó ella.

Stuart se encogió de hombros.

—Kiltarff no es grande, con sus quinientos habitantes. Pero tenemos todo lo que necesitas. Buenas noches, Ellie.

—Ha sido un placer conocerte.

—¡Nos vemos en estos días, entonces! ¿Y estás segura de que no necesitas ayuda con la tienda? —volvió a ofrecer.

Ella negó con la cabeza.

—No, es un mecanismo simple, básicamente sólo tienes que abrirla.

—¡Oh! Entonces te aconsejo que hundas algunas estacas en el suelo. Por el viento, ya sabes.

—Sí, claro.

Con eso, se despidieron y Ellie se dirigió al camping en su Golf con renovada confianza. Por supuesto, no quedaba nadie en la oficina, de eso ya se encargaría ella mañana. Además de ella, tampoco había casi nadie más, sólo dos campistas donde todo estaba oscuro.

—Menos mal —murmuró, y se dispuso a montar la tienda y a ponerse lo más cómoda posible.

Kenneth MacGregor tenía el antebrazo apoyado en la repisa de la chimenea y miraba pensativo al fuego. Un tronco se desplomó, saltaron chispas, crepitó y crujió, pero él sólo era consciente de ello periféricamente. Al día siguiente se leería el testamento y no podía imaginar que le gustara ninguna de las posibilidades. Kenneth suspiró y se acercó a la pared opuesta, donde había un carrito de servir. Se sirvió whisky en un vaso y se sentó en uno de los sillones antes de agitar el líquido ámbar en el vaso. El perro ni siquiera levantó la cabeza, se

limitó a dirigirle una mirada de reproche, como si Kenneth pudiera evitar que su amo ya no estuviera allí para cuidarlo. Dougie no solo era un simpático perro de cuatro patas, además era enorme. Extrañamente, siempre iba trotando detrás de él, le seguía a todas partes y gruñía a todo el mundo. Hasta la cocinera le tenía respeto, aunque de vez en cuando le tiraba una salchicha delante de sus enormes patas. Kenneth no tenía ni idea de qué hacer con el animal. ¿Quién se llevaría a semejante lobero irlandés? ¡El animal era tan grande como un ternero!

Ese día no podría resolver el problema, tal vez al día siguiente se le ocurriría algo. Su hombro volvía a darle batalla, no era para menos, no había tenido tiempo de ver a su fisioterapeuta en los últimos días. No le apetecía en absoluto viajar de Londres a las Tierras Altas para atenderlo en exclusiva. Kenneth podía entenderlo, él también preferiría estar en otro lugar.

La puerta se abrió con un chirrido.

—Señor, ¿dónde quiere que ponga su correo?

Kenneth exhaló. No quería ocuparse de las cartas de su padre, no quería tener nada que ver con nada de esto.

—Llévalas al estudio —respondió.

—Muy bien, señor.

Donald no hizo ninguna mueca, pero Kenneth podía oír literalmente sus pensamientos: “Ya hay varios montones sin abrir esperando ahí, ¿por qué no te ocupas de una vez, muchacho?”. Por supuesto, el fiel mayordomo era demasiado refinado como para dignarse a dar a conocer su opinión. Llevaba tanto tiempo al servicio de la casa que Kenneth no recordaba la vida sin él.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó levantando los ojos.

—¿Cómo dice, señor?

—¿Cuántos años tienes, Donald?

—Ahora tengo sesenta y ocho años, señor —respondió el mayordomo.

—¿Y cuánto tiempo llevas trabajando? —titubeó. Había querido decir “para mi padre”, pero en lugar de eso continuó con “...en nuestra casa”.

—Desde hace treinta y cinco años, señor. Mi primer día de trabajo fue cuando usted tenía sólo ocho semanas, señor.

—Gracias, Donald. Eso es todo. Puedes irte a dormir. Hoy ya no te necesito.

—¿Le digo a Isla que te sirva la cena aquí?

—No tengo apetito, muchas gracias.

Vio que los labios del anciano se movían, luego aparentemente cambió de opinión y decidió guardarse su respuesta.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Donald. Que duermas bien.

Donald enarcó una ceja, luego se dio la vuelta con la barbilla levantada y salió de la habitación casi en silencio. Primero había que ser capaz de hacerlo. Probablemente Donald estaría mejor con la reina que allí, pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Kenneth se pasó la mano por la cara y luego bebió un sorbo. ¿Qué iba a ser de la vieja caja? Generaciones de MacGregor habían vivido y muerto allí. Se estremeció. No, por nada del mundo podía imaginarse siguiendo los pasos de su padre. Nunca había querido hacerlo, y ni siquiera su muerte derribaría el muro que se alzaba —que se había alzado— entre ellos. Quizá tuviera suerte y Shirley lo heredara todo. Ojalá.

CAPÍTULO 2



Ellie estaba sentada en una silla plegable frente a su tienda y miró hacia las montañas. Una espesa niebla se cernía sobre el valle y las cimas desaparecían en el blanco. Le dolían las extremidades, tenía hambre y lloviznaba ligeramente. Todavía. El móvil había dejado de funcionar durante la noche —al menos la batería— y, por supuesto, no tenía conexión a la red eléctrica. Por otra parte, era tentador pasar unos días sin llamadas molestas, porque Alexander la estaba enfadando demasiado. La había llamado varias veces durante la noche y le había robado hasta el último nervio porque había sido demasiado estúpida para ponerlo en silencio. Pensar en dormir era imposible así. Ellie cerró los ojos y apoyó su cabeza en la nuca, las frescas gotas de la lluvia reanimaron su mente y sus sentidos, pero tampoco la saciaban.

"Muy bien, hagámoslo", murmuró para sí, mientras se levantaba, se estiraba y sacaba su mochila de la tienda, incluidos sus objetos de valor, y cerraba la cremallera. Tal vez así sus cosas se mantuvieran secas, aunque tenía pocas esperanzas. Hacía demasiado frío y había mucha humedad, pero tal vez el tiempo mejoraría pronto, aunque si le hacía caso a Stuart, podía esperar mucha humedad durante sus vacaciones.

Ellie se dirigió a las instalaciones sanitarias del camping, que para su sorpresa eran nuevas, tenían calefacción y estaban muy limpias. Se duchó abundantemente y se secó el pelo con uno de los secadores instalados permanentemente. Al salir del edificio, vio a un tipo atlético que atornillaba en un camión de bomberos. Vaya, dos de los dos hombres que había conocido en Kiltarff eran auténticos bombones. En realidad, era una lástima que no estuviera en búsqueda. Cambió la cara y saludó con la cabeza al joven, que ahora la miraba y le decía "Buenos días".

—Buenos días —saludó ella.

Ellie fue a la oficina del camping y se registró. Como ya habían pagado un depósito desde Alemania, sólo tenía que abonar una pequeña cantidad. Al menos eso era algo positivo.

Ellie calculó que la señora del despacho tendría unos cincuenta y tantos años, llevaba el pelo rojo cobrizo, entremezclado con algunas canas, recogido en una coleta, tenía muchas pecas y unos ojos verdes brillantes.

—Espero que tenga una estancia agradable. ¿No había reservado para dos? —preguntó al final, mirando de nuevo la confirmación impresa.

—Cambio de planes —explicó Ellie escuetamente.

—Me parece que es valiente, como mujer, sola.

—¿Por qué? ¿Es peligroso aquí?

La señora se rio.

—No, no lo creo. En realidad, aquí nunca pasa nada. Aun así, me sentiría algo incómoda sola en la tienda por la noche. Pero de qué estoy hablando... —Ella le negó con la mano y sonrió avergonzadamente—. Es que veo demasiado CSI.

—Supongo que no hay animales salvajes aquí, ¿no?

—¿Le dan miedo los conejitos?

Ellie se rio.

—No, puedo con ellos.

Se preguntó si habría osos o lobos por los alrededores, por desgracia no tenía ni idea.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted? Ah, sí, las salas de primeros auxilios están abiertas de siete de la mañana a ocho de la noche todos los días, ya lo ha visto, ¿no? —preguntó la señora.

Sí, lo había visto. Anoche había tenido que orinar en el matorral.

—Eh, sí, gracias. Dígame, ¿aquí no hay osos ni lobos? —preguntó Ellie después de todo, sintiéndose un poco avergonzada de lo ignorante que había viajado a Escocia.

La mujer frunció el ceño, como preguntándose si le estaban tomando el pelo.

“Asumo que no”, pensó Ellie, sintiendo que se enrojecía.

—A menos que viaje en el tiempo y revolotee unos cientos de años atrás, entonces no, aquí no hay osos ni lobos. Hace mucho que se extinguieron. Puede que encontremos algún zorro, pero eso es todo —dijo la señora.

Ellie exhaló.

—Lo siento, nunca he estado en Escocia antes y tengo que ser honesta, la zona es realmente bastante solitaria y... Hay árboles por todas partes... Pensé que probablemente sería el hábitat perfecto para los depredadores.

—Tiene razón, pero los lobos y los osos no han estado por aquí desde hace siglos. Sin embargo —miró a su alrededor como si temiera ser escuchada—, a una hora de aquí, un tipo asquerosamente rico ha comprado un montón de tierra, ha plantado unos cien mil árboles en el brezal y quiere reintroducir allí osos, lince y lobos... Qué tontería.

—Tonterías, ¿por qué?

—Primero se limpia todo, se sacrifica, y luego la gente se lamenta. Deberían reflexionar antes.

—Sí, estoy completamente de acuerdo con usted. Le deseo un buen día.

—Para usted también. La oficina de aquí está siempre abierta de nueve a doce —le explicó, y sonó un poco como si estuviera contenta de tener compañía.

—Adiós. —Ellie levantó la mano en señal de saludo y salió.

La niebla se disipó poco a poco y las espesas nubes, empujadas por el viento, parecieron disiparse gradualmente. Tal vez el sol se dejaba ver un poco después de todo. Caminó hacia el centro, vio la tienda de Girvan al otro lado de la carretera y el letrero del taller de Stuart detrás. En los próximos días se pasaría por allí a tomar un café con él. Si se presentaba enseguida podría llevarse una impresión equivocada. Además, no sabía si no le había ofrecido el café por cortesía.

Tras unos cientos de metros se le reveló una magnífica vista del famoso lago Ness. Se detuvo y respiró hondo. "Increíble", exclamó, y estaba a punto de sacar el móvil para tomar unas fotos, hasta que recordó que se había quedado sin batería. Enmarcado por el follaje y las coníferas, el lago se extendía por el valle y sus aguas brillaban tan oscuras como misteriosas. Las nubes se reflejaban en la superficie, un barco de excursión acababa de salir. No es de extrañar que hubiera tantas leyendas sobre él, el paisaje parecía provenir de otro mundo. Detrás de una colina se veía el contorno de una vieja casa señorial. No, no era eso. Era un imponente castillo con un gran

parque muy bien cuidado y una capilla. En el intenso verde césped vio muchos puntitos. Eran conejos. Montones y montones de conejos. "Vaya", pensó. Nunca había visto nada igual. Más tarde daría un paseo por la orilla, pero antes quería comer algo. El estómago le llegaba hasta detrás de las rodillas, al menos eso sentía. Siguió su camino y giró a la izquierda en el centro del pueblo. Había algunas posadas y una tienda de recuerdos frente a la cual un escocés con falda escocesa esperaba a los clientes. Kiltarff estaba atravesado por un canal con un puente giratorio. Tres lanchas motoras estaban en la esclusa, esperando para acceder al lago Ness. Las casitas parecían pintorescas y muy antiguas, de piedra gris y tejados de pizarra negra con chimeneas de varias capas alineadas. Una familia de patos se paseaba por una estrecha franja verde entre el sendero y el canal. Pasó por delante de una heladería con los marcos de las ventanas pintados de rosa. Un toque de color entre piedras grises y oscuras y casitas anticuadas. Que lindo. "Helados de Bridget" decía en la ventana. Por supuesto, la tienda seguía cerrada, pero a través de los vidrios pudo descubrir que el suelo estaba cubierto de cerámicas blancas y negras, y en la vitrina había una amplia selección de diferentes sabores de helados caseros. También allí se tomaría un helado en algún momento. Junto a la heladería había una carnicería, cuyo letrero negro colgaba de un marco de hierro sobre la puerta. "Carnicería Fraser, desde 1819", decía. Esa debía de ser, de hecho, la antigüedad del edificio. Ellie sintió que se le iba parte de la tensión de los últimos días mientras aspiraba profundamente en sus pulmones el aire fresco de las Tierras Altas. El cielo sobre ella era de un azul intenso, incluso las nubes parecían haber tomado algo de él y parecía como si se hubieran teñido. Siguió caminando hasta llegar a una taberna. La casa estaba construida en el mismo estilo que las demás del lugar y se llamaba "La Linterna". Sólo con mirar a través de las pequeñas ventanas con parteluz, Ellie se sintió como si hubiera salido de una máquina del tiempo y se hubiera transportado a otro siglo. El mero hecho de que junto a la puerta hubiera un cartel en el que los operarios indicaban que los huéspedes tenían acceso gratuito a Internet le hizo darse cuenta de que incluso aquí, en lo más profundo de las Tierras Altas de Escocia, la digitalización estaba en auge. Tiró de la pesada manilla de latón de la puerta de roble oscuro y entró en el comedor. Los viejos tablones de madera crujían bajo la presión de sus botas. Había olor a tocineta, huevos fritos y café recién hecho. Inmediatamente, su estómago se hizo notar y gruñó con fuerza. Una mujer joven estaba detrás del mostrador sacando brillo a los vasos.

—Buenos días —saludó y guiñó a Ellie amistosamente con la cabeza. No podía tener más de veinte años y tenía el mismo pelo rojizo que la oficinista del camping.

—Buenos días —contestó Ellie—. ¿Está bien si me siento aquí junto a la ventana?

—Claro que sí.

Bajó el vaso y el paño de cocina, cogió un menú y se acercó a Ellie, que dejaba su mochila, se quitaba la chaqueta y se acomodaba en una de las pintorescas sillas de madera. El tablero de la mesa estaba pulido y liso por los años de uso, y en la chimenea de la larga pared ardía un fuego. Ellie se dio cuenta de que no ardía sólo para decorar y crear ambiente, sino que realmente cumplía su función original. ¿Aún no había calefacción central allí? De algún modo, le gustó la idea.

—¿Esto siempre ha sido una taberna? —preguntó Ellie.

—Así es. Si quieres, mira ahí atrás. Hemos resumido la historia de "La Linterna". Una vez taberna, siempre taberna.

—Genial. Se está estupendo aquí.

—Muchas gracias. —La joven sonrió a Ellie y le abrió el menú antes de dejarlo frente a ella

—. ¿Puedo traerte algo?

—Ah, sí. Necesito café urgentemente.

—Claro que sí.
—¿Tiene alguna recomendación para mí?
—Nuestro desayuno casero es muy popular.
—Oh, sí, ¿qué es eso?
—Mira. —Tocó el menú—. Tocineta, huevos, tocino, champiñones fritos y tomates a la plancha.
A Ellie se le hizo agua la boca.
—Encantador, tomaré eso. Me muero de hambre.
La mujer soltó una risita mientras Ellie le devolvía el menú.
—¿Necesitas el código del wifi?
Se lo pensó, primero necesitaría electricidad.
—Mi batería está muerta, ¿por casualidad no tendrás una toma de corriente?
—Tenemos de esas. ¿Tienes un cable de cargador?
Ellie sacó su smartphone y su cable y se lo entregó.
—Soy Ellie, por cierto. —No sabía por qué se presentaba, pero de algún modo sentía la necesidad.
—Bonito nombre. Yo soy Kendra.
—¿Tú eres la dueña de la taberna?
—Es un negocio familiar, pero sí, algún día puede que me haga cargo por completo. —Miró el cable de carga—. ¿Tienes un adaptador? Estos enchufes no sirven aquí.
Ellie suspiró.
—Mierda. —Alexander se había llevado eso en su equipaje.
—Oh, no importa. Yo también tengo un iPhone, lo conectaré al mío si te parece bien.
—Claro, gracias.
—Estupendo, entonces iré a hacer el pedido a la cocina para que no tengas que pasar más hambre.
—Uh, dime, ¿dónde puedo conseguir un adaptador?
Kendra se volvió hacia ella una vez más.
—En Hardware de Girvan, tienes que ir por la calle de aquí y luego girar a la derecha, no puedes perderte la tienda.
Por supuesto, ella misma podría haberlo pensado, ¿no había dicho Stuart que Girvan lo tenía todo? No pudo reprimir una sonrisa, de alguna manera el pueblo le gustaba cada vez más, sin importar si llovía aquí todo el tiempo o no.

Kenneth estaba sentado con su hermana Shirley en el despacho del notario Jefferson, en Inverness. La habitación estaba amueblada con muebles antiguos que descansaban sobre gruesas alfombras persas. Los rayos de sol caían por la ventana sobre el parqué pulido, que desprendía un olor a cera y polvo en la habitación. El testamento de su padre yacía ante el caballero de pelo gris sobre la encimera de caoba oscura, una lámpara de mesa proyectaba sobre él un suave resplandor que resultaba engañoso, pues nada en las últimas palabras de su padre era brillante y cálido.

Como había sido su costumbre cuando estaba vivo, trató su última voluntad de forma escasa y en un tono autoritario. El mundo que rodeaba a Kenneth se desdibujó ante sus ojos mientras comprendía lentamente lo que acababa de oír.

—A mi hija Shirley le lego la casa de campo en Yorkshire con veinticinco hectáreas de tierra.
—Kenneth oyó la voz del notario como entre algodones, quien siguió leyendo en tono monótono.

No le interesaba saber qué más tenía para decir el notario.

Así que había sucedido. “¿Esperabas algo diferente?”, pasó por su mente.

No, no lo había hecho. La verdad es que no. El título y el castillo siempre habían sido para el hijo mayor. Puesto que sólo había un hijo en esta generación de MacGregor, estaba claro que este dudoso honor recaería en él.

Aún podría renunciar a la herencia.

¿Qué pasa entonces con los empleados? ¿El título? ¿La hacienda?

Le hubiera gustado gritar: “A la mierda la tradición”. No le importaba en absoluto, pero no era verdad. No del todo. El problema estaba en otra parte: él no quería esta vida, tenía otra completamente distinta, y su padre también lo había sabido, no en vano habían roto en una pelea hacía siglos por esa misma razón. Estaba en su lugar cuando montaba a caballo persiguiendo un pequeño bambú, o a veces una pequeña pelota de cuero. Un dolor agudo le atravesó el hombro, como si alguien tuviera que recordarle que en ese momento no podía hacer su trabajo. Había tardado en recuperarse tras la grave lesión y la necesaria intervención quirúrgica, y esperaba en unas semanas volver a estar en forma por fin. Tal vez podría simplemente contratar a un mayordomo para el castillo. Sí, exactamente, ésa sería una posibilidad.

Por primera vez desde que había recibido la noticia del fallecimiento brotó en él algo parecido a la confianza.

—¿Tiene más preguntas? —la voz de Jefferson sacó a Kenneth de su estado de shock.

—No, creo que está todo claro —Shirley fue la primera en responder.

—¿Y si rechazo la herencia? —se oyó decir a Kenneth.

Shirley inhaló bruscamente.

—¡No te atreverías! —Tenía rulos rubios dorados, una tez ligeramente bronceada, extremidades largas y delicadas y una mente muy aguda.

Kenneth le dirigió una mirada sombría. No tenían una relación especialmente íntima, ya que habían pasado su infancia en internados diferentes. Desde que su hermana se había casado con el banquero privado francés, rara vez se veían, lo cual no le molestaba. Hacía tiempo que había dejado atrás su antigua vida. A Kenneth le importaban poco el dinero y los títulos, su pasión era el deporte, lo que había convertido también en su profesión. El polo lo era todo para él. Miró inquisitivamente al notario.

—¿Qué me dice?

Jefferson se ajustó las gafas en la nariz y carraspeó.

—Bueno, en ese caso, su padre ha hecho el siguiente decreto.

No estaba seguro de querer oírlo, pero guardó silencio y esperó con el pulso acelerado.

—¿Dónde lo tenemos? —Jefferson rebuscó entre los papeles—. Ah, sí. Aquí está. En caso de que mi hijo rechace la herencia...

Así lo había esperado el anciano. No era para menos, apenas habían intercambiado una palabra en los últimos veinte años.

—El castillo de Kiltarff será demolido y, la tierra, legada a la comunidad.

Shirley gritó indignadamente, Kenneth jadeó.

—“No puede hablar en serio —gimió Kenneth—. La finca ha pertenecido a la familia durante más de quinientos años, ha sobrevivido a las guerras jacobitas, a dos guerras mundiales, ¿y luego simplemente quiere derribarla?

—No —dijo Shirley—. Él no quiere eso. Sólo en caso de que rechaces la herencia.

—Shirley, sabes tan bien como yo que no puedo hacer nada con el título ni con el castillo de Kiltarff.

—Tampoco se preguntó previamente a la reina si quería subir al trono.

Kenneth reprimió poner los ojos en blanco.

—Bueno, eso es algo diferente —respondió.

—Yo no lo veo así. Naciste para llevar el título y transmitirlo.

—La mayoría de las dinastías mueren en algún momento.

Shirley se puso pálida y Kenneth sintió con ella... Su hermana siempre había estado al lado de su padre, vivía la tradición. A veces Kenneth se había preguntado por qué ella no había podido heredar el título y el castillo, pero no estaba destinado a ser así... Desgraciadamente.

—No lo harías —susurró ella—. Sr. Jefferson. ¿No dijo nada del título? En ese caso —que no sucederá porque Kenneth aceptará la herencia—, ¿el título sería para mi hijo? Si es que alguna vez tengo uno...

Jefferson se inclinó sobre los papeles y luego negó con la cabeza.

—No, me temo que entonces el título y el castillo se perderían para siempre.

—¡Eso es propio de él! —gruñó Kenneth, cerrando las manos en puños.

—¿No preferiría pensar en las distintas opciones con tranquilidad? —preguntó cortésmente el notario.

—No, él no lo quiere —respondió Shirley con frialdad.

—Sí, lo quiero y lo haré. Muchas gracias, Sr. Jefferson, me pondré en contacto con usted en los próximos días.

—¿Sr. MacGregor? —añadió el notario.

—¿Sí?

Kenneth sospechaba que, al parecer, eso no era todo.

—Tiene catorce días para decidir —agregó.

CAPÍTULO 3



Es verdad, Ellie podría salir de "La Linterna" llena y satisfecha y disfrutar de sus vacaciones. Es verdad, pero después de cargar la batería, también habían llegado los mensajes de Alexander. Ni siquiera había comprobado el buzón de voz, pero el tono de los mensajes de WhatsApp fue suficiente para arruinar su estado de ánimo. Era increíble que estuviera enfadado con ella. Engañar a alguien durante meses era aparentemente la mitad de malo que echar a un infiel del coche, con equipaje y todo. Increíble.

Respiró hondo y decidió no dejar que la insistencia de Alexander la molestara. En su lugar, cruzó un estrecho puente que pasaba por encima del Canal de Caledonia y compró un libro en una tienda, con la esperanza de que la distrajera. Aún no había encontrado la paz interior necesaria para leer, aunque la pequeña librería de la esquina le parecía bastante atractiva. Tal vez eso cambiaría en los próximos días, y sólo había traído el material de lectura equivocado en su equipaje. Sí, un libro nuevo era una buena idea, ya se veía sentada en su sillita plegable frente a la tienda de camping hojeando la novela negra.

Tal vez mejor no una novela policíaca, de lo contrario, le daría miedo dormir sola en la tienda. No importa, se dijo. Su teléfono volvía a zumbiar y, si seguía así, la batería se agotaría enseguida.

—Iré a la tienda de Girvan más tarde —balbuceó y sintió que una gran sonrisa se dibujaba en su rostro. Luego, se dio cuenta de que estaba hablando sola y miró furtivamente a su alrededor. Bien, no había nadie cerca para declararla loca e internarla. Con un suave movimiento de cabeza, cogió el adaptador y dio un pequeño paseo digestivo por la orilla del lago Ness. Unos cuantos turistas se paraban aquí y allá tomándose selfis, una pareja jugaba con un labrador y de vez en cuando tiraban una pelota al agua, que el cuadrúpedo bien educado recuperaba obedientemente. Un viento fresco soplabá del norte y alborotaba el pelo de Ellie, que le llegaba hasta los hombros. Se sentía más viva y libre que en mucho tiempo. Había varios barcos amarrados contra el muro, esperando a su facturación en la esclusa o habiendo pasado ya por allí para pasar el día en Kiltarff antes de cruzar el lago Ness en dirección a Inverness. Y, entonces, Ellie encontró de nuevo el viejo castillo al otro lado del canal, con sus agujas asomando entre las cimas de los árboles. Debía ser enorme y estaba rodeado por un parque aún más grande. "¿No es genial?", pensó. Al mismo tiempo, se sintió un poco avergonzada por no tener ni idea del lugar donde habían reservado unas vacaciones de dos semanas. En su defensa, al menos podía alegar que no había tenido tiempo de leer guías turísticas por su trabajo de segunda jefa de cocina, con días largos y noches cortas. Mucho mejor, pensó, explorarla sobre el terreno era mucho más

emocionante de todos modos. Sacó su smartphone y tomó unas cuantas fotos del lago Ness —por supuesto, Nessie aún no había aparecido— y luego se encaminó hacia la imponente mansión. Sólo faltaban unos cientos de metros para llegar al puente giratorio, y al otro lado pasó por delante de una casita que vendía billetes para pasear en barca por el lago. Por supuesto hacían publicidad con el monstruo del lago. Un argumento publicitario era que llevaban un radar a bordo con el que se podía escanear todo el lago. "Muy bonito", negó con la cabeza, pero al mismo tiempo se sorprendió a sí misma leyendo la lista de precios. Quizá se aburriría en algún momento de los próximos días...

Caminó por un estrecho sendero de grava en el borde del parque hasta la orilla, quería disfrutar primero de la vista del lago desde este lado. Una y otra vez miró a través de los densos arbustos y admiró la vista del magnífico castillo. Debía de haber un museo con armaduras de caballero y un calabozo. Sí, iría a verlo, lo estaba deseando.

Cuando llegó a la pedregosa orilla vio que alguien había creado una especie de puerto artificial, y entonces sus ojos se posaron en una vieja casa para botes. La pintura de las tablas estaba desconchada, el tejado cubierto de musgo y las ventanas tan sucias que apenas se podía ver a través de ellas. Siguió caminando y descubrió una barca de remos amarrada debajo de la casa. Se preguntó si alguien todavía lo utilizaba. Parecía tan destartado. Qué lástima, cuando desde allí se tenía la mejor vista sobre el lago Ness. Se preguntó de quién sería la cabaña....

Una imagen pasó por su mente, era el lugar perfecto para colocar mesas y sillas en verano, y en invierno se podía contemplar el lago desde el interior. La casita era lo suficiente grande como para albergar seguramente diez a quince mesas de cuatro... ¿Quedaría espacio suficiente para la cocina?

Ay no, no podía evitarlo. Siempre que veía una casa en un buen sitio se imaginaba cómo sería abrir un restaurante en ella. Su fantasía favorita. Se sacudió como un perro mojado, como si eso pudiera hacer morir la semilla que acababa de brotar en su cerebro.

Echó un último vistazo a la bonita casita, aunque todavía muy necesitada de reformas, y siguió paseando. Quería ver la verdadera mansión y no imaginarse castillos en el aire. Estaba de vacaciones, tenía un trabajo —esperaba seguir teniéndolo cuando volviera— y era segunda jefa de cocina, no operadora de un restaurante. Y, de todos modos, ¿de dónde iba a sacar dinero para una renovación costosa, incluso si la casa estaba disponible. Y sin embargo...

Ellie se dio un golpe en la frente con la palma de la mano, como si eso fuera a ayudarla. Pero, por desgracia, era ideal: la vista, el aire fresco, la sensación de libertad y el cielo azul. Todo se acercaba bastante a su sueño de la ubicación ideal para un restaurante.

En Hamburgo el cielo nunca fue tan azul como aquí. Incluso el verde de las hojas era más intenso que en casa. Siempre había pensado que la gente era estúpida, entusiasmándose sobre las Tierras Altas de Escocia como si estuvieran drogados, y ahora —apenas un día después de su llegada— ella ya sentía lo mismo.

Sorprendiéndose a sí misma, caminó alrededor de la casita para botes. Sólo porque era un atajo hacia el castillo, se dijo a sí misma. Unos escalones desgastados conducían a la parte trasera, estaban cubiertos de musgo, había una segunda puerta aquí, una especie de salida trasera. Perfecto. Era simplemente perfecto. Aquí se podría entregar la mercancía, sería la entrada para el personal y la cocina.

Ellie hizo una mueca y siguió caminando. Una familia de patos nadaba a su lado, graznando. Una mariposa revoloteaba sobre las piedras redondas a unos metros de distancia. El agua oscura lamía suavemente la orilla. Las ramas colgaban bajas, de vez en cuando tenía que agacharse. Entonces, divisó un banco. El lugar perfecto para relajarse un poco. Al momento siguiente, algo

la tiró al suelo. Jadeó y se le escapó todo el aire de sus pulmones. Se le mojó su cara. Ese algoapestaba a perro mojado. Era enorme, pero el animal parecía gustarle.

—¡Oye, suéltala!

Afortunadamente, no le daban miedo los perros, aunque este ejemplar era realmente gigantesco. Dios mío, se trataba de un becerro de pelo largo y gris desgredado y los ojos marrones más dulces que había visto en un perro. Se sentó y acarició al animal en la cabeza.

—Sí, muy bien. Creo que me has confundido con otra persona. —Soltó una risita—. Uh, no, deja de babearme, es asqueroso. —Le apartó el hocico de su cara mientras sonaba un agudo silbido—. Ves, tu amo o ama ya te está buscando.

A continuación, oyó unos pasos retumbantes que se acercaban a ella por la playa pedregosa.

—¿Qué demonios hace en mi terreno?! —gritó alguien.

Ellie se puso torpemente de pie, con el perro acurrucado contra su muslo, casi haciéndola caer de nuevo. Un tipo de pelo oscuro, de aspecto sombrío, con botas, chaqueta verde y bufanda a cuadros se acercó a ella. El perro no hizo ninguna seña de correr hacia él.

—Doug, viejo saco de pulgas, de repente te estás volviendo confiado, ¿o qué —le regañó.

Ellie entrecerró los ojos, algo en aquella persona antipática le resultaba familiar, y entonces se le prendió el bombillo.

—¡Eres tú! —gimió.

Se detuvo.

—¡Eres tú! —respondió él con un suspiro resignado.

Por un momento, ambos permanecieron inmóviles, mirándose fijamente. Y, entonces, ella notó el vacío en la infinita profundidad azul de sus ojos. Una soledad que lo abarcaba todo y una tristeza tan intensa que a Ellie se le encogió el corazón.

—Esto es terreno privado.

Ellie tuvo que parpadear, sus duras palabras la devolvieron a la realidad. El vacío había dado paso a una expresión fría, haciéndola preguntarse si no se habría equivocado.

—¿Perdón? —respondió ella.

—Esto es terreno privado. ¿Qué está haciendo aquí?

—Fui a dar un pequeño paseo.

—Bueno. —Exhaló—. Ve a dar un paseo a otro lugar.

Se quedó con la boca abierta y volvió a cerrarla sin decir nada.

—Doug, ven aquí —instó a su cuadrúpedo, que seguía sin hacer señas de apartarse de Ellie. Ella le acarició entre las orejas y él jadeó satisfecho.

No pudo evitarlo, pero cuando se dio cuenta de la reacción de él ante su sonrisa triunfal, se arrepintió de no haberse controlado. Sus mandíbulas rechinaban, su boca estaba comprimida en una fina línea, y ella se preguntó por qué este hombre realmente atractivo —una subestimación, ¡estaba muy sexi!— estaba de tan mal humor. Otra vez. Probablemente era una condición permanente en él, que también se reveló por el pliegue empuinado que se podía ver entre sus ojos. Una lástima. No soportaba a la gente que estaba de mal humor sin motivo. La vida es demasiado corta como para estar enfadado todo el tiempo.

—¿Tendrías la amabilidad de abandonar mi terreno?

—¿Por qué no está cercado? No veo una seña por ninguna parte. ¿Estás patrullando por aquí o qué?

—Es de conocimiento público que el castillo es de propiedad privada.

—¿Vives ahí dentro? ¿Solo? ¡Jesús!

Enarcó una ceja y sus labios se torcieron en una sonrisa arrogante.

No, no soy Jesús.

Ellie frunció el ceño, ¿había estado intentando bromear? El tipo no sólo estaba de mal humor, sino que además tenía un sentido del humor muy extraño.

—Entonces, ¿también eres dueño de la casita para botes de ahí atrás? —Señaló detrás de ella con el pulgar.

—Eso no es asunto suyo.

—Eh. Sí, claro. Mejor me voy entonces, y gracias por la ayuda de ayer.

—¿Ya consiguió poner el coche en marcha o echó diésel en un depósito de gasolina?

¿Se estaba burlando de ella? Sí, eso parecía.

—Muy gracioso, me reiré más tarde. Que tenga un buen día.

Ellie realizó un giro cinematográfico y quiso huir, pero el perro la siguió.

—Anda, vete ya con tu amo malhumorado. —Se volvió hacia él y le dio otra caricia en la cabeza.

—Puedo oírla —le informó secamente.

Se puso roja. Joder. ¿De verdad había dicho eso en voz alta?

Arrugó los labios y se volvió hacia el extraño dueño del castillo.

—Lo siento. No se ofenda, es que no entiendo por qué es tan... Bueno... Poco amable.

Abrió los ojos sorprendido, como si no estuviera acostumbrado a que la gente dijera lo que pensaba en su presencia.

—No soy amable —repitió lacónicamente.

—La verdad es que no.

—Bien.

La miró con tanta insistencia que sintió un calor terrible bajo la chaqueta. El tipo la intimidaba de alguna manera, pero al mismo tiempo le parecía extremadamente fascinante. Nunca había conocido a nadie como él. Conocía a los ricos que apestaban a dinero, también conocía el otro lado, pero nadie era tan extraño como él.

—Eh, sí, entonces..." —tartamudeó, pasando de un pie a otro—. ¿Sería tan *amable* de llamar a su perro?

—No parece escucharme. —Las comisuras de sus labios se crisparon traicioneramente.

—¿Ha pensado alguna vez en ir a una escuela de perros? Especialmente con uno tan grande...

Su gélida mirada la silenció.

—Está bien —exhaló y empujó al monstruo de piel lejos de ella—. ¡Ahora vete! El Maestro quiere seguir.

—¿Sabe lo que me asombra? —Se rascó la barbilla bien afeitada.

¿Qué?

—Dougie odia a la gente. Ni siquiera la cocinera se atreve a acercarse a él, y eso que le da de comer.

Claro, la gente como él tenía personal para todo. Y el perro odiaba a la gente. Entonces, a ella le parecía más bien que era el dueño al que no le gustaba la gente a su alrededor...

El pensamiento la hizo sonreír, al mismo tiempo que se sorprendía a sí misma buscando en sus dedos un anillo de boda, pero no había nada. Una lástima, un hombre como él seguramente haría unos hijos espléndidos.

Ellie jadeó al darse cuenta de en qué dirección iban sus pensamientos. Por el amor de Dios, ¿qué le pasaba?

—Bueno, parece que está haciendo una excepción conmigo. Si huye de ti, me puedes encontrar en el camping.

Mierda. ¿Por qué había dicho eso? El calor se encendió en sus mejillas.

—Sabes lo que quiero decir. Me tengo que ir.

Giró sobre sus talones y se marchó. Dougie trotó a su lado durante unos metros y luego decidió que prefería perseguir a unos patos. El silbato de su dueño sonó unas cuantas veces más, hasta que le siguió una grosera maldición que sonó como: "Pues haz lo que quieras, perro estúpido".

Ellie no pudo evitarlo, tuvo que reírse. ¿Por qué demonios iba alguien a tener un perro tan grande si era tan evidente que no podía manejar al animal?

Kenneth estaba sentado en el estudio de su padre y se alborotó el pelo. No se sentía correcto sentarse en este sillón de cuero oscuro. No se sentía correcto pasar las manos por la caoba y aún menos abrir el correo de Robert MacGregor. Por eso no lo hizo.

Dougie roncaba suavemente, sin interesarse por nada de esto. Kenneth sacudió la cabeza. Hasta hacía poco no sabía que los perros roncaban. El bicho le seguía a todas partes. Suspirando, bajó las manos, se giró en la silla hacia la ventana y miró hacia el lago. Los rayos de sol se reflejaban en el agua oscura, unos cuantos patos nadaban por la orilla. El verde exuberante de la pradera parecía aún más intenso bajo el cielo azul de las Tierras Altas. Era tan diferente aquí que en Londres... Los colores, el aire... La gente. Aunque había nacido aquí, no tenía mucho en común con los lugareños. Era básicamente un extranjero, enviado a Eton a una edad temprana, como correspondía para un noble.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —murmuró, pensando de nuevo en la extraña turista de ojos verdes y brillantes de esperanza. En contra de su voluntad, había sonreído varias veces para sus adentros. Sus modales francos, casi ingenuos, habían tocado algo en él. Al mismo tiempo, le deprimía el encuentro con una alemana impertinente —su acento era muy fuerte—, era el colmo de su triste vida cotidiana aquí.

Catorce días, resonaba en su cabeza una y otra vez. Tenía catorce días para decidir.

El sonido de su teléfono le sacó de sus pensamientos.

—¿Hola? —respondió sin mirar la pantalla.

—Cariño, te extraño. ¿Dónde estás?

—Helena, querida, ¿dónde debería estar? Todavía estoy tratando de ordenar las cosas aquí. Aunque no se podía decir que estaba realmente arreglando las cosas, ni siquiera había conseguido abrir el correo postal todavía.

Porque tienes miedo del siguiente paso. Pronto tendría que ocuparse de asuntos urgentes, pagar facturas... Con suerte, los sueldos de los empleados saldrían automáticamente de la cuenta cada mes. En cuanto empezara el papeleo, estaría en medio de todo, y él no quería eso. Pero, ¿qué otra opción le quedaba?

—¿Kenneth? —La voz de su novia le devolvió a la realidad—. Te echo de menos, ¿no vas a volver pronto a Londres?

Él no creía que ella realmente lo extrañara. Al menos no de un modo romántico y amoroso. Tenían una especie de relación, pero seguían teniendo pisos separados y no compartían nada más que la cama y las apariciones públicas. El arreglo perfecto para alguien que básicamente quería tener su paz.

—Me temo que no puedo irme todavía —dijo.

Helena suspiró pesadamente.

—Qué lástima. ¿Cómo va la fisioterapia?

En nada, quiso decir, pero en su lugar respondió:

—Cada día un poco mejor.

—Bueno. ¿Kenneth, cariño? —acotó.

—¿Sí, Helena?

—¿Tampoco vas a venir el fin de semana? Sabes que tenemos la invitación de los Mathews.

Ah, así que esa era la verdadera razón de su llamada.

—Lo siento, no podré arreglarlo.

—Pero te echo mucho de menos.

Kenneth no creyó ni una palabra de lo que dijo, estaba acostumbrada a que no se vieran durante semanas cuando su trabajo como jugador de polo lo llevaba lejos.

—Entonces ven y quédate conmigo. El aire es fresco aquí arriba, descansa unos días de la vida de la ciudad.

La oyó inhalar bruscamente.

—¿Te has vuelto loco? No voy a sentarme en un salón vacío en las Tierras Altas, mirar por la ventana el lago gris y esperar que la falda de algún miserable escocés se levante.

Estaba a punto de decir que él mismo era uno de los "miserables escoceses", cuando llamaron a la puerta. Donald entró, probablemente para recordarle la comida que la cocinera estaba a punto de servir.

—Mi corazón, me temo que tengo que terminar la llamada. Si cambias de opinión, estaré encantado de tenerte aquí conmigo.

Cuando terminó la llamada, se volvió hacia el mayordomo.

—¿Donald?

—Señor, la cena está servida.

—Ya voy.

Como el hombre macilento seguía sin hacer señas de irse, preguntó.

—¿Algo más?

—¿Avanza con los... Asuntos? —Los ojos grises del mayordomo se desviaron hacia los montones de correspondencia apenas tocados.

Kenneth sintió que la inquietud aumentaba en su interior, tenía el sentimiento de que el viejo escaneaba su mente como una máquina de radiografía.

—No es tan sencillo —dijo y se levantó con tanta fuerza que Dougie se sobresaltó—. ¿Tiene idea de lo que Isla ha preparado hoy? —se aventuró a preguntar con cuidado. Culinariamente hablando, el viaje hasta allí había sido una pesadilla. O bien su padre había acabado con los nervios gustativos de su boca apenas funcionales, o bien ambos tenían una comprensión completamente diferente de lo que era apetitoso.

—Pastel de bistec, milord —respondió Donald.

Otra vez.

—No me llame así —gruñó.

—Entonces, ¿cómo puedo dirigirme a usted?

—Se lo he dicho mil veces, Kenneth es suficiente.

Donald no hizo ninguna mueca, pero pudo verlo en la cara del pobre hombre. Jamás se atrevería a dirigirse por nombre al conde de Glencairn. Kenneth sonrió para sus adentros y se levantó.

CAPÍTULO 4



Ellie había aprendido una lección: nunca compres una tienda de campaña barata si dependes de ella para dormir. Todo estaba húmedo, todas las noches se quedaba congelada como un pingüino, pero aun así seguía sintiéndose feliz. No había vuelto a encender el teléfono desde la primera mañana. Las noticias de Alemania podían y debían esperar. Por supuesto, de vez en cuando pensaba en el escándalo acerca del "Kopernikus", pero cuanto más tiempo pasaba fuera, menos pánico sentía. Cada vez con más frecuencia aparecía en su mente la imagen de la casita para botes, aunque era consciente de que no era más que producto de su imaginación. No podía simplemente quedarse aquí, no podía abrir un restaurante en las Tierras Altas, no tenía ninguna experiencia...

Vale, eso no era del todo cierto. Llevaba mucho tiempo en el negocio como segunda jefa de cocina, siempre era ella quien hacía los pedidos a los proveedores y también daba las instrucciones al personal de servicio por la noche antes de que empezaran. Llevaba dos años elaborando ella misma el menú...

Ellie se estaba acalorando, aunque sentía los pies más bien como trozos de hielo. Estaba sentada en su silla plegable con una taza de café en la mano. Anteayer había comprado una cocina de gas mejor en la tienda de Girvan. La tienda de verdad tenía de todo. Y además el operario... Madre mía, realmente parecía como si todos los habitantes de este pueblo fueran tipos muy atractivos. Colin, el dueño de la tienda, era de pelo oscuro, tenía los ojos igual de oscuros y la espalda ancha. Ellie tuvo que sonreírse, quizá es que no solía fijarse tanto en esto, y sólo era un efecto secundario tras la ruptura con Alexander que, de repente, hombres guapos se cruzaran con ella por todas partes.

El sol brillaba entre las nubes y bañaba el valle con una luz dorada. No había viento y la lluvia diaria ya había quedado atrás. Entonces, Ellie decidió darse el lujo de almorzar en "La Linterna", donde también quería recargar su teléfono. No podía dejar por completo de esperar noticias de Sabine.

Silbando, paseó por la ya familiar calle principal, sonriéndose ante los turistas que acababan de bajarse de sus autobuses y ahora tomaron fotos como locos. En los pocos días se había dado cuenta de que la mayoría de ellos estaban de paso, a menudo en grupos organizados, se quedaban unas horas, daban un paseo en barco por el lago Ness, compraban algún recuerdo, tomaban un café y se marchaban. No ocurría mucho en Kiltarff por la noche, lo que era muy conveniente para ella. No buscaba compañía.

—Hola —saludó al entrar en "La Linterna". Kendra la saludó sonriendo con la mano.

—Hola, me alegro de verte. ¿Cómo estás?

—Muy bien, aunque me cueste acostumbrarme al frío por la noche.

Kendra soltó una risita.

—Me lo imagino. Mira, tu sitio junto a la ventana está libre.

La mayoría de las diez mesas estaban ocupadas por turistas, quienes llevaban consigo sus teléfonos móviles, guías de viaje y mochilas.

Ellie asintió y se sentó junto a la ventana. Kendra llegó al cabo de unos minutos y le trajo el menú.

—En realidad, ya sé todo lo que hay —bromeó Ellie—. ¿Qué no he probado todavía?

—¿Haggis?

—Cierto, pero tendré que tomarme una copa para tener valor para probarlo. —Ellie le guiñó un ojo.

—¿Te traigo una Ale?

—No, déjalo. Creo que hoy me comeré una hamburguesa.

—¿Con queso y tocineta?

—Bueno, claro, y una Coca-Cola para acompañar.

—Lo haré.

—Oh, Kendra. ¿Puedo cargar mi teléfono otra vez?

—Me encantaría, pero te lo traeré más tarde. Siempre te pones de muy mal humor cuando lo enciendes.

Así que se había dado cuenta. Era una buena observadora, tenía que serlo como tabernera.

—Así es. Hay algunos problemas en casa.

—Oh, espero que nada malo.

—Aparte de una ruptura y perder el trabajo, no, nada malo.

Kendra la miró sorprendida y luego apretó los labios.

—Lo estás haciendo bien, no dejes que te estropee las vacaciones.

—Lo único que podría estropear mis vacaciones sería el hecho de que toda mi ropa está empapada. La tienda anda muy mal.

—Podrías dormir en una posada uno o dos días.

—Tienes razón, podría hacerlo. —Echaría un vistazo más tarde.

—¿En qué trabajas en Alemania?

—Soy cocinera.

—Oh, genial.

—Sí, pero es un trabajo agotador. Rara vez estoy en la cama antes de las dos de la madrugada.

—¿Es un restaurante de lujo? Eso parece.

—Sí, la cocina es de primera, pero hay problemas, así que no sé si podré quedarme allí.

—Lástima... ¿Tienes algo más preparado?

Inmediatamente pensó en la vieja casita para botes.

—No —respondió—. Sólo sueños. —Sueños que ni siquiera sabía que podían hacerse realidad aquí hasta hacía unos días. Era una locura.

—Nos faltaría aquí un restaurante que ofreciera algo distinto de lo habitual, ya sabes, nada de pastel de carne, pescado con papas fritas o hamburguesas, para variar.

—¿En serio?

—Sí. Pero, ¿de qué estoy hablando? —negó con la mano—. Estoy segura de que no planeas empezar una nueva vida aquí.

—No —murmuró ella sin convicción—. No lo hago. ¿No considerarían un nuevo local como una competencia no deseada?

Kendra se rio.

—Tienes que venir aquí en verano... La gente hace cola y casi se golpea por las mesas. Ahora todavía está tranquilo, pero espera unas semanas... No, nos alegraría que despejara un poco. Pero claro, en invierno no hay tanto movimiento.

Ellie se frotó la barbilla. Sabía que algunas personas recorrían un largo camino por una comida realmente buena. Si ella lo hacía bien, podría arreglárselas para tener suficiente trabajo incluso en los meses en los que había pocos turistas. Además, las vacaciones de la empresa serían en invierno y no en verano.

—Entiendo —murmuró—. Sabes, vi la vieja casita para botes.

—Totalmente deteriorada la casita. Es una lástima, ¿no?

—Sí, muy triste. La ubicación es fantástica.

—Cierto, pero el viejo MacGregor no se ha preocupado por ella desde que murió su esposa.

¿Viejo? El dueño del castillo no era tan viejo, bueno, un poco mayor que Kendra, pero... Vale, había perdido entonces a su mujer. Pobre tipo, no hay de extrañar que estuviera tan amargado.

—¿Fue un accidente?

Kendra se encogió de hombros y pareció preocupada.

—Fue una historia trágica.

—Uf, eso suena horrible.

—Lo siento, no quería aburrirte con historias del pueblo, daré tu pedido a la cocina y te prepararé la Coca-Cola. Los de las dos mesas de atrás ya están haciendo señas con las manos como locos, perderán la paciencia si no les traigo la cuenta enseguida.

Ellie sabía exactamente de lo que estaba hablando.

—Claro, encárgate de tus clientes.

—Podemos tomar una cerveza en algún momento de la noche, tengo mucho tiempo en este momento. Aquí no pasa nada más. —Le guiñó un ojo.

—¡Me encantaría!

Mientras miraba por la ventana, sus ideas sobre la casita para botes iban tomando forma más concreta. Le daría una mano de pintura a la fachada, probablemente sería suficiente, la madera aún no parecía podrida. El techo tenía que estar libre de musgo... Pero, por supuesto, no tenía ni idea de cómo era por dentro.

Y los utensilios de cocina de ese tipo eran carísimos, a no ser que pudieras encontrar algo de segunda mano en alguna parte. De una vieja posada, tal vez...

Para, se gritó a sí misma. ¿Qué estás haciendo?

¿En serio estaba planeando su futuro en este pueblecito? Era absurdo, pero, por el momento, de verdad se podía imaginar quedándose allí. ¿Qué otra cosa iba a hacer en Hamburgo?

Quizá las acusaciones de lavado de dinero resultaron sin fundamento. Hizo una mueca. No, lo sentía, y ya había visto demasiado. De algún modo, no creía que el "Kopernikus" pudiera funcionar con normalidad después de algo así, aunque finalmente continuaría de algún modo.

Después de comerse su hamburguesa y beberse su Coca-Cola, salió de "La Linterna" y echó un vistazo al mostrador de la carnicería. La tienda era pequeñita, pero parecía muy bien organizada. Era de suponer que en un pueblo así no se podía vender algo malo, ya que los lugareños te golpearían con ello en la cabeza y no volverían a comprar allí nunca más. Se

aventuró a entrar y examinó la oferta. No pudo evitar escuchar una discusión entre la anciana y gorda esposa del carnicero y un hombre demacrado y canoso que llevaba una lista de la compra en la mano.

—Es casi imposible conseguir personal adecuado —se quejó. Hablaba con un acento muy marcado y una R ondulante. Por suerte Ellie ya se había acostumbrado un poco al dialecto local, de lo contrario apenas habría entendido una palabra.

La mujer detrás del mostrador asintió.

—Sí, eso es.

Ellie se preguntó cuál era la posición.

—Nuestra criada acaba de escaparse, ¿puedes creerlo? Ni siquiera se lo he dicho aún al señor, el pobre tiene otras cosas de las que preocuparse en este momento.

Ellie abrió los oídos. ¿Al señor? ¿Quizá se refería al gruñón dueño del castillo? Ay... ¿Así que realmente no hacía mucho que había fallecido su esposa?

—Me temo que tampoco puedo recomendarte a nadie —se encogió de hombros la cachetona carnicera—. Donald, ¿qué más te gustaría?

Gimió.

—Lo de siempre, a Isla ni se le ocurre cambiar el menú sólo porque algo haya cambiado drásticamente en la casa.

—Bueno, te prepararé morcilla, chuleta y cordero entonces.

—Sí, por favor. Y si te enteras de algo, por favor, ponte en contacto. El alojamiento y el sueldo están garantizados, y la manutención también, claro.

—Está bien, Donald. —Ella embolsó la mercancía para él y le entregó su compra sobre el mostrador—. Aquí tienes.

—Gracias, Fenella.

Ellie bajó los ojos, con las mejillas rojas por agudizar tanto el oído a pesar de que no era asunto suyo. Por otra parte, tampoco habían intercambiado secretos de Estado y habían hablado en voz alta delante de ella. Se sorprendió de ella misma al ver que realmente le interesaban tanto los detalles de la vida del dueño del castillo.

—Buenas, ¿en qué puedo ayudarle? —le preguntó Fenella.

—Buenas tardes, ¿puede decirme qué tipo de carne necesito para un pastel de carne?

—Varía, depende de la receta.

—¿Qué usa usted cuando lo prepara? Tiene algunos ya listos para hornear aquí, como puedo ver.

—Así es. Usamos carne de vaca, carne asada, así queda realmente tierna.

De muy alta calidad, tal como Ellie había sospechado.

—¿Y otras? —insistió.

—Algunos toman filete, y luego hay algunos que toman goulash. ¿Qué quiere usted?

—Me gustaría un poco de ese cordero. ¿Es local?

—¿Qué cree usted? ¿Que nos van a traer estas cosas en avión desde Nueva Zelanda? —Fenella parecía indignada, lo que la hizo parecer muy simpática para Ellie.

—Me alegro de que diga eso. Me gustaría un poco de cordero entonces. Desafortunadamente no tengo horno, si no tomaría el pastel de carne de aquí.

—Oh, ¿vive en Kiltarff? Pero usted no es de aquí.

“Sorpresa”, quiso gritar Ellie. En lugar de eso ella asintió con la cabeza.

—Estoy de vacaciones, en el camping. Sólo tengo una pequeña llama, así que servirá para freír bistec o cordero. —Sonrió.

—¿Sólo una pieza?

—Sí, viaje sola —respondió a la pregunta indirecta, y Fenella parpadeó un par de veces.

—Eso no habría ocurrido antes con nosotros.

—¿Eso es bueno o malo?

—Bueno. —La corpulenta mujer envolvió la carne en papel encerado y lo dobló cuidadosamente—. Supongo que está bien para la mujer que lo puede todo, ¿no?

Ellie enarcó una ceja.

—Por supuesto. Muchas gracias, ¿cuánto le debo?

Pagó, recogió su compra y salió de la tienda. En realidad, no quería comprar nada, pero cambió de idea porque no quería parecer una mirona y una fisgona. Caminó unos metros y decidió echar otro vistazo a la casita para botes. En el camino encendió su móvil, zumbaba sin cesar. Puso los ojos en blanco, probablemente bastantes de los mensajes eran de Alexander.

De hecho, tenía varios, también de su madre y de Sabine. Primero escuchó el mensaje de voz de Sabine. No había nada nuevo, el restaurante permanecía cerrado hasta nuevo aviso.

También estaba bien.

Su madre le pidió que la llamara, se había enterado del escándalo acerca del "Kopernikus" y también quería preguntarle cómo le había ido en sus vacaciones.

Oh, Dios. Aún no les había contado a sus padres lo de la ruptura. Tendría que llamarles enseguida.

El último mensaje era de Alexander, era una foto de sus cosas empaquetadas en bolsas y cajas. ¡Estaban en la calle! Había escrito: "Me estás echando fuera y yo te estoy echando. Hemos terminado.

Todo el aire escapó de sus pulmones. ¡Ese hijo de puta!

El mensaje se había enviado ese mismo día. Así que, si tenía suerte, aún no habría desaparecido todo. Tenía que llamar a su madre y pedirle que salvara lo que aún pudiera salvarse.

Con manos temblorosas, marcó su número.

—Ellie, cariño, qué alegría saber de ti —canturreó su madre al tercer timbrado.

—Hola, mamá —respondió Ellie.

—¿Qué te parece Escocia?

—Genial. Mamá, necesito tu ayuda.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha pasado algo?

—Bueno —empezó ella—. Alexander y yo nos hemos separado.

—¡Oh, no! ¿Ahora de vacaciones? Si tuvieron una pelea...

—No, mamá, fue antes de eso. Mira, es muy urgente. Me engañó y ni siquiera fue capaz de decírmelo.

Su madre no necesitaba saber que lo había echado fuera del auto en el medio de la autopista.

—¿Dónde estás ahora?

—En Escocia.

—Pero... ¿No acabas de decir que...?

—Vine sin él.

—¿Viajas sola? ¿No es peligroso?

—Oh, vamos, sobreviví a Interrail cuando tenía dieciocho años, así que superaré esto también. No te preocupes. Aun así, tengo un problema.

—Leí sobre Kopernikus, eso es terrible. Pero sabes, papá y yo hemos estado de acuerdo durante mucho tiempo de que deberías abrir tu propio restaurante. Estabas desperdiciando tu

talento allí... —Tomó aire—. No tocamos la herencia de la abuela, la guardamos para ti. En cualquier momento podrías...

Ellie se sintió mareada.

—Mamá, ahora no. Yo... Alexander ha empaquetado mis cosas y las ha tirado a la calle. ¿Puedes ir a la calle Pestalozzi y recoger lo que queda?

—¿Él hizo qué? —Su voz sonaba estridente.

—Sí, exactamente lo que escuchas. Tiró todas mis cosas.

—¡Qué cabrón!

—Yo también lo pensé. ¿Me ayudarás?

—Pero, por supuesto, iré enseguida. ¡Helmut! —llamó a su marido—. Tienes que venir conmigo. Cariño, te llamaré en cuanto volvamos.

—¡Gracias!

—¡Ese imbécil podría haberme llamado, al fin y al cabo, yo habría cogido tus cosas! —le regañó, y Ellie quiso a su madre aún más por eso. Era estupendo poder confiar en su familia.

—Quería meterme en más problemas de los que ya tengo —dijo Ellie con un suspiro.

—Eso sólo demuestra su débil carácter. Qué bueno que te hayas librado de él.

Ellie tuvo que reírse del pragmatismo de su madre.

—Estoy de acuerdo.

Se sorprendió a sí misma de lo poco que lamentaba el fin de su relación. Quizá porque habían vivido juntos pero a la vez separados los últimos meses. Hacía por lo menos el mismo tiempo que no tenían relaciones sexuales. Ahora se alegraba de ello, al menos no tenía que preocuparse de haberse contraído alguna enfermedad que él se hubiera contagiado mientras practicaba sexo con la otra... Puso los ojos en blanco y apartó las imágenes que surgían en su cabeza.

—Por supuesto te contactaré, hasta luego querida.

Ellie colgó el teléfono y sólo ahora se dio cuenta de que ya había llegado a la casita para botes. Dejó la mochila en el suelo y se sentó en una gran piedra que había justo al lado. ¿Se estaba complicando su vida cada vez más?

Tenía claro que ya no viviría en un piso con Alexander después de separarse. Pero creía que podría buscar un nuevo lugar en paz cuando estuviera de vuelta. Ahora él la había echado por la puerta, sin nada más, como venganza por haberlo tirado del coche.

Increíble. Simplemente increíble. No podía creer que se hubiera tomado la molestia de meter todas sus cosas en cajas y bolsas y luego tirarlas como basura a la calle. Libros, álbumes de fotos, carpetas, documentos educativos, toda su ropa, zapatos, recuerdos...

Menos mal que llevaba el ordenador encima. De lo contrario, habría desaparecido hace tiempo.

El desconcierto se apoderó de ella. ¿Qué podía hacer?

Al momento siguiente tenía una lengua húmeda en la cara.

—Mierda —gimió y empujó a Dougie hacia atrás. ¿De dónde había salido de repente?— Me parece lindo que te guste, pero deja de lamerme la cara. —Dougie jadeaba y disfrutaba de su atención y ella le acariciaba la cabeza.

—¡Otra vez usted! —oyó Ellie una voz no muy contenta desde no muy lejos. Lo miró y ni siquiera pudo reprocharle su expresión áspera.

Ahora que sabía por lo que había pasado al pobre hombre, podía entender por qué estaba tan malhumorado.

—Oh, soy Ellie, por cierto. ¿Y usted?

—Señor MacGregor —vino de él, lo que la irritó un poco. Debería haber recordado el

apellido, el viejo también se lo había dicho en la carnicería.

—¿Usted también tiene un nombre?

Frunció el ceño.

—Por supuesto.

Ellie frunció los labios.

—Intentémoslo de nuevo, ¿sí? Soy Ellie, encantada de conocerle. —Se levantó y le tendió la mano. Él estaba todavía a unos metros de ella y no hizo ningún movimiento para cogerla.

—¿Y usted es? —insistió Ellie.

—Sr. MacGregor.

—Bueno, está bien —bajó la mano y asintió—. Mantengámonos formales.

—¿Se da cuenta de que está en mi terreno otra vez?

Ellie miró a su alrededor.

—Sí, por supuesto. Qué bueno que le encuentro.

Él la miró como si pensara que estaba completamente loca. Ella esperaba una reacción, pero él permaneció en silencio y la miró de una forma extrañamente insistente que le hizo subir el calor hacia las mejillas.

—Eh, sí, ¿dónde estaba? —balbuceó, sacudiéndose la suciedad del trasero; la roca en la que había estado sentada estaba llena de musgo, parte del cual seguramente se le había pegado. Dougie había perdido el interés, olfateó un poco más y desapareció entre la maleza.

—Se alegró de verme —repitió, aún irritado.

—Exacto. Verá, quería preguntarle si la casita para botes podría, eh, ser alquilada.

Abrió de golpe sus ojos azules.

—¿Perdón?

—La casita para botes... Parece descuidada. Seguramente se podría...

—¡No! —la interrumpió con un brusco gesto de la mano.

—Pero ni siquiera ha oído lo que iba a sugerirle —protestó ella y se dirigió hacia él.

Él negó con la cabeza.

—¡Olvídelo! Y ahora ocúpese de salir de una vez de mi propiedad y mi terreno.

Ellie soltó un grito ahogado. Quería contestarle, hacerle cambiar de opinión, pero el ceño fruncido de él la detuvo. Se quedó mirándolo sin decir palabra, extrañada por querer saber cómo eran sus rasgos cuando sonreía por una vez.

Tenía las mejillas angulosas, una barbilla enérgica con un pequeño hoyuelo y unos labios muy carnosos para ser hombre. Sus cejas eran tan oscuras como su carisma. Tenía el pelo demasiado largo, pero aun así parecía correcto, aunque no se le distinguía ninguna línea concreta. Lo más fascinante de él eran sus ojos, de un azul tan puro y fuerte que la dejaba sin aliento. Eran tan profundos y brillantes que no podía evitar preguntarse qué estaría pasando en su interior. El dolor y la soledad ya los había descubierto en él la primera vez allí en el lago Ness, pero había algo más que la hizo detenerse.

—¿Está sorda? —gimió, con sus poderosas mandíbulas rechinando.

—¿Q-qué?

—Quiero que se largue de aquí de una vez. La próxima vez que le vea aquí, llamaré a la policía.

Ellie entrecerró los ojos. Sí, claro, estaba afligido, pero eso no le daba derecho a atacarla de aquella manera. Había sido educada, sólo había hecho una pregunta.

—Sí, me iré —respondió ella. Levantó un poco más la barbilla—. Sin embargo, debo decir que, para ser un hombre tan noble, es usted bastante brusco y poco amable conmigo sin motivo.

Le he hecho una pregunta educada, ¿qué demonios le da derecho a tratarme tan mal? ¿No se le ha ocurrido pensar que no es el único con problemas? ¿No? No, probablemente no, Sr. "Nací-con-una-cuchara-dorada-en-mi-boca".

Ella le miró fijamente y sintió que el corazón le latía con violencia.

Ellie había ido demasiado lejos, su boca había sido, una vez más, más rápida que su cerebro. Maldita sea, ¡tenía que pasarle esto precisamente hoy! Aun así, no se arrepentía, ya estaba harta de ser acosada y engañada. Ella esperaba otra furia por parte de él, pero en lugar de eso, las comisuras de su boca se curvaron un poco hacia arriba.

Oh, Dios.

Sonrió.

Se sentía muy diferente. ¿Quién había apagado el oxígeno?

Sentía las rodillas como si fueran espaguetis cocidos blanditos. Podían caer bajo de ella en cualquier momento.

—Tiene razón. Lo siento —dijo finalmente, y su voz grave sonó de repente completamente diferente, más aterciopelada y un poco áspera. Se le había metido en la piel.

Me pregunto cómo sería si le susurrara algo al oído.

Ellie se quedó sin aliento. ¿En qué estaba pensando?

¡Cielos, no! Desde luego no quería que un viudo dueño de un castillo le susurrara cosas sucias. ¡Cualquier cosa menos eso!

Quería la casita para botes para convertirla en un restaurante.

Sí, desgraciadamente tenía que admitirlo. Cada segundo que pasaba desde que esta idea aparecía en su cabeza, más lo deseaba.

—No pasa nada. —Por desgracia, su voz no sonaba nada segura.

—No era mi intención gritarle así —dijo él también entonces, y ella volvió a sentir esa extraña mirada escudriñadora sobre ella.

Suspiró.

—Será mejor que me vaya, entonces —dijo Ellie.

Estaba a punto de marcharse cuando volvió a animarse.

—¿Y está seguro de que la casita para botes no se puede alquilar?

Enarcó una ceja y se le borró la sonrisa.

—Creí que había sido claro.

—Sí, lo fue. Lo siento. —Si solo pudiera explicarle su idea, tal vez entonces podría convencerle.

—Lo único que se podría hacer con esa maldita casita para botes sería derribarla —murmuró distraídamente.

Ellie quiso replicar algo, decirle lo que pretendía, pero se dio cuenta de que no estaba en la posición de decir nada sobre su descabellada idea.

Primero tenía que averiguar si realmente era capaz de llevar a cabo un proyecto así, aunque sus padres le proporcionaran parte del dinero.

Él dio un paso atrás, refunfuñó y se pasó una mano por el pelo:

—Por mí puede irse a pasear al parque, pero deje en paz esa maldita choza. —Sus ojos se abrieron de par en par. ¿De verdad había dicho eso?— ¿Cuánto tiempo se va a quedar en Kiltarff?

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba.

—Planeé catorce días, llevo aquí casi una semana ya... Así que quedan siete días, luego se librará de mí.

Guardó silencio durante un suspiro.

—De acuerdo. Camine, no olfatee, ¿me entiende?

—Claro. —Ella sonrió—. Gracias.

Volvió a tenderle la mano y, para su asombro, él la cogió:

—Kenneth —dijo, y en el momento en que sus dedos se tocaron, el mundo dejó de girar por un segundo. Sus miradas se cruzaron, el corazón de ella volvió a acelerarse y la respiración se hizo difícil. Su piel era cálida, seca y mucho más sedosa de lo que ella habría esperado de una mano tan fuerte como la suya.

Apresuradamente retiró la suya, intentando que no se notara su confusión.

—Sí, entonces, eh, no le molestaré más.

Ellie cogió su mochila y se alejó a toda prisa. Sintió su mirada clavada en su espalda durante largo rato.

CAPÍTULO 5



Ellie se sintió aliviada de que sus padres hubieran podido salvar la mayoría de sus cosas de la calle. Sólo había desaparecido una caja de libros y ropa, pero podía superarlo.

—Me alegro mucho de que hayan ido enseguida —dijo al teléfono.

—Por supuesto. Alexander no estaba en casa, por cierto, porque quería enfrentarme a él. Espero que no hayas transferido tu parte del alquiler, si lo has hecho, deberías exigir urgentemente la devolución del dinero.

—Está en pago permanente —contestó tristemente—. Buen punto, tendré que cambiar eso.

—¿Puedes hacerlo desde Escocia?

—Claro, hay internet en las Tierras Altas también. —Reprimió una sonrisa.

—¿Es seguro?

—También puedo llamar a mi banco.

—Sí, será mejor que lo hagas.

—Lo haré.

—¿Has pensado en mi propuesta? A lo de tu propio restaurante me refiero.

Ellie se rascó la cabeza. Si su madre supiera lo mucho que estaba pensando en ello ahora mismo...

—Sí, eh, no lo sé —evadió—. ¿De qué cantidad estamos hablando?

—Cuarenta mil euros.

Jadeó.

—¿Tanto?

—Por desgracia, para un restaurante propio, eso es sólo una gota en el océano. Seguro que una instalación así es cara.

—Todo depende de cómo lo hagas —dijo Ellie, que ya tenía en la cabeza las imágenes más increíbles de la casita para botes. Todo debía quedar muy claro y rústico. Otra cosa tampoco encajaba allí. Aun así, había que financiar muchas cosas por adelantado: Cocina, muebles, pintura, materiales, comida, personal...

—¿Así que te lo estás pensando en serio? —le preguntó su madre.

—Tal vez sería una posibilidad, sí—. De hecho, los pensamientos seguían girando cada vez más rápido. Cuarenta mil euros... Con eso podría hacer mucho.

—Eso sería maravilloso. El otro día vi que hay un local en alquiler en la calle Rosenstraße, no es grande, quizá lo recuerdes, el Sabacca. Antes había un italiano allí, pero quebró.

Por supuesto, su madre no tenía ni idea de que Ellie estaba pensando en volver a empezar

aquí, en las Tierras Altas de Escocia. También era una locura. Insensato. Condenado al fracaso.

Sin embargo, su corazón latía más deprisa cuando soñaba con ello. Era una lástima que el dueño no estuviera interesado ni un poquito en hablar con ella. Quizá pensaría de otro modo si supiera que era una cocinera muy buena y con experiencia.

—¿Ellie?

—Eh, ¿qué, mamá? Lo siento, me distraje. ¿Qué has dicho?

—Puedo entenderlo, todo es un poco demasiado en este momento, ¿no?

—Oh, sí.

—Entonces, disfruta de los pocos días libres que tienes y hablaremos de ello cuando vuelvas a casa. ¿Vale? Primero vendrás a quedarte con nosotros, ¿no? Tu habitación sigue como estaba...

Dios mío. No, de ninguna manera podía hacer eso. Amaba a sus padres, pero necesitaba desesperadamente un poco de distancia para que no se golpearan la cabeza. Su madre tenía la costumbre de entrometerse en todas partes. El hecho de que ya le hubiera sugerido un lugar demostraba claramente que nada iba a cambiar en ese sentido.

No, de ninguna manera podía volver a vivir con sus padres. Empezaría a buscar pisos en Internet. Si era necesario, una habitación en un piso compartido le serviría para la transición.

—Hasta pronto, mamá —dijo, sin esperar respuesta en absoluto, sino colgándola.

Ellie exhaló audiblemente y cogió su mochila. No fue a "La Linterna", sino a la librería del otro lado del canal. Había wifi, cuatro mesas pequeñas y se podía tomar café y leer correos electrónicos tranquilamente... O buscar piso.

Dios, ¿por qué se había complicado tanto su vida?

Media hora más tarde estaba segura de que también necesitaría su tienda en Hamburgo. El mercado inmobiliario estaba vacío. Ni siquiera había una ratonera asequible.

—Mierda —dijo y dio un sorbo a su café con leche tibia.

"Todavía puedes conseguir la casita para botes", dijo una voccecita en su cabeza.

Pero, ¿cómo?

Tampoco había olvidado que el dueño brusco había dejado claro que nadie podía tocar esa cabaña. ¿Y si se lo explicaba? Podría cocinar para él...

Sí, claro. Frunció el ceño. Porque era un tipo tan afable que diría que sí enseguida... "Claro, Ellie, ven a mi cocina, siéntete como en casa..."

Difícil.

Frunció el ceño y reflexionó, lanzándose a su última ocurrencia favorita para distraerse del desastre de su vida. Porque en Kiltarff tampoco pasaban demasiadas cosas, al menos eso se decía a sí misma.

¿Cómo podría acercarse al astuto viudo? Podía recoger sus cosas y volver a acecharle en su jardín. Era seguro que este método no tendría éxito. Pero, ¿qué podía hacer, entonces?

Miró por la ventana y vio a un hombre demacrado que salía de la carnicería con dos bolsas. Se acordaba de él, trabajaba en el castillo y había lloriqueado diciendo que necesitaba ayuda urgentemente.

De momento no tenía obligaciones, estaba sin trabajo, sin piso, y un poco más de distancia de Hamburgo y Alexander le haría bien. También estaba cansada del camping. Así que, ¿por qué no trabajar allí en el castillo? Otras personas reservaban especialmente arreglos de trabajo y viajes para conocer más directamente el país y su gente. Y algo tenía la estancia en un auténtico castillo escocés. Sí, sería una forma de alargar sus vacaciones y no gastar todo el colchón económico que había ahorrado con tanto esfuerzo. ¿No había dicho que buscaban una criada?

Se le humedecieron las palmas de las manos. ¿De verdad iba a infiltrarse en un castillo para insinuarse al dueño de la casa?

No en ese sentido, por supuesto.

¡Definitivamente no en este sentido!

Ellie cerró los ojos un momento e intentó quitarse de la cabeza la imagen de Kenneth sonriéndole...

¡Alto!

Levantó una mano y se dio cuenta de que no estaba sola y de que la gente empezaba a mirarla. Sonrió y murmuró.

—Está bien, está bien, no estoy loca.

Bueno... Tal vez estaba un poco loca. Un poco demasiado, incluso.

Pagó el café, recogió sus cosas y entró en la carnicería. Fenella estaba detrás del mostrador, cortando carne.

—Buenas —saludó Ellie.

—Buenos días. Bueno, ¿qué tal sabía el cordero?

¡Ah! Ella la recordaba, muy bien.

—Maravilloso. Dígame, el hombre que estaba aquí en la tienda...

—¿Qué es lo que quiere? ¿Cree que soy una chismosa?

—No, claro que no. Sólo quiero decir que la última vez que estuve aquí, escuché... Sí, fue inevitable, por desgracia, porque estaba esperando mi turno, y, bueno, así que estaba de pie y esperando y escuchando...

—Niña —la interrumpió la mujer de cara redonda con un enérgico gesto de la mano—. ¿No ha aprendido dónde van las comas y los puntos? Ni siquiera puedo seguirle el ritmo. ¿Qué es lo que realmente quiere?

Ellie respiró hondo, cerró los ojos un segundo y luego miró directamente a la vendedora.

—Busco trabajo y he oído que hay uno disponible en el castillo.

—¿Quiere trabajar en el castillo?

—Sí, ¿por qué no? Alojamiento y comida serían gratis, y tengo dos manos sanas, sin antecedentes penales y...

—Para, espera. No soy la persona de contacto. Hable con Donald Cumming.

—Y, eh, ¿cómo llego allí?

—Probablemente ya habrá descubierto el castillo de Kiltarff. —Fenella sonrió ampliamente.

—Sí, eso sí. Pero... ¿Dónde está la entrada de los sirvientes? Deben tener algo así. No quiero molestar al señor de la casa...

¡Ella no quería encontrarlo en absoluto!

—Ah, sí, sé lo que quiere decir. Sí, por supuesto. Vaya por detrás de la capilla, ahí está la entrada trasera. Toque el timbre allí y diga lo que quiere.

Ya se sentía mal.

—Gracias.

—¿Quiere comprar algo?

—Hoy no, Fenella. Lo siento.

—Me lo imaginaba.

—Lo siento.

Ella negó con la mano.

—No pasa nada. Buena suerte.

Sintió náuseas y aún más cuando, un poco más tarde, se plantó delante de la puerta y tocó el

timbre. Los pájaros piaban, los rayos de sol calentaban su espalda. Innumerables conejos saltaban por el césped, parecían una auténtica plaga campestre.

Después de lo que pareció una eternidad, alguien abrió la puerta de un tirón.

—Adelante, por favor.

Era el hombre, Donald, el caballero que ella conocía de la carnicería. Al mismo tiempo su corazón se deslizó dentro de sus pantalones.

Parecía muy viejo, tenía la cara arrugada y los ojos grises llorosos.

—Buenas tardes, he oído que buscaba una criada.

Donald enarcó una ceja.

—¿Y qué le hace pensar que está cualificada para hacerlo? ¿Tiene referencias?

Para parecer realmente desesperado hace unos días, ahora estaba actuando de forma bastante condescendiente. Quizá era parte de su trabajo... Ellie no tenía ni idea, su conocimiento de los mayordomos de clase alta se limitaba al de los libros y las películas.

—Uh, bueno. Soy genial limpiando. Tengo mucha experiencia en eso. —Vale, eso no era del todo cierto, tragó y esperó que él no se diera cuenta de que estaba sudando—. Soy un as quitando el polvo. —Sonrió forzosamente.

Donald ladeó un poco la cabeza.

—No es de aquí —observó.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando dentro de él, podía ser que estuviera a punto de echarla de la propiedad... O que la estuviera invitando a entrar. La falta de respuestas casi la vuelve loca.

—No —respondió ella—. No soy de aquí.

—Entonces, probablemente huirá de nuevo después de unas semanas, como la última. No, gracias.

Estaba a punto de cerrarle la puerta en las narices, pero ella interpuso el pie y volvió a empujarla para abrirla.

—¡Por favor! Soy de fiar. De verdad.

Donald dudó y Ellie supo que necesitaba a alguien urgentemente.

—Aquí no hay pagas extras ni ninguna de esas tonterías de nueva moda —refunfuñó finalmente.

—¿Cuánto paga?

—Doscientas cincuenta libras a la semana. La comida es gratis.

Su valor se vino abajo. Oh, Dios, ¿arruinaría su espalda y sus manos por un salario tan miserable?

—¿No dijo algo de una habitación? —preguntó.

Sus labios se entrecerraron.

—No somos un hotel.

Casi quería reírse a carcajadas.

—Bueno, Fenella estaba bastante segura de que el alojamiento estaría incluido.

Suspiró.

—Está bien. Tenemos una habitación.

¿Una? ¡Probablemente había treinta habitaciones vacías en esta casa! Se mordió el interior de la mejilla para no decir ninguna estupidez y privarse así de la oportunidad de llegar hasta el dueño de la casa después de todo.

Tampoco sabía cómo iba a hacerle cambiar de opinión. Pero, paso a paso.

Si conseguía el trabajo, al menos se acabaría la miseria de la tienda de camping y aún le

quedaría algo de tiempo antes de tener que volver a Hamburgo. Sabía que las posibilidades de convertir la cabañita para botes en un restaurante próspero eran escasas. Pero no quería tener que reconocerse a sí misma al final de la vida que al menos no lo había intentado. No había nada peor que las oportunidades perdidas y lamentarse por no haberlas aprovechado. No se iría sin darlo todo. Aquel pensamiento la animó y tensó su espalda.

—Maravilloso —respondió con una sonrisa amistosa—. Soy Ellie Richter. —Le tendió la mano.

Intercambiaron un breve apretón de manos.

—¿Cuándo puedo empezar? Podría estar aquí en una hora con mis cosas. ¿Hay algo como un estacionamiento? Vengo en coche.

—¿También está realmente segura de que no es una reportera de chismes que quiere desahogarse aquí?

¿Reportera de chismes? No entendía muy bien a dónde quería llegar.

—¿Yo? Por supuesto que no.

Volvió a mirarla con escepticismo.

—¿Está segura?

—Señor Cumming, le juro que tengo muchos talentos, pero la fotografía y la redacción de artículos no están entre ellos.

—De acuerdo. Entonces coja sus cosas y regrese.

Le cerró la puerta en las narices. Al momento siguiente se abrió de nuevo.

—Y, luego, preséntese a Isla MacMillan, ella es la cocinera y le mostrará dónde se encuentra todo, yo tengo que volver a salir más tarde.

—Entendido. Muchas gracias, señor.

No se molestó en contestar.

—Está bien —murmuró.

Lo había hecho, sólo era el primer paso, pero por lo menos...

Poco después ya estaba de vuelta, había tardado más porque aún tenía que pelearse con la tienda. Pero había ganado, todas las cosas estaban ahora guardadas en su pequeño Golf y su tiempo en un saco de dormir empapado había terminado, ahora estaba de pie frente a la puerta del castillo y tocó la campana. El corazón le latía con fuerza contra las costillas, no era una impostora, pero tampoco había sido del todo sincera. Primero tenía que convencer a la cocinera de que la dejara tocar sus ollas. Isla MacMillan, qué nombre tan bonito. Seguro que la mujer era simpática.

En ese momento, la puerta se abrió y Ellie se quedó con la boca abierta.

—Adelante, por favor —le dijo una mujer tan alta como ancha. Llevaba el pelo gris recogido en un nudo desordenado. Un delantal verde le cubría el pecho ondeando.

—Eh. Buenas tardes, soy Ellie Richter, la nueva criada. ¿Es Isla MacMillan?

Ellie se había imaginado a una mujer guapa y amable, con ojos azul aciano y pecas. Por el contrario, tenía ante ella a la personificación del mal humor. Sus ojos se entrecerraban hasta convertirse en rendijas, y la boca apretada de la anciana demostraba que no sabía reír, o que lo había olvidado. Sospechaba que la mujer probablemente no le permitiría el acceso a su cocina sin una pelea...

—¿Quién sino? —gruñó—. Venga conmigo.

—Por supuesto.

Ellie cogió su equipaje y siguió a Isla, cuyos pesados pasos se arrastraban por el crujiente

suelo forrado de moqueta desgastada. Había papel pintado descolorido pegado a las paredes, cuadros colgados aquí y allá, pero Ellie no tuvo tiempo de mirar más de cerca. Se sentía como en un museo. En un museo mal cuidado.

—Aquí está la habitación. —Isla empujó la manilla de una pesada puerta de roble. Se abrió con un fuerte crujido. El olor a aire viciado la golpeó, Ellie reprimió una tos. Y entonces descubrió la cama desarreglada.

—¿Aquí es donde tengo que dormir? —exclamó sin pensárselo mucho—. Esto está usado.

Isla emitió un sonido que fue lo más parecido a un gruñido.

—Corazón, usted es la criada. ¿Cree que alguien le hará la cama?

—Entiendo —respondió amablemente, recordándose a sí misma que la actividad era sólo el medio para un fin: hacer que el propietario se diera cuenta de que necesitaban desesperadamente un restaurante como la choza para botes aquí en la ciudad.

Dios, ¿se había vuelto completamente loca? En su mente, su sueño ya había tomado tal forma que le parecía real. Tal vez el aire rico en oxígeno de las Tierras Altas era demasiado para ella...

—Deje sus cosas y venga conmigo.

—¿Ir con usted?

—¿Acaso pensaba que estaba aquí de vacaciones? Hay trabajo esperándole.

Ellie exhaló audiblemente.

—¿Quiere que empiece ahora mismo?

—Sería bueno que no perdiera el tiempo charlando. —Luego puso su regordete cuerpo en movimiento, dejando a Ellie boquiabierta. Parpadeó un par de veces, luego dejó sus cosas en el suelo y corrió tras la cocinera.

Estaba segura de que se perdería en estos pasillos todo el tiempo.

—¿Vamos a pasar por todo juntas ahora?

—Le mostraré las habitaciones principales y Donald hará el resto mañana.

—Las habitaciones principales...

—Sí. ¿Acaso es sorda?

Ellie enarcó una ceja. Dios mío, ¿por qué esta mujer era tan cruel con ella? Decidió no tomárselo como algo personal y ganársela con su eficacia. Al mismo tiempo, le pareció increíblemente emocionante inspeccionar el castillo: no era un bastidor, no era un museo y, lo más importante, no estaba abierto al público. Estaba en un castillo escocés de verdad, con un dueño gruñón.

Al parecer, estas gruesas paredes te ponen de mal humor. Todos los que había conocido hasta ahora eran un poco gruñones. Esperaba que eso no se le pegara a ella.

Isla abrió otra puerta de un empujón.

—Aquí encontrará todo lo que necesita.

Ellie descubrió una vieja aspiradora industrial, escobillas y baldes, plumeros y algunos productos de limpieza. ¿Eso era todo? Además, había una lavadora y una secadora industriales, como mínimo.

—El ropero, ¿dónde encuentro eso? Bueno, ropa de cama y toallas.

Isla señaló una pared de armarios.

—El armario uno es para los caballeros, el armario dos es para el personal. No se confunda nunca.

—Por supuesto.

Sin decir palabra, el viaje continuó por la gruesa alfombra, los escalones se dirigían hacia arriba, y el lugar no solo se hizo más luminoso, sino más magnífico. Atravesaron una puerta

empapelada y ahora se encontraban en un salón amarillo de aspecto extremadamente femenino. En el centro de la habitación había sofás de flores frente a una chimenea de gran tamaño con columnas a derecha e izquierda y una cornisa de mármol sobre la que había unos cuantos cuadros que ella no podía ver bien desde lejos. Pesadas cortinas de brocado colgaban de los altos techos y unas ventanas que iban del suelo al techo daban al jardín. Desde allí había una vista impresionante del lago Ness.

—Si ya se embobado lo suficiente, ¿podemos seguir adelante?

Ellie ahogó un comentario.

—Por supuesto.

—Por aquí.

Isla arrastró los pies con pasos pesados a través del salón, por encima de las alfombras persas caras, por un pasillo —el edificio parecía consistir sólo en pasillos— hasta otro salón de aspecto muy masculino con sus paredes maderadas, su alfombra roja y sus pesados muebles de cuero marrón. En un rincón, frente a las ventanas, había un brillante piano de cola, aunque desde lejos se veía que estaba cubierto por una gruesa capa de polvo. Había cenizas en la chimenea, incluso algunas telarañas colgando del techo. Ellie tragó saliva. Esto era más que un trabajo a tiempo completo.

—Y seguimos —dijo Isla. Tras este salón había otro. Tres escalones alfombrados conducían a una biblioteca que dejó a Ellie boquiabierta. Nunca había visto tantos libros en un solo lugar en toda su vida. Todas las paredes estaban cubiertas de estanterías de arriba hacia abajo, y la altura del techo de la habitación se acercaba sin duda a los diez metros. Encuadernaciones de cuero con letras doradas una y otra vez.

Ellie tragó saliva de nuevo.

—Oh, Dios mío.

—Se supone que no debe leer los libros —comentó Isla—. Sigamos adelante.

Ellie temía que hubiera aún más habitaciones, pero siguió a la cocinera. De nuevo atravesó una pesada puerta de roble y entró en una habitación algo más pequeña, con un ventanal redondo. Frente a ella había un escritorio de caoba oscura sobre el que se apilaban innumerables papeles. Hacía mucho tiempo que nadie abría el correo postal, eso fue lo primero que notó. Una planta verde en una maceta de color claro estaba echando todas sus hojas. La habitación era un espectáculo de horror, olía —como toda la casa— a polvo y a pasado. Normalmente, a ella no le importaban esas cosas, pero de algún modo había algo más suspendido en el aire, algo opresivo, pesado, que se le posaba en el pecho. Aunque no supiera que había habido una muerte reciente en la familia, se daría cuenta ahora, como muy tarde, de que algo iba muy mal aquí.

El castillo, con todos sus magníficos muebles, cuadros, alfombras y candeleros de plata, parecía una prisión de lujo donde nadie quería vivir. Ellie tragó saliva otra vez. No era de extrañar que todo el mundo estuviera de tan mal humor.

—Lo que falta ahora son las habitaciones privadas del Conde.

Se preguntaba dónde estaría Kenneth en ese mismo momento...

—C laro.
¿Qué era esto sino privado? ¿Salas de recepción públicas? Se sintió incómoda. Tal vez no había sido tan buena idea aceptar este trabajo después de todo, era imposible que una persona lo manejara sola... ¿No habían empleado a innumerables sirvientas en tales casas en el pasado, y ahora se suponía que ella debía manejarlo todo sola? No le extrañaba que la criada anterior hubiera huido.

Isla ya se había puesto en marcha, Ellie no tenía más opción que seguirla si no quería perderse.

Volvieron a recorrer todas las habitaciones que ya habían visitado y luego subieron un tramo de escaleras.

—¿Hay más pasadizos secretos aquí?

Isla resopló.

—Aquí no hay ningún pasadizo secreto.

—Ya sabe lo que quiero decir.

La cocinera no se explayó en absoluto mientras subían con seguridad los veinticinco peldaños de una escalera de madera que estaba —cómo no— alfombrada.

—A la derecha está el Ala del Cuervo. Por aquí llegamos a las habitaciones privadas.

Ellie caminaba detrás de Isla, preguntándose qué habría en el Ala del Cuervo, pero sin atreverse a preguntar.

El empapelado de esa parte no era tan desaharrapado como la sección de los sirvientes, pero parecía muy pasado de moda, y también allí el suelo crujía a cada paso. La mitad de las paredes estaban revestidas de roble oscuro y una galería ancestral adornaba el interminable pasillo. Pinturas al óleo sombrías y poco atractivas exhalaban el aura de un largo pasado. Ellie nunca había pensado en ello, pero ahora se alegraba de proceder de una familia normal. Desde luego, no era fácil lidiar con tanta tradición y las obligaciones que conllevaba.

—Aquí está el dormitorio principal —dijo Isla y abrió la puerta de un empujón. Les llegó olor a moho.

Ellie tosió.

—¿Alguien está durmiendo aquí?

—No, no por el momento, no desde la muerte. El Conde prefiere dormir en la habitación de la esquina.

Ellie podía entenderlo. Si su mujer hubiera muerto aquí, desde luego no encontraría paz en esta habitación. Las cortinas estaban cerradas, pero, incluso a la escasa luz, Ellie podía ver que las cosas eran probablemente más viejas que ella. La amplia cama con dosel estaba cubierta con una manta de terciopelo oscuro. Parecía una tumba.

Inevitablemente se le puso la piel de gallina. Qué terrible. Había que hacer algo urgentemente.

Pero, ¿le correspondía a ella botar las cosas y renovarlas?

—¿Baño? —preguntó Ellie escuetamente.

—Hay uno para cada habitación, el antiguo Conde lo tenía dispuesto así.

—Bueno, por lo menos.

Isla le dirigió una mirada que la hizo callar. Al momento siguiente se abrió una puerta y unos pasos pesados se dirigieron hacia ella por el pasillo. Ellie adivinó de quién se trataba. Las manos se le pusieron húmedas y se tensó. Kenneth parecía ausente, hablando por teléfono, con expresión de oscuro nubarrón. Saludó a Isla con la cabeza y no se fijó en Ellie.

En realidad, debería haber respirado aliviada, pero de algún modo le molestaba su arrogancia aristocrática hacia sus empleados.

—Genial —murmuró Ellie.

—¿Qué ha sido eso? —siseó Isla.

—Nada —se apresuró a decir.

—Mejor así.

Isla continuó y le mostró el resto de las habitaciones. Ninguna parecía acogedora, y se

preguntó quién necesitaba tantas habitaciones. Incluso para una familia con diez hijos, la casa seguiría siendo demasiado grande. No casa, castillo, se corrigió, y aún no lo había visto todo. Era absurdo y parecía irreal.

Por fin llegaron a la habitación de la esquina, que, si se había orientado bien, estaba encima del estudio. En cualquier caso, la vista era la misma, aunque desde esta ala probablemente se podía ver muy bien el lago Ness desde todas las habitaciones. Esta habitación había sido ventilada recientemente. No obstante, Ellie percibió un ligero olor a loción de afeitado áspero, la cama estaba deshecha, las sábanas arrugadas y una hilera entera de almohadas yacía sobre la amplia cama de gruesos postes ornamentados. Sin adornos ni pesadas cortinas. Una puerta luminosa comunicaba la habitación con el cuarto de baño contiguo. Otra, cubierta de papel pintado, se distinguía de las demás.

—¿A dónde lleva esta puerta? —preguntó Ellie.

—Lo veremos en un minuto —dijo Isla, guiando el camino—. Eso es todo por ahora. Cuando termine con las habitaciones, puede continuar con las otras alas.

¡No hablaba en serio!

—¿Quiere que haga todo esto yo sola?

—Se las arreglaré. Es joven y casi todo está bien aquí.

—Oh, Dios —fue todo lo que pudo decir—. Pero espero que no hoy.

—Hoy empiece con la habitación del Conde, cambie la ropa de cama, limpie el baño y quite el polvo, lo normal.

—¿Quién lava su ropa?

—¿En serio me está haciendo esta pregunta? Hay una cesta en el baño, hasta ahora me he ocupado de ella, pero ahora que está aquí...

—¿Planchar también?

—Dígame, ¿en qué tipo de hogar trabajaba antes que es tan descaradamente despistada?

Ellie guardó silencio y luego dijo:

—Sólo quiero asegurarme de que lo estoy haciendo todo bien.

Isla la miró despectivamente.

—Bueno, empieza. Yo voy a empezar a preparar la cena ahora.

—No estoy segura de encontrar el camino...

Isla exhaló un suspiro traqueteante.

—Me lo imaginaba. Venga conmigo entonces, por aquí. Es fácil desde la cocina.

CAPÍTULO 6



Kenneth llegó a Londres en plena noche. Extrañamente, no sintió el alivio que esperaba cuando abrió la puerta de su piso. Todo estaba igual y, sin embargo, nada era como antes.

Ya había pasado una semana del plazo y seguía sin saber qué hacer. Le remordía la conciencia después de haber entregado temporalmente a Dougie a una perrera. Pero había que hacerlo, en una gran ciudad como Londres un animal tan gigante no tenía lugar. Volvería a recogerlo a la vuelta.

Kenneth se sirvió un vaso de agua, fue al salón y miró por la ventana. La familiar vista a través del Támesis no alivió la tensión de sus hombros como solía hacerlo cuando volvía a casa de un viaje. “Porque no había sido un viaje normal”, pensó. De hecho, no debería haber salido de Kiltarff hasta que no se hubiera resuelto algo, pero su jefe Winston le estaba presionando y él quería calmarle. Sólo necesitaba un poco más de tiempo, además, no era imposible jugar con el hombro en estas condiciones. Por desgracia. Además, estaba pensando en la otra oferta de trabajo, de la que podía hablar aún menos a Winston, porque odiaba a muerte al club y nunca jamás lo apoyaría. Entonces, se acabaría la cooperación y siempre habían sido un buen equipo.

—Maldita sea —maldijo en voz baja y se pasó la mano por la cara. En algún momento, pudieron ser horas o minutos, se tumbó en la cama y cayó dormido sin sueños.

Kenneth sólo se despertó cuando ya había amanecido. Se estiró, olvidándose por un momento del hombro, hasta que un dolor agudo lo atravesó, dejándolo sin aliento.

Gimió y contorsionó la cara en señal de agonía. Necesitaba urgentemente una cita con su fisioterapeuta. Kenneth sacó el smartphone de la mesa de noche y marcó el número de Matt.

—Eh, viejo, ¿sigues vivo? —respondió inmediatamente.

—Muy gracioso, Matt. ¿Estás libre hoy?

—¿Has vuelto a la ciudad? ¿Pudiste arreglar todo?

—Aún no, pero estoy en Londres. Necesito verte. —Tal vez debería parecerle significativo que llamara primero a su fisioterapeuta y no a Helena, pero no se preocupó por eso. Así eran las cosas, y mientras ella no se quejara...

—¿Tan mal te encuentras?

—Me gustaría decir algo diferente, pero sí. Muy mal.

—En realidad, estoy completamente ocupado, pero si estás aquí en una hora, estoy seguro de que puedo hacer un espacio para ti.

—Estoy en camino. —Esperemos que el tráfico de Londres no pusiera una traba en su

camino.

En el taxi, envió un mensaje a Helena para preguntarle si quería quedar para almorzar. Pasaron por delante de interminables hileras de casas, lucharon contra el lento tráfico de la ciudad y finalmente doblaron la esquina del Museo Británico, cuando llegó la respuesta de Helena. “¿Has vuelto? Por fin. Nos vemos luego en el Sky, reservaré una mesa para la una”.

Una sonrisa se dibujó en su rostro. Al menos algo en su vida funcionaba. Sin embargo, la pizca de buen humor se desvaneció enseguida cuando Matt le puso en aprieto media hora después.

—Viejo, estás tieso como un septuagenario. ¿No has hecho tus ejercicios?

Kenneth apretó los dientes, sentado en la camilla, con sudor frío en la frente.

—¿Tú qué crees? Claro que he estado haciéndolos.

Matt apretó más fuerte y Kenneth gritó.

—¿Quieres arrancarme el brazo? —dijo entre dientes apretados.

—Si no consigues mover el hombro, no vas a poder jugar al polo.

—Gracias, como si no lo supiera.

—Necesitas fisio todos los días, no solo cada quince días.

—Bueno, no lo sé, pero tengo la sensación de que no hay nadie en Kiltarff a quien quiera confiarle mi hombro. Tendrías que acompañarme.

Matt exhaló.

—Olvidalo. Mi agenda está llena, ¿cómo se supone que vaya a hacer eso?

Kenneth suspiró.

—Lástima —dijo.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte allí?

—Si lo supiera... —respondió Kenneth sombríamente. No habría duda de que no quería.

Matt estiró un poco más el brazo y el hombro y Kenneth se quejó de nuevo.

—Lo siento, viejo. Pero hay que hacerlo. Cuanto más se haga, mejor.

—Ojalá pudiera estar de acuerdo contigo. No lo parece en absoluto.

—H ola, cariño —le saludó Helena con un largo beso frente al restaurante “Sky” a la una en punto. El tráfico lento le parecía más ruidoso de lo habitual. Era uno de los pocos días soleados de Londres y el aire olía a gases de escape. Helena se acurrucó entre sus brazos y él se sintió envuelto por el olor de su pesado perfume. Todo era demasiado.

De repente, Kenneth se sintió fuera de lugar allí, a pesar de que esa ciudad había sido su hogar durante tanto tiempo.

—Cariño, ¿qué pasa? —Ella parpadeó con sus brillantes ojos azules enmarcados por oscuras pestañas.

—Lo siento, estoy un poco estresado, la fisio fue muy dolorosa.

—¿Ya has tomado una pastilla para el dolor?

Sacudió la cabeza.

—Tengo que ir poco a poco. Han pasado tres meses desde la operación...

—Pero, ¿y si sigues teniendo problemas?

—Ven. —Le puso una mano en la parte baja de la espalda—. Vamos adentro.

Entraron en el edificio y tomaron el ascensor hasta la decimoctava planta. Helena estaba acurrucada junto a él y le acariciaba la espalda. Se empezaba a sentir aliviado cuando las puertas volvieron a abrirse y ella tuvo que soltarlo. Kenneth no estaba de humor para ternuras, pero no quería ofenderla.

Una rubia con camisa y pantalones negros les condujo poco después a una mesa tranquila junto a la ventana. La vista sobre la ciudad hasta el Támesis era magnífica. El “Sky” tenía un mobiliario moderno. Las líneas limpias y los colores claros dominaban la decoración. Era un restaurante como el que uno encontraría en cualquier gran ciudad del mundo, sólo que el panorama cambiaba de metrópoli en metrópoli. “Sky” le gustaba mucho a Kenneth, la comida era muy buena, el ambiente y el servicio correctos, por eso iban a menudo. Pero, esta vez, por primera vez, notó que al lugar le faltaba alma.

Probablemente el problema no era “Sky”, sino él mismo. Se sacudió el pensamiento deprimente y ajustó la silla de Helena.

La empleada les dejó los menús.

—¿Quieren ya un aperitivo? —preguntó con una sonrisa cortés. Profesional, tan poco real como su color de pelo.

—Tomaré una copa de champán, por favor. Rosado, si tiene. ¿Tú también, cariño? —Helena le dijo sonriendo.

—No, gracias. Sólo agua sin gas para mí, por favor.

Lo vio en su reacción, no era así como se había imaginado un reencuentro, pero no tenía motivos para celebrarlo y tampoco quería beber alcohol. Ya tenía suficientes problemas, no quería añadir uno más. Una copa acabaría convirtiéndose en dos, luego en tres y así sucesivamente. Esa no era la solución, y desde luego no ayudaba al proceso de curación de su hombro.

Vio que la sonrisa de Helena seguía pegada a su cara, pero ya no tan radiante como antes.

—Lo siento —dijo—. Es que hoy necesito tener la cabeza fresca.

—Eso no es un problema —dijo ella—, de verdad que no. Puedo abstenerme también si quieres.

—No, eso es una tontería. Mientras mi hombro me siga dando problemas así, prefiero no beber. —Ese fue el final del tema para él—. ¿Qué hay de nuevo? —preguntó entonces, tomando su mano entre las suyas. Tenía las uñas perfectamente cuidadas, como siempre, y la piel tan suave como el trasero de un bebé. Normalmente le resultaba atractiva, pero hoy le resultaba extrañamente indiferente.

Sabía que ella quería un anillo con un diamante brillante, pero él no estaba dispuesto a comprometerse. No así, al menos.

—Oh —dijo con una risa, sonando un poco demasiado alta como para ser genuina—. Ya sabes, básicamente no te has perdido nada. Siempre es lo mismo en la “Sociedad”. —Hizo tanto hincapié en la última palabra que él se preguntó por qué lo hacía. ¿Porque deseaba tanto formar parte de ella, pero secretamente sabía que nunca sucedería?

¿En qué estaba pensando? No quería separarse de Helena.

Pero tampoco la extrañaste.

—M-hm —continuó, incapaz de dejar de lado el último pensamiento—. Te he echado de menos —añadió, como si tuviera que recordárselo a sí mismo.

Le guiñó un ojo con coquetería.

—Yo también, cariño. Muchísimo. Si quieres, podemos saltarnos el almuerzo e ir directamente a tu casa...

—No. —Dijo un poco demasiado rápido y se aclaró la garganta—. No, quiero decir, eso no es todo lo que quiero de ti, Helena. —La segunda frase pareció calmarla un poco. A la primera se había estremecido como si él le hubiera dado un golpe.

—Ya lo sé. Es que te echo muchísimo de menos, todas las noches que he pasado sin ti... ¿Ya

lo has solucionado todo?

Deseaba que fuera así. Y le molestaba que todo el mundo le preguntara por ello.

—Casi —mintió.

—¿Entonces ya no tienes que ir a Escocia?

—Sí, desgraciadamente aún no he podido resolverlo todo. —Qué palabra más estúpida, como si uno pudiera “resolver” un título nobiliario y un castillo. Exhaló con dificultad.

—Oh, no. Pero ahora te quedarás un rato, ¿no?

El reloj marcaba cada vez más fuerte. En realidad, no debería haber venido aquí en absoluto. Pero en el castillo de Kiltarff, el peso de la decisión le había dejado sin aliento. Curiosamente, tampoco en Londres había encontrado el alivio que esperaba; aquí le resultaba igual de difícil quitarse ese peso de encima.

A Ellie le dolían todos los huesos del cuerpo, y sólo llevaba un día empleada como criada. Se maldijo por su decisión impulsiva, pero al mismo tiempo le hizo bien despejarse limpiando en ese mundo extraño. Fue de habitación en habitación ganando terreno. Cada una de ellas estaba amueblada de forma completa y exclusiva, pero seguía pareciendo carente de vida. No había nada personal, ni periódicos, ni libros que alguien hubiera marcado, ni siquiera un envoltorio de caramelo.

“¿Quién comería caramelos aquí?”, pasó por su mente.

Aún no se había fijado en la habitación de Kenneth, de alguna manera había temido encontrarse con él allí. Por alguna razón, aunque en realidad había venido aquí para eso. Ni ella misma lo entendía, pero trató de convencerse de que primero quería reunir los argumentos adecuados para convencerlo de verdad. Él no le daría tantas oportunidades de exponer sus argumentos, eso estaba claro.

Ellie empuñó el plumero. Había abierto las ventanas para que, con suerte, gran parte del aire viciado saliera al exterior y entrara aire fresco y claro.

—¿Qué hace aquí? —preguntó alguien detrás de ella, y ella gritó horrorizada.

Donald estaba a un metro de ella y *no le hacía ninguna gracia*.

—¿Limpiar? —sugirió.

—Muy graciosa. Puedo verlo, pero, ¿por qué aquí? La habitación del Conde todavía no está lista —Donald lo anunció como si leyera en voz alta la noticia.

—¿Sí?

—Vaya arriba y arregle esto. Ahora mismo. Es una suerte que no esté aquí, sino ya hubiera habido problemas.

¿Era Kenneth realmente así, de quejarse cuando su cama no estaba hecha?

Sí, probablemente. No tenía ni idea de los aires de un aristócrata.

—Por supuesto, señor, sólo pensé en trabajar mi camino desde abajo hacia arriba...

—Usted pensó —la interrumpió con frialdad—. Bueno, todo lo que concierne a las habitaciones personales del Conde tiene prioridad, por supuesto. Recuérdelo.

—Entendido.

—Bien.

Como ella no hizo señas de dejar de quitar el polvo, el mayordomo se aclaró la garganta. —Ahora —fue todo lo que soltó.

Ellie reprimió un suspiro, cerró las ventanas y cogió sus utensilios de limpieza.

—¿Dónde está el Conde? Bueno, si no le importa que pregunte. No quiero ser descortés, por supuesto, pero tampoco quiero molestarle por si vuelve y quiere... Descansar. —No tenía ni idea

de lo que hacía un conde así durante todo el día, estúpidamente le interesaba muchísimo.

—Eso no será un problema. El Conde se queda en Londres.

—¿Londres? —repitió ella, abriendo mucho los ojos. ¿Qué estaba haciendo? ¿Tomando café con la Reina? No, los ingleses bebían té, o gin tonic. Mucho más importante era la pregunta de cuándo volvería...

Donald le dirigió una mirada que dejaba claro que a ella no le incumbía en absoluto qué hacía y dónde estaba el conde, salvo en su habitación, que entonces podía ordenar o limpiar.

—Voy para allá —anunció, viendo cómo salir de esa situación y ganar más terreno.

La idea de corretear por la habitación —o habitaciones— de Kenneth la hizo sentirse aún más acalorada de lo que ya estaba después del esfuerzo físico.

Resoplando, llegó al primer piso y lo dejó todo primero. Luego, cogió el balde de la limpieza con el limpiacristales, el limpiador de baños y los guantes amarillos de plástico y los llevó adentro. Ahogó una mirada ante la cama aún sin hacer y entró primero en el cuarto de baño. Allí descubrió que había otra habitación. Un vestidor.

—Oh, la, la —murmuró y se atrevió a echar un vistazo. Estaba oscuro, así que primero encendió la luz. Era un armario vestidor sin ventana, pero no había mucho dentro.

De algún modo, había pensado que un conde así tendría una larga lista de trajes negros y al menos una lista igual de camisas blancas para elegir. O al menos una falda escocesa o dos.

Soltó una risita.

Era casi triste lo poco que había aquí. Y probablemente ya se había deshecho de la ropa de su esposa. “Extraño”, pensó. “Todo aquí es realmente extraño”.

—Limpiar —se recordaba haber murmurado—. Debería limpiar, si no me meteré en problemas de nuevo.

La soledad la estaba afectando, la música quizás podría ayudarla. Al día siguiente se conectaría los auriculares y, con suerte, se sentiría menos sola. El cuarto de baño estaba amueblado como uno se lo imaginaría en una buena casa de campo inglesa. Lavamanos blanco con pedestal y grifería dorada. Encima colgaba un enorme espejo iluminado que hacía tiempo que no sufría los efectos del limpiacristales; había en él más salpicaduras y rayas de pasta de dientes que baldosas en el suelo. El equipamiento incluía una ducha a ras de suelo con puerta de cristal —las manchas de cal ya le estaban dando dolor de cabeza— y una bañera de patas doradas en la que cabían fácilmente dos personas. Simplemente no podía imaginar cómo él y su esposa podían haber pasado días felices aquí. Todo parecía de lo mejor, pero aquí no había nada femenino ni animado. Ni siquiera una pastilla de jabón rosada o un frasco de perfume.

“No es asunto mío”, se dijo a sí misma. Cada persona afrontaba su tristeza de forma diferente.

Pero el hecho de que ni siquiera hubiera una foto de la pareja le pareció extraño. ¿Ni siquiera una?

Quizá aún no había buscado en los lugares adecuados. No es que lo estuviera buscando, por supuesto.

Siguió limpiando, pero las manchas de pasta de dientes del lavamanos eran más difíciles de quitar de lo que había pensado. No hacía solo unos días que no limpiaban aquí. Y, luego, cómo se comportó el mayordomo cuando ella no corrió a la habitación inmediatamente... “No te sorprendas”, se dijo. “No hagas preguntas”. Sin embargo, puso los ojos en blanco.

El cesto de la ropa sucia estaba a rebosar, no era de extrañar que casi no quedara nada colgado en el armario. Lo cogió enseguida y lo puso en el pasillo. Cogió la aspiradora y se la llevó, aspiró una ronda, luego vinieron los últimos retoques. La limpieza era también un poco de

diversión, otra forma de viaje de descubrimiento, uno en el que mirar de cerca estaba realmente permitido.

Ellie siguió revisando el cuarto de baño —la tapa del inodoro estaba bajada, eso le gustó mucho— y luego hizo la ronda por el dormitorio. Además de la enorme e impresionante cama, había un sofá frente a la ventana, una mesa y dos acogedores sillones. Tampoco podía faltar, por supuesto, la obligatoria y amplísima chimenea. Encima colgaba una foto de un niño, ella calculaba que de unos ocho o nueve años. Pelo oscuro, ojos azules.

¿Era posible que fuera Kenneth?

Se detuvo un momento y lo miró más de cerca. Sí, era él. Tenía que ser él, o las similitudes en esta familia eran extremadamente marcadas. Por otra parte, allí no había cosas de niños... ¿O ya no?

Todas esas preguntas le venían a la cabeza, pero no eran asunto suyo. No entendía por qué le interesaba. Conociendo su situación familiar, ella tampoco tendría acceso a la casita para botes. Suspirando, continuó con su recorrido de aspiradora.

Una buena hora después, estaba empapada en sudor y había terminado con la zona privada del conde. Se preguntó cuándo llegaría allí de nuevo.

Sería estúpido que él se fuera primero a Londres y luego pasara tres semanas en las Bahamas mientras ella esperaba desesperadamente una oportunidad para convencerlo de que la dejara usar la casita para botes para convertirla en un restaurante. Ellie suspiró. Estos pensamientos no la llevaban a ninguna parte, así que iba a dar por terminado el día.

Después de una ducha, estaba deseando comer algo caliente. Con un poco de suerte, la cocinera ya se habría marchado —había esperanzas de que así fuera, ya que no tenía que alimentar al conde— y entonces Ellie podría prepararse algo que fuera realmente comestible. Isla cocinaba fatal, por decirlo suavemente. El día anterior había cocinado un curry apenas comestible. La carne estaba dura y la salsa había quedado marrón en lugar de amarilla, no quería ni pensar en la consistencia. Ellie se estremeció al pensarlo. No, eso no serviría. Sería fácil convencer a Kenneth de sus habilidades culinarias, si tuviera la oportunidad. Todavía no le había preguntado a Isla, hasta ahora prefería evitar a esa persona antipática, pero tenía la fuerte sospecha de que no se iría del campo sin luchar. Después de todo, era su cocina, y si había entendido bien, llevaba mucho tiempo trabajando en el castillo.

El humor de Kenneth se hundió bajo cero. La conversación con su mánager había sido, dicho suavemente, desagradable. Le había puesto el cuchillo en el pecho: o volvía a estar en forma para la Copa de Dubái dentro de ocho semanas, o su carrera estaba acabada.

—De todas formas, las verdaderas superestrellas vienen de Argentina —había dicho Winston con convicción en el tono de su pecho—. Y tú tampoco eres el más joven. Seamos realistas. Te quiero, pero eso no es suficiente en nuestro negocio.

Kenneth se limitó a tragar. Por desgracia, no tenía argumentos que ofrecer. Ya era bastante difícil mantenerse en posición cuando estaba sano, ahora que apenas era capaz de sostener un balón medicinal, realmente no era útil para el equipo. De nuevo pensó en la otra oferta que nunca se había planteado. ¿Había llegado el momento de agarrarse de esa rama? Todo en su interior se erizó ante la idea, aunque sabía que la salud de su hombro era primordial: si no volvía a estar en forma, podía olvidarse de su carrera.

Helena le esperaba en su piso, aunque él hubiera preferido escribirle que quería estar solo. Pero no se atrevía a echarla. Era su novia, debía contarle sus problemas, ella lo entendería, o al menos lo intentaría. Suspirando, le dio un billete al taxista y salió del coche negro. La llovizna le

mojaba la cara, nubes oscuras surcaban el cielo del atardecer. Por fin, algo de normalidad de nuevo. Londres y el sol a mediodía, eso había sido casi absurdo.

Durante el camino hacia arriba trató de dejar al lado la conversación con Winston. Al mismo tiempo, se preguntaba cuál de sus innumerables problemas debería abordar primero. Era casi obvio, porque la fecha límite se acercaba, lo quisiera él o no. Y Kenneth no dudaba de que su padre hablaba en serio. Reduciría a escombros el título y la tradición si Kenneth no accedía a sus deseos. En realidad, no era de los que se dejaban chantajear por un muerto, pero la idea de que el castillo de Kiltarff fuera arrasado al suelo por su culpa tampoco le gustaba. ¿Tenía derecho a poner su voluntad por encima de siglos de tradición?

Respirando hondo, abrió la puerta de su piso. Había luces encendidas por todas partes, oía música suave procedente del salón.

—Hola, cariño, estoy en casa —llamó.

—Estoy aquí —respondió ella.

Kenneth dejó las llaves en el aparador, se descalzó y fue hacia ella. Helena, envuelta en un kimono, se recostó en su sofá color crema y le parpadeó con los ojos entrecerrados.

—Hola —volvió a decir, con un único ronroneo en la voz. Él sabía exactamente lo que quería de él.

Y también lo quería. Lógicamente.

Golpeó el asiento de al lado con la mano izquierda, Kenneth bajó hasta ella y la besó. Las uñas de Helena recorrían su espalda, él sentía su deseo. Desgraciadamente, poco sucedía de su parte. Tendría que esforzarse un poco más.

Dejó que su lengua se deslizara en su boca y deslizó las manos bajo la fina tela de seda que cubría su delicada piel. Ella suspiró suavemente frente a su contacto y lo atrajo aún más hacia ella. No parecía moverse lo bastante rápido, pero él necesitaba más tiempo.

Impaciente, tiró de su camisa y luego jugueteó con el cinturón de sus pantalones. El beso se intensificó, ella lo apretó contra los cojines del sofá y lo desnudó, mientras se despojaba del kimono y le presentaba sus pechos perfectos. Altos, redondos y llenos, como a él le gustaban. Con la camisa abierta, dejó que sus dedos se deslizaran por su vientre plano y le quitó los jeans hasta que cayeron al suelo; ahora le tocaba a los boxers. Le incomodaba que aún no se moviera mucho él, pero ella no dejó que eso la detuviera, al contrario. Cuando sintió los labios de Helena en su miembro, gimió, más por costumbre que por placer. El mecanismo funcionaba, ¡gracias a Dios! Al menos un poco. Cerró los ojos e intentó disfrutar de sus esfuerzos. Cuando unos ojos verdes e iridiscentes aparecieron de repente en su mente, jadeó.

¡Cielos!

¿De dónde salió de repente la cara de Ellie?

Helena no parecía darse cuenta... ¿Cómo iba a hacerlo? Sólo se sentía más estimulada por ello. Pero para Kenneth se había acabado, ni siquiera él se atrevía a dejar que su novia se lo hiciera oralmente mientras tenía a otra en mente. ¿Por qué rayos estaba pensando en esa persistente turista?

El estridente tintineo de su teléfono le liberó de la situación.

—Lo siento —murmuró y empujó suavemente a Helena hacia atrás. Cogió su smartphone y se levantó. Ya no quedaba mucho de su duramente ganada erección.

Vio por el rabillo del ojo que Helena se sentaba indignada y le miraba.

—¿Hola? —respondió.

—Hola, Kenneth, soy yo.

Shirley.

Claro que era ella. De todas formas, le sorprendía que su hermana sólo se pusiera en contacto con él ahora.

—Hola, Shirley —refunfuñó—. ¿Cómo estás?

—Maravilloso, el sol brilla, ya sabes, como es en el sur de Francia. La cuestión es, ¿cómo estás tú? No dices una palabra...

—Como si habláramos mucho normalmente. —Enarcó una ceja y no pudo evitar el tono irónico. No tenían una relación especialmente buena ni mala, simplemente no se conocían muy bien. Eran hermanos que habían sido enviados a distintos internados de élite a una edad temprana para que su padre pudiera tener su paz y tranquilidad, sin problemas. Esto hace que personas que, habiendo estado muy unidas de niños, estén distanciadas.

—Sabes lo que quiero decir, Kenneth. El hecho de que no tengamos mucho contacto no es sólo por mí.

Tenía razón, pero tampoco era inocente.

—Esa no es la razón de tu llamada.

—No, no creo que necesite explicarte mucho cuál es la razón.

—No, no lo creo.

—Entonces, ¿te has decidido? Quiero decir... —se rio a carcajadas como si la discusión le pareciera absurda, que lo era: "tienes que aceptar la herencia, por supuesto, eso es obvio".

Inhaló audiblemente y sintió que su cuello se tensaba aún más.

—No me gusta cuando alguien me dice lo que tengo que hacer.

Shirley tomó aire silbantemente.

—Por favor, Kenneth, ¿no puedes considerar seriamente que todo... Será destruido? Sé que tú y papá hubieron tenido sus diferencias, pero en el fondo debes sentir que continuar con la tradición es lo correcto. Es el hogar de nuestra infancia, Kenneth. No puedo soportar la idea de que el Castillo Kiltarff ya no exista.

Sintió que la ira aumentaba en su interior.

—Si eso sucediera no sería culpa mía y lo sabes.

—Nuestro padre quería que heredaras el título, siempre ha sido así.

—Yo no hice esas malditas reglas.

—Pero aun así lo cumplirás, ¿verdad? —Oyó que su voz temblaba ligeramente.

Lo comprendía, de verdad. Pero él también tenía sus razones para dejar atrás toda aquella carga centenaria y no seguir los pasos de su padre. A Kenneth no le sorprendió el arrebato emocional de Shirley, él sentía lo mismo, pero siempre se le había dado mejor ocultar lo que le pasaba por dentro. También era algo que aprendías cuando te privaban demasiado pronto del amor que ansiabas. Aquellos días habían quedado atrás, ya no era un niño pequeño, jadeando en busca de aprobación y afecto. Afortunadamente. Era un adulto y no necesitaba todo eso. Ya no. Pero, en secreto, Kenneth tuvo que admitir que no era tan fácil dejar atrás todos los enredos familiares. Sentía como si el pasado lo alcanzara a una velocidad vertiginosa.

Kenneth se pasó la mano por el pelo.

—Yo... No lo sé, ¿está bien?

—No, no está bien. Por favor, mamá debería haber...

—No empieces con eso ahora, Shirley. Es de mal gusto. Está muerta y usarla para hacerme cambiar de opinión no es justo.

Con la muerte accidental de su madre, muchas cosas habían tomado un nuevo rumbo, quizá su padre no hubiera sido tan frío con ellos si no se hubiera quedado viudo tan pronto. Pero, ¿qué podían hacer él o Shirley al respecto? Nada en absoluto. Kenneth sintió surgir en su interior el

viejo y familiar rencor... Su padre debería haber amado aún más a los niños en lugar de alejarlos.

—Oh, Kenneth. —Su suave suspiro dijo más de lo que las palabras jamás dirían—. Te lo ruego, piénsalo bien. ¿Y si primero aceptas la herencia? Si después sigues pensando que no la quieres, siempre podrías vender Kiltarff. No había nada sobre eso en el testamento.

—Pero no el título.

—¿Sería tan malo ser conde?

Se quedó pensativo un momento.

—Le dije hace veinte años que nunca aceptaría su herencia. ¿Debería faltar a mi palabra?

—Lo dijiste discutiendo y no lo decías en serio.

—Eso no es cierto, quise decir cada palabra que dije.

—Eras joven. Demasiado joven para esas decisiones.

—Al menos esa es mi elección, en la mayoría de las cosas de mi infancia no tuve ninguna. Ahora la tengo.

—¿No quieres aceptar la herencia por venganza? Por favor, no lo hagas, Kenneth. Te arrepentirás.

—No lo creo.

Aunque lo dijo con voz firme, no estaba nada seguro de que Shirley no tuviera razón después de todo.

—Muy bien, qué más puedo decir. ¿Lo harías por mí?

Eso era injusto y ella lo sabía.

—Shirley...

—Por favor, Kenneth. Salta sobre tu sombra, papá te quería.

—Tenía una extraña manera de demostrarlo.

—No podía salir de su pellejo, sufrió mucho por la pelea entre ustedes.

—No se ha puesto en contacto conmigo ni una sola vez.

—Tampoco tú lo hiciste.

Era cierto, pero Kenneth había corrido detrás de su padre muchas veces y había sido rechazado otras tantas. Simplemente se había hartado y no había preguntado las razones de su padre entonces. Hoy las cosas parecían un poco diferentes, aunque seguía sin entender su comportamiento. En absoluto.

—Escucha, Kenneth. Haz un examen de conciencia, aún te quedan unos días. Date una sacudida. Amas el castillo tanto como yo. Es tu herencia, tu título.

—Odio el castillo. —Abismalmente, cada rincón estaba lleno de recuerdos nebulosos y solitarios. Y tristeza. Tanta tristeza...

—Eso no es verdad.

—No me conoces.

—Te conozco lo suficiente bien, sé por lo que has pasado, resulta que soy tu hermana.

—Tendríamos que habernos apoyado mutuamente, en lugar de eso, él siguió rompiendo la familia.

—Estaba abrumado, incluso con su propia tristeza.

Kenneth nunca lo había visto así, su perspectiva era la de un niño pequeño. Incluso hoy. Al fin y al cabo, siempre seguías siendo hijo de tus padres, tuvieras la edad que tuvieras.

—De acuerdo —se oyó decir—. Lo pensaré.

—¿Así que eso es un sí?

—No he dicho eso, pero tampoco digo que no. Todavía no.

—Me harías muy feliz con eso.

—¿Viviendo solo en una vieja estructura en las Tierras Altas de Escocia?

Shirley se rio, era una risa brillante y sincera. La había echado de menos. La había echado de menos a ella.

—Sabes que no tiene que ser así.

Ya no sabía nada.

—Te llamaré —dijo finalmente.

—Eso espero. —Se quedó callada un segundo—. Te quiero.

Kenneth tuvo que tragar, hacía mucho tiempo que nadie de su familia le decía eso.

Yo también.

Le ardían los ojos, parpadeó y sacudió la cabeza. Maldita sea, ¿se estaría volviendo psicótico como su madre, empezando a lloriquear como un niño por una simple llamada? Shirley había colgado y él bajó el teléfono. Sólo en ese momento se dio cuenta de que se había olvidado de Helena.

Lentamente se dio la vuelta. Se dio cuenta de lo absurdo de la situación, tenía la camisa abierta y el resto estaba desnudo. Había preferido la llamada con su hermana a una mamada.

Helena se había vuelto a poner el kimono y se miraba las uñas.

—Helena, lo siento —le dijo y se sentó con ella en el sofá.

—¿Qué es lo que sientes exactamente?

—Que estoy... Estoy fuera de mí. —Tomó su mano entre las suyas y le levantó la barbilla con la otra—. ¿Me perdonas?

Tragó y sonrió. “Es casi demasiado fácil”, pensó. ¿Por qué nunca se enfadaba, por qué no se quejaba cuando él la trataba así? Y lo más importante, ¿por qué él la trataba tan irrespetuosamente? No era su forma de ser y no le gustaba, pero aun así no podía quitarse de la cabeza.

—Estás haziado, querido. Puedo entenderlo. Tienes problemas. Necesitas salir, relajarte y recargar las pilas. ¿Qué tal si nos vamos a viajar unos días?

Quiso responder espontáneamente con un "No, en absoluto", pero en lugar de eso dijo:

—¿Qué tenías en mente?

Sus facciones se relajaron, casi parecía aliviada.

—¿Qué tal si nos vamos de crucero? Sólo una semana, sé lo ocupado que estás. Alquilaremos una bonita suite, veremos diferentes ciudades durante el día, y por la noche... —Dejó que su mano libre se deslizara por el interior de su muslo—. Por la noche nos cuidaremos.

En realidad, la idea de mucho sexo debería hacerle feliz, pero en lugar de eso tuvo la sensación de que alguien volvía a ponerle esa columna de granito en el pecho.

—De ninguna manera, no me vas a subir a ningún barco.

Desde tiempos inmemoriales, había existido en él ese miedo opresivo al agua que no podía explicar. Helena no sabía nada al respecto, pero nunca hablaba de ello voluntariamente.

—¿Qué? ¿Por qué no eso? Es puro lujo. Ni siquiera sientes que estás en el océano.

—Simplemente fuera de la cuestión, lo siento, amor.

Nunca había aceptado una invitación a ningún yate privado, le daba escalofríos pensar siquiera en perder tierra firme bajo sus pies.

De repente solo quería irse, pero, ¿a dónde? ¿De vuelta a Kiltarff?

Sí, tal vez. Esa sería la mejor solución, por fin tenía que enfrentarse a la realidad. Hasta ahora sólo se había sentado allí en estado de shock y sin hacer nada. No podía seguir así.

Se levantó y se puso los boxers.

—Lo siento, Helena. Ahora no puedo irme de vacaciones. Lo entiendes, ¿verdad? Tengo que

tomar decisiones y ponerme sano, ocuparme de mi carrera otra vez.

—Por supuesto. —Enderezó la espalda—. ¿Qué estás haciendo?

—Me estoy vistiendo.

—Ya lo veo. Pero, ¿por qué?

—Tengo que volver.

—¿Volver? —Sus ojos eran dos signos de interrogación.

—A Kiltarff.

—¿Ahora? ¡Pero acabas de llegar! Ni siquiera hemos... —No terminó la frase.

—Amor. —dijo y volvió a cogerle la mano—. ¿Por qué no vienes conmigo? Podría ocuparme de los negocios y aún tendría mucho tiempo para ti.

—No sé. Tengo compromisos. Además, se está tan solo allí...

—Tú y yo estaríamos juntos.

Ella encendió una sonrisa que él no se creyó del todo.

—Eso estaría bien.

—Cuando me convierta en Conde, el castillo será mío.

—Pero... Tú no querías vivir allí, ¿verdad?

Hace una hora habría dicho que no, ¿pero ahora? No estaba seguro. Había cosas en las que no había pensado en mucho tiempo. Probablemente era necesario para él trabajar en algunas cosas del pasado, no podía tomar una decisión antes de eso tampoco. De repente tenía prisa, ya había perdido demasiado tiempo.

—Escucha, Helena. Me gustaría que vinieras, pero si no quieres, es cosa tuya. En cualquier caso, no puedo quedarme más tiempo en Londres.

Ella hizo un mohín, probablemente pensando que era atractivo, pero a él le repugnaba. Poco a poco se dio cuenta de que Helena sólo tenía una bonita apariencia que ofrecer, pero nada más. ¿De qué habían hablado antes? No lo recordaba, tal vez porque nunca habían hablado de nada. El sexo había sido bueno, pero si ni siquiera eso funcionaba, ¿qué quedaba entre ellos?

CAPÍTULO 7



Ellie estaba cerrando las ventanas de la biblioteca cuando vio el Land Rover de Kenneth por el camino de la entrada. Inmediatamente sus latidos aumentaron, dio un paso atrás, no quería que él la viera. Así que había vuelto.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia arriba, ahora sólo tenía que conseguir que la cocinera despejara el campo. No podía ser tan difícil, ¿verdad? De buen humor, recogió sus utensilios de limpieza y se dirigió al sector de los sirvientes.

En efecto, Isla ya estaba junto al fuego, pero lo que estaba preparando no olía delicioso.

—Buenas tardes —saludó Ellie, aunque ya la había visto esa mañana en el desayuno.

—Bueno, ¿terminaste ya?

—De hecho, en los dos últimos días he barrido la casa como un torbellino.

Isla enarcó una ceja, pero no respondió.

Ellie se acercó.

—Y entonces pensé que tal vez podría ayudar a preparar la cena para el Conde.

Isla aspiró con fuerza.

—Esta sigue siendo mi cocina.

—Ya lo sé, también estaba pensando en, eh, trabajar como ayudante. Algo como... Cortar cebollas.

—Hoy no hay nada con cebolla. —Ellie se mordió el labio inferior. Casi había sido obvio que la estúpida vaca no la dejaría tocar las ollas—. De todos modos, ya he visto que siempre vuelves por la tarde y te sirves de mis provisiones. —Por la mañana habían acordado tutearse, pero, por desgracia, lo demás seguía siendo tan inaccesible como antes. Además, después de todo, Ellie no estaba robando nada. El alojamiento y la comida estaban incluidos.

—No puedes llamarlo así.

—¿Mi comida no es lo suficientemente buena para ti?

Vaya, eso no era bueno. Ellie pensó muy bien en lo que podría decir para no disgustar aún más a Isla. La vieja era realmente un dragón.

—"Yo... Es sólo porque... —tartamudeó—, ¡extraño mi hogar!

Uf. Gracias a Dios que se había acordado de eso.

—¿Extrañas a tu hogar?

Ellie asintió.

—Sí, echo mucho de menos mi hogar. Pero ahora estoy aquí y quiero quedarme, y estoy segura de que se me pasará, pero... —Respiró hondo—. Tampoco quería molestar a nadie, y si

me llevara algo que hiciera falta, puedo ir corriendo al pueblo a hacer algunas compras.

Isla enarcó una ceja.

—Donald suele ir a hacer los recados.

—Sí, ya lo sé. Sólo me refería por si faltaba algo, y no quiero hacer trabajar a nadie más de lo necesario.

La cocinera parpadeó un par de veces y volvió a su gran olla, fuera lo que fuera lo que estuviera burbujeando en ella.

—No necesito nada.

Ellie bajó los hombros, decepcionada.

Vaya, llevarse bien con ella era más difícil que hacer llover en el desierto.

—Muy bien, entonces... ¿Puedo hacerme un café y una pequeña merienda?

—Si no te metes en mi camino...

—¡Claro que no!

Un primer paso... Oficialmente se le permitía usar la cocina, sólo para ella, pero casi había temido que Isla la echara a la calle, así que se sintió aún más aliviada de que le permitieran quedarse y cocinar. Para ella sola. Por supuesto, el plan era ofrecerle a la escocesa un poco de su comida y que quedara encantada después de probarla, lo que tal vez le permitiría ser su ayudante.

Por desgracia, su plan no funcionó.

Ellie se hizo una tortilla con champiñones marrones, cebolla y queso cheddar escocés, sobre la que espolvoreó panecillos de cebollino. Preparó unas tostadas con mantequilla en una sartén. Olía tentador, se le hacía agua la boca. Preparó dos platos y le tendió uno a Isla.

—Disculpa, ¿quieres un poco?

Isla miró con desconfianza y arrugó la nariz.

—No, no me interesan esas cosas tan novedosas.

Ellie sintió que se le saltaban las lágrimas. Maldita sea, ¿cómo podía alguien acercarse a esa mujer? Tenía que ser posible. Apresuradamente se dio la vuelta.

—Está bien, lo taparé y lo pondré en la nevera. Tal vez tengas apetito más tarde.

La respuesta fue un gruñido de indignación. Ellie se apuró salir de la cocina. Cogió su ración de tortilla y se sentó fuera. Era un día templado y soleado, los pájaros cantaban y varios conejos saltaban por el corto césped. Soplaban un ligero viento que hacía mover a las nubes blancas en forma de oveja sobre el cielo de azul intenso. En realidad, estaba maravilloso, pero por desgracia ella había perdido el apetito. Hurgó desganada en su comida.

Durante los tres días siguientes se desarrolló una extraña rutina: Ellie entraba en la cocina a la hora de comer, le ofrecía algo a Isla, ella lo rechazaba, Ellie guardaba su parte en la nevera y a la mañana siguiente el plato estaba vacío.

“Por fin”, pensó triunfante la tarde del tercer día. En algún momento, Isla tendría que admitir que le gustaba la comida de Ellie.

Kenneth estudiaba con detenimiento los papeles, era más arduo de lo que había pensado convertirse en el amo del caos. Le faltaba de todo, concentración, motivación y también conocimientos de contabilidad. Además, le gruñía el estómago, la cena había vuelto a ser incomible. Era increíble, empezaba a pensar que Isla podría estar gastándole bromas pesadas. Hasta ahora había supuesto que la mujer simplemente no sabía cocinar y que su padre lo había tolerado porque llevaba años al servicio del conde. Cuando regresó de Londres y fue a la cocina hacia medianoche y abrió la nevera en busca de algo de comer, descubrió un resto de una tortilla bien preparada y eso le hizo dudar de sus suposiciones anteriores. La tortilla le había sabido

genial incluso fría, por lo que después se sintió molesto por haberla comido tan rápido. Por primera vez desde la noticia de la muerte de su padre había disfrutado de una comida, aunque en realidad no hubiera sido más que la ración de un pajarito.

Su estómago gruñó con fuerza, no debería pensar tanto en la comida. No tendría que hacerlo si lo que le servían supiera bien. Se frotó la frente con fastidio. Le había preguntado antes a Donald, pero por supuesto no sabía nada. Esos sirvientes estaban confabulados, después de todo.

Reprimiendo una maldición, se levantó, Dougie se puso en pie de un salto y le siguió. Cuando lo recogió en la perrera a la vuelta, casi enloquece de alegría. La operadora le dijo que el perro se había negado a comer y que estaba muy afligido, así que le desaconsejó volver a separarlo de su amo en un futuro próximo. Kenneth quiso explicarle que su amo había muerto, pero Dougie movió la cola y chilló tan alegremente, que lo dejó pasar y poco a poco aceptó que era poco probable que se deshiciera del viejo saco de pulgas por el momento. Ese fue también el momento en que se dio cuenta de que su hermana tenía razón, que de alguna manera estaba apegado a la vieja estructura y no estaba dispuesto a renunciar a ella. Todavía no.

Aunque era tarde, Kenneth sacó su teléfono y llamó al notario. Sólo saltó el buzón de voz, pero quería hacerle llegar su mensaje antes de que se le acabara el valor.

—Buenas noches, soy Kenneth MacGregor, quería comunicarle que voy a aceptar la herencia. Creo que deberíamos concertar una cita. Por favor, llámeme.

Luego colgó y se dejó caer en la silla.

—Oh, Dios —gruñó—. ¿Qué estoy haciendo? No quiero un castillo. No quiero ser un conde.

Y de alguna manera sí lo deseaba. Era extraño, pero algo le había sucedido, algo que no podía explicar. Dougie apoyó la cabeza en el muslo de Kenneth y lo miró con ojos oscuros y fieles.

—No me babeas —gruñó Kenneth, pero le acarició en la cabeza—. Venga, vamos a mirar en la cocina a ver si la vieja ha vuelto a esconder algo en la nevera.

Dougie saltó a un lado, moviendo la cola, dispuesto a seguir a su nuevo amo a cualquier parte. De algún modo, su compañía era mejor que la de la mayoría de la gente en muchos aspectos, pensó Kenneth de camino al sector de los sirvientes. El perro lo adoraba incondicionalmente —por la razón que fuera—. No quería nada más que caricias y comida, la mayoría de la gente no podía decir eso de sí misma. Todos querían algo de él. No había conocido a nadie en los últimos años que hubiera hecho algo por él sin pedir algo a cambio. Qué vida tan miserable llevaba... Incluso Helena, que rara vez o nunca se quejaba, lo hacía por una sola razón: quería un anillo y su nombre y con él el acceso a la “Sociedad”.

—Debería separarme de ella —murmuró para sí mientras bajaba los escalones hacia la cocina.

“Esperemos que aún quede algo bueno”, pensó. El estómago le colgaba a la altura de las rodillas. De todas formas, los pantalones le flaqueaban, sin duda había perdido unos cuantos kilos, eso no era bueno. Se detuvo cuando oyó que alguien manipulaba los platos detrás de la puerta. Mierda, si había algo que no le apetecía era compañía. Tal vez tuviera suerte, y después de un paseíto con Dougie —seguro que tenía que hacer sus necesidades antes de que cayera la noche— tendría su tranquilidad y algo bueno que comer en la nevera más tarde.

Silbando suavemente para sí mismo, salió del castillo. Hacía frío, pero le gustaba sentir el aire fresco de la tarde en la cara. Llevaba demasiado tiempo sentado frente a facturas confusas.

Cuando regresó, media hora más tarde, un olor tentador recorría el pasillo del sector de los sirvientes. Ya se le hacía agua la boca. Empujó la puerta con energía y Dougie saltó delante de él hacia la cocina. Todo estaba impecable, como siempre, y entonces divisó el pastel de carne. Con

cuidado se acercó a la cazuela —de la que alguien ya había sacado algo— y lo olió. Aún estaba tibio.

—Oh, Dios —gimió y cerró los ojos—. Si esto sabe cómo huele, estoy a punto de flotar al séptimo cielo. —Sin embargo, en realidad no le gustaba mucho ese plato.

Volvió a mirarlo con desconfianza, conocía el pastel de carne de Isla, nunca había olido tan bien y tampoco parecía tan jugoso. Ahora estaba seguro de que la vieja lo cocinaba tan mal a propósito. Tal vez el personal quería que renunciara al castillo y rechazara el título... Pero, ¿por qué? Él no les había hecho nada, hacía siglos que no estaba allí.

Ahora no, resolvió. No quería perder el apetito. Kenneth cogió un tenedor y pinchó directamente del molde. No era su estilo, pero tenía tanta hambre que no podía esperar más. En ese caso, sus buenos modales estaban olvidados y los platos sobrevalorados.

Increíble, estaba increíble. Este pastel sabía incluso mejor de lo que olía. Tenía que haberse equivocado de película.

—Mierda —gimió con la boca llena, sacudiendo la cabeza con una sonrisa—. Dougie, tienes que probar esto.

Cogió su cuenco y le llenó con un poco de la comida tibia.

—Sólo un poco, no queremos que te duela el estómago.

La respuesta fue un "jadeo, jadeo" y un babeo que haría honor a un boxer.

—Aquí tienes. —Kenneth puso el cuenco de Dougie a sus pies y el perro lo sorbió todo.

Saciado y satisfecho, Kenneth apartó la cazuela de un empujón, ahora sintiéndose mal. Quizá no debería habérselo comido todo.

—Vamos, Dougie —llamó al perro, tomó otro vaso de agua, salieron de la cocina y subieron.

CAPÍTULO 8



Ellie estaba parada en el parque del castillo y bajó el teléfono. Los pájaros cantaban en los árboles, una abeja pasó zumbando junto a su oído, pero apenas se dio cuenta. El desconcierto se apoderó de ella tras escuchar el mensaje de su colega Sabine, aunque lo esperaba en secreto. Sin embargo, ahora era oficial: todos los empleados habían sido despedidos con efecto inmediato, estaban en paro y no tenían perspectivas de encontrar un nuevo empleo. Las credenciales de un local cerrado por lavado de dinero no valen gran cosa. Un cierre temporal e imprevisto se había convertido en definitivo.

Ellie se agarró la frente y exhaló audiblemente.

—Bueno, supongo que hice bien en buscar primero un trabajo de limpieza —murmuró para sí misma y continuó su camino hacia el pueblo. Ese era su primer día libre y no quería pasarlo en su pequeña habitación del castillo. Es cierto que había una televisión, pero nada más que eso. Necesitaba ver a gente de verdad con la que pudiera hablar y de la que pudiera obtener una respuesta medianamente razonable. Por desgracia, Isla y Donald no eran candidatos adecuados para una charla. La idea la hizo reír casi histéricamente, los dos viejos gruñones eran uno menos hablador que el otro.

Ellie se dirigió a “La Linterna”, quizá Kendra tuviera tiempo para un café o una Coca-Cola. Hizo una mueca de dolor al darse cuenta de que Kendra no era su amiga, sino una empleada que había sido amable con una clienta. Mejor no confundirse. Tomó aire y entró en el bar.

—Hola —saludó y Kendra la saludó con una amplia sonrisa.

—Hola, qué alegría verte, empezaba a pensar que te habías ido sin despedirte.

Los ojos de Ellie se abrieron de par en par.

—No, yo no haría eso.

—¿Vas a quedarte más tiempo ahora? ¿Se puede soportar tanto tiempo en la tienda de camping?

Ellie se rio y se sentó en su autoproclamado asiento habitual.

—No, no se puede.

—Así que te rendiste después de todo. ¿Y en qué hospedaje te alojas ahora? —Kendra sacó el menú—. ¿Todavía lo necesitas?

Ella negó con la cabeza riendo.

—No, no lo necesito. Me gustaría una cerveza Cask Ale y pescado con papas fritas.

Quizá la comida frita la ayudara a digerir la noticia que acababa de recibir.

—Con mucho gusto. ¿Qué tal estás? ¿No te aburres de estar sola en las Tierras Altas?

—No me aburro en absoluto, al contrario. —Kendra no tenía ni idea de que limpiaba y fregaba de la mañana a la noche. Sólo tenía que enseñarle sus manos agrietadas y rojas y sus uñas todas rotas.

—¿Ah, sí? Escucha, hoy no hay mucho trabajo. Te haré el pedido y ¿te importa si te acompaño con una taza de té?

—No, en absoluto. Me encantaría. —dijo Ellie y sonrió feliz.

—Genial, ahora vuelvo. —La pelirroja escocesa se apresuró a ir a la cocina, pidió su pescado, pinchó una cerveza para Ellie, cogió su taza, luego volvió a la mesa y se sentó frente a ella.

—Acabo de enterarme de que he perdido definitivamente mi trabajo en Alemania —dijo abiertamente.

—Oh, lo siento —dijo Kendra.

Ellie frunció el ceño.

—Es raro, pero de alguna manera no me siento mal. —Era cierto, aunque había quedado impactada, sintió algo más: alivio.

—¿Por qué? ¿Tenías un jefe estúpido?

—Sí, eso también. Yo... —se estaba acalorando, no quería hablar del lavado de dinero y esas chorradas—. Empecé en el castillo —cambió de tema.

—¿Aquí en el castillo? ¿En el castillo de Kiltarff? —Los ojos de Kendra se abrieron de par en par—. ¿Isla está enferma?

—No, la mujer tiene la fortaleza de un oso.

Kendra soltó una risita.

—Más bien la de un elefante, diría yo.

—No quería decirlo así ahora. —Ellie dio un sorbo a su cerveza. Sabía fuerte y a malta, muy diferente a las cervezas industriales estándar. Realmente deliciosa—. Estoy empleada allí como criada. —Aunque Donald aún no le había dado un contrato ni nada por el estilo. Tendría que preguntarle cuando tuviera la oportunidad.

Un pliegue pronunciado apareció entre los ojos de Kendra.

—¿Criada? No puedo ni imaginarte con un plumero y un balde de limpieza.

—Yo tampoco podía hasta hace poco, pero... Bueno, es sólo transitorio.

—¿Tienes planes? No, probablemente todavía no. Puedo preguntar por ahí. Sería genial que te quedaras aquí y trajeras un soplo de aire fresco a nuestro pueblecito.

Ellie sintió que las comisuras de sus labios se curvaban hacia arriba.

—No pasa mucho aquí, ¿no?

—Oh... No, aparte del turismo, la verdad es que no. Los meses de verano hay mucho trabajo, así que en general está bien, supongo. Sino, ya no estaría aquí.

—¿Pero no tienes novio? —se aventuró Ellie.

—No, más o menos... Bueno, qué puedo decir. Conozco a los chicos de aquí desde que era un bebé.

—Pero, vamos, Colin de Girvan es atractivo y también lo es Stuart, de alguna manera, y el bombero... —Ellie agitó la mano delante de su cara—. Está muy sexi, ¿verdad?

Kendra se rio entre dientes.

—¿Te quedaste por uno de ellos?

—Oh, no. La verdad es que no. Estoy recién soltera y, para ser honesta, me mantengo alejada de cualquiera con demasiada testosterona en el futuro cercano.

—No sonaba así hace un momento.

—No te lo vas a creer, pero mi ex tiró todas mis cosas a la calle y me mandó una foto.

—¡¡¡No!!!

—Sí, lo sé, por suerte mis padres viven cerca y pudieron salvar la mayor parte de las cosas.

—Qué cerdo.

—Así es.

—Sí, es una razón para quedarte soltera por ahora, tienes que digerirlo.

—¿Y cuál es *tu* razón?

Ella se encogió de hombros.

—No sé, no hay ninguna razón especial. Simplemente aún no he conocido al chico adecuado. Y tampoco salgo mucho, mira a tu alrededor. Estoy detrás del mostrador, y los tipos que vienen suelen tener esposa o novia. A Escocia no se va solo de vacaciones, así que la mayoría no está disponible. —dijo y le dirigió a Ellie una mirada de disculpa—. No quise decirlo con mala intención, lo siento.

—No pasa nada. Mi situación era excepcional, en realidad mis vacaciones también deberían haber sido en pareja, si mi ex no me hubiera dicho en el camino que me engañaba desde meses antes...

—¡Por Dios, qué idiota!

—Puedes repetirlo todas las veces que quieras.

Sonó un tintineo en la cocina y Kendra se levantó de un salto.

—Ese debe ser tu pescado. Enseguida vuelvo.

Ellie tomó otro sorbo de la cerveza Cask Ale y se recostó en la silla. Aquel lugar era encantador y resultaba muy relajante que le sirvieran. Al mismo tiempo, le remordía la conciencia, porque hacía unos días les había dicho a sus padres que había prolongado sus vacaciones debido a la situación. Pero aún no les había dicho que pensaba trabajar allí o, mejor dicho, que ya había aceptado un trabajo. Seguro que su madre se enloquecería al enterarse de que había bajado de segunda jefa de cocina a señora de la limpieza. No tenía nada en contra de la gente que limpiaba, pero no era lo que quería hacer a largo plazo. No, por supuesto que no, solo era el camino hacia la meta.

Entonces por fin tendrías que hablar con Kenneth. Sólo pensar en el escocés de pelo oscuro hacía que su corazón latiera más deprisa. Desde que vivía en el castillo sólo lo había observado desde detrás de las pesadas cortinas de brocado, paseando con Dougie por el césped que rodeaba la orilla del lago. Y aún no había encontrado las palabras adecuadas para convencerle. Al mismo tiempo, se preguntaba si debería presentarle algún tipo de plan financiero ya, o si no era asunto suyo. Era tan inexperta a la hora de tratar con un posible alquilador... Kendra le trajo la comida y Ellie decidió dejar esos pensamientos para otra ocasión. Más tarde iría a la casita de botes para echarle un vistazo más de cerca, tal vez ya estuviera demasiado podrido y no fuera salvable en absoluto. De todos modos, el tema estaría cerrado.

Kenneth caminaba penosamente por el parque, enterrándose las manos en los bolsillos del pantalón. Acababa de terminar la llamada con el notario y de concertar una cita para la mañana siguiente en Inverness, estaba agitado y apenas podía pensar con claridad. ¿Hacía lo correcto? No lo sabía, sólo sabía que tenía que hacerlo. No había forma de evitarlo, y probablemente eso era lo que su padre había pretendido al redactar su testamento. Una tradición centenaria que Kenneth no podía desechar a la ligera. Tenía una responsabilidad con su herencia y su apellido que era mayor que él mismo. Aún no se lo había comunicado a Shirley, la llamaría al día siguiente, después del papeleo.

Primero tengo que aceptarlo yo mismo.

Dougie volvió a desaparecer en algún lugar de la maleza y Kenneth se preguntó qué encontraría tan interesante allí. Perseguir conejos no parecía ser su objetivo, con la cantidad de bichos que saltaban por todas partes, era casi imposible que una criatura tan enorme como Dougie no cazara alguno. Sólo tendría que abrir la boca y esperar a que alguno saltara por su propio pie en algún momento. Kenneth se alegró de que el perro no tuviera un instinto asesino de caza.

Apartó de una patada una piedra suelta y siguió caminando. Entonces, casi le cayó un rayo. Aquella turista estaba sentada de nuevo frente a la casita para botes. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, el otro día se había presentado como Ellie.

—Eh, ¿qué hace aquí? —refunfuñó.

Levantó la cabeza y el susto se reflejó en su rostro. Sus bonitos ojos verdes se abrieron de par en par y se puso pálida.

—¡Usted! Aquí.

Frunció el ceño y las comisuras de sus labios se crisparon.

—No finja, sabe que la casita para botes está fuera de discusión.

Él pensó que ella se había marchado hacía tiempo.

—Eh, sí, claro —balbuceó ella, y él se preguntó por qué estaba tan nerviosa. Se levantó y se quitó las hojas y la tierra suelta de los pantalones. A él le pareció un déjà vu.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí? —repitió su pregunta.

—Pensé que me había dado permiso para caminar por aquí.

—Sí, lo había hecho. Pero, ¿no dijo que se iría después de dos semanas?

—¿Se acuerda de eso? —Ella lo miró fijamente y él vio cómo su pecho subía y bajaba. Se humedeció los labios con la lengua y Kenneth se preguntó si sabrían tan bien como parecían.

Mierda, no le gustaba la dirección que estaba tomando su sangre. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que recordaba cada una de las palabras que había intercambiado con ella. Casi se había alegrado de verla allí. Tal vez el aislamiento en Kiltarff no le estaba haciendo tanto bien después de todo, si ya estaba deseando charlar con una turista molesta.

—Por supuesto que recuerdo a quién permito estar en mi terreno.

Tragó.

—Sí, por supuesto.

—¿Le gusta tanto Kiltarff que prolonga su viaje?

No sabía por qué le interesaba.

—Algo así, sí.

El silencio se extendió entre ellos. No era incómodo, era... Electrizante. Kenneth frunció el ceño irritado y se pasó los dedos por el pelo.

Dio un paso hacia ella y una brisa le envió un leve aroma a durazno y flores. Maldita sea, ¿por qué tenía que oler tan bien? Ni siquiera le gustaban las trigueñas con ropa funcional...

Hasta ahora, al parecer.

Tenía que ser el aislamiento y la falta de sexo de las últimas semanas. Desde los inútiles esfuerzos de Helena, había sido un tiempo muerto sin acción, y antes de eso tampoco había habido mucho. Y más ahora que se agitaba. Desgraciadamente. Con suerte ella no estaba prestando atención. Se estaba poniendo incómodamente caliente.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo ella y le miró con sus enormes e infinitamente profundos ojos verdes.

—Claro —respondió Kenneth, sentándose en una piedra para ocultar sus reacciones físicas.

Si estaba sorprendida, no lo demostró. En ese momento Dougie salió corriendo de entre los arbustos y saltó sobre Ellie. Ella se tambaleó y cayó al suelo. Directo a sus brazos.

Ella lanzó un grito agudo.

Él también.

Mientras tanto, Dougie le babeaba toda la cara.

—Fuera de aquí —gritó Kenneth y Ellie intentó levantarse.

La mantuvo con fuerza.

—¡Usted no! É". —Kenneth apartó la bestia con una mano—. El perro, quiero decir.

Ellie se relajó un poco y él descubrió que sus curvas se sentían muy bien en su regazo. Demasiado bien. ¡Maldita sea!

El aroma floral se intensificó y sus miradas se cruzaron al mismo tiempo. Descubrió pequeños destellos dorados en el verde de sus ojos, en los que no había destacado antes. Unas pestañas espesas y oscuras los enmarcaban, haciéndolos brillar aún más intensamente. En ellos había confusión y un extraño brillo que no podía identificar. Despertaron en él un anhelo que aceleró los latidos de su corazón. Sus labios estaban a escasos centímetros de los de Ellie, sólo tenía que inclinarse hacia ella y descubriría cómo se sentían. Suaves, calientes y húmedos, supuso. Divinos. Estimulantes. Celestiales, pensó, mientras miraba fijamente su boca.

No tenía ni idea de cuántos segundos habían pasado, le parecieron una eternidad y, sin embargo, demasiado cortos. Ellie se removió y rozó su erección con el trasero.

Se mordió los labios para reprimir un grito ahogado.

Socorro, la mujer era como un acelerante en un fuego humeante.

Una sacudida recorrió su cuerpo y se soltó de sus brazos.

—Lo siento —balbuceó, y él la soltó.

Era él quien debía disculparse. Maldita sea. Confundido como estaba, ni siquiera podía decir una frase correcta, así que se quedó callado. Ellie parecía sentir lo mismo. Se apartó un mechón de pelo de la cara y pasó de un pie a otro. Prefirió permanecer sentado y bajarse más el suéter. Así que tuvo que alzar la vista hacia ella y, por desgracia, su mirada se detuvo en su pecho abultado. Inmediatamente volvió la vista al suelo.

—Lo siento —repitió ella, dejándole claro que tenía que abrir la boca de una puta vez.

La idea le tranquilizó lo suficiente como para volver a pensar a medias.

—No, yo tengo que disculparme. Dougie es muy antipático, realmente no salta a nadie más. Odia a la gente.

—Es curioso que siga diciendo eso —le respondió ella con una risita. Dougie tomó asiento junto a ellos, con la lengua fuera, y miró fielmente de uno a otro—. Porque no lo parece en absoluto.

—Debería ver cómo gruñe a la gente en el castillo. O en el pueblo, ya ni siquiera voy allí con él.

Ellie se encogió de hombros.

—Algunos perros no confían en todo el mundo.

—Sí, pero, ¿por qué justamente confiaría en usted de entre toda la gente?

El brillo de sus ojos se apagó y él quiso abofetearse por su impertinencia.

—No quise decir eso, quise decir que ni siquiera le conoce.

—Los perros tienen una percepción completamente distinta a la nuestra.

—Sí, probablemente. —Se frotó la barbilla y se levantó. Por fin el caos hormonal de su cuerpo parecía regularse—. Quería preguntarme algo hace un momento, ¿verdad?

—Sí. —Volvió a pasar de un pie a otro y amasó las manos nerviosamente. Luego, le miró

directamente—. ¿Puedo alquilar la casita para botes?

Apretó los labios.

—Ya hemos tenido esta discusión.

—Sí, pero entonces dijo que no.

Se tambaleó y luego se echó a reír.

—Y va a seguir diciéndomelo hasta que diga que sí, ¿verdad? Entonces le prometo que el infierno se congelará antes de que alquile este lugar. Además —pateó una tabla con el pie—, la cosa está destartalada.

La vio estrecharse y la admiró por su valentía. No mucha gente era tan persistente como esta personita.

—Yo lo arreglaría.

Gruñó:

—De ninguna manera.

—¿Por qué no?

Realmente, su persistencia le impresionó. Por alguna razón que se le escapaba, quería saber qué la impulsaba. Por qué exactamente esta maldita casita para botes que hubiera sido mejor nunca construir...

—No es asunto suyo —exhaló —.

—¿Para qué la quiere? No es apta para vivir.

—No me gustaría vivir en ella.

Perdió la paciencia. No, realmente no quería saberlo. Su padre debería haber derribado la casita. Eso habría sido lo correcto. En cambio, la maldita cosa seguía allí después de todo este tiempo, como si nada hubiera pasado.

—¿Sabe qué? De todas formas, no me importa. Olvídese de eso, busque otro sitio para lo que sea que esté planeando hacer. ¿Está claro?

La vio tragar de nuevo y casi se arrepiente por su tono brusco. Por otro lado, aquella mujer tenía que darse cuenta por fin de que allí no podía hacer lo que le diera la gana.

Fin de la historia.

CAPÍTULO 9



Rendirse, sí, tal vez debería rendirse. De todas formas, había sido una idea estúpida. ¿Cómo se suponía que iba a montar un restaurante completamente sola en las Tierras Altas de Escocia? Absurdo, estúpido y condenado al fracaso.

Odiaba limpiar, odiaba pasar la aspiradora, pero le encantaba cocinar. Aquí nunca podría vivir ese sueño que siempre aparecía delante de sus ojos en cuanto los cerraba. Kenneth había sido claro. Varias veces y con mucha firmeza.

Un no era un no, y siempre sería así. “Antes se congelaría el infierno”, resonaba en su cabeza.

Ellie picó la cebolla con más fuerza de la necesaria, como si esperara destruir su depresión tanto como la cosa blanca que tenía en las manos. En algún momento se dio cuenta de que la cebolla pronto sería puré y apartó el cuchillo.

Hundió las manos en la masa quebrada, que quería amasar bien una vez más antes de extenderla. Ya había anochecido hacía rato, hoy llegaba tarde porque había ido a tomar algo con Kendra. Habían encontrado a Stuart y Colin y charlado un rato, fue una tarde agradable en realidad, si no hubiera tenido que estar pensando en lo que había pasado por la tarde. No era sólo la negación de Kenneth lo que le molestaba, por desgracia eran sus fuertes brazos, su cuerpo bien tonificado y su voz sonora lo que la mantenía pensando en él.

Ellie suspiró pesadamente y se detuvo un momento. Bajó los hombros y cerró los ojos. ¿Qué estaba haciendo realmente allí? Estaba de pie en la cocina de un castillo donde ni siquiera se le permitía cocinar, soñando con ser besada por un hombre totalmente desconocido que acababa de perder a su esposa.

Probablemente estaba a punto de volverse loca, o quizá ya era demasiado tarde, no lo sabía.

Un sonido que no encajaba en su rutina llegó a sus oídos, pero estaba demasiado ocupada consigo misma para prestarle atención. Al momento siguiente oyó la misma voz en la que no dejaba de pensar.

—No me lo puedo creer. ¿Qué demonios está haciendo en mi cocina? —No parecía enfadado, al contrario, parecía sorprendido, tal vez incluso un poco divertido.

Mierda. Estaba aquí. La había atrapado.

¿La echaría ahora?

¿O tal vez denunciarla? No, eso no era posible, ella era empleada, aunque él no supiera nada.

¿Posiblemente la arrebataría entre sus brazos y la besaría?

No, definitivamente eso no. Mucho menos eso. Sin duda había interpretado algo

completamente equivocado en aquella extraña situación de la tarde.

La soledad le hacía cosas extrañas. Era absurdo desperdiciar siquiera un pensamiento en ser besada por un hombre completamente inaccesible que no le convenía en ningún aspecto.

¿Ella quería eso realmente?

No, en absoluto.

Le había dicho a Kendra esta misma tarde que necesitaba alejarse de todos los seres con testosterona. Y que Kenneth tenía suficiente de eso. Oh, sí, eso estaba claro. Era más masculino de lo que Alexander sería jamás después de cualquier tratamiento hormonal.

Ella dejó escapar un suave suspiro y la penetrante mirada del señor del castillo le dijo que estaba esperando algo. Una de sus oscuras cejas se alzó.

Ah, sí, aún no había contestado. Qué estúpida.

—¿Y? ¿Qué hace aquí? —repitió de nuevo y se acercó.

—¿Cocinar? —respondió ella, raramente estúpida.

Ella esperó el trueno, pero en lugar de eso, él gruñó y sacudió la cabeza.

—Cocina, ah. —Resopló como si aún no pudiera creerse que se hubiera encontrado con ella en la cocina de sus sirvientes—. Ya lo veo, pero, ¿por qué está en mi cocina, en mi casa?

La pregunta era de esperar, pero al mismo tiempo se alegró de que no le gritara ni la sacara a rastras.

—Bueno, difícilmente se puede llamar a esta estructura “casa”. —Su mirada la dejó en silencio, pero sólo por un momento, luego se corrigió—. Bueno, quiero decir, es una bonita casa, por supuesto, aunque yo preferiría decir castillo.

Kenneth torció los labios en una débil sonrisa que hizo que su estómago diera una voltereta. —Ellie —empezó de nuevo, hablando con la misma suavidad y delicadeza con la que hablaría a un niño pequeño al que le estuvieran diciendo que ya es hora de dejar de comer dulces antes de que le duela la barriga—. Dígame por qué ha entrado aquí. Lo entiendo, claro. Está de camping, a la larga no le apetecen más galletas y patatas fritas de bolsa. Pero es consciente de que el allanamiento de morada no puede ser la solución, ¿verdad?

A Ellie se le cortó la respiración, estaba tan sorprendida por sus conclusiones que no pudo replicar.

Se acercó aún más y ella pudo sentir físicamente su poder y su presencia. Era absurdo, pero le resultaba atractivo de verdad. Él, el amargado y viudo. Ese pensamiento la desilusionó.

—No es así —empezó.

—Ha estado haciendo esto ya durante unos días, ¿no?

Ellie asintió.

—¿La comida de la nevera eran sobras de lo que cocinó usted?

Asintió una vez más.

Vamos, dile que eres la nueva criada aquí.

No podía. Por alguna razón, ni ella misma lo entendía.

—¿Cómo ha entrado?

—¿Por la puerta?

—Deje de responder preguntas con preguntas. —La miró con severidad.

—Sí, por supuesto.

—¿Robó algo?

Ellie tomó aire siseantemente.

—¿Qué? No, claro que no.

—Bien, yo tampoco pensaba que fuera así.

No sabía por qué, pero le alegraba que él no pensara que era una delincuente. Bueno, excepto por lo de allanamiento de morada. Él pensó que ella había forzado una cerradura por desesperación para hacerse algo de comer. Eso era casi lindo. Algo así.

—¿Quiere alquilar la casita para pasar la noche en ella? —Ella quiso decir algo, pero él levantó la mano—. Olvídelo, no me importa en este momento. —Él inclinó la cara sobre su bol y luego la miró. Su estómago gruñó con fuerza—. ¿Qué está cocinando?

Ellie notó que las comisuras de sus labios se movían hacia arriba.

—Yo... Iba a preparar una quiche de calabacín. Además tengo lechuga, iba a preparar un aderezo de naranja para acompañarla enseguida.

Le vio tragar. Sus pupilas estaban dilatadas.

—Eso... Suena bien.

A Ellie le costaba respirar, ¿dónde se había metido el oxígeno de repente?

—¿B-bien? —balbuceó.

Kenneth se acercó más, tanto que ella pudo sentir el calor que irradiaba su cuerpo en cada célula.

—Siga cocinando —le susurró cerca del oído. A ella se le puso la piel de gallina y se estremeció—. Pensaré qué hacer con usted mientras cocina.

Estuvo tentada de inclinar la cabeza y ofrecerle su cuello, pero justo a tiempo recordó que era mejor no hacerlo.

Sin embargo, no pudo evitar que en su mente aparecieran imágenes sucias de ella y él sobre la superficie de trabajo donde se suponía que estaba extendiendo la masa.

Sacudió la cabeza para disipar esas imágenes... Que nunca se volverían realidad.

—¿No? —preguntó, dando un paso a un lado—. ¿No quiere continuar? —Ellie jadeó como un pez fuera del agua—. Supongo que tendré que llamar a la policía después de todo.

Ellie se preguntó si hablaba en serio. O ella seguía cocinando o él la haría arrestar...

Los labios de Kenneth se torcieron en una amplia sonrisa. Eso era bueno, incluso muy bueno, y entonces lo comprendió.

—Oh, ahora lo veo.

¿Cómo había podido tardar tanto?

Porque tu cerebro sólo pensaba en una cosa, y era dejar que te metiera mano y te echara un polvo.

Ellie respiró hondo.

—Era usted quien siempre se comía las sobras, no Isla.

—¿Isla? No. —Se golpeó la frente con la palma de la mano—. Y yo, estúpido, pensaba que Isla cocinaba mal a propósito para librarse de mí.

Ellie no lo entendía.

—¿Por qué haría eso?

—Me preguntaba lo mismo.

Sus miradas se cruzaron y se rieron. Sacudiendo la cabeza, siguieron mirándose fijamente, cada uno perdido en su propio malentendido.

—Vamos —la instó finalmente—. Tengo hambre.

—Muy bien —respondió ella, cogiendo con decisión el rodillo para extender la masa—. Mientras tanto, ¿puedo ofrecerle un vaso de vino?

Kenneth sonrió.

—Parece que se ha instalado bastante bien aquí, teniendo en cuenta que es mi casa.

Uy.

—Bueno, eh. —El calor se encendió en las mejillas de Ellie.

—¿Qué tipo de vino tengo en oferta?

Cogió los calabacines y los cortó en trozos pequeños.

—Creo que un Riesling ligero iría bien con la quiche. Creo que he visto uno en la nevera. — Evitó mirarle directamente. De hecho, ese día había comprado los ingredientes en la gasolinera-barra-supermercado y, en consecuencia, estaba muy segura de que el Riesling sería razonablemente bebible.

Ella dejó el cuchillo y quiso ir a la nevera, pero él la sujetó por la muñeca. Una descarga eléctrica la atravesó, él también pareció notarlo, porque de repente la miraba como si tuviera la peste. O algo parecido. En cualquier caso, él la soltó espontáneamente, haciendo que ella se balanceara ligeramente.

—Yo lo haré —le devolvió, un poco sin aliento, y le dio la espalda. Tenía una espalda bonita y un trasero aún más bonito, que estaba puesta en escena perfectamente con los jeans de azul oscuro.

Apresuradamente, apartó la mirada antes de capturarlo por fin para asegurarse de que estaba tan deseable como parecía. Ella estaba definitivamente fuera de sí.

—¿Quiere un vaso también? —preguntó él.

Se le escapó un "con gusto" y finalmente extendió la masa.

Ellie se sintió observada, pero tuvo cuidado de no levantar la vista. De lo contrario, él podría ver lo que ella había estado pensando todo el tiempo, y eso sería más que vergonzoso. Incluso más embarazoso que ser confundida con un ladrón. Se ahorró cualquier comentario, de todos modos, de su boca sólo saldrían tonterías incoherentes, de eso al menos estaba segura.

Sin decir palabra, le puso un vaso y se sentó en la superficie de trabajo frente a ella. Ella sintió que él la observaba, dejando que su mirada se deslizara por su pelo, sus manos y su trasero.

“Igualdad de derechos para todos”, pensó y sonrió. Se preguntó cuál habrá sido su veredicto.

No, preferiría no saberlo.

Sus caderas eran un poco demasiado anchas y sus piernas demasiado cortas. Era normal, no lo que le gustaría a un conde. No es que conociera a muchos condes para poder juzgar eso...

“Mierda, contrólate”, se llamó a sí misma al orden y finalmente se concentró en la mezcla de nata, verdura y huevo que ahora estaba vertiendo en el molde sobre la masa quebrada.

Mientras esperaban a que la quiche estuviera lista, hablaron un poco de cosas triviales hasta que de repente él dijo:

—Será mejor que no pregunte más sobre cómo es que está en mi cocina cocinando para mí. Hagamos como si fuera normal. —Giró la copa de vino que tenía en la mano—: ¿De dónde es?

—De Hamburgo —respondió Ellie,

—Bonito pueblo, allí llueve casi tan a menudo como aquí, ¿verdad? ¿Cómo le gusta en las Tierras Altas, de todos modos?

—Es muy diferente de lo que esperaba.

¿En qué sentido?

Se encogió de hombros.

—Bueno, para ser sincera, no lo había pensado mucho antes. Pero me había parecido exagerado que todos los que han estado alguna vez en Escocia se queden extasiados. El cielo azul, los pastos verdes, los profundos lagos y la naturaleza áspera y yerma, las viejas cabañas, las

numerosas chimeneas en los tejados... Siempre pensé que no podía ser tan hermoso en la vida real.

—¿Y entonces?

—Es estúpido —parpadeó y sonrió tímidamente—, pero es mucho más bonito que todas las postales románticas y de ensueño que se pueden comprar. Ninguna foto o película del mundo puede mostrar Escocia como es en realidad. Me quedé realmente alucinada, incluso sólo por el aire fresco. Es pura locura.

Kenneth sonrió satisfecho y ella se sintió molesta por haberse extasiado tanto. Debía de creerla estúpida o ingenua.

—Hablé demasiado.

Kenneth sacudió la cabeza.

—En absoluto, me gusta mucho escucharle. Y, para ser sincero, hace poco sentí lo mismo que usted. He estado fuera un tiempo y ahora lo veo todo aquí de nuevo con ojos completamente diferentes.

—¿Ah, sí?

Una sombra recorrió su rostro y se apartó un momento.

Maldita sea, ahora se las había arreglado para recordarle a su esposa muerta.

—Yo, eh, iré a ver la quiche, debería estar lista pronto. No se preocupe, tampoco seguiré charlando con usted. Es que hablo demasiado. —Se levantó e hizo un gesto como de cerrar la boca—. Silencio. Silencio absoluto. No oír nada más de mí. Nada de nada. Silencio.

—Ellie —la interrumpió.

—¿Sí?

—Está hablando todavía.

—Oh. Mierda. Sí, lo sé, siempre hago eso cuando estoy nerviosa. Estúpido hábito.

—¿Por qué está nerviosa?

Mierda. Volvía a hablar fuera de lugar.

—Por la quiche —le dio la espalda y miró dentro del horno—. Tengo curiosidad por ver si le gusta.

No lo dudo, sólo el olor me hace flaquear.

Le oyó servir vino en ambas copas. Le hubiese gustado beberse todo de un trago, quizá así se le pasara el nerviosismo.

No, probablemente no. Sólo hablaría aún más. Mejor que se contuviera. En realidad, no hablaron mucho durante la cena, pues Ellie disfrutaba viendo cómo Kenneth celebraba cada bocado. De vez en cuando suspiraba suavemente, cerraba los ojos y gruñía de placer.

—¿Va a volver a entrar aquí mañana? —le preguntó en un momento dado, y el tiempo se detuvo mientras se miraban profundamente a los ojos.

—¿De qué tendría hambre? —preguntó ella, sintiendo que el corazón le martilleaba contra las costillas.

—Hace siglos que no como un buen bistec. Nada de tarta, por favor, aunque estaba exquisita. Pero... Bistec con mantequilla de hierbas, ¿puede hacer eso?

—Mantequilla de hierbas, mi ejercicio más fácil —respondió, sonriendo con orgullo.

—¿Papas gratinadas con eso?

—Ahora se pone exigente...

—Muy bien, papas fritas serán suficientes.

—No, estaba bromeando. Gratinadas, está bien. ¿Con guisantes o prefiere una ensalada?

—Vino tinto, veré si tenemos en el subterráneo.

—Bueno, haré una ensalada para acompañar.

Kenneth se dispuso a recoger su plato, pero Ellie lo detuvo.

—Por favor, no lo haga, yo lo haré. Es lo menos que puedo hacer.

—¿Le doy algo de dinero para ir de compras? Sí, por supuesto, espere, voy a buscar...

—¡No! —Ella lo sujetó por la camisa—. ¡Eso está fuera de discusión!

—Pero, quiero decir, tiene que entrar aquí porque obviamente no puede pagar la comida en el restaurante, así que sería...

—Kenneth —le dijo en voz baja, evitando su mirada.

Dile, dile que estás empleada aquí. Dile que quieres convencerle con tus habilidades culinarias para alquilar la casita para botes.

Pero no podía hacerlo, él sabría que le planchaba sus interiores, sabría que le hacía la cama todos los días. No, no podía. Además, tenía miedo de otro no.

—Por favor, déjeme hacer la compra. No es ningún problema —dijo en su lugar.

Cogió su mano y la estrechó con fuerza. Su piel era seca y cálida, sus dedos fuertes y hermosos.

—Muy bien, entonces usted consigue los ingredientes. ¿Qué le parece a las nueve?

Vaya, eso fue casi como una cita. En sí, también lo era, una cita para cocinar. Ella cocinaba, él comía, exactamente lo que ella quería. Sólo unos pocos platos más y entonces ella le diría cuál era su plan...

—¡Perfecto! —exhaló aliviada.

Podía soltarle la mano y marcharse. Pero ella no quería que la soltara. La expresión de sus ojos la hizo respirar más rápido.

—Buenas noches —su voz sonaba más áspera que de costumbre—. Que duerma bien.

—Usted también.

—También podríamos omitir el estúpido usted —sugirió él, para sorpresa de ella.

—De acuerdo —respondió Ellie con un cosquilleo en el estómago.

—Buenas noches, Ellie.

Buenas noches, Kenneth.

Luego, le soltó la mano y salió de la cocina a grandes pasos. Desde fuera oyó un suave silbido y luego cuatro patas que se acercaban a toda prisa.

—Vamos, viejo saco de pulgas, vamos a dar otra vuelta.

Ellie no sabía qué hacer ni qué decir. Se sentía extraña, como si flotara a unos centímetros del suelo.

¡Mañana le cocinaría el mejor bistec de su vida!

CAPÍTULO 10



Kenneth estaba sentado en el despacho del notario y empezó a firmar con su pluma estilográfica. Dudó un segundo, la mano le temblaba un poco. Si lo hacía ahora, no habría vuelta atrás. Los rayos de sol entraban por la ventana, las partículas de polvo se arremolinaban en la luz y brillaban como si estuvieran hechas de oro.

“Hazlo”, se animó, y dejó que el bolígrafo se deslizara sobre el papel. Lo único que pudo oír, además de los latidos acelerados de su corazón, fue un suave rasguño. Dejó la Montblanc a un lado y le acercó los papeles al señor Jefferson.

—Aquí tiene.

—Muchas gracias, Sr. MacGregor. Eso nos deja con sólo unas pocas formalidades para completar.

“¿Qué más?”, se preguntó, pero sólo asintió sin decir palabra. Aún no estaba seguro de si debía reírse o llorar, celebrarlo o emborracharse de desesperación.

—Los poderes, por supuesto. Ahora tendrá acceso a todo lo que pertenecía a su padre. Cuentas bancarias, acciones, depósitos y demás. También tenía una caja de seguridad en el Royal Bank of Scotland, aquí está la llave.

Kenneth tragó cuando el hombre mayor se la entregó. Le siguió una carpeta con más papeles.

—Todo está listado aquí, mi oficina enviará las cartas oficiales a las oficinas apropiadas así que debería tener acceso a todo en breve. ¿Su dirección?

—¿Qué dice?

—¿Dónde quiere que envíe la correspondencia?

Kenneth respiró hondo y tomó una decisión.

—Me quedaré en el castillo de Kiltarff por el momento, hasta que tenga una visión general de todo.

Inmediatamente le remordió la conciencia, sí, era consciente de que tendría que buscar un fisioterapeuta en el sitio. Matt le había dejado claro que sólo estaría disponible para él en Londres. “Más tarde”, resolvió en sus pensamientos.

—¿Tiene alguna pregunta? —preguntó el Sr. Jefferson.

—No, de momento no. —Le hizo un gesto con la cabeza y se levantó.

—En realidad sólo debería llevar unos días.

—Espere, sí tengo una pregunta más —dijo Kenneth—. ¿Sabe quién se hacía cargo de sus asuntos?

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero al papeleo, a la organización. Cosas cotidianas, como pagar facturas, seguros y demás.

Mr. Jefferson se encogió de hombros.

—Me temo que no puedo decirle eso, nunca he visto a su estimado padre en compañía de una secretaria. Por lo que sé, él mismo administraba sus propiedades.

—Fue capaz de hacerlo hasta el final... —murmuró Kenneth más para sí mismo.

—El ataque al corazón fue muy de repente para todos nosotros, por supuesto que ya no era el más joven, pero...

—Sí —dijo Kenneth—. Fue muy de repente. —Se enderezó y tendió la mano al notario.

—Lámeme cuando quiera si se le ocurre algo más.

—Muchas gracias, quizás una cosa más. ¿Qué tan bien conocía usted a mi padre?

—Bueno —se frotó la barbilla—. Bastante bien, diría yo, ¿por qué?

A Kenneth le abandonó el valor; había querido preguntarle cómo había sido su padre. ¿Se sentía solo o estaba contento con su vida de ermitaño? Todos estos años había reprimido cualquier pensamiento sobre él, podía recordarlo como solía ser antes: autoritario y no muy cordial. Probablemente no había cambiado mucho en los últimos años.

—No pasa nada, sólo me preguntaba por qué me lo dejó todo a mí, excepto el terreno, claro. En cierto modo esperaba que mi hermana lo heredara todo, lo que habría sido completamente comprensible para mí.

El Sr. Jefferson miró a Kenneth con una mirada insondable y luego suspiró suavemente.

—Su padre esperaba hasta el final que el contacto entre ustedes mejorara.

Kenneth casi se echó a reír. ¿Esperaba que el contacto mejorara? Hacía siglos que no intercambiaban ni una sola palabra. No había intentado ponerse en contacto con él ni una sola vez: ni por Navidad, ni por su cumpleaños, nunca. Ni siquiera después de su accidente.

—Estoy seguro de que mi padre habría tenido formas de averiguar mi número de teléfono o mi dirección si le hubiera interesado.

—Lo hizo, créame.

Kenneth lo dudaba. Más que eso, estaba seguro de que su padre había sido muy consciente de que él era el culpable del silencio radiofónico. ¿Cuánto sabía el notario de su pelea? De que su padre no había estado de acuerdo con su elección de profesión y que finalmente le había dado a elegir: dejaba el polo como hobby y se dedicaba a una carrera decente, como Derecho o Administración de Empresas, o cortaba todo contacto con él, dejando de ser su hijo.

Bueno, Kenneth nunca se había dejado chantajear por nadie, así que se fue.

—¿Por qué está tan seguro?

Una leve sonrisa, algo melancólica, apareció en el anguloso rostro del notario. —¿Estaría aquí de otro modo, muchacho?

La frase permaneció un rato en la habitación hasta que Kenneth se dio cuenta de que el notario tenía razón.

—Parece que era demasiado terco como para disculparse conmigo.

—Siempre hay dos caras, si se me permite la expresión.

—Por favor, se lo he preguntado. Bueno —se aclaró la garganta— mi padre ha fallecido y nadie podrá respondernos a estas preguntas. Le pido disculpas por las molestias. —Una vez más le estrechó la mano y salió con los documentos y la llave del casillero.

Frente al viejo edificio del siglo XVIII, Kenneth se detuvo y respiró hondo. Así que había sucedido, aunque hacía años que había jurado que nunca sucedería. Ahora era oficialmente el conde de Glencairn. Un extraño sentimiento que no era ni alegría ni ira se extendió por su pecho.

No podía comprenderlo ni nombrarlo, pero estaba ahí. Definitivamente.
Esperemos que algún día no se arrepienta de esta decisión.

Una hora más tarde estaba sentado en su Land Rover, agarrado al volante con ambas manos. A su lado, en el asiento del copiloto, había una caja cerrada con llave: el contenido de la caja de seguridad que había anulado anteriormente. La carpeta con los demás documentos yacía en el asiento trasero. Todo junto no pesaba más que unos pocos kilos, pero él se sentía como si llevara una carga de toneladas, y ni siquiera había mirado dentro todavía.

Sonó su teléfono, pero no contestó al ver que era Helena. Seguramente sólo quería preguntarle cuándo volvería por fin a Londres. No podía hablar de eso ahora, primero tenía que pensar y aceptar los últimos cambios en su vida. A Helena no le haría mucha gracia que se quedara aquí unas semanas, hasta que lo tuviera todo resuelto, o *lo que fuera todo*. Al mismo tiempo, y esto le preocupaba un poco, no le importaba lo que ella pensara. En el fondo, estaba claro lo que había que hacer. Tenía que poner fin a esta relación que no iba a ninguna parte. No lo haría con una simple llamada telefónica, después de todo, tenía el suficiente tacto como para decírselo en persona, en privado.

Kenneth suspiró y volvió a concentrarse en la carretera con curvas. Eligió intencionalmente la ruta más lenta que le llevaba al este del lago Ness, desde Inverness hasta Kiltarff. No había estado allí desde hacía mucho tiempo, pero pocas cosas habían cambiado. Una pequeña aldea tras otra bordeaban la estrecha carretera. De vez en cuando, el profundo y largo lago podía verse entre densos árboles. El sol se reflejaba en el agua, era un día precioso. Kenneth no sabía muy bien si el poder de allí arriba intentaba burlarse de él. La lluvia y el viento azotador los habría entendido, acompañando al recién nombrado conde en su camino de regreso a su centenario castillo, donde viviría solo a partir de ahora. Pero, ¿el sol? Le parecía una broma de mal gusto.

—Mierda —murmuró. Su imaginación se le fue de las manos, como si el tiempo representara algún tipo de presagio.

Se rio y sacudió la cabeza contra sí mismo. En lugar de eso, intentó disfrutar del viaje, bajó la ventanilla y dejó que el viento soplara alrededor de su nariz. Subió el volumen de la radio y sonaba la canción de U2 *"I still haven't found what I'm looking for"*.

Ahora sólo le quedaba una cosa por tachar de la lista: su hombro. Ojalá fuera tan fácil. Hizo una mueca mientras reducía un poco la velocidad. La pendiente aumentaba, sabía exactamente que, tras la siguiente curva, Kiltarff y los tejados del castillo serían visibles. Pronto estaría en casa.

“En casa”, una expresión extraña. No estaba seguro de si encajaba, el castillo no había sido un verdadero hogar para él, en cualquier caso. No después de la muerte de mamá.

Hizo a un lado ese pensamiento y se dirigió al centro del pueblo, estacionó el Land Rover y se bajó. El barco turístico acababa de salir para una excursión en la que, una vez más, los invitados no encontrarían a Nessie. Algunos asiáticos estaban de pie junto al Canal de Caledonia tomándose fotos, tomándose selfis, un bus de viajes cerró sus puertas y arrancó el motor con un fuerte estruendo.

Kenneth miró a su alrededor y vio la consulta del médico local, sobre la que había otro cartel. Fisioterapia, masajes y acupuntura.

—Ya está —refunfuñó, subiendo los tres escalones y abriendo la puerta de un empujón. Estaba fresco en el pasillo y las viejas tablas del suelo crujían bajo sus pasos. Kenneth empujó la manilla y entró en la consulta compartida. Detrás del mostrador blanco de recepción había una mujer de mediana edad que lo saludó con una sonrisa.

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, necesito una cita para fisioterapia.

—¿De qué se trata?

—Mi hombro.

—¿Cuándo tenía en mente?

—Enseguida.

Ella le miró irritada.

—¿“Enseguida”? ¿Con eso quiere decir ahora?

—Así es.

—Así que no tiene cita, ¿lo he entendido bien?

—No, no tengo, esperaba que usted pudiera darme una. —Kenneth se estaba impacientando, no tenía muchas ganas de discutir durante horas. Por otra parte, era consciente de que en realidad no podía esperar que le atendieran inmediatamente.

—¿Hay algún problema, Penny? —Un hombre canoso y enjuto salió de una sala de tratamiento. Llevaba pantalones blancos y un polo amarillo limón. A Kenneth le resultaba familiar.

—No —respondió Kenneth, dirigiéndose a la señora.

—El señor quería pedir una cita para fisioterapia —informó Penny a su jefe.

—Muy bien, entonces, venga conmigo —dijo el anciano con buen humor.

—Pero... La señora Shepherd llegará en un minuto —protestó Penny.

—Está bien, dile que se siente un momento en la sala de espera.

Kenneth no dijo nada, pero siguió al caballero hasta la sala de tratamiento. Cerró la puerta tras de sí.

—Has crecido —dijo entonces.

Kenneth frunció el ceño.

—A mí también me gustaría poder decirle algo bonito, pero no tengo ni idea de quién es usted.

—Eso es algo, chico. Ya no me conoces, ¿no?

—Lamento...

—Soy Angus Sinclair.

—¡Angus! —Por supuesto, recordó, Angus ya se había ocupado antes de sus dolores más o menos leves. Como son los niños pequeños, Kenneth también se había sobreestimado de vez en cuando, se había caído de un árbol o se había torcido un pie. Cuando eso había sucedido, habían llamado a Angus al castillo. Kenneth se avergonzó de no haberlo reconocido inmediatamente. "Ha pasado mucho tiempo", dijo finalmente, mirando a Angus directamente a los ojos.

—¿Cómo estás?

—Bueno", empezó y suspiró suavemente—. Supongo que ya se habrá corrido la voz sobre mi padre.

—Por supuesto. Mis condolencias.

—Gracias.

—¿Y ahora vuelves a Kiltarff más a menudo?

—Ya veremos. De todos modos, por ahora estoy aquí por mi hombro.

—¿Cuál es el problema?

—Tuve un accidente, me rompí y me lesioné un tendón, que hubo que operar.

—¿Y ahora está causando problemas?

—Se podría decir así. —Kenneth retorció la cara.

—Entonces quítate la camisa.

—¿No necesitas rayos X o algo así?

—No.

Kenneth no sabía si sorprenderse o temerse lo peor, pero se quitó la camisa de todos modos y la colgó sobre una silla que había frente al escritorio de Angus.

—Siéntate por favor, has crecido tanto que es difícil trabajar así. —Angus sonrió ampliamente, luego su mirada se posó en la cicatriz.

—No hace mucho, ¿no?

—No. El problema es que no puedo jugar así.

—Eres muy bueno, ¿no?

—¿Sabes que soy jugador de polo?

—Por supuesto, todo el mundo aquí lo sabe.

Kenneth no sabía qué decir a eso. Angus le puso las manos en los hombros y empezó a palparlos. Presionó aquí y allá, luego levantó el brazo y Kenneth apretó los dientes por precaución. El dolor lo atravesó como una descarga eléctrica caliente que amenazaba con partirlo en dos. Jadeó.

—¿Tan mal está?

¿Qué pensaba? ¿Que estaba practicando para Hollywood?

—Sí —dijo Kenneth.

Angus llevó suavemente el brazo hacia atrás y luego palpó los músculos de la espalda y el cuello. Emitió unos cuantos “ahs” y “hms” que Kenneth no pudo interpretar.

Finalmente, Angus dio un paso atrás, acercó una silla y se sentó frente a Kenneth.

—¿Cuándo quieres volver a jugar? —preguntó Angus muy tranquilo.

Kenneth se quedó perplejo, había esperado que anotara algunos masajes y pomadas.

—Eh... —fue todo lo que pudo decir.

—¿Lo antes posible mejor? —concluyó Angus.

Kenneth no pudo evitar reírse.

—Bien acertado.

La expresión del anciano se volvió seria.

—Me temo que eso no va a suceder.

—¿Perdón?

—El hombro está rígido, la cicatriz abultada y supongo que el hueso tampoco ha cicatrizado bien. ¿Qué clase de chapucero te ha remendado?

—¿Tienes ojos de rayos X?

—No, pero sí mucha experiencia.

Kenneth quiso levantarse de un salto e irse, pero algo en la mirada de Angus lo detuvo.

—¿Qué, vas a explicarme después de tres minutos que mi hombro nunca volverá a ser utilizable?

—No, yo no lo diría así. Pero para el deporte profesional lo veo difícil, a no ser que quieras llevar el brazo permanentemente en cabestrillo dentro de cinco o diez años.

—Eso es mentira. —Se negó a creer las divagaciones de un anciano.

Pero entonces, ¿por qué no se levantaba y se iba? Algo le retenía.

—Puedo intentar trabajar contigo, Kenneth. Pero te diré ahora mismo que las posibilidades de que te libres del dolor si sigues jugando son escasas.

—Hay inyecciones y analgésicos para eso.

Angus entrecerró los ojos.

—Los hay, pero aquí hay que preguntarse, ¿merece la pena arruinarse la salud durante tres o cuatro años en el deporte profesional?

—Bueno, eso es asunto mío. Sólo quiero que me arregles el hombro.

—Nadie puede arreglarte el hombro, muchacho.

Maldita sea. Tragó.

—Ya está, eres la primera persona que me lo dice tan abiertamente. No sé si me gusta.

—Entonces, los otros simplemente no tienen las pelotas para decir la verdad. Es obvio, Kenneth, tú mismo te das cuenta, por qué si no, no hubieras venido.

Durante unas cuantas respiraciones, Kenneth se preguntó qué hacer. ¿Debía creerle, gritarle o seguir cerrándose a la verdad? Era difícil, pero con cada latido sucesivo le llegaba también el mensaje.

—¿Se acabó?

Angus suspiró y levantó los hombros.

—Estoy seguro de que ya has sopesado la idea antes.

Le ardían los ojos y se le hacía un nudo en la garganta. Recordaba el accidente con tanta claridad que aún se sentía mal cuando pensaba en ello. Su caballo se había doblado, había caído y le había sepultado bajo su cuerpo. El estruendo de los huesos rotos aún resonaba en su cabeza. Se le ponía la piel de gallina y sentía náuseas en el estómago.

Angus le puso una mano en el hombro sano.

—Kenneth —se dirigió a él con suavidad, devolviéndole a la realidad.

—Sí, he tratado con esta situación, pero no puedo rendirme.

—Entiendo.

—¿Qué sugieres?

—Quítate la camiseta otra vez. —Angus se frotó la frente—. Te lo digo ahora mismo, esto va a doler.

—No me importa.

—Tendrás que venir a verme todos los días durante un tiempo.

—Eso no es problema.

—Es posible que sea en vano.

—Entiendo.

—¿Todavía lo quieres?

—Sí.

—Eso es lo que pensaba. Vuelve a sentarte.

Kenneth se preguntó si debería pedir un palo de morder para metérselo entre los dientes. Tenía la extraña sensación de que sería peor que sólo dolerle.

Ellie estaba emocionada. Negarlo no ayudaba, ya había intentado todo lo posible para disipar su nerviosismo. No dejaba de mirar el reloj, ya eran las nueve y cuarto y Kenneth aún no había aparecido por la cocina. Quizá había entendido algo mal...

No, él había dicho a las nueve, estaba segura. Había repasado su conversación de la noche anterior al menos cien veces mientras limpiaba su castillo hoy. Apartó las hojas de lechuga y las echó al agua fría. Tal vez había cambiado de opinión.

El pensamiento la entristeció, sus hombros se hundieron hacia delante.

Quizá había hablado demasiado ayer...

O dijo algo equivocado.

Debería haber dejado de hablar. Mierda.

Por otra parte, se había sentido tan cómoda en su presencia y creía que él había sentido lo mismo. Bueno, al parecer su conocimiento de la naturaleza humana no era tan bueno.

Se rio históricamente. No, claro que no, de lo contrario su ex novio no habría podido engañarla durante meses sin que ella se diera cuenta.

—No importa, me comeré el bistec sola entonces. —Enderezó la espalda y apretó los labios desafiantemente.

Al segundo siguiente, la puerta de la cocina voló contra la pared con estrépito. Ellie gritó sorprendida y su corazón se detuvo por un instante.

—Lo siento —murmuró Kenneth. Tenía un vaso de whisky en la mano derecha.

Sus miradas se cruzaron y sus labios se torcieron en una sonrisa burlona—. Hola, señora intrusa —saludó y levantó el vaso en su dirección. Los cubitos de hielo tintinearono suavemente.

Sus ojos azules parecían vidriosos. ¿Estaba entonado?

No pudo evitar sonreír.

—Hola, Sr. Dueño del Castillo.

—Qué descortés de mi parte no ofrecerle una bebida a una dama. ¿Qué desea?

—¿Sabes siquiera lo que hay ahí?

—Oh, sí. Encontré el bar de la casa. Algunas cosas ya no se pueden beber, pero otras son bastante agradables. Como puedes ver.

¿Había encontrado el bar de la casa? Qué extraño. Parecía más borracho de lo que se notaba a primera vista. Pero pronunciaba bien y se mantenía erguido. Su outfit, en cambio, parecía un poco estropeado. La camisa le colgaba del pantalón por el lado derecho, el pelo demasiado largo estaba despeinado, como si se lo hubiera alborotado varias veces.

—¿Va todo bien? —preguntó con cautela. Quizá tenía un mal día y lloraba la pérdida de su esposa... Pero no parecía triste, sino divertido.

Soltó un silbido bajo y se acercó. Su mirada era inescrutable.

—Para ser sincero, no tengo ni idea de lo que está bien y lo que no.

Su estómago se contrajo nerviosamente.

—Oh, cielos. ¿Problemas? —Le encantaría tomarlo en sus brazos y consolarlo. O besarle.

No, claro que no. ¿De dónde sacó una idea tan estúpida? Ella cocinaría y nada más.

—No estoy seguro —respondió él, lo que para ella no tenía ningún sentido—. ¿Y la bebida?

—¿Qué tienes ahí?

—Whisky, por supuesto. Uno bueno. —Le tendió el vaso—. Por favor, Pruébalo. Un single malt de por aquí, la destilería Tullibardine utiliza sólo barriles españoles en las que previamente se ha madurado sherry.

No queriendo ser descortés, se lo quitó. Al hacerlo, las yemas de sus dedos se tocaron. Los labios de Kenneth se torcieron en una amplia sonrisa.

—Es extraño, ¿verdad? —comentó—. Cada vez que nos tocamos, saltan chispas.

Vale, ahora estaba segura de que estaba borracho.

—Uh —dijo Ellie, oliendo el whisky.

—Un toque de fruta, vainilla y canela con un poco de humo —murmuró.

Vio que la miraba, lo que hizo que se le acelerara aún más el pulso. Ladeó la cabeza y se quedó mirándola, paralizado. Ellie se llevó el vaso a los labios y bebió un sorbo. El whisky le quemó primero en la garganta y luego en el cuello.

—Sabores complejos —comentó—. Fuerte en el final.

—¿Conoces del tema?

—No, la verdad es que no. —Su especialidad estaba en otra parte. En la cocina.

—¿Te gusta?

Pensar que sus labios se habían pegado a este vaso antes que a los de ella la complacía. Bebió otro sorbo.

—No especialmente —admitió, tosiendo ligeramente.

—¿Qué tiene de malo?

Se encogió de hombros.

—Todo es bueno en él, es un whisky excelente.

—¿Pero?

—No soy fan, esto es demasiado fuerte para mí, demasiado ahumado, demasiado de todo.

Chasqueó la lengua y volvió a quitarle el vaso de las manos, tocándola un segundo de más. Él se dio cuenta, ella lo notó en el brillo de sus ojos. Con el corazón agitado, se volvió hacia la ensalada.

—Entonces, me encargaré de que por fin se ponga algo sobre la mesa.

—¿Tienes prisa?

—No, pero tengo hambre.

—Aún no has respondido a mi pregunta.

—¿Cuál? —Ella sintió que él estaba de pie cerca, detrás de ella.

—¿Quieres algo de beber?

—Tal vez algo de vino tinto, me tomé la libertad de abrir la botella antes para dejar que se desarrollara el aroma.

—Sabes algo al respecto. —Era una afirmación, no una pregunta.

—Más o menos.

Comentó la respuesta frunciendo el ceño.

—¿Qué has comprado?

—Para ser honesta, en la tienda aquí la elección es limitada.

—En efecto.

—Es un Rioja, espero que te gusten los vinos españoles.

—Claro.

Se volvió hacia él.

—¿Vas a mirar por encima de mi hombro todo el tiempo?

—¿Por qué no? ¿Te pongo nerviosa?

Se quedó sin aliento. ¿Estaba coqueteando con ella?

—Un poco —admitió.

—Eso me gusta. —Su voz aterciopelada la envolvió como un manto cálido, y ella estaba a punto de replicar cuando oyó sus pasos que se alejaban. Kenneth sirvió vino en las copas que ella le había proporcionado y luego regresó.

—Salud —dijo, dándole una.

—Salud —respondió ella. Por un momento hubo silencio entre ellos, sólo el aire a su alrededor volvió a crepitar.

—¿Me revelarás dónde está el agujero en la seguridad del castillo? —preguntó con los ojos brillantes.

Sintiéndose culpable, se dio la vuelta.

—Eso me convertiría en una mala intrusa, ¿no? —Por fin debía decirle la verdad, mentir nunca era bueno.

—Cierta otra vez. —Rodeó la superficie de trabajo y se sentó en el mismo sitio frente a ella que ayer. Ellie había terminado la ensalada y ahora estaba pelando las patatas, podría haberlo

hecho hacía tiempo porque el gratinado era lo que más tiempo llevaba. Pero una parte de ella quería gastar más tiempo, para poder pasar más tiempo con él.

Qué estúpida.

—Tal vez estoy esperando que accidentalmente te metas en el cuarto mío alguna vez.

Ellie abrió los ojos de golpe. Sin duda era un intento de coqueteo, si no más que eso:

—Estás borracho —observó. ¿Por qué otra razón diría algo así? A un hombre como él seguramente no le faltaban opciones.

Gruñó suavemente.

—¿Por qué piensas eso?

—De lo contrario, ¿por qué dirías algo así?

Él le dirigió una mirada extraña que ella no supo identificar. Así que continuó con las patatas para gratinar. Sus dedos temblaban ligeramente, esto no era tan fácil.

—Puede que me haya tomado unas copas con el estómago vacío, pero una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—¿No? —Estaba tensa como un látigo, aunque no debería haberle importado.

Por desgracia, ardía de interés.

—No.

Oh, Dios, se mareó. *Así que, de nuevo, muy despacio para que conste, está coqueteando contigo.* Ellie no sabía cómo lidiar con esto. Sí, ella también se sentía atraída por él, pero esto era una muy, muy mala idea. Más le valía no coquetear con su, con suerte, futuro alquilador.

Qué lástima.

La idea le hizo recuperar la sobriedad, pero al menos así pudo volver a concentrarse en las tareas de la cocina. Después de haber pelado y cortado en rodajas finas todas las patatas, puso leche con nata en una olla. Quería hervir la mezcla con sal, pimienta y una pizca de nuez moscada y luego verterla sobre las capas de patatas.

El silencio se hacía cada vez más intenso, pero a ella no se le ocurría nada trivial de lo que hablar con él. Y él no parecía sentir la necesidad de charlar. Pero ella sentía su mirada clavada en ella todo el tiempo, notaba que tomaba un sorbo de vez en cuando. Parecía muy relajado. No, no parecía que hubiera tenido un mal día.

—¿Cuándo te vas a casa? —preguntó finalmente mientras ella metía la cazuela en el horno. Casi se le cae.

—¿Por qué? —Cerró la tapa de golpe y se volvió hacia él.

Se encogió de hombros.

—Tendré que engordar unos kilos para entonces. —Sonrió y se dio un golpecito en el vientre plano.

Ah, sí.

—¿Entonces?

—Aún no estoy segura.

—¿No hay nadie esperándote en casa?

—La verdad es que no. —Si se excluye a su madre, que había vuelto a llamar hoy. Ellie la había rechazado después de cinco minutos.

—¿Trabajas por cuenta propia?

Gracias, Dios, se alegró interiormente. Acababa de darle la excusa perfecta.

—Exactamente.

¿En qué? —Maldita sea. Ellie empezó a sudar, siempre había sido una mentirosa miserable —. No digas que en técnica de seguridad. —Se rio de su propio chiste. Ellie también tuvo que

reírse.

—No, desde luego que no. —Ellie sacó la carne del papel encerado—. ¿Cómo te gusta el bistec?

—Medio.

Está bien. Compré costillas de cordero, algo realmente bueno.

—Interesante. ¿No te habrá enviado un hada madrina para salvarme?

Ellie soltó una risita.

—No, ¿crees en los cuentos de hadas?

—¡Chica, estás en Escocia! En la tierra de las leyendas y los mitos, estaría bien tener un poco más de magia a nuestro alrededor.

Cogió su vaso y bebió un sorbo.

—Todavía no estoy segura de si estás borracho o loco.

Kenneth chasqueó la lengua.

—Un poco de las dos cosas, supongo. Estoy pasando una mala racha. —Suspiró pesadamente. Así que sí, algo le preocupaba.

Recordó: la esposa perdida. Cuando bromeaban el uno con el otro, hablaban e intercambiaban miradas, era fácil suprimir el hecho de que cada uno de ellos tenía un pasado que hacía imposible un futuro.

—Entiendo —fue todo lo que dijo Ellie.

—Está bien, no hay necesidad de lamentarse. —Saltó de la superficie de trabajo y se acercó al horno—. Parece tentador.

—Espero que sepa igual.

—Eso no me preocupa.

Les sirvió otro vaso, luego dispuso los platos preparados en la pequeña mesa de servicio y se sentó. Hasta que comieron, hablaron de cosas triviales, lo que a Ellie le pareció bien. Seguía sin entender qué le pasaba hoy a Kenneth. Por desgracia, cada vez le caía mejor. Ya no quedaba nada del aristócrata gruñón y cascarrabias que había llegado a conocer. Era cálido, divertido y encantador. Incluso un poco descarado.

Oh, Dios.

Se detuvo en seco. Todas las alarmas sonaron en su interior. No se estaba enamorando de él, ¿verdad? Mierda, él sólo estaba aquí porque ella sabía cocinar, y eso era exactamente por lo que ella estaba aquí también. No para acostarse con él. Por supuesto que no. De ninguna manera.

—¿Estás bien? —preguntó Kenneth.

—Claro. —Socorro, nada se le escapaba al hombre.

Echó los bistecs en la sartén, un silbido llenó la habitación y poco después seductores aromas tostados recorrieron la cocina.

—Me estoy muriendo —dijo Kenneth—. ¿Tienes idea de lo hambriento que estoy?

Se rio y sintió que el vino tinto se le subía lentamente a la cabeza.

—Lo siento, no puedo ir más rápido.

—La espera de algo bueno suele merecer la pena.

No estaba segura de si sólo hablaba de la comida.

Una parte de ella esperaba que eso no fuera todo. Una parte muy estúpida. Una parte a la que no podía escuchar ni un segundo. Y, sin embargo...

Suspiró y dio la vuelta a los bistecs al cabo de tres minutos.

—¿Qué quieres comer mañana? —preguntó, sin saber de qué otra forma romper el silencio—. ¿Te gusta el pescado?

—Claro que me gusta el pescado.

—Aquí en la tienda sólo he visto salmón y eglefino, cuando se supone que hay buenas truchas y salvelinos, sobre todo en las Tierras Altas.

Se encogió de hombros.

—No puedes preguntarme por la política de compras de las tiendas.

—Está claro. —Ella soltó una risita—. Bueno, voy a ir a preparar las cosas.

Ellie sacó el gratinado del horno, puso una porción en ambos platos, luego un poco de la ensalada y por último el bistec con una cucharada de mantequilla de hierbas, que había preparado primero antes de que Kenneth llegara a la cocina.

—Yo babeo lo mismo que Dougie —advirtió.

—Me gustaría verlo.

De hecho, Kenneth jadeaba como si fuera un perro, haciendo reír de nuevo a Ellie.

—En ti se perdió un cómico.

—Ya está, eres la primera en encontrarlo.

—¿En serio? —Ella le miró y su expresión se cerró de repente.

Genial, había vuelto a arruinar el ambiente con un comentario estúpido. Le recordó que ni siquiera conocía al hombre que tenía enfrente. A pesar de que se sentía como si hubieran sido amigos durante años.

Se aclaró la garganta y cogió los cubiertos.

—*Bon appétit*, espero que sepa bien.

—Gracias. Igualmente, estoy seguro que estará exquisito. Tal vez deberías pensar en esa dirección profesionalmente si las cosas ya no funcionan con la empresa de seguridad.

Ellie se atragantó y tuvo que toser.

—Te dije que *no* trabajo para una empresa de seguridad.

Guiñó un ojo y se metió en la boca un tenedor con un trozo de carne.

—Lo sé.

Durante unos segundos nadie dijo nada, Ellie esperó ansiosa su veredicto.

De repente, tiró los cubiertos a un lado y se echó hacia atrás. Asustada, se detuvo en seco.

—¿Qué pasa? ¿Te has atragantado?

Kenneth cerró los ojos y levantó la mano para silenciarla. Ella esperó tensa, con el corazón latiéndole en la garganta.

—M-mhh —continuó, sacudiendo la cabeza con una gran sonrisa—. ¡Genial!

Entonces él se levantó y ella dejó de entender el mundo.

—¿Kenneth?

—Soy un mal anfitrión —dijo y cogió la botella de vino tinto, distribuyendo el resto de la misma en ambas copas—. Un momento, por favor.

Luego salió corriendo de la cocina, dejándola sin habla.

¿Qué demonios...?

Pasaron segundos interminables, durante los cuales ella se preguntó si, después de todo, su comida le había parecido asquerosa y había corrido al baño —cosa que le costaba creer después de su reacción— o si simplemente había ido por otra botella de vino tinto. Ninguna de las dos cosas era buena idea, porque desde luego no quería emborracharse con el hombre al que quería alquilar la casita para botes.

Además, una cosa podría llevar a la otra, y ella no quería eso en absoluto.

Mentirosa.

Sí, vale, querer y poder son dos cosas distintas.

La puerta se abrió de golpe y Kenneth regresó con una vela encendida, que colocó sobre la mesa con una amplia sonrisa.

La miró satisfecho, sus ojos brillaban oscura e insondablemente.

Boom. Boom. Boom. Su corazón martilleaba con fuerza contra su caja torácica.

Oh, Dios. Había sucedido.

“Mierda”, pensó y reprimió una maldición. Se había enamorado de él.

Gimió y cogió su copa de vino. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! ¿Cómo era posible? Sólo se habían visto un par de veces.

—¿Estás bien, Ellie?

Ella se arrancó una sonrisa.

—Claro que sí, sólo me alivia que no hayas huido porque no te gusta.

—Realmente no tienes que preocuparte por eso. De hecho, sabe tan bien que estoy en el séptimo cielo como disfrutador.

—Me alegro.

—¿Pescado mañana entonces?

—¿Así que quieres que vuelva?

—Lo estoy pidiendo. Por supuesto, sólo si no estás haciendo nada, quiero decir...

—No tengo nada más planeado, y no es como si esto fuera una cita. —Dejó escapar una carcajada histérica.

Dios, Ellie, contrólate.

No, no es eso. —Bajó la mirada y ella daría mucho por saber qué pasaba por su cabeza.

Era mejor que no tuviera ni idea. De verdad.

Y, sin embargo...

Intentó concentrarse en su comida, pero de algún modo había perdido el apetito.

—¿Ya no quieres esto? —le preguntó en un momento, señalándole a su bistec con el tenedor.

Ella parpadeó.

—Uh, no, estoy llena.

—¿Puedo?

Le acercó el plato a la mesa.

—Por supuesto.

—Increíblemente bueno —murmuró con la boca llena.

Ellie se reclinó en su silla y lo observó secretamente. Se había arremangado la camisa despreocupadamente, un mechón suelto de pelo le caía sobre los ojos una y otra vez. La luz de las velas lo bañaba todo con un suave resplandor. Sus antebrazos eran fuertes y nervudos, sus dedos largos y finos. Ella ya sabía cómo se sentían.

Demasiado bien.

—No puedo más —dijo entonces y le apartó también el plato—. Gracias, Ellie.

—Con mucho gusto lo hice.

Se levantó y empezó a recoger la mesa para que sus hormonas no se apoderaran de ella y dijera estupideces de las que se arrepentiría mañana. Kenneth se dispuso a ayudarla.

—Déjalo, está bien.

—No, no lo está. —No admitía contradicción, y Ellie no tenía energía para discutir con él sobre algo tan absurdo como fregar. Prefirió concentrarse en no tocarlo accidentalmente.

O lanzarse sobre él.

Acababa de meter los platos en el lavaplatos y se giró para coger los vasos cuando chocó contra algo. No, no contra algo. Contra él.

Vaya, tenía el pecho bastante duro, y aún olía divinamente. Masculino y ácido, como una cálida brisa de verano en el bosque.

Y, entonces, cometió un grave error: ella le miró. La expresión hambrienta de sus ojos envió impulsos directos a su vientre. Ellie jadeó, ¿dónde había ido a parar todo el oxígeno de repente? Kenneth le puso un dedo bajo la barbilla, impidiéndole con suavidad, pero con firmeza, que apartara la mirada. Se quedó mirándole su boca como si ya nada le interesara. A Ellie se le secó la garganta, se pasó la lengua por los labios y notó que Kenneth se tensaba. Su pecho subía y bajaba más deprisa. La tensión entre ellos era casi palpable.

“Corre”, dijo la voz de la razón.

“Bésalo”, atrajo la voz del anhelo.

Sólo una vez, tal vez era un mal besador. Casi se ríe. No, probablemente sabía exactamente lo que querían las mujeres. Se estremeció al pensarlo.

Kenneth tragó, y saber que él también estaba luchando la animó de una forma extraña que no podía explicar. Estaba segura de que quería besarla.

Ellie contuvo la respiración, esperando el momento mágico. Le vio cerrar los ojos, estaba a punto de suceder. Sintió un cosquilleo en el estómago, la sangre le corrió por las venas. Y, entonces, como una campana en completo silencio, sus labios se encontraron. El mundo que la rodeaba se desvaneció, se sumergió en otro. En el de él.

“Kenneth”, resonaba en su cabeza.

Sus labios, su lengua, su aliento caliente mezclado con el de ella, era todo en lo que podía pensar. Sólo marginalmente era consciente de que él la estrechaba entre sus brazos, dejando que sucediera como si ella fuera una marioneta con hilos de oro. El deseo recorrió sus nervios y le hizo temblar las rodillas. Se apoyó en él, aspiró su aroma y se perdió en el mejor beso de su vida.

En algún momento se separó de ella, como si no quisiera, pero tuviera que hacerlo.

Ellie abrió los ojos y se encontró con su mirada nublada.

Su mano estaba contra su mejilla.

—Ellie.

Sólo una palabra, un aliento que la hizo estremecerse de nuevo.

—No debería haber hecho eso. —Su voz sonaba áspera.

“Hazlo otra vez”, quería gritar. Pero no podía moverse, estaba paralizada y embriagada al mismo tiempo.

—¿Te veré mañana? —le preguntó, para sorpresa de ella.

Sólo pudo asentir.

Él pareció aliviado, luego bajó la mano y dio un paso atrás. Una sensación de deseo se extendió por ella, pero por fin pudo volver a pensar con cierta claridad.

Oh, Dios, ¿qué había hecho?

Él pareció darse cuenta de su reacción, levantó la mano e inmediatamente volvió a bajarla.

—Lo siento, no debería haberte sostenido. Fue imposible por mi parte.

—No tienes por qué disculparte —respondió ella, con la voz ligeramente temblorosa.

—Sí, tengo que hacerlo. No es realmente mi estilo, créeme.

No lo dudó al reconocer el remordimiento en sus ojos.

Se arrepintió del beso.

Una ducha fría no podría haber sido una forma más eficaz de devolverla a la realidad.

—Sólo ha sido un beso, no le demos más importancia —dijo ella para quitarle el filo al efecto de sus palabras.

La había herido y ni siquiera se había dado cuenta, porque ahora sonreía amistosamente. Sin

compromiso.

Justo como debería ser entre ellos.

Entonces, ¿por qué, maldita sea, tenía la sensación de que la había rechazado?

—Buenas noches, Ellie. Gracias por la cena.

—Eso ya lo has dicho —respondió ella lacónicamente—. Buenas noches.

Si él no se iba pronto, ella diría cosas de las que se arrepentiría más tarde. Afortunadamente, él le hizo el favor y salió de la cocina con largos pasos, silbó a Dougie y luego salieron del castillo.

Ellie permaneció atónita y se desplomó en su silla. Quería decir una palabrota con M, pero ni siquiera eso expresaría lo enfadada que estaba consigo misma.

¿Por qué demonios había dejado que llegara tan lejos?

Había quedado claro que no era una buena idea.

Casi le dolió aún más su reacción.

Remordimientos. ¿Tenía sentimientos de culpa hacia su difunta esposa?

Por supuesto, tenía que serlo. Incluso podía entenderlo.

Exhaló aliviada. Un beso, se dijo, no significaba nada.

Con suerte, incluso ella lo entendería después de un poco de distancia.

No quería decir nada porque aún estaba de luto por su esposa.

No vale la pena mencionarlo, se decía a sí misma una y otra vez, aunque había sido el mejor beso de su vida.

CAPÍTULO 11



Cansado, Kenneth se colocó bajo la ducha y dejó que el agua caliente se deslizara sobre sus tensos músculos. Apenas había pegado un ojo la noche anterior, lo que sólo se debía en parte a la cena tardía y al alcohol. No, en realidad no se debía a eso en absoluto.

Cerró los ojos y se sujetó la cara bajo el chorro de agua. Claro que era por Ellie, o más bien por el beso que le había dado a la fuerza.

¿Qué le había pasado?

Maldita sea, sólo de pensar en lo de anoche se le ponía dura como una piedra. Sin embargo, lamentó que hubiera llegado a esto.

No era justo, ni para ella ni para Helena. Aunque finalmente se hubiera dado cuenta de que la relación no iba a ninguna parte, seguían juntos todavía. Y luego estaba el hecho de que Ellie pronto desaparecería de nuevo. Ella sólo estaba aquí de vacaciones.

“¿Qué cambiaría eso?”, pensó. No tenía ni idea.

—Maldita sea —maldijo y se enjabonó.

Tenía tantos problemas que no necesitaba añadir el engaño a su larga lista. Su carrera estaba en juego, había heredado un castillo y un personal que deberían haberse jubilado hacía años.

Tras quitarse la espuma, cerró el grifo y cogió la toalla.

Diez minutos después desapareció en el estudio.

Donald apareció poco después y le trajo su desayuno y una cafetera.

—¿Necesita algo más, señor?

—No, la verdad es que no. —Dudó, luego continuó—: Dígame, Donald. ¿Tenía mi padre a alguien que se ocupara de su papeleo o de los negocios del banco?

—No que yo sepa, señor.

Kenneth respiró hondo.

—Ya veo. ¿Así que lo resolvía todo él mismo?

—Bueno —se aclaró la garganta el mayordomo—. Por supuesto que tenía un asesor fiscal y alguien que llevara la contabilidad. ¿Qué necesita usted? ¿Puedo ayudarle?

Mil preguntas ardían en la lengua de Kenneth, ¿cómo había sido su padre en los últimos años? Pero no se atrevía a hacerlas.

—Gracias, eso es todo.

Donald asintió.

—Muy bien, señor. Si necesita algo más...

—No, de momento no. Muchas gracias.

El mayordomo abandonó el estudio y Kenneth se quedó solo consigo mismo y con sus pensamientos.

Su mirada se posó en el cofre que había traído de Inverness. Lo que hubiera dentro tendría que esperar. Tomó un sorbo de café, se saltó el desayuno y planeó lo que quería hacer ese día.

Elaboró minuciosamente una lista de las facturas pendientes, ordenadas por fecha. Siempre había odiado el papeleo, pero había que hacerlo. Con eso, se dirigió al banco local a primera hora de la tarde. Lloviznaba ligeramente, una espesa niebla se cernía sobre las montañas y hacía que los picos desaparecieran en ella. Un viento fresco soplaba alrededor de sus orejas, así que caminó un poco más deprisa. Tres escalones conducían a la entrada del Royal Bank of Scotland. Kenneth nunca había contado cuántas generaciones antes que él debían de haber seguido exactamente el mismo camino hasta la sucursal de Kiltarff. Todavía se sentía extraño estar ahora a cargo de todo.

—Buenas tardes —le saludó una empleada del mostrador. Tendría unos treinta años, vestía una blusa clara y pantalones oscuros y llevaba el pelo rubio recogido en un nudo—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes, tengo aquí una lista de facturas que me gustaría transferir, por favor.

—¿No tiene banca en línea?

—¿Estaría aquí si no? —Sonrió y empujó el papel hacia ella.

—Oh —continuó—, Sr. MacGregor, mis condolencias.

—Gracias.

—Me temo que tengo que preguntarle si tiene identificación y si tiene poder notarial. Lo siento, son formalidades que tengo que seguir.

—Por supuesto. En primer lugar, tengo aquí la información del notario de que soy el heredero legítimo. De hecho, debería haber recibido una carta también. Y aquí está mi pasaporte.

—Gracias. —Sonrió tímidamente y hojeó los papeles. Con una mirada insegura, se volvió hacia él—: Me temo que esto va más allá de mi autoridad, me gustaría presentarle al director de la sucursal. Discúlpeme un momento.

Sintió náuseas, pero asintió cortésmente. Dos minutos más tarde regresó con un hombre de unos cincuenta años, vestido con un traje oscuro, un pañuelo de bolsillo y gafas de lectura.

—Ah, señor MacGregor —le saludó con un firme apretón de manos—. Scott Darlington, encantado de conocerle. ¿Por qué no pasa a mi despacho y hablamos sin molestarle?

—Me encantaría. —Cogió los documentos y le siguió.

—¿Puedo ofrecerle un café?

—No, gracias.

Le mantenía abierta la puerta de cristal de su oficina, desde el que el director tenía una vista sobre su banco. Su escritorio estaba ordenado y una pantalla moderna, que no encajaba en absoluto en la imagen del banco tradicional, formaba el centro sobre él.

—Por favor —le ofreció asiento.

Kenneth se sentó.

—¿Seguro que no quiere café?

—No, muchas gracias, no es necesario.

—¿En qué puedo ayudarle? —Rodeó su escritorio y se sentó en la voluminosa silla ejecutiva que hacía honor a un director de banco. El cuero oscuro crujió bajo su peso.

—En las últimas semanas se han acumulado varias facturas, como puede imaginarse. He reunido esto y me gustaría que hiciera las transferencias por mí. Su empleada mencionó algo sobre la banca en línea, supongo que mi padre no la usaba.

El Sr. Darlington negó con la cabeza.

—No, nos hemos hecho cargo de estas tareas por él.

—Bueno, en el futuro estaré encantado de solucionarlo yo mismo. ¿Y qué hay de los sueldos? Mayordomo, cocinera, jardinero y demás.

—Hay órdenes permanentes para eso, el asesor fiscal se encarga de las cotizaciones sociales.

Asesor fiscal, buena palabra clave, también se pondría en contacto con él, aún no había pensado en eso.

—Sí, mire —estaba un poco incómodo—. Primero tengo que acostumbrarme al nuevo papel.

—Sí, claro. —El director del banco sonrió amablemente y entrelazó los dedos sobre su escritorio.

—Tome, lo he puesto todo junto con las fechas de pago, aquí está también la carta del notario de que soy el único heredero del castillo de Kiltarff.

—Gracias.

—El notario también le ha enviado esto.

—Por supuesto, seguramente será recibido en los próximos días. Lo solucionaremos todo, ¿sí?

El alivio se extendió por Kenneth.

—Muy bien. Sabe, todo esto me dio un poco de dolor de estómago.

—Lo entendemos. Después de un duelo así, uno tiene otras cosas que hacer antes que abrir el correo.

—Exactamente.

—Sin embargo, tendría una pregunta.

—¿Sí?

—¿Ha pensado qué hacer a continuación?

Kenneth no entendía muy bien.

—¿Qué quiere decir? Ayúdeme un poco.

—Bueno. Se sentó un poco más recto en su silla—. Queda exactamente medio millón de libras en las cuentas de su padre, con los gastos fijos mensuales, las reparaciones, el mantenimiento, eso es posiblemente suficiente para dos años, tal vez tres...

Dios mío. Kenneth se sintió mal de repente. Había supuesto que...

—¿Y las acciones, inversiones y valores?

—Bueno —el Sr. Darlington se movió inquieto—. Su padre ha invertido bastante en los últimos años, pero el Brexit...

—¿Me está diciendo que todo eso se ha ido?

—No todo...

—¿Y usted lo administró para él?

No, eso no, pero me he tomado la libertad de prepararle un resumen de antemano, porque nos hemos quedado con los depósitos y las acciones para su padre.

“Que no cunda el pánico”, se dijo a sí mismo.

—Usted tiene su propia fortuna, por supuesto, de esto estoy consciente, y no quiero ser indiscreto en absoluto, señor MacGregor —continuó el director del banco—. Estoy seguro de que ya tiene un plan.

Tragó.

—Por supuesto.

Estaba jodido. Pero totalmente.

Podría llegar a fin de mes durante dos o tres años, si no había que hacer reparaciones

importantes o pasaba algo. Claro que él también tenía dinero, tenía un piso caro en Londres y también activos líquidos, pero su carrera estaba yendo en caída, lo que tenía no le duraría el resto de su vida.

—Sí, entonces nos ocuparemos de esta pequeña lista de aquí —el Sr. Darlington cayó en un ligero tono de charla—. Le enviaremos los documentos bancarios en línea.

—Muy amable, muchas gracias.

Kenneth seguía completamente fuera de sí mientras se dirigía a la cocina. Esperaba que Isla nunca se enterara de que le estaba dando partes de su comida a Dougie para que al menos pareciera que estaba comiendo algo. Afortunadamente, casi no tenía sal ni especias, así que no tenía que sentirse culpable por ello. El perro no sufriría.

—Siéntate —le dijo y bajó las escaleras. Dougie se dejó caer con un sonoro “plop” y miró tras su amo. Al menos era algo que funcionaba.

Dios, ¡qué día! Realmente no había esperado que en un futuro próximo tendría preocupaciones de dinero, más allá de todos los demás problemas.

Quizá no fuera tan grave, sólo necesitaba verlo todo con calma por una vez. “Que no cunda el pánico”, se dijo una y otra vez. Desgraciadamente, no sirvió de mucho para tranquilizarlo. El trato con Angus de ese día tampoco le había dado muchas razones para alegrarse. Si Kenneth no lo supiera, pensaría que el viejo quería matarlo en lugar de ayudarlo. Con suerte, sus extraños métodos de tratamiento traerían al menos una mejoría.

Se detuvo un momento frente a la puerta de la cocina. ¿Cómo iba a encontrarse con Ellie? ¿Fingir que el beso no había ocurrido? ¿Disculparse de nuevo?

No, desde luego que no. No quería mentirle, porque en realidad no lo sentía. Sí, tenía remordimientos de conciencia, se había comportado como un cabrón, pero aun así... De alguna manera se alegraba de haberla besado. Lo cual era completamente absurdo, considerando que no podía llevar a nada. Estaba permitido. Lo que fuera. No tenía ni idea.

Kenneth respiró hondo y entró. Ellie estaba frente al fregadero y enjuagó dos filetes de pescado con agua.

—Hola, buenas noches —saludó Kenneth—. ¿Ya estás ocupada?

—Oh, hola. Sí, como puedes ver. Para que no tengas que esperar tanto hoy otra vez.

“Sí, claro”, pensó sarcásticamente. *Quiere asegurarse de que no la vuelves a agarrar.*

De algún modo, podía llegar a entenderla, pero a la vez no podía. ¿Por qué seguía entrando en su cocina y por dónde demonios había entrado? Realmente no parecía una intrusa, no se había creído esa historia desde el principio. Demasiado guapa, demasiado inocente, demasiado honesta. Pero ella le había eludido una y otra vez y le debía una verdadera explicación.

Llevaba unos sencillos jeans y una camisa de rayas, los pies en bailarinas planas y estaba sencillamente preciosa.

—¿Qué es? —preguntó, acercándose, pero no demasiado.

Ella no pareció darse cuenta de su vacilación, o la ignoró. Ambas cosas le parecieron muy bien.

—Salmón en salsa de limón con fideos cinta y ensalada de pepino. ¿Te gusta el eneldo?

—Ciertamente suena tentador.

¿Tentador? Dios, de qué estaba hablando.

—Rico —se corrigió.

—Bien, ¿entonces puedo añadir eneldo a los pepinos?

—Absolutamente. ¿Puedo ayudarte en algo?

—No, gracias. Bueno, ¿no asaltaste el bar hoy? —Ella le miró y él detectó un brillo burlón en su mirada que hizo que su corazón se ensanchara extrañamente.

—No, hoy no. El alcohol tampoco es la solución.

—¿Solución a qué?

Al momento levantó la cabeza con un golpe y le miró con los ojos muy abiertos.

—Lo siento, no quería ser curiosa. De verdad que no. Olvídalo.

—Eh, todo va bien —respondió con calma, se acercó a la mesa de trabajo y se sentó en su sitio habitual.

Ellie trabajaba con calma y movimientos suaves, parecía muy experimentada en los movimientos de sus manos. Había una olla de agua caliente en la cocina, el pepino ya estaba cortado en rodajas y aliñado con un aliño blanco, sobre el que ahora espolvoreaba eneldo picado. A continuación, puso una sartén de hierro fundido en la olla.

—Para el salmón —comentó.

—Eso pensaba.

Pensó en abrir una botella de vino blanco, pero descartó inmediatamente la idea. No quería dejarse llevar otra vez y hacer estupideces. Como ella tampoco lo pidió ni trajo vasos, supuso que estaba de acuerdo con él. Aunque nadie dijo una palabra más sobre la noche anterior, algo extraño resonaba todo el tiempo. El ambiente era distinto, cohibido, y le parecía una lástima, pero no sabía cómo cambiarlo.

Unos minutos más tarde ella lo llamó a la mesa, él ni siquiera se había dado cuenta de que todo estaba listo. Dios, debía de estar completamente perdido en sus pensamientos.

—Ya estoy allí. —De un salto se puso en pie y la siguió hasta la mesa. Olisqueó su salmón—. Te has vuelto a superar.

—En absoluto —respondió tímidamente, acercando su silla—. Buen provecho.

—Te deseo lo mismo.

Comieron en silencio, cada uno perdido en sus propios pensamientos. Quería preguntarle tantas cosas, pero ninguna salía de sus labios. Estaba claro que Ellie estaba algo enfadada con él, parecía como si no quisiera estar allí. Y él incluso podía entenderla.

—Por lo de ayer —empezó por fin, y ella se quedó boquiabierta, con el tenedor cayendo al plato con un tintineo.

—Lo siento —respondió ella y tragó.

—Lo siento. Y a la vez no lo siento.

Así que ahí estaba.

Ella asintió como si supiera exactamente lo que le pasaba por dentro. Lo miró con simpatía y compasión.

¿Por qué? Frunció el ceño sin comprender.

—Puedo entenderte —dijo entonces.

—¿Puedes?

Amasó las manos en su regazo.

—Bueno, es obvio. Todavía estás de luto, es demasiado pronto.

—¿Estoy de luto? Oh, sí, por supuesto. Bien, así que sabes lo de mi padre. Pero créeme, él no tuvo nada que ver con el beso. —De alguna manera el pensamiento le divirtió, tuvo que sonreír.

—¿Tu padre? —Su cara parecía estar hecha de un signo de interrogación—. ¿Y qué hay de tu esposa?

Kenneth se atragantó y tuvo que toser.

—Mi... ¿Qué?

—Tu esposa... Ah, ya veo. No quieres hablar de ello. Puedo entender que cuando el dolor es tan fresco, entonces...

Levantó una mano y la hizo callar.

—Ellie —dijo con severidad—. ¿De qué estás hablando? No estoy casado.

—No, claro que no. Murió y lo siento mucho, mucho. —Ella le miró con tristeza.

Por fin se dio cuenta de que ella creía que acababa de perder a su esposa.

—En nombre de Dios, ¿qué te hace pensar que debo ser viudo?

—Bueno, yo... —Se puso muy roja—. He oído algo.

—Lo que sea que hayas oído, nunca he estado y no estoy casado.

—¿No es así?

—No.

¡Oh! —fue todo lo que dijo.

Se miraron, ninguno pronunció palabra. En su bonito rostro se reflejaban las emociones más diversas: sorpresa, confusión y esperanza.

¿Esperanza de qué?

¿Y qué quería él?

No importaba lo que su cabeza le dijera, su cuerpo quería algo diferente, eso estaba claro. No era un completo idiota, y lo que le faltaba con Helena se duplicaba y triplicaba con Ellie.

Se levantó y rodeó la mesa, la cogió de la mano y tiró de ella para ponerla en pie.

—Ellie —su voz sonaba atragantada.

—Kenneth —respondió ella.

Al segundo siguiente, las campanillas que había sobre la puerta tintinearón.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó.

—Es tu casa —dijo sarcásticamente—. Parece una especie de campana. He visto algo así en Downton Abbey.

—¿Downton-qué?

—Es una serie donde hay un mayordomo maravilloso y dos hijas y una suegra extraña, y toda una serie de sirvientes, y bueno, si alguien toca una campana en una habitación, entonces suena en la cocina, entonces saben que se necesita a alguien en la casa.

—Ellie —la interrumpió con una sonrisa—. ¿Alguna vez recuperas el aliento?

Inspiró.

—Sí, lo siento, a veces lo olvido.

El timbre volvió a sonar.

—¿No vas a ver quién quiere qué?

Kenneth enarcó una ceja.

—Siempre pensé que yo era el conde. No hay nadie en el castillo que pueda llamar a nadie más que yo.

Ella frunció el ceño y le miró dubitativa. Nunca había estado tan guapa.

—Bien, así que no crees en fantasmas. Eso es bueno, ya que estábamos hablando de tu esposa muerta, que no existe. Dios, fui tan estúpida.

Esbozó una sonrisa más amplia, que luego se apagó. Como nadie tocaba la campana en el castillo, sólo podía significar que había alguien ante la puerta. Una sorda premonición le hizo presentir que aquella visita no le convenía.

—¿Me disculpas un momento? Me temo que tengo que ir a ver.

—¿Y el mayordomo? —Ella tomó aire siseante—. Quiero decir, tienes uno, no es que lo haya visto antes ni nada, eh. —Se estaba sonrojando de nuevo, y el deseo de besarla de nuevo le

estaba quitando la razón.

—Sí, tengo un mayordomo.

Y, entonces, volvió a sonar la campana.

—Pero Donald no vive en el castillo, ahora está en casa, por supuesto. No suele pasar mucho aquí, ya sabes.

—Eh, no, claro que no lo sé. Entonces ve a ver, yo estaré bien aquí.

—Vale, siento que ahora...

—Ey —le interrumpió ella—. No sigas disculpándote, está bien. Quiero decir, no puedes evitar que alguien venga a visitarte. Demuestra que tienes amigos, eso es bueno. Supongo que sí. Lo es, ¿no?

—Sí, por supuesto. —Con eso dejó a Ellie en la cocina y se dirigió a la puerta grande.

No se dio mucha prisa, quizá porque esperaba que el visitante volviera a desaparecer. Cuando abrió la puerta, sus temores se confirmaron.

—Helena —dijo, deseando haber ignorado el timbre.

Ella sonrió, si notó su reacción de hipotermia lo ocultó hábilmente.

—Oh, qué bien que estés aquí, empezaba a pensar que tendría que pasar la noche aquí en las escaleras del castillo.

Vale, al menos pudo oír un leve reproche en su voz. Su mala conciencia, sin embargo, era limitada, no tenía ni idea de que ella había estado en camino.

—Creía que no te gustaban las Tierras Altas —intervino él, avergonzado de inmediato por no haberla abrazado e invitado a pasar.

“Porque preferirías estar con Ellie”, dijo la vocecita en el fondo de su cabeza. Sí, era cierto, había estado deseando pasar la tarde con ella. Con Ellie se podía hablar, discutir. Con Helena, bueno, con Helena no había muchos temas más allá de la sociedad, las fiestas y los eventos. En el pasado había sido suficiente para él, ahora era diferente. Él había cambiado, toda su vida estaba patas arriba.

—Es cierto que la vida en el campo no es lo mío, pero quería verte. ¿No vas a invitarme a pasar?

Maldita sea, sí, por fin debería hacerlo. Si era honesto, deseaba que ella se fuera de inmediato.

—Por supuesto, discúlpame, por favor. —Se hizo a un lado y Helena se acercó para besarle. Él apartó la cara para que los labios de ella se posaran en su mejilla.

Si estaba irritada, no lo demostraba. Casi le dieron ganas de gritarle que dejara de una vez esa fachada.

—Vaya, el castillo es enorme —comentó con asombro en la voz.

—Así es.

Mierda, ¿qué se suponía que tenía que hacer ahora? Ellie estaba sentada en la cocina esperando con la comida, su novia estaba de pie frente a él. Era absurdo que algo así estuviera sucediendo. Nunca le había sido infiel, pero, aunque no había pasado nada salvo el beso, se sentía mal.

—Ven conmigo, por favor. —La condujo por la amplia escalera hasta el salón amarillo—. ¿Puedes esperar aquí un momento? Tengo que coger algo.

—¿Quieres que espere aquí?" Ella frunció el ceño y empujó su labio inferior hacia adelante. Ahora estaba definitivamente irritada.

Por fin, una reacción que no parecía jugada. ¿Cómo no se había dado cuenta de todo esto antes?

—Sí, por favor. Si no te importa.

—De acuerdo, me sentaré mientras tanto.

Sin decir una palabra más, se apresuró a atravesar la puerta empapelada, bajar al sector de los sirvientes y volver a la cocina. Ellie estaba sentada frente a su plato, cuando se dio cuenta de él giró la cabeza en su dirección. Sonrió débilmente.

—Entonces, ¿no hay fantasma?

No, desgraciadamente no.

—Estoy un poco incómodo, pero no puedo comer contigo. —Se sentía como el último imbécil, probablemente lo era.

—Oh. —Su sonrisa se desvaneció.

—Tengo algo urgente que tratar.

—Por supuesto. No hay problema. —Podía ver en sus ojos que estaba decepcionada. Él también lo estaba. Y mucho.

Por otro lado, era bueno que Helena hubiera venido. Así podría decir por fin lo inevitable, pondría las cartas sobre la mesa de inmediato y no se andaría con rodeos. Ella no merecía que le mintiera. Ninguna de ellas lo merecía.

Esperó un minuto, él no quería nada más de Ellie que ser cocinado.

Suspiró porque sabía que no era cierto. Era extraño, pero cocinando ella se había hecho un pedazo de su corazón. Le gustaba y se sentía atraído por ella, aunque estaba claro que no era más que un coqueteo. Ella pronto desaparecería de vuelta a Alemania, ¿y él?

No tenía ni idea de qué sería de él.

—Sí, es un problema. Quería comer contigo. —Quería pedirle que se quedara, que lo esperara, pero por supuesto eso no era posible. No podía despachar a Helena en cinco minutos después del largo viaje y enviarla lejos otra vez.

—Puedo esperar. —Ellie era tan dulce.

Le encantaría ponerla de pie y besarla. Al mismo tiempo, se sintió como el último imbécil, pero tampoco pensó en mentir.

Mi novia acaba de llegar.

Ellie se puso pálida y se agarró al borde de la mesa como si alguien le hubiera tirado del suelo.

—Bueno, entonces —fue todo lo que pudo decir.

—Sé que no suena muy convincente, pero la relación ha llegado a su fin.

—Kenneth, no tienes que rendir cuentas delante de mí. De verdad que no. Yo cociné, tú comiste. Eso fue todo.

Ambos sabían que eso no era cierto.

—Debería habértelo dicho antes, cuando aclaramos el otro malentendido.

Qué estúpido sonaba eso, “el otro malentendido”. Helena era muchas cosas, pero no un malentendido. Simplemente no le había hablado a Ellie de ella. Por supuesto que no, no tenía intención de dejarse involucrar por su naturaleza libre. Bueno, había evaluado mal la situación, o simplemente no lo había hecho. Probablemente lo segundo. Había sucedido, y ahora lamentaba que iba a quedar en un beso. Le hubiera gustado volver a tenerla entre sus brazos, pero a juzgar por su reacción, estaba más lejos que nunca. Y eso era correcto, sensato... Y le cabreaba. Kenneth estaba molesto, enfadado consigo mismo y con el cronometraje de mierda de su vida.

Ellie bajó la cabeza.

—No, no lo habrías hecho. No hay problema, de verdad.

—Entonces, ¿no te importa?

¿Qué tan estúpido era? Extrañamente, se sintió ofendido por su reacción casi estoica. ¿Esperaba que reaccionara con celos? No lo sabía, sólo sabía que se le había apretado su estómago y que quería quedarse con ella. Y de alguna manera no lo quería.

—Solo cociné para ti, así que, ¿por qué debería molestarme? —De hecho, no parecía ofendida ni siquiera celosa. Ellie era comprensiva y tranquila como alguien a quien no le importaba si había cambios repentinos de planes. Él no significaba nada para ella.

La decepción le invadió. Para él había sido más, sólo ahora lo comprendía plenamente.

—Entonces puede que haya entendido algo mal.

Sonrió amablemente.

—Sí, probablemente. No deberías hacer esperar a tu novia.

En realidad, había querido decirle que rompía, que esperara a que él estuviera libre. Ahora pensaba que era una tontería hacer esta revelación del alma. La reacción de ella le había impactado. De repente volvió a sentirse como el niño pequeño que recibía el rechazo de su padre cuando le pedía pasar un rato con él. No quería volver a sentirse así. Nunca más.

—Tienes razón. Supongo que puedes encontrar la salida por ti misma, ¿no?

El mordaz sarcasmo de su voz la hizo estremecerse.

—Por supuesto.

Giró sobre sus talones y regresó junto a Helena. Estaba sentada en uno de los sofás floreados y tecleaba algo en su smartphone. Por fuera estaba tranquilo, pero por dentro se desataba una tormenta. Ellie le había gustado, tal vez incluso un poco más que eso. Había dado demasiada importancia a este acto culinario, y ahora se arrepentía. Y lo único que quería era que Helena se fuera. Necesitaba tiempo para pensar.

—Eso ha llevado mucho tiempo —comentó cuando él regresó, con sus largas piernas cruzadas, moviendo el pie superior.

Suspiró y tomó asiento frente a ella. No estaba de humor para largas conversaciones sobre temas que ya no le interesaban.

—¿Podemos hablar? —preguntó de forma rotunda y cortante. No le importaba lo que a ella le pareciera.

—Por supuesto, cariño. ¿Por qué no respondías a mis llamadas? Estaba preocupada.

—Estoy bien, como puedes ver.

Era un imbécil miserable, Helena no le había hecho nada. Pero ya no podía estar con ella, sólo quería acabar de una vez. Debería haber roto con ella en Londres.

—Estoy aquí porque te echo mucho de menos, cariño. —Frunció los labios y le sonrió.

Él no le creía, porque su relación nunca se había caracterizado por grandes sentimientos. Eso siempre había estado claro, y ahora sonaba tan falso a sus oídos que le habría gustado reírse a carcajadas.

—Helena, quiero que sepas que te aprecio mucho. —Exhaló audiblemente—. Como ser humano.

Su sonrisa se apagó.

—Pero últimamente nuestra relación se ha enfriado notablemente, ¿no crees?

—¿Qué? ¡No!

—Helena, lo siento, pero creo que deberíamos separarnos.

—No puedes hablar en serio. ¡Conduje todo este camino largo hasta aquí!

—No estoy bromeando, especialmente no sobre estos temas. Deberías conocerme bien. Siento que hayas tenido que viajar tan lejos.

—No puedes hacer eso, ¿sabes cuánto tiempo he estado en camino?

Quiso decir que no se lo había pedido, pero cuando vio las lágrimas brillar en sus ojos, se detuvo.

—Tienes toda la razón para estar enfadada conmigo. Pero no quiero vivir una mentira, quiero ser sincero contigo. No veo futuro para nosotros.

—¿Tienes otra?

Pensó en Ellie, pero luego la dejó de lado. Ella acababa de dejarle claro que sus sentimientos eran unilaterales. Se había imaginado algo, probablemente nunca la volvería a ver de todos modos.

—No, Helena. Tampoco se trata de eso. Pero, ahora mismo, todo esto me abruma y no he sido un buen compañero para ti. Debes estar con alguien que te dé la atención que mereces. Que esté ahí para ti, que te cuide, que te quiera.

Él no la amaba, nunca la había amado. En realidad, había pensado que Helena lo sabía. Pero, por su expresión suplicante, se dio cuenta de que no pensaba lo mismo. O tal vez no, tal vez sólo se dio cuenta de que, con el fin de su relación, su boleto de entrada a la alta sociedad también quedaba invalidado.

—Puedo esperar, Kenneth. No te he hecho sentir que estaba insatisfecha, ¿verdad? —Ella había vuelto a encender su falsa sonrisa. En el pasado hubiera accedido, pero las semanas aquí le habían cambiado, ahora la veía con otros ojos. Tal vez no era justo para ella, pero así eran las cosas. Él no quería vivir más así. No con Helena.

—No, no lo hiciste. —Ella siempre había dicho sí y amén a todo, pero eso no era suficiente para una relación seria.

—¿Entonces por qué?

Porque no te quiero.

—Es un mal momento, Helena. Necesito tener la cabeza despejada ahora mismo.

—¿Entonces quieres que me levante y me vaya ahora?

Sí.

—Puedes quedarte, por supuesto, y relajarte unos días.

Por favor, no lo hagas.

Pero, ¿ya has tomado tu decisión?

Asintió con la cabeza.

—Lo siento, Helena. Realmente no quería que pasara así.

Se secó los ojos.

—Es tarde, en realidad me gustaría quedarme esta noche si te parece bien.

—Por supuesto. No soy un ser inhumano.

El silencio llenaba la habitación, era incómodo y opresivo. En algún momento se levantó.

—Te enseñaré un dormitorio.

—¿No puedo dormir contigo?

—No, Helena. No creo que sea una buena idea.

CAPÍTULO 12



Ellie se sentía patética, como una fisgona, o peor, como una amante celosa. El tiempo hacía juego con su estado de ánimo, el cielo de las Tierras Altas era gris y estaba cubierto de espesas nubes de aspecto oscuro y amenazador. Parecía que se avecinaba una tormenta.

“No seas tonta”, se reprendía a sí misma mientras arrastraba la aspiradora tras de sí. Llevaba media hora evitando ir a la habitación de Kenneth para ver cómo estaban las cosas, hacer la cama, recoger la ropa sucia y limpiar el baño. Simplemente no quería limpiar los rastros de una noche de amor en la que ella había querido ser la protagonista. Por el contrario, él había estado en la cama con su novia.

Oh, Dios.

Tenía novia.

Por supuesto que tenía novia. Los hombres como él no están solos. Un buen partido, aristocrático y además rico.

¿Cómo pudo suponer por un segundo que el beso, las conversaciones y el tiempo juntos podrían haber significado algo?

Era tan estúpida.

—No aprendí nada —balbuceó para sí misma y finalmente empujó la manilla hacia abajo y se aventuró a entrar. Contuvo la respiración, pero no sabía por qué. Lo primero que hizo fue abrir de un tirón las ventanas y se detuvo en seco. Sentía un calor incómodo y la vergüenza le quemaba las mejillas. Ya le había hecho la cama muchas veces, pero ese día era diferente. Incluso antes, a veces se había imaginado cómo se veía cuando dormía... Si dormía boca abajo, aplastando la almohada bajo la cara, si los pies le colgaban por el extremo o por el costado. ¿O prefería dormir de lado y acurrucado entre mantas y almohadas?

No debería haberle importado en absoluto, pero le importaba.

Ellie respiró hondo y se puso manos a la obra.

—Seré muy profesional, ni siquiera miraré —murmuró mientras mullía las almohadas. La cama estaba revuelta.

Por supuesto.

Hizo una mueca. Sí, claro.

—Acaba de una vez y que te vaya bien —se dijo a sí misma y continuó. Alisó el cubrecama, luego la sabana. Ya está, pasó rápidamente el aspirador y entró en el cuarto de baño.

Sus ojos escudriñaron la ducha en busca de champú y gel de ducha caros, pero no había nada. Sólo había un cepillo de dientes en el borde del lavabo.

Extraño.

No importa, siguió adelante. Lo limpió todo rápidamente, tiró de la cadena, cogió la ropa del cesto y volvió a salir corriendo. Luego, regresó una vez más y cerró las ventanas. Ellie respiró hondo tras cerrar la puerta, como si acabara de escapar del infierno una vez más.

Donald se encontró con ella de camino a la lavadora.

—Buenas tardes —saludó ella, ya era mediodía.

—Hola, Ellie —respondió con un gesto seco de la cabeza.

—Me gustaría encargarme del Ala del Cuervo entonces, ¿le parece bien?

—Eso debería ser un trabajo difícil.

—¿Por qué?

—Nadie ha utilizado el ala durante mucho tiempo.

—¿Por qué no?

—Desde que la anterior esposa del Conde falleció.

—Oh, no lo sabía. ¿Fue en la casa?

—No, y eso tampoco es de interés. De todos modos, el ala está actualmente desalojada. Los muebles están cubiertos.

—Pero pasar la aspiradora no hace daño, ¿verdad?

—No, probablemente no.

—¿Y limpiar ventanas?

Donald arrugó la frente.

—¿Por qué este repentino afán?

Ellie apretó los labios un momento y luego se recompuso.

—¿No puede decir de mí que no soy trabajadora, o es que no está satisfecho con mi trabajo?

La miró un momento y luego exhaló.

—No, claro que no. Bueno, entonces, busque en el Ala del Cuervo. Pero no diga después que no se lo advertí.

No entendía muy bien lo que quería decir, pero no le importaba. Prefería tomar café con el diablo que encontrar a Kenneth y a su novia.

Al mismo tiempo, se preguntaba por qué no tiraba la toalla y se marchaba. Soñar con la casita para botes era un trabajo de amor malgastado. Nunca lo conseguiría.

—¿Qué pasa? —oyó la voz de Donald y levantó la vista hacia él.

—Lo siento —murmuró y continuó su camino.

Poco después, armada con un plumero y una aspiradora, se dirigió al ala desocupada. Empujó la puerta doble y el aire viciado la golpeó. Tenía un aspecto espeluznante y olía a polvo y a pasado. Las telarañas colgaban como cabellos de ángel en los rincones, sobre los óleos con marcos dorados y las lámparas de plata de la repisa de la chimenea. El papel pintado de seda debía de ser rojo, pero ahora estaba descolorido y ya no brillaba. El suelo estaba cubierto de una gruesa capa de polvo, las alfombras yacían enrolladas contra la pared. El mobiliario estaba oculto bajo sábanas: varias sillas, un sofá, una chaise longue y varias mesas auxiliares. Era un salón con vistas al parque. ¿Solía sentarse aquí la familia a jugar, leer y charlar? Ellie no se lo podía imaginar. Respiró hondo.

Estaría ocupada aquí un buen rato, pero no empezó de inmediato. Su curiosidad se había despertado y quería ver primero las otras habitaciones antes de ponerse a trabajar. Cruzó la larga sala y abrió otra puerta doble que daba a una habitación similar a la anterior. Parecía más masculina por el papel pintado de verde, una secretaria apoyada en la pared, cuadros de paisajes adornaban las paredes. En el centro de la sala había de nuevo asientos cubiertos y mesas. A

continuación, entró en un enorme vestíbulo, que estaba tan bueno como vacío. Sobre ella colgaban lámparas de araña. Oh, Dios, necesitaría una escalera muy larga y robusta para limpiar allí.

¿Qué era este lugar? ¿Un salón de baile? Los ventanales daban a una terraza desde la que se accedía al parque. “Vaya”, pensó, “¡qué salón!”. Fuera, vio a los jardineros cuidando el césped. Por lo que había observado, venían una vez a la semana. Se dio la vuelta y se quedó de pie en medio de la habitación. Ellie cerró los ojos y levantó los brazos, como si tuviera delante a una pareja de baile imaginaria, y giró en tres cuartos. Durante unos segundos se fundió en la atmósfera de la casa. ¿Habría habido muchas fiestas allí en el pasado? Imaginó un cuarteto de violines tocando un vals. La gente hablando, riendo, las copas tintineando. Las faldas largas flotando sobre el parqué pulido, las camisas almidonadas, los trajes de fiesta y los caballeros señoriales llenando de vida el salón de baile y toda la mansión.

Tropezó y volvió a abrir los ojos.

“Sí, algo así”, rio en sus pensamientos. “¡Qué desperdicio!”.

“Debería hacerse algo con esto”, pensó. Tanta historia, tanta atmósfera y estilo. Era una lástima que esa ala estuviera tan descuidada.

Y, entonces, recordó que esa no era su obra, que estaba aquí para limpiar, para nada más. Descubrió sus huellas en el polvo y gimió. Sin embargo, echó un rápido vistazo a las demás habitaciones del ala: desde el salón de baile había un pequeño pasillo que se bifurcaba, un lado llevaba a grandes cuartos de baño, el otro a habitaciones privadas y a otro salón donde había algunas estanterías. No era tan imponente como la biblioteca del ala oeste, pero sí acogedora. Volvió a pensar que era una lástima que ya no viviera nadie allí. Un hombre solo que poseía esa estructura tan grande, un mayordomo jubilado y una cocinera que no sabía cocinar.

“No es asunto tuyo”, le decía la vocecita, pero no podía quitarse de la cabeza la idea de que era un desperdicio sin sentido dejar que todo se echara a perder.

Kenneth exhaló aliviado cuando Helena se marchó de la propiedad en su Mercedes. Apenas había pegado ojo la noche anterior y se sentía como noqueado. Helena se había tomado la ruptura con calma, sin montar una escena ni rogarle que lo reconsiderara. Él le reconoció el mérito, pero tal vez se debiera al hecho de que ella tampoco lo había amado.

Quizá ya tenía en su lista mental a un posible candidato en el que pondría ahora sus ojos. Le deseó mejor suerte con ese hombre y se alegró de librarse de ella.

—Libre —murmuró, haciendo una mueca. Cómo tomárselo... Tenía una piedra en el zapato en forma de castillo, cuyo mantenimiento anual costaba enormes sumas, pero que no le reportaban ni un céntimo. Aun así, se alegraba de que no hubiera sido víctima de la bola de demolición. No todavía. Tenía que pensar en algo. De lo contrario, no tendría más remedio que venderla. ¿Habría estado esto en mente de su padre? Difícilmente.

Suspirando, se puso en marcha, llevando a Dougie a dar una vuelta por el parque del castillo. Por el rabillo del ojo vio movimiento detrás de las ventanas del Ala de los Cuervos. Parpadeó y apartó la mirada, ahora ya veía fantasmas. El ala llevaba años desalojada.

Desde que su madre murió.

Apenas se acordaba de ella, era demasiado pequeño cuando murió. Todo lo que recordaba era que ella le había amado. Su calor, su voz suave, sus canciones y su energía exuberante. Pero las imágenes eran borrosas, eran poco más que retazos de memoria de un niño de tres años. Kenneth siguió caminando, mirando una vez más hacia el salón de baile. Por un momento le pareció ver la silueta de una mujer en el interior, pero al instante siguiente ya no había nada.

—¡Maldita sea! —Se frotó los ojos y sacudió la cabeza. Necesitaba desesperadamente dormir más, si es que estaba alucinando.

—¡Dougie, ven! —llamó al perro, que se revolcaba sobre su lomo y se divertía consigo mismo. De un salto, el irlandés perro lobo se puso en pie y trotó tras Kenneth.

Incluso a última hora de la tarde, cuando regresó del tratamiento de Angus, siguió pensando en el Ala del Cuervo, aunque no quería. En el pasado, la familia había celebrado fiestas allí, recibido invitados y vivido. Después habían cerrado las puertas y cubierto los muebles con telas. Para protegerlos. Para ocultarlos. Lo que fuera.

Kenneth había dejado de preguntarle a su padre por su madre en algún momento, ya que nunca había obtenido respuestas. No les gustaba hablar de ese capítulo. Al final habían dejado de hablar del todo. Entonces, a Kenneth también se le había ocurrido la idea de abandonar los estudios y dedicarse al deporte profesional. Ese había sido el final de la relación padre-hijo.

Kenneth se sentó en la silla de su padre con un fuerte suspiro y su mirada se posó en el cofre. ¿Por qué lo había guardado su padre en una taquilla?

¿Habría joyas dentro? ¿Viejas reliquias familiares? Probablemente.

Entonces, ¿por qué tenía miedo de abrirlo? Tenía una sensación de náuseas en el estómago, que desde luego no se debía a que ese día no hubiera comido nada.

Dougie se tumbó a sus pies. ¿Por qué nunca podía relajarse allí? Aunque estaba solo, tenía la sensación de que alguien le miraba constantemente por encima del hombro.

Se volvió paranoico.

¿Su madre había sido así? Kenneth no la recordaba, pero había oído a Shirley utilizar la palabra paranoica en relación con su madre en algún momento. Su hermana era cinco años mayor que él, así que seguramente la recordaría mejor. Se frotó la frente con la mano y llamó a Shirley.

—Hola, Kenneth —contestó tras el segundo timbrazo.

—Hola, hermanita. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—De lo mejor —mintió.

—¿Ya te has acostumbrado?

—Algo así.

—Vamos, no eres una persona diferente sólo porque por fin tienes el título.

—No lo sé.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con su voz habitualmente alegre que de repente sonó preocupada.

—Yo tampoco lo sé. Aquí no pasa gran cosa.

—Sí, por supuesto. Kiltarff no es Londres.

—No, no es eso, ni siquiera echo de menos Londres.

—¿Qué es entonces?

—Háblame de nuestra madre —soltó, y oyó a Shirley inhalar bruscamente.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo era?

—Era la mejor madre —dijo entonces en voz baja—. A veces.

—Luego bailaba, reía y cantaba canciones con nosotros —continuó, porque ya habían tenido esta conversación una vez. Había sido como un mantra entre ellos, eso fue antes de que los enviaran a internados diferentes. Después de eso, todo cambió. Ellos, que de pequeños eran

pegados como guisantes y zanahorias, se convirtieron en extraños el uno para el otro.

—Tenía las ideas más increíbles —continuó Shirley—. Todo era posible con ella.

—Dulces hasta altas horas de la noche....

—Picnics en la nieve...

—Noches bajo las estrellas. —Eso era lo más hermoso. Extendían mantas debajo y buscaban juntos la Vía Láctea, la Osa Mayor y la Osa Menor.

—Bailábamos en el salón de baile, aunque no hubiera nadie más que nosotros.

Y, entonces, pasó por su mente una imagen que no podía comprender. Agua, frío y sensación de ahogo.

—¿Kenneth? —oyó a Shirley del otro lado.

—¿Sí?

—Dime, ¿qué pasa? Hace años que no hablamos de ella.

Eso era cierto, básicamente sólo habían rasgado la superficie durante años, no se veían a menudo. Rara vez, o nunca.

—¿Sabías algo de un cofre que papá tenía en una taquilla en Inverness?

—No, no tenía ni idea. ¿Qué contiene?

—No lo sé, aún no lo he abierto.

—¿Por qué no?

—No tengo ni idea. —Se frotó la barbilla—. Hoy estaba en el parque y por un momento pensé que algo se movía en el Ala del Cuervo.

Shirley se rio, pero ambos tenían claro que no era ninguna broma.

—Por un segundo pensé que estaba allí. Y al siguiente pensé que era mi turno, que me estaba volviendo loco.

—Kenneth, tú no eres como ella. Estoy segura de que no lo eres. Probablemente fue sólo una sombra, un reflejo en la ventana.

—Sí, probablemente. Mira, si son joyas de mamá, te las enviaré.

—No hay prisa.

—¿Has estado ya en la finca de campo de Yorkshire? ¿Te la vas a quedar?

—No estoy segura. Bueno, no he estado allí todavía. No hay tiempo, hemos estado... Ocupados.

Kenneth sabía que Shirley llevaba años intentando quedarse embarazada, lo había mencionado alguna vez. Ahora ya tenía cuarenta años y el tiempo se le acababa. Pero como su relación no era especialmente cercana, no quiso preguntarle al respecto.

—Claro, ha estado ahí durante años.

—Hay un administrador.

—¿En serio? Qué ingenioso. Yo también estaba pensando en poner uno aquí.

Evitaba hablar de dinero. No era problema de Shirley que no quedara mucho de la fortuna.

—Eso sería una solución, pero a largo plazo sería maravilloso que la vida volviera al castillo.

—No tengo planes de traer doce hijos al mundo en un futuro próximo.

Shirley guardó silencio un momento.

—No, claro.

Mierda, había dicho algo equivocado, por supuesto.

—Mira, voy a echar un vistazo y luego te diré si realmente son las joyas.

¿Qué otra cosa podría ser?

—Muy bien, cuídate, hermanito.

Ella no había dicho eso en mucho tiempo, algo dentro de él se tensó.

—Tú también, niña grande.

Luego colgaron y él siguió sentado frente al cofre y mirándolo fijamente.

Kenneth levantó las manos y las posó sobre la madera oscura, que se sentía fría y suave bajo sus dedos. No le resultaba en absoluto familiar.

Dejó que la bisagra se abiera y levantó la tapa.

Le llegó el olor a papel viejo. Miró dentro y frunció el ceño.

Cartas y varios cuadernos, nada más. Sacó uno de los cuadernos y lo abrió. Conocía la letra distintiva y fuerte: era la de su padre.

A Kenneth le invadió un sentimiento opresivo, le costaba respirar al leer las palabras.

"... después de las semanas de exuberancia, cuando colma a todo el mundo de amor, ideas y locura, llega la pesadez. La oscuridad y el silencio. Nos pesa a nosotros, y aún más a los niños. Kenneth aún es muy pequeño, pero se da cuenta de que la niñera está a su lado por la mañana, tarde y noche, pero Shirley hace tiempo que comprendió que a su madre le pasaba algo. Me gustaría poder ayudar a Monique, quiero sacudirla, zarandearla y luego estrecharla entre mis brazos y besarla. De joven me cautivaba su exuberante energía, entonces no sabía lo bajo que podía caer. Lo oscuro que puede ser su interior, tan oscuro que no puede encontrar el camino hacia la luz".

Kenneth se sintió mal. Siguió leyendo.

"No puedo ser padre y madre a la vez. Me educaron de forma muy diferente, no sé qué hacer. Tengo miedo de hacer algo mal. ¿Cómo puedo sustituir a su madre mientras Monique tiene una de sus fases? ¿Cuánto tardará esta vez? Y lo que puede asustarme aún más: ¿y si, durante sus momentos álgidos, cuando el mundo brilla con todos los colores del arco iris para Monique, hace algo que ponga a los niños en peligro? Hoy la he encontrado con Kenneth y Shirley, iban en el coche, los niños no llevaban cinturón de seguridad, Kenneth estaba sentado en su regazo y le dejaba conducir. ¡Sólo tiene dos años! ¿Y si se le escapa un coche? No puedo ni pensarlo, pero tampoco quiero hacerle daño. Se esfuerza tanto, ama tanto a sus hijos. No sé qué está bien y qué está mal, ¿puedo prohibirle algo? No sé a quién acudir. En nuestros círculos no hablamos de tener una esposa enferma. Vivimos recluidos, en las fiestas o es la anfitriona perfecta o está oficialmente con gripe. No creo que nadie tenga ni idea de lo que realmente..."

Kenneth dejó de leer. No recordaba haber estado nunca en el coche con su madre. Quizá el padre se lo había prohibido después de todo... Quién sabía. Ya no podía preguntárselo.

Estaba conmovido, le temblaban los dedos. Kenneth bajó el cuaderno y volvió a guardarlo en el cofre. No quería seguir leyendo. Aquello era el pasado, sería mejor dejarlo atrás.

¿Por qué había querido su padre que tuviera los cuadernos y las cartas? ¿Y qué tipo de cartas eran?

Ahora no, necesitaba distancia. Aire. Espacio para pensar.

Kenneth se levantó de un salto y salió del estudio. Sin pensarlo, recorrió el castillo hasta que se dio cuenta de que se dirigía al Ala del Cuervo.

Se detuvo frente a la puerta doble e hizo una pausa. ¿Realmente quería entrar?

¿Por qué no? ¿Qué podría pasar? No había nadie allí, desde hacía años. No creía en fantasmas, ni era especialmente supersticioso.

Aun así, le resultó extraño y desconcertante cuando abrió la puerta y entró en el salón rojo. Le sorprendió ver que la habitación estaba relativamente limpia, olía a polvo, pero el suelo parecía haber sido coleteado recientemente. Siguió adelante. El salón verde ya tenía otro aspecto, allí olía a moho de los muebles tapizados. Las puertas del salón de baile estaban abiertas y Kenneth caminó en esa dirección, ensimismado. Entonces, divisó huellas en el polvo. Huellas

extrañas que recorrían el salón en círculos, como si alguien hubiera estado bailando.

Así que allí tenía el espíritu.

Kenneth enarcó una ceja y se asombró. Alguien debía de estar gastándole una extraña broma.

Irritado, salió del vestíbulo y dio una larga vuelta con Dougie. No había lugar para sus confusas sensaciones entre los gruesos muros del castillo.

CAPÍTULO 13



Con el tiempo, Kenneth desarrolló una especie de rutina. Por la mañana se ponía en manos de Angus y se dejaba torturar, luego se ocupaba del papeleo y por la tarde hacía ejercicio.

Para ello Angus le había conseguido unas bandas terapéuticas, una de ellas incluso colgaba del techo, podía colgarse y hacer ejercicios en función de su propio peso corporal. Esto era lo mejor para el hombro por el momento. Las pesas pesadas serían más bien contraproducentes, al menos ésa era la opinión de Angus, y él confiaba en él. Kenneth había convertido la habitación contigua a su dormitorio en una especie de gimnasio. No era un cuarto de entrenamiento, pero era suficiente para sus propósitos. Dougie estaba contento con los kilómetros extra que ahora le permitían trotar a su lado mientras el nuevo amo hacía footing.

Sólo no estaba satisfecho con sus veladas, la comida de Isla seguía sabiendo horrible y no había visto a Ellie desde la última vez. Claro que no. Probablemente hacía tiempo que había vuelto a Alemania; en el camping había tres autocaravanas, pero ninguna tienda.

No es que hubiera hecho la ronda allí por eso, claro que no. Y, sin embargo, por pura casualidad, ese mismo día había pasado por allí por primera vez y se había preguntado si ella seguía o no en Kiltarff. Bueno, al menos ya tenía la respuesta. Se había ido.

Kenneth se sorprendió de lo mucho que le había paralizado esta toma de conciencia, porque Ellie había sido la única persona con la que realmente se había comunicado en las últimas semanas.

Ahora volvía a estar solo.

Apartó el plato de sí, apenas había tocado el asado frío. Estaba tan seco y duro como la suela de un zapato viejo. No podía seguir así, o aprendía a cocinar él mismo o había que jubilar a Isla. Al día siguiente hablaría seriamente de ello con Donald. Realmente no quería ser un inhumano, pero tampoco quería morir de hambre.

Se paseó inquieto por la biblioteca, con el estómago rugiéndole. Además, el encierro le atormentaba, necesitaba un cambio de aires y una comida caliente y comestible.

Con tantas voces cruzadas, a Ellie aún le costaba un poco seguir a todo el mundo. Pero cada vez entendía mejor el acento local, incluso en una taberna con tres escoceses y dos chicas escocesas. Estaba sentada en una mesa del Lock Inn, la segunda taberna de la ciudad, con Kendra, Maisie de la librería, Colin de Girvan's Hardware, Stuart del taller y Wallace, el bombero. Delante de ellos había cervezas de barril y palomitas saladas en pequeños cuencos. Ellie se sentía a gusto, aunque no pudiera contribuir a las conversaciones sobre los aldeanos,

pero eso no importaba.

—¿Cómo van las cosas en el castillo? —le preguntó Kendra en un momento dado.

—Están en marcha —respondió Ellie con evasivas.

—¿De verdad quieres seguir trabajando como criada?

—No lo sé. —Suspiró y Kendra iluminó a los demás.

—En realidad, Ellie es cocinera.

—¿Ah, sí? Entonces podrías empezar a una vez por aquí —bromeó Colin—. La vieja Shona tiene reumatismo y seguro que estaría encantada de tomarse un descanso.

—También le ofrecí trabajar para nosotros —dijo Kendra—. Pero Ellie ya tiene planes completamente diferentes.

—¿Entonces? —Stuart parecía interesado y bebió de su cerveza.

—Bueno. —Ellie negó con la mano—. No va a suceder de todos modos.

—Bueno, habla, ahora estamos todos emocionados. —Maisie sonrió y le dio un codazo en el costado.

—La casita para botes —refunfuñó Ellie, mirándose las manos. Probablemente todos pensaban que era estúpida.

—¿Qué hay con eso? —preguntó Stuart.

—Es el lugar perfecto, la ubicación es estupenda. La propia casita para botes podría convertirse en un restaurante.

—Oh, Dios —gimió Colin—. ¿La vieja casita?

Ellie suspiró.

—Claro que antes tendría que hacerle algo.

—¿Algo? —Kendra se rio—. Bastante, pero Ellie tiene un plan. ¿Verdad, Ellie?

Ellie asintió y sintió que se ponía roja. Una cosa era soñar con la casita para botes y otra cosa era hablar de ella. Probablemente todos pensarían que estaba loca.

—Tendría que remodelarla y conseguir equipamiento, claro. Pero en términos de ubicación sería perfecto, hay dos habitaciones, en una habría espacio suficiente para la cocina. Se tendría que poner instalaciones sanitarias, claro, pero, sinceramente, la casita para botes es mucho más espaciosa de lo que parece desde fuera.

—Has pensado mucho en esto, ¿verdad? —Stuart parecía sorprendido.

—Sí, así es.

—En Invermoriston está el Craigdarroch Inn, que cerró hace dos años porque falleció el dueño. La mujer vive encima del local, pero no quiere volver a poner en marcha el negocio —explicó Colin.

Ah, y lo sabes porque... —Los ojos de Kendra se abrieron de par en par.

La conozco bastante bien. —Colin le guiñó un ojo, y Ellie comprendió que él y la dueña se veían a veces. El apuesto escocés no era un aficionado a la comida, eso estaba bastante claro, pero probablemente tampoco quería comprometerse. Al menos eso le había dicho Kendra en alguna ocasión, cuando se había pasado a comer una ensalada después de un largo día de limpieza.

—Eso sería genial. —Maisie aplaudió—. Te apoyaríamos en todo lo que pudiéramos, por supuesto. ¿Verdad, chicos?

Los tres estuvieron de acuerdo.

—Claro, estaría bien que te quedaras.

Ellie estaba encantada de ser recibida tan abierta y cálidamente.

—Ya tienen bastante con sus trabajos, no puedo aprovecharme así de ustedes.

—Tonterías —la interrumpió Kendra—, estamos encantados de ayudar. Colin, ¿por qué no preguntas si hay muebles disponibles a buen precio?

Se llevó una mano a la frente.

—Sí, señora. Lo haré.

—Oye, espera un momento. Aún no tengo permiso para alquilar la casita para botes.

—Oh, claro. —Kendra bebió de su cerveza—. Ese obstáculo todavía se interpone en nuestro, eh, tu camino.

—¿Cómo es él? —preguntó Wallace—. Le he visto haciendo footing con su perro un par de veces en los últimos días, por lo demás no anda mucho por aquí.

Ellie sintió que se ruborizaba.

—Yo, eh, no lo conozco en absoluto. Quiero decir, yo limpio, él es el amo del castillo.

—¿Y cómo llegarás entonces a la casita para botes? —preguntó Kendra con el ceño fruncido.

Ellie estaba a punto de decir que ella tampoco lo sabía cuándo se abrió la puerta.

El corazón le dio un vuelco.

Cuando se hablaba del diablo.

Fue como si todos los sonidos a su alrededor se silenciaran, el ambiente de la habitación cambió cuando Kenneth entró y miró a su alrededor. Su rostro era inexpresivo, pero no antipático. Llevaba una camisa de cuadros y un suéter de lana gris por encima. Sus largos muslos lucían unos jeans oscuros y sus pies unas pesadas botas, como si hubiera dado un paseo por los páramos. Como si sintiera que ella le estaba mirando, la miró. Algo parpadeó en su mirada, pero enseguida se apagó, lo que hizo pensar a Ellie que debía de haberse equivocado. Se preguntó qué debía hacer. ¿Levantarse y saludar? ¿Mirar hacia otro lado y fingir que no se había dado cuenta?

Tomó la decisión por ella, porque caminó a grandes pasos hasta la barra, se sentó en un taburete, pidió una cerveza y echó un vistazo al menú.

“Sí, claro”, pensó Ellie.

“No quiere saber nada de mí.

Tiene novia.

Y hambre”.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios, sabía lo mal que cocinaba Isla. No era de extrañar, entonces, que en algún momento saliera de su castillo para encontrar algo comestible.

Kendra le dio un codazo en el costado.

—Es él, ¿verdad? —susurró.

—Sí, lo es.

—Vaya, es sexi.

—¿Tú crees?

—Por supuesto.

Ellie no quería, pero sintió una punzada de celos, lo cual era una tontería porque no tenía nada que reclamarle a Kenneth. Y tampoco quería eso. De ninguna manera.

Parecía que todo el mundo en el bar sabía quién era, pero nadie se dirigía a él. Kenneth estaba sentado en el taburete de la barra como en un trono. Solitario e intocable.

—¿Así que es tu tipo?

Kendra se rio entre dientes.

—No sé, ni siquiera le conozco.

—¿No vas a acercarte a saludarle?

Ellie gruñó suavemente.

—Por supuesto que no. ¿Qué se suponía que tenía que decir? 'Hola jefe, ¿me alegro de verle?

¿Le gustó cómo limpié el baño?’

—Oh, claro. No, claro que no. Pero, ¿cómo vas a convencerle de que te deje convertir la casita para botes en un restaurante?

—Buena pregunta, sinceramente no tengo ni idea. —Su plan original no había funcionado, aunque a él le había gustado su comida, pero entonces había aparecido su novia.

Todavía podrías haber cocinado para él.

Sí, claro, quería gritar. Era un poco más complicado que eso. Ellie suspiró.

—Creo que iré.

—¿Qué? ¿Por qué harías eso? —quiso saber Maisie—. Ni hablar. Voy a pedir otra ronda. Le hizo una seña al anfitrión, por suerte estaban sentados lo suficientemente lejos como para que Kenneth escuchara lo que hablaban en la mesa.

Kenneth era claramente consciente de las miradas de los presentes cuando se sentó en la barra y pidió una cerveza. Ojeó el menú y pidió pescado con patatas fritas y puré de guisantes. Tenía un hambre voraz y le importaba un bledo que le miraran como a un animal en el zoológico. Sin embargo, le habría encantado darse la vuelta y volver a ver a Ellie. Se había quedado tan sorprendido —y aliviado— de encontrarla allí, que parecía una estatua de sal en el sitio durante un suspiro después de entrar.

Así que Ellie seguía en el pueblo, y no estaba sola. Si no se equivocaba, estaba sentada a la mesa con aldeanos que le resultaban familiares. Posiblemente había jugado con alguno de ellos de niño, no estaba seguro, pero no había razón para acercarse a preguntarlo ahora.

Excepto que quería hablar con ella, tal vez. Pero no delante de todos. Aun así, le ardían en la lengua algunas preguntas: qué hacía ella aquí, por qué conocía a la gente y dónde demonios había estado en los últimos días.

Había pensado en ella más a menudo de lo que le convenía. Por un lado, se sentía muy aliviado de verla, por otro, no tenía ni idea de qué hacer. No tenían nada en común, no eran ni amigos ni conocidos.

Aunque se sentía diferente. Se acordaba de su risa, del brillo de sus ojos cuando bromeaba, de sus suaves y experimentados movimientos de mano cuando se ponía detrás de la cocina. Recordaba su voz, el verde de sus ojos que a veces brillaban con tanta nostalgia.

Y, entonces, recordó la razón por la que ya no comían juntos. Se habían besado cuando él era un hombre comprometido.

Ya no, pero eso no cambiaba el hecho de que la había decepcionado.

Alguien puso una cerveza delante de él, levantó brevemente la vista y le dio las gracias sin darse realmente cuenta de nada. Estaba demasiado ensimismado en sus pensamientos.

Kenneth bebió un sorbo. Alguien le puso una mano en el hombro.

—¡Mi niño! ¿Qué te lleva a salir del castillo?

—Angus —dijo Kenneth con una sonrisa—. ¿Y tú? ¿No has roto suficientes huesos hoy?

—Sí, eso da hambre. ¿Me permite? —Señaló el taburete junto al suyo.

—Claro, siéntate.

Angus tomó asiento a su lado y también pidió una cerveza.

—Entonces, ¿has estado haciendo tus ejercicios?

—Sí, señor.

—Lo recomiendo. Muy bueno.

Kenneth recibió su comida.

—Disfrútalo. —Angus le robó una patata frita.

—Gracias. ¿Y a ti? ¿Qué te trae por aquí?

—Oh, vengo a menudo —respondió el anciano encogiéndose de hombros—. No hay mucho más que hacer, y “La Linterna” está cerrado hoy.

Angus pidió un estofado.

—Mis habilidades culinarias son bastante rudimentarias.

—Entiendo, a mí me pasa lo mismo. —Kenneth sonrió.

Los dos hablaron durante un rato sobre los cambios en el pueblo desde que él era un niño, luego divagaron sobre el Brexit y finalmente volvieron al tema original. Kenneth miró por encima del hombro y vio que la mesa donde había estado sentada Ellie estaba vacía. Maldita sea, tenía tantas ganas de alcanzarla y hacerle unas preguntas. Pero no había sido capaz de dejar a Angus sentado en medio de la conversación.

—¿Pasa algo?

—No, no. Está todo bien. —Empujó su plato vacío lejos de él—. ¿Conocías a la gente de la mesa de atrás?

Angus se rio.

—¿Si los conocía? Por supuesto que sí. ¿Tú no?

—¿A todos?

—Kendra de “La Linterna”, Colin del taller... —Angus contó hasta llegar a Ellie—. La de pelo moreno debe ser nueva aquí. Así que no sé todo, al final. —Le guiñó un ojo.

Kenneth estaba decepcionado, tal vez esperaba que Angus le dijera en qué posada se había alojado Ellie. Pero, ¿por qué? Difícilmente iría allí y tocaría a su puerta. Desechó la idea tan rápido como había surgido.

—Lo malo de crecer en un internado es que no conoces a nadie en casa.

—Supongo que eso se puede cambiar rápidamente.

Sí, pero, ¿quería? Ni siquiera estaba seguro de si se quedaría. O podría quedarse, el tema del dinero seguía dándole dolores de cabeza. Quería reírse histéricamente, no tenía ni idea de cómo se suponía que iba a amasar tal fortuna con su capital como para poder mantener el castillo con ella a largo plazo.

—Sí, pero no hoy. Acabo de darme cuenta de lo cansado que estoy. —Bostezó detrás de su mano—. No he dormido muy bien los últimos días.

—¿Te molesta el hombro?

Kenneth asintió, aunque sólo era cierto en parte. Los cuadernos y las cartas lo atormentaban, aunque no había abierto el cofre desde la primera vez.

—Yo te invito —le dijo a Angus y puso veinte libras sobre el mostrador.

—De acuerdo, pero la próxima vez pagaré yo.

—Trato hecho. Buenas noches, Angus.

—Sí, buenas noches. Hasta mañana.

De regreso al castillo, disfrutó de la suave velada y de la vista del cielo estrellado. La luna brillaba llena sobre el lago Ness, bañándolo todo con una luz azul que tenía un efecto extrañamente tranquilizador en él, aunque en realidad siempre se sentía algo incómodo cerca del lago. No sabía por qué, pero había sido así desde que tenía uso de razón. Kenneth paseó por la orilla y luego se dirigió a través del parque hacia la entrada trasera del castillo. Un búho gritaba a lo lejos, por lo demás sólo oía el suave susurro de las hojas al viento. No había echado de menos el ruido de las calles de Londres ni por un segundo, e incluso ahora el silencio y los sonidos naturales de la naturaleza le parecían un alivio. Era tarde, pero aún no estaba cansado. La casa estaba dormida, estaba a oscuras. En lugar de subir a su dormitorio, se dirigió al estudio de

trabajo. No sabía por qué, pero algo le atraía hacia allí.

Dougie se le acercó, meneando la cola, y se acurrucó contra él.

—No pasa nada, amigo, ya he vuelto. Vamos.

El perro trotó tras él con devoción, Kenneth encendió la luz y cerró la puerta del estudio tras ellos. Levantó la tapa del cofre y sacó las cartas. No conocía la letra y, además, no estaban selladas.

Cogió el sobre superior, sacó el membrete y empezó a leer.

Queridísimo Robert,

Espero que sepas que te quiero más que a nada. Siempre has sido mi luz en la oscuridad, mi fuente de amor y de vida. Me das tanto, ¿y qué hago yo? Desearía que las cosas fueran diferentes, pero no veo el camino delante de nosotros. En las fases de luz estoy segura de que a partir de ahora siempre será así. Que lo conseguiremos, juntos. Pero la realidad siempre me alcanza. Este oscuro vacío dentro de mí lo ensombrece todo, y ya no veo lo bueno, lo que tengo en ti y en los niños. Te he cargado con tantas cosas, eres tan paciente y cariñoso. Te mereces más de lo que puedo darte. No es suficiente, nunca lo será.

Siempre fuiste el más fuerte en nuestra relación, te doy las gracias por ello. Me resulta difícil poner estas palabras por escrito, he intentado decírlas, pero no he podido.

Te amo a ti. Amo a los niños, su risa, su amor incondicional, su alegría, el brillo de sus ojos. Cuando cojo sus pequeñas y tiernas manitas, desearía poder estar con ellos para siempre.

Sin embargo, después de lo ocurrido en la última semana, ya no estoy segura de ser lo mejor para mis hijos. Sé que en mis fases buenas reboso una energía que quiero que todos compartan. Siempre lo doy todo porque nunca sé cuánto durará hasta que la vela se apague y me quede de nuevo en la oscuridad.

Kenneth y Shirley aún son jóvenes, pero un día se darán cuenta de que no soy la madre que se merecen. Quiero ser más para ellos, pero no puedo. No puedo, no importa cuánto lo intente. Estoy siendo sincera, quizá por primera vez en todos los años que llevas soportando mis altibajos y aguantándome. Nunca seré suficiente para ellos, les hago daño, les pongo en peligro. El hecho de que Kenneth frente a mí la semana pasada casi...

Ni siquiera puedo escribirlo, sigo tan horrorizada de estar tan perdida en mi propio mundo, incluso cuando estoy bien, que soy incapaz de cuidar de mis hijos.

Está empeorando, Robert, tú lo ves y aun así estás a mi lado.

No puedo seguir haciéndoles esto. No lo quiero.

Hay demasiado vacío dentro de mí que nadie podría llenar. Ojalá fuera diferente, pero no lo es.

Sin mí, por fin podrán vivir la vida que merecen.

Deben amar, reír y vivir experiencias. No deben pasar su tiempo preocupándose por mí. Sabes que lo hemos intentado todo, pero yo siempre he sido diferente. No veo el mundo como ustedes lo ven. Solía pensar que eso era bueno, que yo era especial. Hoy sé que no hay lugar para mí. Soy demasiado de todo. Demasiado eufórica. Demasiado triste. Demasiado tranquila. Demasiado ruidosa. No puedo más, Robert. Lo poco de vida que aún queda en mí ya no es suficiente para seguir luchando contra el vacío que quiere engullirme como un agujero negro.

Por favor, perdóname, te quiero.

Kenneth no lo entenderá, Shirley tampoco. Por eso he escrito cartas para ellos, he escrito en los sobres la hora en que deberían abrirlas. Ya no puedo estar con ellos, pero lo intento. A mi manera. Me odio aún más al pensar en dejarte solo con los niños. Pero no puedo quedarme, no sea que después de todo les pase algo y yo tenga la culpa. He dirigido una parte de tu vida, el

resto es tuyo.

Con amor eterno,

Monique

Kenneth se quedó mirando el papel descolorido. Ella se había suicidado. Y él había creído que había sido un accidente. ¿Cómo había podido su padre mantenerlo en secreto todos estos años? Por supuesto que no sabía que su madre había dejado una nota de despedida. Pero había más. Las otras cartas eran para él.

Tragó y su estómago se rebeló.

—Oh, Dios —gimió mientras sacaba más sobres. No había tantos como había supuesto al principio, pero los sobres eran gruesos. ¿Dónde estaban las cartas para Shirley? ¿Había recibido ya las suyas? Eso sería típico de su padre. La ira y la desesperación bullían en su interior, ese bastardo se las había ocultado. Había poseído un pedazo de su madre todos estos años y ni siquiera lo sabía. Kenneth hojeó las fechas.

Para la graduación escolar.

Para el decimoquinto cumpleaños.

Para el primer desengaño amoroso.

Para el decimoctavo cumpleaños.

Para la ceremonia de entrega de diplomas.

Para la boda.

Por el nacimiento del primer hijo.

Un rastro caliente se extendió por su cara, lo ignoró. Y, entonces, vio el último sobre, estaba al fondo.

Conocía la letra, era la de su padre.

Kenneth apretó los dientes y lo cogió con la mano.

—Ahora querrás disculparte, ¿me importa un bledo! —Lo tiró de nuevo a la caja, con los cuadernos aún dentro.

Estaba acabado de los nervios, no se lo había esperado. Así que su madre no había tenido ningún accidente de coche. Había supuesto todos estos años que había sido un trágico accidente lo que le había convertido en medio huérfano.

Quería llamar a Shirley y gritarle, pero ella no tenía la culpa de que su padre hubiera actuado así y le hubiera ocultado la verdad.

Aunque se moría de ganas de leer las palabras que su madre le había dirigido, no pudo. Primero tenía que digerirlo todo, era demasiado de golpe.

Kenneth se pasó la mano por la cara y se echó hacia atrás. Ante él se extendía toda la verdad, una que nunca antes había sospechado.

Estaba enfadado, pero al mismo tiempo se sentía más solo que nunca en su vida.

Suspirando, volvió a meter todo en la caja, pero no fue tan fácil con sus pensamientos. Desgraciadamente.

—Vamos, Dougie. —Su compañero se levantó de un salto y le jadeó. Kenneth puso la mano en la cabeza del perro y la acarició, ensimismado.

No, no estaba solo. Nunca había entendido por qué la gente tenía mascotas, pero poco a poco empezó a comprenderlo.

CAPÍTULO 14



Ellie estaba sumida en sus pensamientos cuando entró en la habitación de Kenneth armada con una aspiradora, un plumero y un cubo de limpieza. Eran poco más de las doce, que era la hora a la que él solía sentarse en su estudio y no salía hasta la tarde. Sin embargo, se había acostumbrado a moverse lo más silenciosamente posible, por la razón que fuera. Empujó la manilla de la puerta y entró en su habitación, completamente equipada. Las cortinas sólo estaban corridas hasta la mitad, y un rayo de sol entraba en la gran habitación. Su olor aún flotaba en el aire, ella cerró los ojos involuntariamente y respiró hondo hasta que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Dio un grito ahogado, lo dejó todo y abrió la ventana de un tirón. Esto no podía estar pasando.

Ellie se volvió y cogió el cable de la aspiradora para enchufarla cuando la puerta del baño se abrió y salió un somnoliento Kenneth.

¡Santa Madre María!

Se le escapó un grito suave, soltó el cable y jadeó horrorizada.

Conocía su ropa interior desde hacía tiempo, pero no tenía ni idea de lo atractiva que le quedaba. Sus abdominales destacaban claramente, su pecho era liso y perfectamente proporcionado. Una larga cicatriz le cruzaba el hombro, se preguntó si habría tenido un accidente. Involuntariamente, su mirada se posó en su ombligo, debajo del cual una fina línea de vello oscuro desaparecía en sus shorts. Tragó seco.

—¿Qué haces aquí? —refunfuñó, frunciendo el ceño.

La cabeza de Ellie daba vueltas, estaba mareada y sentía el estómago como si acabara de dar tres vueltas en una montaña rusa.

—Eh —fue todo lo que pudo decir.

¡Maldita sea, el hombre tenía que ponerse algo!

—Ellie —se pasó la mano por el pelo.

Oh, Dios, sus rodillas amenazaban con doblarse bajo ella. Nunca antes nadie había pronunciado su nombre de forma tan sexi, su voz sonaba un poco áspera, como si tuviera un poco de resaca... O acabara de levantarse. Pero, ¿por qué?

—¿Estás enfermo? —preguntó finalmente.

Si no fuera tan absurdo, le parecería gracioso que ninguno de los dos se hubiera movido ni un milímetro desde que se encontraron.

—No. De nuevo, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Es esta tu nueva tapadera? —Él no se rio, pero el sarcasmo en su voz no se le escapó—. Puedes tocar el timbre, te dejaré entrar.

Eso era demasiado de algo bueno.

—Pareces muy seguro de ti mismo.

Frunció los labios y se puso las manos en las caderas.

—Te invito a que me expliques cuál es el motivo de tu aparición en mi dormitorio.

Tenía un comentario mordaz en la punta de la lengua, que se tragó. Sí, le daba vergüenza que él la viera así. Al mismo tiempo, estaba muy enfadada consigo misma por preocuparse por eso. Después de todo, limpiar no era un trabajo del que avergonzarse.

—Estoy limpiando, ¿qué te parece? —dijo con voz firme, levantando la barbilla.

—¿Estás haciendo que?

—Llevo semanas limpiando este sitio como una loca, ¿te has dado cuenta de que de repente todo está impecable?

Sus ojos se abrieron de par en par. Mientras parecía procesar lo que había dicho, cogió unos jeans de la silla y se los puso. Una lástima.

La miró mientras se abrochaba la hebilla del cinturón.

—¿Por qué?

Sí, lo había visto venir, pero no estaba preparada. El calor se extendió por su cuello hasta sus mejillas.

—Porque la comida de Isla es asquerosa.

—No te sigo. —Cogió un jersey y se lo puso por encima de la cabeza.

Sólo en ese momento se dio cuenta Ellie de que tenía sombras oscuras bajo los ojos.

—¿Seguro que no estás enfermo?

Su expresión era inescrutable e hizo que su corazón latiera más rápido.

—No estoy enfermo.

Se acercó y se detuvo frente a ella. Su pulso estaba acelerado, como si hubiera subido diez tramos de escaleras.

—Otra vez, Ellie. ¿Por qué estás aquí?

Ella se animó.

—La casita para botes —empezó ella, esperando que él volviera a interrumpirla bruscamente en un momento, pero él la escuchó y se calló—. Soy cocinera, debo añadir.

—Ya sospechaba algo así. ¿Así que no entraste para nada?

—No.

—No puedo decir que me guste que me mientan.

—Lo siento, pero necesitaba un trabajo.

—¿Y luego pensaste en limpiar? Para mí no tiene sentido. Por cierto, cocinas más o menos.

Se quedó sin aliento.

—¿Más o menos? —Su voz sonaba estridente—. Mi comida fue la mejor que has tenido. Tú mismo lo dijiste.

Una sonrisa burlona se dibujó en la comisura de sus labios.

—Sólo intentaba ser amable.

—No te creo.

—Pareces muy segura de ti misma.

En ese sentido, sí. Ellie enderezó la espalda.

—Sí, lo soy —respondió, sin evitar su penetrante mirada; al contrario, le dirigió una mirada furiosa.

—Ilumíname —le pidió con voz suave—. Necesitabas un trabajo. Pero, ¿qué tiene que ver la casita para botes?

“Es ahora o nunca, vamos, dilo”, se animó en silencio.

—Quiero convertirlo en un restaurante.

Ahora era él quien se quedaba sin habla. Tenía la boca abierta y los ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres?

—Un restaurante, la ubicación es estupenda, y sí, sé que es algo arriesgado, no soy de aquí, tendría que invertir mucho, quizá no pueda ni pagar el alquiler. Pero... —Tragó y respiró hondo —. Es mi gran sueño, y por eso estoy aquí.

—¿Cómo quieres llamarlo?

Ellie pensó que había oído mal. Entrecerró los ojos y lo miró con desconfianza, pero no, en realidad le había hecho una pregunta.

—Bueno, llevo un tiempo en las Tierras Altas y me encantan los brezales, me llaman especialmente la atención las florecillas azules. Yo llamaría al restaurante “Bluebell”.

—“Bluebell” será.

Ellie seguía sintiendo que se había equivocado de película. ¿Por qué no le había dado con la idea en la cabeza y la había echado de su castillo? ¿Dónde se había metido el Kenneth que había conocido allí, frente a la casita para botes, hacía unas semanas?

—¿De alguna manera has sido abducido por extraterrestres durante la noche?

—¿Perdón? —Una suave sonrisa jugó alrededor de sus sensuales labios.

—Lo siento, quiero decir, todo esto es... Tan raro. Estoy aquí en tu dormitorio y aún no me has gritado que me vaya.

—¿Quieres que te grite? —Sus ojos brillaban. Sin embargo, no se le escapó que había profundas sombras debajo y que parecía agotado. ¿Había pasado algo?

Y no, por supuesto que no quería que le gritara, quería algo completamente diferente, algo que fuera absolutamente inapropiado. Ella quería besarlo.

—Por favor, no —casi susurró.

—Puedes quedarte con ella”.

Las cuatro palabras resonaron en su interior durante mucho tiempo antes de que realmente le afectaran.

—¿Qué quieres decir?

—Te la estoy regalando.

—¿Me la estás *regalando*?

—¿Vas a repetir todo lo que digo todo el tiempo ahora?

—No.

—Bien.

—Kenneth —empezó, pero no sabía cómo expresar su confusión y su gratitud—. ¿De verdad quieres regalármela? —repitió porque no se lo podía creer.

Se encogió de hombros.

—No la necesito. Es una estructura ruinoso. No creo que lo conviertas en nada más que una cantina. ¿Realmente eres consciente de eso?

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Una sombra recorrió su rostro.

—A veces, en la vida no todo está tan claro como parece.

Durante unos segundos nadie dijo nada, el silencio en la habitación se convirtió en un crujido que electrizó el aire entre ellos.

—¿No quieres volver a pensarlo?

Le puso una mano en la mejilla.

—No. Puede que incluso me alegre de que te quedes cerca entonces.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir. —Su cara estaba tan cerca de la de ella que podía sentir su aliento caliente sobre su piel. Olía a menta y a hombre.

—No sé si es una buena idea.

—Es una idea de mierda.

Y entonces bajó los labios hasta los suyos y la besó suavemente. Casi tímidamente, le acarició la boca y le robó la última pizca de cordura. Esto tenía que ser un sueño, era imposible que los últimos cinco minutos hubieran ocurrido de verdad.

—Ellie —murmuró—. Tienes que participar, de lo contrario no es divertido.

Oh, Dios, sus rodillas realmente cedieron. Kenneth la cogió y la estrechó entre sus fuertes brazos. No quería que la soltara nunca más.

Suspiró y se aferró a él, devolviéndole los lengüetazos y apretándose contra él. En algún lugar, en lo más profundo de su ser, la voz de la razón protestaba, pero era demasiado silenciosa para influir en ella.

No sabía cuánto tiempo llevaban allí cuando él se separó de ella. Tenía la respiración agitada y la mirada nublada. Kenneth nunca había estado tan atractivo.

Le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Eres preciosa.

—¿Es en serio?

—Por supuesto, ¿crees que estoy bromeando?

—Sinceramente, no tengo ni idea.

El arrepentimiento brilló en sus ojos mientras daba un paso atrás.

—No debería haberte besado otra vez. Siento que no tengo ningún control sobre mí mismo en lo que a ti respecta.

—Tu novia, lo entiendo. —Ella quiso darse la vuelta e irse, pero él la sujetó por la muñeca.

—No, Ellie. Te dije que iba a romper con ella y lo hice.

—¿Qué es entonces?

Dios, sonaba como una adicta suplicando a su distribuidor.

—No quiero que pienses que sólo te daré el Bluebell si... Lo entiendes. No es así. Me alegraré mucho cuando esté fuera de mi lista de problemas.

—No lo entiendo.

Se acercó una vez más.

—Ellie, no soy emocionalmente capaz de comprometerme en una relación.

Tragó.

—Entiendo.

Vaya, ha sido un claro rechazo. Pero mejor eso que lágrimas después.

—Sí, ya hemos tenido bastantes malentendidos, es mejor hablar claro.

Respiró hondo.

—Ojalá fuera diferente, Ellie. Eres una gran mujer.

Se rio amargamente.

—Sí, claro.

—Es exactamente como lo digo.

—Sí, está bien. —Dio un paso atrás—. Sinceramente, no sé si puedo aceptarla.

—¿Qué quieres decir?

—La casita para botes.

—¿Perdona? Primero me asedias, incluso te infiltras en el castillo por ella —me alivia, por cierto, que no hayas tenido que irrumpir en primer lugar—, ¿y ahora ya no la quieres?

Nerviosamente se pasó la mano por el pelo.

—Sí, la quiero, pero no así. De alguna manera se siente incorrecto. No quiero deberte nada.

Kenneth asintió y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Eso te honra, Ellie. Pero créeme, me harías un favor si te convirtieras en la nueva propietaria. Odio la casita para botes.

—Como que me di cuenta de eso. ¿Por qué?

—Déjalo, Ellie. ¿La quieres o no? Si no, haré que l derriben.

No dudó ni un segundo de que hablaba en serio.

—¿Qué? ¡No! Quiero decir, sí. Sí, la quiero, por supuesto.

Sonrió con tristeza.

—Bien. Para mantener las formalidades, haré que el notario redacte algo. ¿Qué te parece un precio de compra simbólico de una libra?

—No puedes hacer eso.

—Ellie —repitió en voz baja—. Acabamos de pasar por esto. O te haces cargo y haces realidad tu sueño, o haré que arrasen con ella.

Parpadeó, sin saber qué decir.

—De acuerdo.

—Vale, ¿te la llevas?

—Sí. ¡Sí! Por supuesto, Kenneth. Gracias. —Quiso abrazarlo, pero de repente se sintió avergonzada. Se sentía como si sólo hubiera soñado el beso. Sólo sus labios hinchados le recordaban que había sucedido de verdad. Que había vuelto a ocurrir.

Y que Kenneth no quería una relación con ella. Pero, ¿quería ella eso? En sentido estricto, nunca se lo había planteado, hasta ahora ni siquiera había tenido claro que se quedaría.

—No me estarás tomando el pelo, ¿no? —preguntó entrecerrando los ojos.

—¿Qué quieres decir?

—Con la casita para botes. ¿No me estarás tomando el pelo?

Su expresión se ensombreció.

—Tienes una buena opinión de mí.

—Lo siento, yo... No puedo creerlo. ¡Quieres regalármelo! Nunca nadie me había regalado nada, al menos no así. Oh, Dios, ahora estoy balbuceando de nuevo. Lo siento, estoy tan... Aturdida. ¡Feliz!

Kenneth sonrió levemente.

—Hasta que te conocí, no sabía que se podía decir tanto sin tomar aliento.

Ellie sintió que se ponía roja.

—Lo sé.

—Me gusta.

“Tú me gustas”, quedó en el aire, pero nadie lo dijo.

El ambiente volvió a cambiar, pero esta vez Kenneth fue el primero en ponerle fin.

—Sí, bueno, te dejaré que te pongas a trabajar. No puedo creer que estés limpiando aquí. Si vas a trabajar para mí, deberías cocinar.

Ellie sonrió.

—Díselo a Isla. Está luchando conmigo con uñas y dientes.

—Me lo imagino. Hablaré con ella.

—¿Y quién va a fregar y pasar la aspiradora aquí entonces?

—Encontraré una solución para eso. Además, no se cocina durante varias horas.

—Oh, ahora estás actuando como un marido cuando en realidad eres mi jefe.

—¿Cómo actúa un marido? ¿Has estado casada alguna vez?

—No, no lo estaba."

¿Podría ser que exhalara? ¿Se sintió aliviado? No, tenía que estar equivocada.

—Ilumíname, Ellie. Me gusta aprender.

—De acuerdo. Primero me contratan aquí para limpiar, luego se supone que cocino porque se me da mejor, y luego descubres que en realidad se me dan bien las dos cosas. Así que se supone que tengo que hacer dos trabajos por uno. Me suena mucho a esclavitud... O a una relación.

Uy.

Kenneth parecía incapaz de seguirla, pero se rio.

—Tienes una forma encantadora de discutir. Muy bien, tú cocinas y yo me hundiré de nuevo en el barro.

—Como si te hubieras dado cuenta... Hace un momento estabas bastante sorprendido de que hubiera una criada aquí.

—No es así, ya he visto que alguien está planchando mi ropa interior.

Los ojos de Ellie se abrieron de golpe.

—Eh, sí, tienes una ropa interior muy bonita.

—Todavía no estoy seguro de cómo me siento frente al hecho de que conozcas mi ropa íntima mejor de lo que me conoces a mí.

Le dio una palmada en el hombro y salió de la habitación.

—Oh, y, Ellie.

Se dio la vuelta una vez más.

—¿Sí?

—Te informaré sobre el notario.

Ella sólo asintió y parpadeó. Pero no se despertó. Esto había ocurrido de verdad.

Kenneth acababa de terminar una desagradable llamada telefónica con su manager en la que había pedido más tiempo a Winston, pero no se lo habían concedido. Furioso, disparó su teléfono contra el escritorio y se paseó inquieto frente a la ventana. Aún tenía en el bolsillo la oferta de otro club. Pero ahora parecía que esa podía ser la única oportunidad que le quedaba. Sin embargo, algo le impedía hacer la llamada.

La noche anterior Kenneth no había pegado un ojo, seguía agitado y confuso y no sabía cómo afrontarlo. Se sentía como si su vida y todo lo que conllevaba estuvieran rodeados por una gruesa capa de hielo. Congelado, presionado para hacer una pausa, mientras al mismo tiempo sucedían tantas cosas sobre las que no tenía ningún control y sólo podía mirar, pero no moverse.

Sin más preámbulos, marcó el número de Shirley.

—Hola, hermano de mi corazón —respondió ella.

—Hola, Shirley.

—¿Pasa algo?

—Para ser sincero, bastante. —Guardó silencio un momento antes de continuar—. ¿Qué puedes decirme sobre las cartas que nuestra madre escribió para nosotros?

Oyó a Shirley aspirar, moverse y quizá sentarse.

—La caja —comentó sin ton ni son—. Así que la abriste.

—¿Recibiste una de esas también?

—No. Pero cartas, sí, también recibí algunas. Papá me las dio cuando tenía dieciocho años.

—¿Quieres que te saque cada palabra de la boca una por una?

—Kenneth —le dijo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Se sintió traicionado y engañado.

—Eras tan pequeño.

—¿Y tú no?

—Sí, pero... Yo era la mayor. Sólo tenías tres años, no entendiste que ella murió.

—Se suicidó.

—Yo también me enteré más tarde.

—... Y no me hablaste de ello.

—Viviste con ello, ella estaba enterrada y muerta. Nuestro padre dijo que no debíamos cargar con su memoria.

—¿Cuándo dejaste de tomar tus propias decisiones?

—Yo tampoco sabía lo que estaba bien o mal.

—Pero ya somos adultos. ¿Por qué nunca dijiste nada?

—¿Qué se supone que tenía que decir? “Oye, por cierto, ¿sabías que mamá tenía trastorno bipolar y se quitó la vida estrellando el coche contra un árbol?”. La voz de Shirley se había vuelto aguda y fuerte.

—No, probablemente no. —Kenneth se volvió hacia la ventana y miró hacia fuera—. ¿Qué te escribió?

—Oh, Kenneth. Lo siento mucho.

—Yo también, créeme. Entonces, ¿qué dice?

—¿Aún no has abierto la tuya?

—Yo... No, todavía no. —Era demasiado cobarde.

—Es triste. Y hermoso. Sobre todo, es una cosa, un recuerdo, y la certeza de que nos quería. A su manera.

A su manera, signifique eso lo que signifique.

Kenneth vio a Ellie corriendo por el césped hacia la casita para botes. Aunque sólo la veía de espaldas, sabía que estaba sonriendo. Una extraña sensación se instaló en su pecho, ya no tenía tanto frío como antes.

—¿Estás bien, Shirley?

La pregunta pareció cogerla por sorpresa.

—Yo, sí, estoy bien.

—Qué bien.

—Kenneth.

—¿Sí?

—Te quiero.

—Yo también.

Luego colgó.

“Por lo menos...”, pensó y suspiró suavemente. Aunque no había avanzado más, al menos sabía que no estaba solo en este mundo. No podía culpar a Shirley, no quería hacerlo.

CAPÍTULO 15



Ellie estaba en la cocina con una taza de café en la mano. Disfrutaba del silencio que reinaba en la casa. De repente, la puerta saltó contra la pared e Isla entró de golpe. Se acabó la tranquilidad...

—Bueno, ya lo tienes todo resuelto —ladró, acercándose a Ellie.

De todos modos, los saludos estaban sobrevalorados y, además, había adivinado que Isla probablemente no abandonaría el campo sin luchar.

—¿Qué quieres decir? —Le pareció prudente fingir que no lo sabía primero.

—El Sr. MacGregor me llamó ayer.

Se sintió ligeramente mareada.

—¿Y bien?

—No le gusta mi comida.

Casi se echa a reír. Ellie se preguntó si la mujer realmente no era consciente de *lo mal* que cocinaba.

—¿Y eso es culpa mía? —No pudo contenerse.

—Para el viejo conde, que en paz descanse, mi comida era lo suficientemente buena. —Isla resopló con fuerza.

—Los gustos son diferentes. —Fue lo más diplomático que salió de sus labios a este respecto.

Isla se acercó aún más y la miró fijamente con sus ojos llorosos. Por un momento Ellie temió ser golpeada por ella, y entonces ocurrió algo muy extraño. Las arrugadas comisuras de los labios de Isla se curvaron hacia arriba. Sonrió.

Nunca había experimentado eso en todo el tiempo que llevaba allí.

Ellie entrecerró los ojos y contuvo la respiración.

—Entonces me jubilo —anunció finalmente Isla.

Ellie parpadeó.

—¿Jubilarte?

—Sí. Y con efecto inmediato.

—Wow.

—Sí, lo consulté con la almohada. Sí, claro, ayer no estaba muy entusiasmado, pero... Mírame. No me quedan tantos años en este mundo, y quién sabe cuánto tiempo estará aquí el joven conde. Me voy. Aquí tienes, la cocina es tuya.

No podía seguir a Isla en absoluto con lo rápido que balbuceaba de repente.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. No me daba cuenta de lo que me estaba perdiendo mientras estaba siempre de pie en esa estúpida cocina y, sin embargo, sólo freía para uno. Sin embargo, ahorré algo de dinero durante ese tiempo. Y ahora voy a la agencia de viajes a reservar un crucero. Al Caribe, por supuesto. Nunca he estado allí antes.

—Un crucero —repitió Ellie con incredulidad. No se imaginaba a Isla en absoluto en una tumbona con un cóctel con sombrillita en la mano.

—Sí, no pongas esa cara. Al principio no me emocioné mucho cuando apareciste por aquí. Supe de inmediato que ibas a causar problemas.

—¿Problemas?

—Los jovencitos siempre están con algunas ideas, ¿crees que no me he dado cuenta de que saqueaste mi despensa por la noche y usaste mi cocina?

—Yo no lo llamaría saqueo, la comida para mí estaba incluida, ¿recuerdas?

—Bueno. —Negó con la mano—. De todos modos, ahora es el momento para mí de estirar la pata, no en el sentido proverbial, por supuesto.

Ellie sonrió.

—De acuerdo. Buena suerte entonces.

—Gracias, Isla. —Le tendió la mano a la regordeta cocinera, que no le hizo caso, pero tiró de ella hacia sus brazos.

Ellie había tardado un poco en darse cuenta de que Isla no era lo que aparentaba con su rudeza.

—Te deseo lo mejor, Isla.

—Para ti también, niña. Cuídate.

Ellie tuvo la sensación de que la cocinera sabía más de lo que decía. Poco después se quedó sola en la cocina y tomó un sorbo de su café tibio. Qué giro había dado de nuevo su vida... ¿Qué diría su familia? Su madre seguía creyendo que sólo estaba en unas vacaciones muy largas.

Ellie sacó su teléfono y marcó el número de sus padres en Hamburgo.

—¿Richter? —respondió su madre.

—Hola mamá, soy yo.

—Ellie, qué alegría saber de ti. ¿Te encuentras bien? ¿La estas pasando bien?

—Uh, sí, bien. ¿Qué hay de nuevo?

Su madre charló un poco sobre los vecinos y luego preguntó:

—De todas formas, ¿cuándo vuelves?

—Sí, eh, esa es la razón por la que estoy llamando. Yo, um, acepté un trabajo aquí.

—¿Qué quiere decir *aquí* exactamente?

—En Kiltarff, en Escocia, mamá. Sabes que estoy de vacaciones aquí.

—No hablas en serio.

—¿Por qué?

—Eso es en el extranjero.

Ellie tuvo que sonreír.

—Sí, eso no es un problema.

—¿Y qué clase de trabajo es ese?

—Para ser sincera, tengo una casita pequeña que voy a convertir en restaurante.

—¿Qué quieres decir con que tienes una casita? ¿Qué quieres decir? No lo entiendo.

Ellie se estaba acalorando, ella misma sabía lo estúpido que sonaba decir que alguien le había regalado la casita para botes. No alguien, Kenneth.

—Sí, así que voy a alquilar una casita y renovarla.

—Dios mío. ¿Te has vuelto loca?

—No, en absoluto. Supongo que he entrado en razón. Llevas tiempo diciéndome que por fin debería abrir mi propio restaurante.

—Pero no en el fin del mundo.

—Mamá, estamos hablando de Escocia. No es el fin del mundo.

—Estás precipitando las cosas, no sabes nada de esto. ¿Y qué pasa con el Brexit y todo eso? No funcionará si los británicos abandonan la UE ahora.

—Todo eso se puede arreglar. Y si fuera Hamburgo, ¿no sería un problema? Incluso me sugeriste el Sabacca, ¿recuerdas?

—Eso es muy diferente, está aquí en nuestra zona, todo es factible.

—¿Y por qué no sería factible en Escocia?

—Ellie, piénsalo.

Ella ya no escuchaba. La decepción la invadió, esperaba que sus padres la apoyaran.

—Lo he pensado mucho, puedes creerme.

—Se te cruzaron los cables después de lo de Alexander.

—Mamá, basta. Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Yo creo que sí.

—¿Qué intentas decirme? ¿Que no debería hacerlo? ¿Que no me apoyas ahora después de todo?

—Sabes, Ellie. Es mucho dinero, pero... Exactamente eso. Estamos dispuestos a dártelo, por un esfuerzo que valga la pena, pero no por semejante locura.

Ellie tragó, con los ojos llenos de lágrimas.

—Estupendo. Muchas gracias por no tener fe en mí.

—La tengo.

—Pero sólo donde lo puedas controlar.

—Es mucho dinero.

—Sí, ya lo habías dicho antes. —Apretó los dientes y decidió mantener la calma.

—Ellie, ven a casa y arreglaremos esto.

—No.

—¿Cómo que no?

—Me quedo aquí. Con la ayuda de ustedes... O sin ella.

—Eres una persona tan terca.

—No, mamá. Por fin he crecido. Tomo mis propias decisiones.

—Entonces también tienes que tomar tu propio dinero.

—Lo haré.

No era mucho lo que había ahorrado, pero quizá aún pudiera arreglárselas... Al menos tenía un trabajo y un techo sobre la cabeza. Al menos no tendría que preocuparse de eso hasta que el “Bluebell” estuviera renovado. Después sería más difícil, ya que no podría llevar un restaurante, trabajar y vivir en el castillo al mismo tiempo. Pero aún quedaba tiempo hasta entonces, y seguro que surgiría una solución.

—Ellie —empezó de nuevo su madre, pero a Ellie no le apetecía discutir más con ella sobre algo que para ella ya era cosa hecha.

—No, mamá. Déjalo. Así que ahora que te he informado, me quedaré aquí por ahora. Supongo que será mucho pedir que me envíen mis cosas con un transportista.

Su madre respiró hondo.

—Será mejor que esperemos y veamos.

—Bien, entonces no lo hagas. Me ocuparé de ello más tarde. Nos vemos, mamá.

Colgó y quiso arrojar el teléfono contra la pared, pero por supuesto no lo hizo. Aún lo necesitaba. Por eso llamó a Kendra, ya se había reunido con ella la noche anterior y le había dicho que tenía permiso para reconstruir la casita para botes; que se la habían regalado, se la había guardado para ella por ahora. Kendra se había puesto en marcha de inmediato y había prometido reunir a los demás para que discutieran cómo debía abordarse todo ahora.

—Te ayudaremos —había vuelto a recalcar, abrumando a Ellie.

—Hola —respondió Kendra—. ¿Cómo estás??

—Hola, Kendra. Estaba a punto de preguntarte eso.

—Simplemente fuiste más rápida que yo. —Se rio—. Estaba a punto de llamarte.

—¿Sí?

—Acabo de hablar con Stuart y Wallace, los chicos vendrán más tarde para ayudar.

—¡Genial! También podrían arrancar unas cuantas tablas podridas antes de poner las nuevas y darles una mano de pintura.

—Buen punto, también podrías ir encargando la pintura a Colin, ¿has pensado cuál?

—Color, sí, eso es. Quería pintar el exterior de un verde oscuro, porque el rótulo del restaurante debe estar pintado del mismo tono que el nombre. “Bluebell”. ¿Qué te parece? —Ellie se rascó la nariz.

—Suená muy bien. ¿Y las tablas del suelo por dentro?

—Bueno, el blanco es lo mejor, ¿no?

—Sí, yo creo lo mismo.

—Vaya, esto va a ser un gran trabajo. No puedo pedirles a todos que me ayuden y sacrifiquen su tiempo libre.

—Bueno, en primer lugar, no estamos sacrificando nada. Y tú no estás pidiendo nada. ¡Por fin va a pasar algo en el pueblo! Va a ser algo genial.

—Les estoy locamente agradecido.

—Más despacio, aún no hemos empezado. Lo mejor es que corras a ver a Colin y hagas el pedido, y que él vuelva a preguntarle a su amiga por el mobiliario enseguida.

—¿Realmente podemos hacer esto? Me siento tan... Rara al respecto.

—No te gusta pedir ayuda, ¿verdad?

Ellie se rio.

—No, no sé mucho de eso.

—Estarás bien. ¿Prefieres que vaya contigo a donde Colin?

—No, no te preocupes, ya me ayudas bastante. Me las arreglaré.

—¡Genial! Hasta luego entonces. Estoy ansiosa.

—¡Y yo más!

Al mediodía, Donald entró en la cocina y recogió el almuerzo para Kenneth. Había preparado una sopa ligera, la había servido con pan baguette fresco y tenía como plato principal abadejo con salsa de mostaza y puré de patatas.

—¿Le ayudo? —preguntó Ellie al anciano caballero.

—De hecho, eso sería excelente. El Conde desea comer en el estudio.

Ellie no pudo evitar sonreír, Donald siempre se expresaba de una forma tan maravillosamente rebuscada.

—¿Qué debo tomar?

—Todo.

Casi se atraganta.

—¿Perdón?

—El Conde desea que le haga compañía.

—Oh, el Conde lo desea, de acuerdo, iré. —Se secó las manos en una toalla y cogió la bandeja—. ¿Me sostiene las puertas?

Ellie se preguntaba cómo solía hacerlo. Había un ascensor para platos, pero sólo llegaba hasta el comedor, el estudio estaba al final del ala.

—Lo haré, señorita.

—Maravilloso.

Así que se pusieron en camino. Estuvo a punto de tropezar una vez, pero logró sujetarse. Aunque no quería, su corazón latió más rápido cuando Donald abrió la puerta del estudio y le abrió paso.

—Gracias —dijo ella, asintiendo con la cabeza.

La puerta se cerró silenciosamente tras ella y se quedó a solas con Kenneth. Estaba sentado en su escritorio y pareció que no la oyó entrar, porque no levantó la cabeza. Seguía absorto en los papeles que tenía delante.

Ellie se aclaró la garganta.

Por fin se dio cuenta de que había alguien más en la habitación. Su expresión se iluminó.

—Ah, el rescate está cerca.

Se levantó e hizo honor a su título con su aspecto. Se veía impresionante, aunque solo llevaba una camisa sencilla remangada y unos pantalones de tela azul oscuro. Llevaba unos días sin afeitarse, lo que le daba un aspecto atrevido y su llamativo rostro resultaba aún más atractivo.

—¿Dónde puedo servir? —preguntó Ellie.

—Aquí por favor. —Señaló el alféizar de la ventana.

—Tal vez quieras que te traigan una mesa.

Kenneth se rio.

—Sí, puede ser. La vista es maravillosa.

—Listo. —Dejó la bandeja y levantó las campanas de plata—. Buen provecho.

—¿Qué es? Huele delicioso.

—¿No es mediocre? —No pudo evitar la pequeña burla.

—No. —Le devolvió la sonrisa—. Realmente bueno.

—Bueno. Disfrútalo.

—Gracias, Ellie.

Sintió que se le ponía la piel de gallina. Le encantaba cómo decía su nombre. Por desgracia, eso no había cambiado en absoluto.

—Bueno —señaló detrás de ella con el pulgar—. Me voy entonces. Trabajo de cocina y todo eso.

La miró en silencio, lo que la puso muy nerviosa.

—Hablé con el Sr. Jefferson, el notario de Inverness.

—¿Sí?

—Desgraciadamente, esta semana está muy ocupado.

—Oh.

—Pero eso no importa, puedes empezar enseguida, es sólo una formalidad. El próximo martes a las siete tenemos una cita con él en Inverness.

“Tenemos”, qué bonito sonaba eso.

Dejó de lado el pensamiento y amasó los dedos porque no sabía dónde ponerlos.

—Genial, gracias.

—No agradezcas, Ellie. Ya hemos pasado por esto antes.

Sí, eso y también el tema de que no quieres una relación.

—Claro, sí. Realmente necesito seguir adelante entonces.

—Sí, he oído que el conde es un verdadero Grinch.

Ahora tenía que reírse después de todo.

—Está bien, es sólo una primera impresión, en realidad el señor del castillo es bastante agradable.

—Bastante agradable, sí. —Con una sonrisa, desplegó la servilleta, se dejó caer en su silla y rodó con ella hasta el alféizar.

Con eso, Ellie fue invitada a abandonar la habitación. El Conde deseaba comer en paz...

Salió de la habitación sin decir una palabra más. Por un lado, estaba muy contenta, por otro se sentía extraña, no acababa de acostumbrarse a su papel de sirvienta en la casa de él, ahora que él sabía que ella estaba aquí.

Hasta la noche, Ellie pasaba el tiempo con las tareas domésticas, que en el castillo eran muchas. A primera hora de la tarde corrió a la casita para botes, tenía una cita allí, los chicos la ayudaron a despejar. A las seis en punto llegó la camioneta de Stuart con un remolque.

Ella saludó alegremente y Colin saltó de la puerta del pasajero.

—Sí, señora, presentándonos al servicio. —Chasqueó los talones y saludó.

Ellie se rio.

—Gracias, son geniales.

Stuart sonrió.

—Empecemos entonces, toma —le tendió a Colin un par de guantes de trabajo.

—¿Dónde están los míos? —preguntó Ellie.

—Mejor dejar que los hombres fuertes lo hagan.

—Ni hablar, es mi casita para botes, así que claro que ayudo.

Colin enarcó una ceja.

—Una dama que sabe lo que quiere.

Ellie le dio una palmada en el hombro.

—Bien dicho. Estoy muy agradecida de que estén aquí.

—Estamos encantados de hacerlo.

—Pueden comer gratis conmigo de por vida —prometió.

—Ten cuidado —respondió Stuart—. Porque comemos muchísimo, sobre todo si sabe bien. —Se acarició el vientre plano. Luego, los dos entraron y sacaron las pocas cosas que había en la casita para botes, arrancaron las tablas podridas y las sustituyeron por otras nuevas.

Unas cuantas sillas viejas que ya no se podían salvar, unas cuantas tablas sueltas, una cajonera con unos cuantos periódicos viejos dentro y herramientas que ya no servían fueron a parar poco a poco al remolque. Al cabo de una hora, todo estaba vacío.

Ellie se paró en medio de la habitación.

—Vaya, es mucho más grande de lo que parece desde fuera. —Se paseó por el suelo de madera. Se sentía bien.

Colin se puso a su lado:

—¿Estás dudando?

Ellie sonrió.

—En absoluto. ¿Qué te parece? ¿Es el suelo lo suficientemente fuerte?

Asintió con la cabeza.

—Puedes aparcar un camión en ella, la casa está construida sobre cimientos reales.

—Me alivia oírte decir eso. —Se frotó la frente—. De alguna manera tengo la sensación de que estoy saltando en algo que ni siquiera puedo ver por encima.

—Para eso nos tienes a nosotros. —Le guiñó un ojo.

—Esto es simplemente genial, ni siquiera sé cómo...

—Está bien —la interrumpió—. Si vuelves a decir gracias, gritaré.

Ellie se mordió el labio y sonrió.

—Muy bien. Muy bien. ¿Puedes echar otro vistazo al techo entonces? Sólo para estar seguros.

—Sí, con mucho gusto.

Diez minutos más tarde se encontraban frente a la casita para botes y, después de comprobar que el techo también estaba en perfecto estado —sólo había que reparar el canalón—, ambos se despidieron.

—¿Vendrás mañana a la tienda a pedir los colores? Tenemos herramientas.

—Lo haré. —Pensó en los gastos. Oh, ella se las arreglaría de alguna manera, si era necesario, el Golf tendría que sacrificarlo.

CAPÍTULO 16



Kenneth estaba de pie en el estudio, junto a la ventana, y miraba hacia fuera; desde allí podía ver la casita para botes. Había cambiado rápidamente en los últimos días: primero habían venido un par de chicos del pueblo y habían retirado los trastos viejos, habían lijado las tablas y las habían vuelto a pintar. Habían limpiado el tejado de pizarra con un chorro de vapor hasta dejarlo casi como nuevo.

Ellie había hecho contactos rápidamente, le parecía increíble, después de todo era una extraña aquí. Por el contrario, él no había tenido éxito en absoluto, excepto con Angus. Sin embargo, tampoco lo había intentado. No era buena compañía para nadie en ese momento. Su vida estaba patas arriba, y tenía que ordenar sus pensamientos antes de...

¿Antes de qué? Ni siquiera lo sabía.

Kenneth suspiró y se metió las manos en los bolsillos. En los últimos días había estado leyendo los diarios de su padre de forma intermitente y, le gustara o no, empezaba a comprenderle mejor. Nunca se había dado cuenta de lo difícil que había sido su madre. Había hecho mucho daño en sus fases de euforia, aparte de los vertiginosos viajes en coche. Kenneth sabía que había más, pero no había mirado todos los cuadernos. Quizá no quería hacerlo. De algún modo se sentía extrañamente conectado cada vez que veía en blanco y negro los pensamientos de su padre, que siempre había sido un extraño para él cuando estaba vivo. Sí, había cometido muchos errores, pero también era cierto que se había esforzado por estar ahí para los niños al principio. No recordaba mucho, pero sí que los intentos de su padre por ocuparse de ellos habían disminuido hasta que, en algún momento, los niños habían sido enviados lejos.

“Ojos que no ven, corazón que no siente”, eso es lo que Kenneth siempre había pensado hasta este momento. Ahora comprendía que sólo había querido lo mejor para sus hijos.

Suspiró y se quedó sin aliento. En el lago Ness vio una barca de remos. Y Ellie estaba sentada en ella. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

—Dougie, ven —llamó al perro, que se levantó de un salto y le siguió. Kenneth se apresuró a cruzar el césped hasta la orilla. Allí la llamó y saludó.

—¡Ellie! ¡Ellie! ¿Qué estás haciendo?

Ella no le oyó al principio, luego se volvió hacia él y le devolvió el saludo alegremente. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba sentada pescando.

¡Estaba pescando!

Sola y sin chaleco salvavidas. ¿No sabía lo peligroso que era eso?

Agitó los brazos frenéticamente y le dijo que se acercara a la orilla. Al principio ella no

respondió, pero al final, cuando se dio cuenta de que él no se daba por vencido, remó de vuelta a la casita para botes. Kenneth corrió a su encuentro y la ayudó a amarrar la barca. Había un pequeño cubo con carbón, una caña de pescar en el suelo y una caja de cebo.

—¿Estás loca? —le espetó.

—¿Qué clase de saludo es ése? —Ella frunció el ceño.

—¿Te das cuenta de lo peligroso que es ahí fuera? No, probablemente no, de lo contrario no harías esas tonterías.

Ellie salió de la barca y se llevó su pesca y su equipo.

—¿Estás loco? Sólo estaba pescando, no haciendo paracaidismo sin paracaídas.

Ni él mismo sabía por qué estaba tan fuera de sí, pero cuando acababa de descubrirla allí sola, el pánico se había apoderado de él.

—El agua, está fría.

—No pensaba ir a nadar en ella. Además, soy una excelente nadadora.

—No tienes ni idea, ¿verdad?

—¿De qué? ¿Ahora me estás diciendo que hay un monstruo viviendo en el Lago Ness? No te preocupes, nadie ha visto a Nessie en cien años.

—Ellie, basta. No es gracioso.

A ella pareció hacerle mucha gracia, porque sonrió ampliamente.

—Sí, es gracioso. Todos los días los barcos turísticos pasan por aquí para encontrar a Nessie, ¿y tú quieres advertirme de ello?

—Olvídate de Nessie —le quitó el cubo de pescado.

—¿Qué quieres, Kenneth? —Caminaron lentamente por el césped, pasando por delante de la casita para botes.

—¿Sabías que el agua está tan fría que te mueres tras apenas diez minutos en ella?

—¿Me estás tomando el pelo? No estamos en el Ártico.

—¿Te has fijado en lo oscuro que está el lago? El agua es casi negra. ¿Por qué crees que hay tantos mitos sobre ella?

—No sé, ¿porque Escocia es un lugar tan romántico?

Él deseaba encontrarlo tan gracioso como ella.

—No, Ellie. ¿Ves todos esos árboles y hojas? Cuando las hojas caen al agua, los procesos biológicos crean taninos.

—¿Como en el vino tinto?

—Sí, algo así. De todos modos, eso es lo que hace el color oscuro. Por eso la luz del sol sólo llega a las capas superiores y entonces el agua no puede calentarse. Esa es también la razón por la que el lago no ha sido explorado hasta ahora. No se puede. Ni siquiera los robots pueden desentrañar el misterio del lago Ness.

—¿Por qué no?

—Está demasiado oscuro, hay una negrura profunda ahí abajo.

—¿Y las linternas? También las hay resistentes al agua.

—Las hay, pero la luz no puede atravesar las pequeñas partículas, sólo pueden iluminar a la distancia de un brazo, eso no es suficiente. Es como intentar iluminar a través de un humo espeso, no se puede.

—¿Qué intentas decirme? No lo entiendo.

—Si sales ahí y vuelcas y nadie te ve, se acabó, Ellie. ¿Crees que eres una buena nadadora? ¿Has estado alguna vez en agua helada? Quieres moverte, pero tus músculos están demasiado fríos, y tus órganos... Ceden. Te ahogas en silencio, no con un fuerte rugido como siempre

muestran en las películas. ¿Lo sabías?

La sonrisa de Ellie se apagó.

—¿Estabas preocupado por mí? ¿Cómo sabes todo esto, Kenneth?

Tragó y por fin comprendió qué le pasaba, por qué odiaba la casita para botes.

—La casita para botes —empezó, pero no pudo continuar.

—¿Por eso la odias? ¿Se ahogó alguien que conocías? Oh, Dios, lo siento mucho. No lo sabía y no quería asustarte.

—Nadie se ahogó. Pero casi.

Ella frunció el ceño y sus miradas se cruzaron, él no sabía porque, pero quería decírselo.

—Mi madre y yo solíamos salir más a menudo. Ella siempre estaba dispuesta a divertirse. Bueno... Era especial. —Se aclaró la garganta—. De todos modos, una vez, fuimos a dar un paseo y yo me caí al agua.

Había reprimido completamente el recuerdo hasta ahora, incluso ahora sólo veía imágenes fragmentarias delante de él.

—No recuerdo por qué, era muy pequeño.

—Y ella, cuando intentó ayudarte, ¿también se cayó al agua?

—No. —Sacudió la cabeza—. No se dio cuenta de nada.

Al darse cuenta de que su madre casi había dejado que se ahogara en el agua helada, se quedó sin aliento. Ahora comprendía lo que ella había querido decir en su carta de despedida. Kenneth se sintió mal, se balanceó ligeramente.

Ellie soltó el cubo y le sujetó por el brazo.

—Kenneth.

—Es demasiado, lo siento. Yo... Los recuerdos, han vuelto.

—¿Qué quieres decir con que no se dio cuenta? ¿Estaba borracha?

—No, mi madre estaba enferma, vivía en su propio mundo, probablemente había visto una mariposa o un pájaro al que seguía mentalmente, no lo sé. Era tan *diferente*.

—¿Quién te salvó?

—Tuve una suerte increíble. Llevaba un chaleco salvavidas, pero sólo tenía tres años. Pasó un barco turístico, me vieron remando en el agua y me sacaron.

Ellie se tapó la boca con la mano.

—Oh, Dios, eso es horrible. ¿Y tu madre?

—Ella lo lamentó después, por supuesto. Pero desde aquel día tengo un pánico terrible al agua en cualquiera de sus formas. No quise ni ducharme, y mucho menos bañarme, durante años. Todavía hoy no piso un barco, no entendí por qué durante mucho tiempo. Hasta ahora, en realidad.

Ellie volvió a ponerle una mano en el brazo.

—¡Y es culpa mía, si lo hubiera sabido! Pero encontré el bote aquí y lo arreglamos. Llevaba todo este tiempo queriendo comer pescado fresco, así que le compré una caña a Colin y me puse a remar.

—No es culpa tuya, Ellie. De verdad. —Y entonces comprendió algo más—. Sólo estaba terriblemente preocupado por ti.

Ella le miró y algo en él empezó a derretirse.

—¿Por mí? ¿Por qué?

Kenneth sonrió suavemente.

—¿De verdad no te das cuenta?

La vio tragar.

—No quiero sacar conclusiones equivocadas.

—Eso es muy... Admirable.

Durante unos segundos estuvieron frente a frente y el deseo de besarla se volvió casi abrumador. Pero algo se lo impidió.

—Ahora que ya he pescado los peces, deberíamos comérmolos también, ¿no? —dijo finalmente.

—Absolutamente. —Cogió el cubo—. ¿Puedo acompañarte?

—¿Quieres venir a mi cocina?

Sonrió.

—¿Me permites? He echado de menos las veladas contigo, pero últimamente estás muy ocupada. ¿Va bien la casita para botes?

—Es increíble, sí. Tengo grandes ayudantes, es pura locura.

—Por desgracia, yo tengo dos manos izquierdas.

—Tampoco esperaba que me ayudaras además a reconstruir. Después de todo, ya me diste la casa.

—No es realmente una casa, en realidad.

—Es perfecta.

—Me alegro. ¿Qué falta ahora?

—El corazón: la cocina.

—Seguro que necesitas un equipo especial para eso.

—El espacio de lo que es posible y lo que realmente se necesita es muy amplio.

—Y el equipo es caro, supongo.

—Eso también, pero Colin podría tener una solución para eso.

Kenneth sintió la punzada de los celos en el corazón, lo cual era una absoluta locura, no tenía derecho a estar celoso.

—¿Cuál? —preguntó, tratando de que no se le notara. Fueron por la entrada trasera a la cocina, Dougie se tumbó en el pasillo, sabía que no tenía nada que hacer en la cocina.

—Se arreglará esta noche, por eso no tengo tanto tiempo.

—Claro, no hay problema. Los peces ya no se irán nadando. Para ser honesto, todavía tengo mucho que hacer de todos modos.

—No, espera, no me refería a eso.

—Está bien, de verdad. Ocupate de tus asuntos, también es tu día libre.

—Me encanta cocinar para ti.

—No te molestes, Ellie. —Con eso, salió de la cocina y la dejó sola.

Al día siguiente, al mediodía, Ellie se dirigía a Kenneth con el almuerzo y aún no podía creer cómo se estaba desarrollando todo. Hacía unos días había encargado todos los materiales a Colin, que le había hecho un precio especial, y el día anterior se habían reunido con la casera de Invermoriston para negociar el amueblamiento de su restaurante.

—¿Cómo te ha ido? —Levantó la vista de su escritorio cuando ella entró en la habitación.

Ellie parpadeó.

—Buenos días. ¿De qué hablas?

—Bueno, sobre la cocina. —Mientras dejaba la bandeja en el alféizar, sintió su mirada clavada en ella.

—Oh, eso. —Pasó de un pie a otro—. Fue bastante fácil. De hecho, me temo de lo fácil que fue.

—¿Por qué?

—La dueña fue muy amable, dijo que sería un alivio para ella deshacerse por fin de las cosas.

—Es genial, ¿verdad?

Ellie sonrió.

—Sí, lo es. Lo es.

—Ahora siéntate de una vez —le instó.

—¿Dónde?

—El alféizar de la ventana es suficientemente grande. —La miró divertido.

—Oh, claro. Por supuesto. Yo también me deslizo hasta el borde.

—No seas tonta, Ellie. ¿Has comido ya?

—¿Yo?

—¿Hay alguien más en la habitación? —Las comisuras de sus labios se crisparon.

—Muy gracioso, ja. Sí, ya he comido.

Kenneth sonrió satisfecho.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nunca he oído que la cocinera coma primero y luego el jefe.

—¿Así que ahora quieres usar conmigo tu posición de poder? —Inmediatamente se dio cuenta de que había dado en el clavo y se arrepintió de la broma.

—No, Ellie. Eso es exactamente lo que no quiero. —Extendió la servilleta sobre su regazo—. Entonces, ¿qué pasa con la cocina?

—Llegué a un acuerdo con la casera, me lo deja todo a mí.

—¿Así de fácil?

—No, claro que no. Pero accedió a que pague a plazos.

—Ella tiene fe en ti, eso es genial.

—Yo cocinaría para ella —explicó, como si eso lo aclarara todo.

Kenneth frunció la boca.

—Sí, sí, puedes convencer a todo el mundo con eso. Una vez que hayan mirado en la olla... O en tus ojos verdes. Quizá debería preguntarte por mi contabilidad, quizá también tengas una solución para eso.

Ellie frunció el ceño y se sentó.

—¿Estás borracho o qué?

Kenneth rio secamente.

—Ojalá, no. No lo estoy. Además, tengo que conducir más tarde. ¿Lo olvidaste?, tenemos una cita con el notario.

Sintió que se le aceleraba el pulso.

—¿Cómo podría olvidarlo? Se trata del día más importante de mi vida.

—¿Tienes ya en mente una fecha de inauguración?

Ellie se rascó la cabeza.

—Todavía no, la verdad. Todavía hay mucho que resolver.

—¿Qué más? Ya has organizado los muebles y la cocina.

—Sí, pero aún hay que instalar los baños, las habitaciones para ello ya se han dividido en construcción ligera. La distribución en la casita para botes es realmente genial, deberías pasarte cuando tengas tiempo. Y, luego, por supuesto, está el tema del personal, los suministros y todo lo demás. ¿De qué sirve la mejor cocina sin materias primas y sin personas que la sirvan a los invitados?

—¿Y los vasos, platos, ollas y demás?

—También me lo dan de Invermoriston, la dueña de verdad quiere deshacerse de todo lo de la posada Craigdarroch.

—Un verdadero golpe de suerte, ¿no?

—No para ella, después de todo, ha perdido a su marido. Sólo quiere dejar eso atrás y puedo entenderlo muy bien, todo le recuerda a él. Eso debe ser terrible.

—No quiero salir con un estúpido dicho sobre que el tiempo cura todas las heridas y todo eso. Estoy seguro de que lo mejor para ella es librarse de todo. Tú misma lo dijiste.

Se mordió el labio inferior.

—Sí, es verdad. Pero me estoy quedando sin dinero para lo que falta. No quiero quejarme. Claro que podría vender mi coche, pero entonces me quedaría completamente inmovilizada aquí. Afrontémoslo, Kiltarff no es el centro del mundo, y necesito algo para moverme.

—Es cierto, pero el pueblo es un pequeño punto muy bonito en el mapa. ¿De qué cantidad estamos hablando?

—Kenneth, no. No puedo y no aceptaré nada de ti. Me diste la casita para botes, ¡es suficiente!

—No iba a prestarte nada.

—¿No?

—¿Has preguntado alguna vez en un banco?

—¿Yo?

—¿Quién más? ¿Quieres que vaya por ti? No me importaría. —Cogió los cubiertos y fileteó el pescado—. Huele muy bien.

—No, no se supone que hables por mí, tengo que arreglármelas sola. En realidad, esperaba un poco de mis padres, pero estamos teniendo un pequeño desacuerdo sobre eso en este momento.

—¿Sobre qué exactamente?

—No creen en mi proyecto. —Ellie bajó los hombros.

—¿Por qué no?

—No sé, yo misma sé que es un poco loco. Pero me enamoré de la visión de este restaurante en la casita para botes.

—Ya has recorrido un largo camino con ella.

—Pero no es suficiente.

—¿Te estás arrepintiendo de repente?

—No, en absoluto. Pero voy con cautela. —Ella hizo un gesto con la mano—. Bueno, pensaré en algo. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—No es asunto mío, pero...

—¿Pero qué? —Pinchó un trozo de pescado en el tenedor y luego lo metió en su boca.

—Esta estructura de aquí, está todo tan vacío... ¿Te gusta vivir así?

Masticó, tragó, y luego respondió:

—Nadie me ha pedido mi opinión al respecto.

—Te lo pregunto ahora.

—Sí, pero en realidad no tuve elección. Tras la muerte de mi padre, era la única opción. El castillo de Kiltarff ha estado en la familia durante quinientos años.

—Podrías convertir parte de él en un museo.

—De alguna manera no me lo puedo imaginar, necesitas más que unos cuantos muebles viejos. Además, ¿quiero a completos extraños entrando y saliendo de aquí?

—Así es, por supuesto. Pero el salón de baile es increíble, podrías hacer fiestas y celebraciones maravillosas allí.

—¿Entonces eran tus huellas las que vi en el polvo?

Ellie se sonrojó.

—Sí, lo siento. A estas alturas ya está todo brillando y limpiecito de nuevo. El Ala del Cuervo está muy descuidada, es una lástima.

—¿Qué puedo decir? Soy sólo yo y no tengo un equipo de fútbol para llenar todas las habitaciones de vida.

—¿Quieres uno?

—Yo no juego al fútbol.

—Muy gracioso. Quise decir: ¿no quieres una familia, niños y esas cosas?

Kenneth bajó los cubiertos y a Ellie le molestó que su boca hubiera vuelto a ser más rápida que su cabeza.

—Lo siento, no tienes que responder a eso.

—Tampoco podría hacerlo. Nunca he pensado en ello, no sé realmente cómo es... O cómo debería ser. Probablemente no. Aunque probablemente se espera que produzca descendencia para la nobleza.

—Estoy segura de que serías un buen cabeza de familia.

Se rio.

—¿Qué te hace pensar eso?

Ellie se encogió de hombros.

—No lo sé, sólo un presentimiento.

Se puso en pie de un salto.

—Ya te he interrogado bastante, lo siento. Come en paz, te veré más tarde. Por cierto ¿cuándo? Todavía tengo que ducharme y cambiarme.

—¿Te arreglarás para mí? —Sonrió.

—Para el notario —le aseguró con una tranquila sonrisa.

—Por supuesto, pero puedo decirte que ha pasado los sesenta y está felizmente casado.

Tuvo que reírse.

—No te preocupes, no tengo como objetivo a los notarios.

Como mucho un conde, pero él ya le había dejado en claro lo que *no* quería.

—Hasta luego, Kenneth.

CAPÍTULO 17



En el trayecto a Inverness, Ellie apenas podía quedarse sentada y quieta, estaba tan emocionada que balbuceaba sin parar. Probablemente ni se dio cuenta y Kenneth tampoco la detuvo.

Cuando entraron en el despacho del notario, ella se quedó repentinamente muy callada. Él la observó mientras dejaba que su mirada se deslizara por el lujoso mobiliario. Sobre el escritorio de caoba sólo estaba el contrato que firmarían ese día. La lámpara estaba encendida y proyectaba un suave haz sobre el papel. Las motas de polvo bailaban en el aire y brillaban a la luz del sol.

El Sr. Jefferson saludó a Ellie, luego a Kenneth, y éste creyó dedicarle una sonrisa cómplice. Al momento siguiente, los rasgos del notario eran inexpresivos, así que Kenneth pensó que se había equivocado. Aun así, un sentimiento subyacente perduró mientras leía el contrato en voz alta. Kenneth se sentó junto a Ellie, que tenía las manos cruzadas sobre el regazo. Su mente divagaba, no estaba escuchando realmente. Era extraño estar sentado allí con ella, le parecía que estaban resolviendo algo más que la propiedad de la casita para botes. La firma fue una mera formalidad y se hizo en unos segundos, sólo la mirada de Ellie antes de poner su nombre en el documento le subió el pulso. Había en ella mucho más que gratitud. Kenneth se calentó bajo el traje, porque él también lo sentía. Había un vínculo invisible entre ellos, quería tirar de él, acercarla a él.

“Aquí no”, se dijo y carraspeó. Ellie se dio la vuelta y firmó, tras lo cual aquel extraño estado de ánimo desapareció. La alegría se extendió por sus bonitas facciones y él estuvo tentado de estrecharla entre sus brazos para felicitarla. En el segundo siguiente se dio cuenta de que su comportamiento sería probablemente exagerado e inapropiado, así que permaneció sentado inmóvil hasta que el notario anunció que estaba hecho y estrechó las manos de Ellie y la suya.

Tras despedirse brevemente del señor Jefferson, salieron de la oficina y poco después estaban de pie frente a la puerta de la calle, mirándose.

—Deberíamos celebrarlo —dijo Kenneth, señalando una taberna al otro lado de la calle.

—Yo te invito, es lo menos que puedo hacer.

—Ya lo veremos. Ven. —Kenneth le cogió la mano y entró con ella en el bar. Sus dedos se posaron en los de él y se sintió de maravilla.

La taberna llevaba allí muchos años. El mobiliario era original, madera oscura, tablas del suelo que crujían y mesas viejas que se habían alisado con el uso, de modo que ya no se notaba el grano, caracterizaban el cuadro. Una pizarra con los platos del día colgaba de la pared y viejos carteles publicitarios de décadas pasadas decoraban las paredes. Olía a cerveza, patatas fritas y

un poco a humo. Se sentaron en una mesa tranquila en un rincón. Desgraciadamente, ahora tenía que soltarle la mano, pero la sensación de hormigueo en la piel permanecía.

—¿Con qué lo celebras? —preguntó Ellie, mirando a Kenneth.

—Con lo que quieras, aunque dudo que ofrezcan champán aquí.

—Todavía tienes que conducir.

—Sí, eso es cierto. Tomaré una cerveza, está bien.

—Suenan bien, yo también.

—Tomaremos el champán en la inauguración.

—No lo creo, si tengo suerte tendré suficiente para champán barato. —Ella se rio y a él se le encogió el corazón—. Te estoy muy agradecida por hacer esto posible para mí. No sé qué he hecho para merecer esto.

—Ya te he dicho que me alegro de librarme de la casita para botes. Aún más ahora que puedo recordar por qué siempre lo odié. Salud, por “Bluebell”. Brindo por ti.

—¡No, por ti!

A Kenneth le gustaba su compañía, quizá le gustaba demasiado. En general, en las últimas semanas se había acostumbrado a muchas cosas que nunca antes había imaginado. Sentarse en un pub con ella y brindar por el futuro era sólo una pequeña parte de ello.

—Estás tan pensativo —dijo ella—. Si tienes prisa mejor nos vamos.

—No, no te preocupes. No tengo ninguna prisa.

—Entonces, ¿en qué estabas pensando?

Resopló y bebió un sorbo.

—Estaba pensando en cómo han cambiado muchas cosas en mi vida, y algunas no me parecen tan malas.

—¿Ah, sí? ¿Como qué? —dijo Ellie y le brillaron los ojos.

—Dougie —respondió con una sonrisa burlona—. Es un buen tipo. Esa es la mayor sorpresa de todas.

Ellie se rio a carcajadas.

—Te dije desde el principio que era bueno.

—Es un monstruo.

—Puede que lo parezca, pero tiene un carácter bastante amistoso.

—Mucha gente no lo ve así. Gruñe a todo el mundo menos a ti.

Cuando terminaron la cerveza, Ellie pagó y Kenneth no protestó. Volvieron a su coche y charlaron de cosas triviales. En el camino de vuelta, Ellie miraba pensativamente por la ventanilla.

—¿Has agotado el recuento de palabras del día? —se burló Kenneth.

—¿Perdón?

—Es decir, antes hablabas mucho y de repente no dices nada.

Respiró hondo.

—Tengo que digerir todo esto primero, es un gran paso. De alguna manera, recién ahora me he dado cuenta.

—Puedo entenderlo perfectamente. —Kenneth giró en el estacionamiento de un supermercado—. ¿Puedes esperar un minuto?

—Sí, claro.

Corrió a la tienda, compró una botella de champán y un ramo de flores, para que ella no reconociera inmediatamente lo que había comprado, también compró una bolsa grande y escondió las cosas en ella.

Ella no preguntó nada cuando él volvió al coche y así condujeron hasta Kiltarff. Aparcó, le abrió la puerta y sacó la compra del maletero.

—¿Me acompañas, por favor?

—Por supuesto. ¿Qué pasa?

—Ya verás.

—Ciertamente me pica la curiosidad.

Caminaron por el césped uno al lado del otro en armonía, nadie dijo una palabra. Era un buen silencio, uno que te hacía sentir cómodo porque cada segundo no tenía que ser llenado con nada. Se bastaban a sí mismos.

—Así que aquí estamos —anunció cuando llegaron a la casita para botes—. ¿Está abierta la puerta?

—¿Por qué?

—Entremos entonces. —Sacó la botella de champán de la bolsa, sacó dos copas y el ramo de flores. Los ojos de Ellie se pusieron grandes como platos.

—Oh —fue lo único que pudo decir.

—Por favor, después de ti. —Kenneth no pudo evitar sonreír, era agradable verla tan abrumada.

Caminó detrás de ella hacia la casita para botes y, contrariamente a sus temores de volver allí después de todo ese tiempo, estaba bien. Muy bien, porque había cambiado por completo. Olía a pintura fresca y a madera.

—¿Está bien si entramos? —preguntó.

—Sí, claro. La pintura hace tiempo que se secó. ¿Qué te parece?

Kenneth dejó la botella y las copas sobre una mesita salpicada de pintura y colocó junto a ellas las campanillas azules. Descorchó la botella y recogió el burbujeante champán con las copas.

—Veremos esto en un momento en tranquilidad. —Le entregó una—. Por “Bluebell”.

Sus dedos se tocaron ligeramente. Un hormigueo se extendió por su piel.

—Todavía parece tan surrealista. —Ella sonrió tímidamente y negó con la cabeza.

—Salud. Me imagino, pero es verdad, acostúmbrate. Este es tu restaurante. ¿Quieres enseñármelo todo ahora?

—Salud.

Bebieron un sorbo, Kenneth miró por las ventanas recién limpiadas. Las nubes se reflejaban en el lago, al menos una docena de patos nadaban por la orilla, incluso podía oír sus suaves graznidos. Sintió, como siempre que miraba hacia fuera, un ligero temor, pero no el horror que había sentido el día anterior cuando descubrió a Ellie pescando. Menos mal.

—Aquí tenemos el espacio de invitados, aquí es donde van las mesas y sillas. Lo he pensado de tal manera que, en el mejor de los casos, se pueda ver el lago Ness desde todas las mesas. ¿Qué te parece?

—Sí, eso sería ideal.

—Y aquí detrás, en el rincón —dio unos pasos y sus zapatos repiquetearon suavemente en el suelo—, podría imaginarme un sofá ahí, para la gente que espera mesa, por ejemplo. ¿Qué te parece?

—Es una buena idea.

—Habría un bar, pero, sinceramente, no todo el mundo es fanático del bar, ¿sabes?

—Sí, lo entiendo muy bien.

Kenneth cogió la botella y sirvió para los dos.

—No puedo creer que esté aquí bebiendo champán contigo —murmuró. Luego levantó la vista y le brillaron los ojos—. Y pensar que primero me echaste de tu propiedad.

Enarcó una ceja.

—Fuiste increíblemente persistente.

—Y tú, malhumorado.

—En eso tienes mucha razón.

—Ven, te enseñaré la cocina. —Se acercó a la pared—. Aquí habrá otro tipo de escotilla. Luego entraron en la segunda habitación, que era más pequeña que la de invitados.

—¿Es suficiente para ti?

—Tiene que ser así, no hay otra manera.

—¿Cabe todo?

—Lo que no encaja se hará encajar. —Se rio—. No, en serio. Un carpintero lo ajustará todo. Eso cuesta... Pero no puedo conseguirlo todo gratis, eso está claro.

Intuyó que ella no se tomaba el tema tan a la ligera como parecía. Podía entenderla, las preocupaciones de dinero también estaban ahora en su agenda, todavía no con tanta urgencia, pero la certeza de que en dos o tres años ya no habría suficiente para mantener el castillo le provocaba una sensación de inquietud en el estómago.

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta?

—Sí, es muy genial lo que has conseguido en tan poco tiempo —se apresuró a decir.

Volvieron a la otra parte, él estaba a punto de rellenar el champán cuando ella le quitó la botella de la mano y la dejó.

—¿Tienes miedo de emborracharte? —bromeó.

—Definitivamente me lo beberé —contestó riendo—. No dejaré que se desperdicie lo bueno. Ahora ella le quitó el vaso y él se preguntó qué estaría tramando, y entonces le abrazó.

—Muchas gracias, Kenneth. Muchísimas gracias.

Dudó, luego la rodeó con los brazos.

—Por favor, deja de darme las gracias todo el tiempo.

Se separó de él y le miró.

—¿Qué quieres que haga entonces?

La expresión anhelante de sus ojos le envió impulsos directos al abdomen. Kenneth inhaló bruscamente.

—Lo que quieras —dijo—. Simplemente no quiero que te sientas obligada conmigo.

Sólo les separaban unos centímetros, ella ya estaba en sus brazos, sería tan fácil.

—¿Eso es lo que piensas? —Se miraron sin decir palabra durante unos segundos, con el corazón de él acelerado. Tenía la boca seca y cada vez le resultaba más difícil pensar, ya que toda la sangre se dirigía a zonas más profundas. Joder, era preciosa y muy sexi. No necesitaba maquillaje ni ningún otro adorno. Ellie era una belleza natural con curvas perfectas que la hacían acurrucarse contra él y hacerle sudar.

—Dímelo tú. —Su voz sonaba más áspera que de costumbre. Tragó.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra. No se me da muy bien expresar ciertas cosas con palabras.

Tampoco a él, sobre todo cuando se trataba de revelar su vida interior.

—¿Cuál es tu sugerencia?

Ellie sonrió.

—¿Esto es una negociación?

—Si quieres llamarlo así...

Sus pupilas se dilataron.

—En realidad, no quiero hablar más. No compliquemos esto innecesariamente, Kenneth. Estaba claro lo que ella quería, y él también lo quería. Y cómo lo quería... ¡A ella!

Le puso una mano en la mejilla y le hundió la otra en el pelo.

—Entonces, sin complicaciones —fue todo lo que dijo, y luego bajó la boca hasta la de ella.

Sabía cómo se sentían sus labios, pero esto era diferente. Más sensual y definido que antes. Ya se habían saboreado el uno al otro, pero sólo había sido una simple prueba. Esto era mucho mejor. Kenneth deslizó la lengua entre sus labios y exploró su boca. Ellie respondió a su empuje con un gemido que vibró en lo más profundo de su abdomen. Ya estaba duro como una piedra. Ellie tuvo que sentirlo porque se quedó pegada a él y dejó que sus manos se metieran bajo su camisa, cuyos extremos había sacado antes de sus pantalones.

Oh, Dios, era tan impresionantemente apasionada. Todas las reservas, todos los puntos en contra de una aventura se olvidaron. Él la deseaba. A ella y a ninguna otra.

Ellie era lo único en lo que podía pensar. Respiraba entrecortadamente y acababan de empezar. No le importaba dónde estuvieran, lo único que le importaba era ella.

Un gruñido bajo escapó de su garganta mientras ella acariciaba el bulto de sus pantalones con las manos.

—Ellie —gimió en voz baja.

Maldita sea, si no tenía cuidado, se mojaría el short ante ella como un colegial.

—Espera —le cogió la mano con fuerza y la empujó contra la pared, donde le levantó los brazos hacia arriba. Luego volvió a besarla con una pasión que ni él mismo había creído posible. Esto era mejor que todo lo que había experimentado antes y todavía estaban en el principio. Se besaron y se acariciaron hasta que eso ya no fue suficiente.

Nunca sería suficiente, pasó por su mente durante un segundo, luego se quitó la camisa y la extendió en el suelo.

—No es muy cómodo —refunfuñó, pero a Ellie no le importó, mientras él la desnudaba con cuidado y le cubría los pechos de besos. Con suavidad, prestó atención primero a un pezón y luego al otro. Los jadeos de Ellie perforaron el silencio de la habitación, echó la cabeza hacia atrás y se aferró a él como si fuera su salvavidas en mares tormentosos. Al final, ni siquiera eso fue suficiente, se quitaron rápidamente el resto de la ropa y se encontraron sobre el duro suelo. Ellie estaba tumbada boca arriba, y él la recorrió desde la boca hasta el cuello, pasando por los pechos, el ombligo y los muslos, que separó y cubrió por dentro con besos ardientes.

—Tan hermosa —murmuró con devoción al sentir lo preparada que estaba para él. Luego bajó la boca hasta su perla y ella gritó de placer. Suavemente al principio, con rapidez, cada vez con más presión, su lengua rodeó su centro de placer. Ellie hundió las manos en su pelo y movió la cabeza de un lado a otro. Kenneth gemía, apenas capaz de controlarse, tan excitado estaba por la apasionada respuesta de ella a sus caricias. Su respiración era cada vez más entrecortada, emitía pequeños gritos roncós y arqueaba la espalda. Cuando Kenneth le introdujo dos dedos, ella gritó su nombre. Ellie se rebeló, enterrándole las uñas en los hombros y explotando bajo su lengua, su vagina húmeda contrayéndose rítmicamente alrededor de sus dedos, todo lo que él podía hacer era disfrutar y recomponerse, no fuera a ser que todo hubiera terminado ya para él.

—Cielos —gimió ella, aun respirando con dificultad, y abrió los ojos, parpadeando. Kenneth, que seguía tumbado entre sus muslos, la miró. Nunca había estado más hermosa, con los ojos nublados, los labios hinchados por los besos y las mejillas sonrojadas.

—Eres increíble —dijo y se tumbó a su lado. Apenas era consciente del duro suelo. Ellie dejó que sus dedos viajaran más abajo sobre su torso, acariciándolo suavemente como una pluma. Sus

músculos abdominales se tensaron mientras su sexo palpitaba duro y con una punta húmeda y brillante.

—Eres increíble —respondió ella con voz ronca.

—Deberíamos hacer esto más a menudo —jadeó mientras ella le agarraba el pene y deslizaba lentamente la mano arriba y abajo—. Oh, Dios, me estás matando —le advirtió, mientras su risa placentera resonaba en la habitación.

—No creo que te mate —dijo ella, deslizándose sobre él. Kenneth alargó la mano para tocarle los pechos, los pezones erectos y de un glorioso color rosa. Eran maravillosos. Todo en ella estaba perfectamente proporcionado.

En ese momento, también cogió la segunda mano y apretó con más fuerza.

Pronunció una palabrota y apretó los dientes.

—Me estás matando, Ellie. No pares.

Jadeó, sus caderas se sacudieron incontrolablemente bajo sus seductoras caricias, no tardaría mucho. Se dio unos segundos más, luego tuvo que empujarla o sería el fin. No lo quería así, quería...

De nuevo emitió un sonido que retumbó en lo más profundo de su garganta. Sólo un momento más, sólo...

Y entonces sonó un teléfono. Estridente y fuerte. Y no muy lejos.

—¿Qué demonios...? —murmuró.

Ahora fue Ellie la que maldijo, soltó las manos de su piel y se bajó de él. A cuatro patas, en unos segundos estaba en sus jeans y sacó un teléfono móvil.

—Lo siento mucho, pero es mi madre, si está llamando...

Los ojos de Kenneth se abrieron de par en par y se pasó la mano por la cara.

A él tampoco se le había pasado todavía, no podía hablar, seguía aturdido por la lujuria. Su sexo palpitaba, su pecho subía y bajaba rápidamente. Probablemente debería estar agradecido a su madre, estaba seguro al cien por cien de que habría explotado en su mano a los tres segundos como máximo. Definitivamente había perdido el control, había sido demasiado bueno, demasiado sexi, demasiado caliente.

—Mamá, oh, sí... Qué sorpresa... Por supuesto, es genial... —oyó sus palabras y poco a poco pudo volver a ver con más claridad. Luego colgó y se acomodó el pelo.

—Mierda, mierda, mierda —refunfuñó y empezó a vestirse.

—¿Qué haces? —preguntó con una sonrisa incrédula.

Ellie saltó sobre una pierna mientras intentaba subirse a la otra del pantalón.

—Mis padres llegarán en diez minutos.

Un cubo de agua helada no podría haber sido más paralizante.

—¿Tus padres?

—Sabía que si llamaba sería por algo. Habíamos discutido mucho el otro día, pero que vinieran directamente... Quiero decir, ya no tengo quince años.

—Gracias a Dios, de lo contrario acabaría de cometer un delito. —Reprimió una carcajada.

Hizo una pausa y le miró con la cabeza muy roja—. Dios mío, imagínate si no hubiera contestado y ellos... Hubiera muerto.

—¿Qué, piensan que todavía eres virgen? —Sonrió.

—Ja, ja, no, apenas.

Le tendió su camisa, sus pantalones cortos y sus jeans.

—O podrías decirles que eres modelo de desnudos y que esperas a que te encuentre un pintor.

Kenneth no pudo aguantar más y resopló.

—Buena idea, pero creo que será mejor que me vista.

Ellie se metió la blusa por los pantalones y se alisó el pelo.

—¿Qué tal estoy?

Se mordió el labio inferior.

—Como si acabaras de tener el mejor sexo oral de tu vida.

Ellie gimió y puso los ojos en blanco.

—No ayuda.

—Eso creo.

Se levantó y se puso la ropa.

CAPÍTULO 18



Ellie seguía completamente perdida mientras cruzaban a toda prisa el césped de vuelta al castillo. Estaba a punto de decirle algo a Kenneth cuando un coche de alquiler rodó por la grava del camino de entrada. Respiró hondo, tenía las manos húmedas y frías. Aún no podía creer que casi se hubiera acostado con Kenneth justo ahora, y que al mismo tiempo sus padres estuvieran en camino. Era tan típico que ni siquiera le hubieran avisado...

Kenneth le dio un ligero codazo en el costado.

—Vamos, tienes que sonreír. Si no, pensarán que soy el malvado Grinch.

Ella arrugó su boca.

—Ahora vas a jugar al buen yerno de al lado, ¿no? —Sólo después se dio cuenta de lo mal que él podía entender esta frase—. Bueno, no quiero decir que debas ser su yerno, sino sólo que puedes ser el perfecto caballero, siendo tan guapo, encantador y bueno. —Sus palabras se derramaron, diciendo más tonterías juntas. Ellie lanzó un profundo suspiro y cerró los ojos, no queriendo mirar su rostro regocijado—. No, para. Olvida todo lo que he dicho. No estoy cuerda.

—¿Cuál es el motivo? ¿El orgasmo, el champán o ambos?

— ¡Kenneth! Por favor, no lo hagas. Ahora no. ¿Disfrutas torturándome?

—No —negó con la cabeza y le puso una mano en el hombro tranquilizadoramente—. Eso no me interesa, me gusta el sexo más romántico.

Sintió que se ponía roja de nuevo.

—Por favor, no hables de sexo delante de mis padres.

—No te preocupes, sólo te estaba tomando el pelo.

En ese momento, su padre echó el freno de mano y apagó el motor. La puerta del acompañante se abrió y la madre de Ellie se acercó a ellos con una gran sonrisa, mirando de uno a otro.

—Vaya, está a punto de sacar conclusiones equivocadas —le murmuró—. No te preocupes, le diré enseguida que no está interpretando algo correctamente.

Kenneth no respondió nada, pero asintió cortésmente a su madre.

—Encantado —dijo, muy en el rol del señor del castillo—. Bienvenida al castillo de Kiltarff.

—Oh, hola. —Ella sonrió como una cadena de luces en un árbol de Navidad y le tendió la mano—. Ellie, no nos dijiste...

El padre de Ellie la siguió, tan tranquilo y sereno como siempre. Debía de llevar el pelo gris cortado hacía poco. Su camisa de cuadros se estiraba sobre su pequeño y próspero vientre.

—Kenneth MacGregor —se presentó—. Encantado de conocerle.

—Es mi jefe, mamá. Kenneth, esta es mi madre, Regina Richter, y mi padre, Helmut Richter. Ahora era el turno de su padre, los dos se dieron la mano durante lo que parecieron diez segundos y Ellie se puso cada vez más caliente. Su madre la abrazó y le murmuró al oído.

—Ahora lo entiendo, es muy simpático.

—Mamá, no, es todo muy diferente.

—¿No quieren entrar, por favor? —oyó Ellie que Kenneth decía a su lado—. Una taza de té para todos nosotros sería encantador, ¿no?

—Mamá, ¿dónde tienen una habitación? ¿No quieren registrarse primero y deshacer sus maletas? Supongo que han tenido un viaje muy largo —intentó separar Ellie primero a sus padres de Kenneth.

—¿Una habitación? —respondió Regina.

—Tus padres se quedarán en el castillo, por supuesto, no es como si no tuviéramos suficiente espacio, ¿verdad?

“Tuviéramos”.

“Vale, no entres en jadeos”, se recordó para sus adentros, pero ya estaba empezando a hiperventilar ligeramente. Su padre le puso una mano en el hombro.

—¿Estás bien, querida? Estás pálida.

Ellie tragó y forzó una sonrisa.

—Todo está bien, maravilloso. Me alegro mucho de que estén aquí, aunque haya sido un poco espontáneo. ¿Por qué no llamaron? Llamar más temprano, quiero decir.

—Tu madre —empezó, encogiéndose de hombros—. Dijo que sería estupendo que te diéramos una sorpresa. También trajimos algunas cajas de ropa. No toda, claro, de todas formas, habíamos tenido que pagar por el exceso de peso, así que exceso de equipaje, ya me entiendes.

—Estupendo, no te preocupes, ya recogeré el resto en algún momento.

Si sobrevivo a esto.

Kenneth y su madre caminaban unos metros por delante, así que ella no pudo oír de qué hablaban. Ellie sólo esperaba que no mencionara durante un buen tiempo, preferiblemente para siempre, la vieja historia de que cuando era niña se llevaba a escondidas un paquete de Mon Cherie y luego terminaba borracha.

En el camino al salón, ella dio “ahhs” y “ohhs” apreciativos, mientras que su padre mantenía sus pensamientos para sí mismo. “Todo igual que siempre”, pensó ella, divertida.

No hacía tanto tiempo que ella misma había estado en el castillo por primera vez con el asombro en los ojos y palpitaciones en el corazón. En el salón amarillo ofreció asiento a sus padres y, como si fuera una señal, Donald apareció y saludó a los invitados.

—Dios mío, ¿también tiene mayordomo? —murmuró su madre a su marido, pero lo suficientemente alto como para que todos la oyeran.

Ellie sonrió disculpándose ante Kenneth, esperando que no entendiera alemán.

—¿Qué puedo ofrecerles? —quiso saber de parte de sus invitados.

“Whisky”, pasó por su mente. Estaba dispuesta a beberse.

—Un té estaría bien —dijo su madre y se sentó.

—Papá, ¿qué tal un whisky?

—Oh, no diré que no a eso.

—Donald, ¿sería tan amable? —Kenneth se dirigió al mayordomo.

—Iré a la cocina a preparar el té —se sentía incómoda con Donald trabajando para ella.

—¿Bebe el whisky con hielo? —preguntó Kenneth a su padre.

—Oh, qué conveniente. —Negó con la mano y se tiró junto a su mujer. Probablemente no

había esperado que el sofá fuera tan profundo.

—¿Ellie? —Kenneth la miró con expresión impenetrable.

—Oh, definitivamente tomaré un whisky, muchas gracias.

Le conocía lo suficiente como para darse cuenta de que estaba a punto de echarse a reír. Ya se lo pagaría más tarde.

No, espera un momento.

Ella no lo haría. El hecho de que ella se había enrollado con él en la casita para botes no significaba...

Oh, Dios, se sintió mareada. ¡Se había besuqueado con él! Y cómo...

Y lo peor era que lo volvería a hacer en cualquier momento. Por supuesto.

Sólo de pensarlo se le calentaron las mejillas.

—Prepararé el té entonces —huyó del salón, y por primera vez en su vida no le importó si su madre contaba o no la historia de Mon Cherie.

Cuando volvió con una tetera, galletas, leche, azúcar y tazas, sus padres estaban charlando con Kenneth como si fueran viejos conocidos. Hablaban inglés con un acento muy marcado, pero podían conversar con fluidez. Su madre nunca había tenido miedo al contacto y, si se le escapaba alguna palabra, la sustituía por el alemán y le hacía gestos salvajes. Kenneth se sentó frente a ellos en el segundo sofá con las piernas cruzadas despreocupadamente. Llevaba un vaso en la mano derecha y miró a Ellie cuando ella entró en el salón. Parecía completamente relajado y no tenía ningún problema en hacer de anfitrión de repente.

—Por favor, aquí está tu té —Ellie dejó la bandeja y sirvió para su madre—. ¿Alguien más quiere un poco?

Su padre negó con la cabeza.

—Ya me he ocupado de eso, muchas gracias. —Señaló el whisky que tenía en la mano.

Ellie se preguntaba dónde estaría el segundo vaso cuando lo vio. Vacilante, se sentó junto a Kenneth y lo cogió de la mesa. Donald se había alejado discretamente y ahora los cuatro estaban sentados en el salón de Kenneth. Ellie se aclaró la garganta.

—Sí, me alegro de tenerles aquí.

Era hiperconsciente de su proximidad cuando sus fuertes muslos rozaron los suyos. Ellie no estaba segura de si lo hacía a propósito. Si le incomodaba el malentendido de que sus padres pensarán que eran pareja, no lo dejaba entrever. O tal vez sólo estaba siendo educado, probablemente un poco de ambas cosas. Pero Ellie no se engañaba, no había olvidado que él había insistido en que no estaba interesado en una relación. El hecho de que hubieran estado el uno encima del otro en la casita para botes no cambiaba eso. Los hombres podían separar el sexo de los sentimientos, eso no era nada nuevo. Pero... ¿Podía ella?

Ellie no lo sabía, sólo sabía que había sido increíblemente hermosa y apasionada con él. Deseó que su madre no la hubiera llamado y molestado. O más tarde. O... Lo que fuera.

Ellie se aclaró la garganta y bebió un sorbo. Se sacudió ligeramente, Dios, aquello sabía fatal y aún le ardía en la garganta.

Vio por el rabillo del ojo que Kenneth la observaba y sonrió satisfecha, obviamente sabía exactamente lo que pensaba de su bebida.

—Una buena gota, ¿verdad? —dijo burlándose aún más de ella. No sabía cómo iba a tomarle las burlas.

Le gustaban. Como todo sobre él y con él. En realidad, sus alarmas deberían estar sonando, pero su sistema nervioso estaba probablemente demasiado ocupado con todas las otras

impresiones para molestarse con algo como eso además de todo lo demás.

—Muy bueno —asintió su padre, una vez más ajeno a lo que ocurría entre líneas. Su madre tenía la taza de té en el regazo, vertía leche de una pequeña vasija de porcelana con el borde dorado y removía con la otra mano, en la que sostenía una cucharilla diminuta.

—Es de una destilería de por aquí —explicó Kenneth, levantando su copa.

—Saben lo que hacen —dijo su padre con aprecio.

—Absolutamente.

El silencio se extendió por la habitación, sólo se oía el recurrente "clong" procedente de la taza de té y la cuchara de su madre.

—Eh, sí —miró a su hija—. Ellie, ¿por qué no nos cuentas un poco sobre tu proyecto?

—Es una idea estupenda —intervino Kenneth—. Será mejor que vayamos enseguida a la casita para botes, ¿no?

Ellie asintió.

—Por supuesto —se atragantó, y luego se terminó el whisky.

—¿Cuándo quieres estrenar? ¿Cuánto te queda? —le preguntó su madre.

—Definitivamente en verano —respondió Ellie y se enderezó. Su madre debería notar y darse cuenta de que podía arreglárselas sin el dinero de ellos.

—Su hija es realmente una gran cocinera. —dijo Kenneth y se volvió hacia Ellie—. ¿Qué vamos a cenar esta noche? Seguro que no hay problema en preparar la cena para cuatro.

—¿Para cuatro? —se atragantó y tosió secamente.

—Por supuesto, ya que tus padres están aquí.

Ellie pensó febrilmente en cómo podría evitar que sus padres cenaran con Kenneth y ella, pero no se le ocurrió nada, sobre todo porque él ya les había invitado a ser sus huéspedes.

—Eso ya se verá —respondió ella, enfáticamente indiferente.

Kenneth volvió a dejar el vaso sobre la mesa con un suave tintineo.

—Genial, echemos un vistazo a los progresos en la casita para botes. Y luego les acompaño a su habitación, no pasa nada si nos tuteamos, ¿no?

Ellie no dijo nada, aunque mil pensamientos daban vueltas en su cabeza. Esto estaba ocurriendo de verdad, parpadeó varias veces y seguía sin creérselo.

—Pero, sí, por supuesto. Me encantaría. La mansión es genial —dijo su madre al salir—. Se siente algo surrealista, como si hubiera salido de una máquina del tiempo.

Kenneth se rio.

—Puedo entenderlo muy bien.

—¿Y ha estado en tu poder durante mucho tiempo?

—No mucho, no, aunque la tierra lleva siglos en nuestra familia.

—Estoy alucinada, de verdad. Es genial —continuó, y Ellie le envió a Kenneth una sonrisa de disculpa.

Le guiñó un ojo y charló un poco más con su madre mientras caminaban por el césped hacia la casita para botes. El sol brillaba y, como de costumbre, innumerables conejos correteaban por el corto césped. Unos cuantos gansos volaban por el cielo azul sobre ellos.

—Así que aquí estamos —dijo Ellie poco después. Su madre miró a su padre con escepticismo.

—Aquí falta el cartel, por supuesto, y el mobiliario. En la plaza frente a la casita para botes también me gustaría tener mesas y sillas fijas para poder disfrutar de verdad del verano y también llenar el patio con muchos invitados.

—M-mh —dijo su madre. Helmut golpeaba aquí y allá y lo miraba todo con mucho cuidado;

como carpintero, naturalmente tenía idea, y Ellie se sintió bastante incómoda bajo su escrutinio.

Cuando en algún momento él murmuró un "No tengo quejas", ella exhaló aliviada.

—Todo está todavía en su estado bruto ahora, por supuesto. Pero puedo recoger todo lo de la cocina y el interior esta semana.

—¿Ya has comprado todo esto? —preguntó sorprendida su madre.

—Tu hija tiene grandes dotes de negociación, ¿verdad, Ellie? —Kenneth le sonrió y ella supo exactamente a qué se refería: a la insistencia con la que se había escabullido una y otra vez por la casita para botes hasta que finalmente había accedido.

Evitó seguir mirándole y abrió la puerta.

—Sí, conseguí un contacto a través de un conocido con una casera que va a cerrar su pub.

Regina Richter jadeó.

—¿Lo ves? ¿Ella tuvo que rendirse y tú quieres abrir un pub aquí?

—Mamá, no fue porque no tuviera clientes, fue porque su marido falleció. Una cosa no tiene nada que ver con la otra. —Le molestaba que, al parecer, su madre siguiera sin estar convencida de que su hija tenía lo que había que tener para abrir su propio restaurante en otro lugar que no fuera Hamburgo.

—¿Tienes ya todas las licencias y demás?

—Por supuesto —mintió. Afortunadamente, tenía a Kendra para ayudarla, ya se lo había prometido.

Todavía escéptica, su madre entró y su padre la siguió. Kenneth dejó pasar primero a Ellie y le murmuró al oído:

—Lo estás haciendo muy bien"

Ella se sorprendió, al mismo tiempo que reaccionó con la piel de gallina ante su cercanía. Dios, este tipo realmente la alteraba con facilidad.

—Eso ya tiene muy buena pinta —dijo su padre, y Ellie quiso besarle.

—Gracias, sí, ya lo hemos hecho bastante bien.

—¿Y puedes tener la cocina esta semana? —preguntó.

—Sí, exactamente.

—Ves, Regina, eso es genial, entonces puedo ayudar.

—¿Me ayudarías?

—Claro, no todos los días mi hija abre un restaurante.

Ahora sí cayó alrededor de su cuello.

—Gracias, papá. Es estupendo.

Por primera vez desde que aparecieron sus padres, sintió una pizca de relajación.

—La vista es realmente muy buena —dijo su madre, y Ellie tuvo que sonreír—. Y ya se está bebiendo champán. ¿Y las flores? ¿De quién son?

Ellie quería caerse muerta. Jadeaba y luchaba por encontrar una respuesta.

—Una entrega así tiene que ser celebrada por supuesto, si hubiéramos sabido de su llegada habríamos esperado, ¿no es así Ellie?

Su madre enarcó una ceja y Ellie le estuvo muy agradecida.

—Sí, la vista es estupenda, probablemente ni siquiera tendría que cocinar muy bien, y la gente vendría aquí sólo por eso —dijo, cambiando de tema por si acaso.

—¿Cómo se te ocurrió la idea? —quiso saber su madre, y Ellie se alegró de que no se hablara más del tema del champán y las flores por el momento.

Ellie se encogió de hombros.

—No lo sé, simplemente me enamoré. —Inhaló bruscamente—. Con la casita para botes,

quiero decir.

No es que Kenneth se hiciera una idea equivocada. Había torcido sus sensuales labios en una sonrisa cómplice que, de algún modo, la puso nerviosa. Estaba exactamente en el lugar donde él...

Se puso roja y se dio la vuelta. Increíble que esto hubiera sucedido realmente.

Deseó poder hacerlo de nuevo. Eso y más.

—¿Ellie? —oyó la voz de su madre detrás de ella.

—Sí, lo siento, estaba pensando —dijo como excusa.

—Bueno, no quiero ser aguafiestas, pero, ¿realmente lo has pensado bien?

—Sí, lo hice —respondió ella, con los hombros tensos—. Quiero esto y voy a conseguirlo. Mira lo lejos que he llegado.

—¿Y el personal, la contabilidad y todas esas cosas?

—Puedo encargarme de eso.

—Ellie ya ha hecho muy buenos contactos —interfirió ahora Kenneth, que se puso a su lado. Aunque no la tocó, ella notó claramente su cercanía—. Y estoy seguro de que superará cualquier obstáculo. Lo más importante es que sepa cocinar, el resto será pan comido.

Bueno, no era tan fácil, pero el hecho de que él la apoyara significaba mucho para ella, más de lo que probablemente él sabía.

Su madre frunció el ceño y luego exhaló audiblemente.

—De acuerdo —dijo finalmente, como si le diera la absolución—. Así que vas a abrir un restaurante aquí.

—“Bluebell” —explicó Ellie.

—“¿Bluebell?”

—Ese es el nombre.

—Genial, ¿verdad? —Kenneth le pasó amistosamente un brazo por los hombros—. Creo que deberíamos tomar una copa esta noche por eso.

Ellie quiso gritar "por supuesto", pero se limitó a asentir.

—Entonces dejaremos que tus padres deshagan las maletas ahora, ¿te ocupas tú de la cena? —le preguntó, como si ella tuviera elección.

—Claro, jefe —respondió ella con una ceja levantada.

No se le pasó por alto que su madre miraba de uno a otro, luego se enganchó a su marido y paseó con él por el césped de vuelta al castillo. Cuando abrió la puerta principal, Dougie salió corriendo y, sorprendentemente, saludó a los padres de Ellie igual que la había recibido a ella. Los olisqueó y les sorbió las manos. Afortunadamente, ni su madre ni su padre tenían miedo a los perros. Sintió la mirada de sorpresa de Kenneth sobre ella, como diciendo: ¿Qué demonios os pasa, Richters? ¿Son domadores de perros?

Sus padres fueron al coche de alquiler con Dougie a remolque para recoger su equipaje.

Ellie torció los labios en una sonrisa y se encogió de hombros, luego dijo:

—Mis padres pueden dormir en una posada.

—Para nada, tú misma dijiste el otro día que había que llenar la casa de vida de una vez.

—Pero no me refería a eso. Yo soy la cocinera, tú eres el conde.

—Sabes que no es en ese sentido. —Su tono sonó reprobatorio y su corazón latió más deprisa. No se atrevió a preguntarse qué debía ser entonces, si no la forma en que lo había dicho.

—¿Qué tienes en mente para esta noche? —cambió de tema.

—De entrante podría ofrecer salmón en escabeche, de plato principal una pierna de cordero estofada con patatas al romero. De postre, puedo preparar un rápido parfait.

—Eso suena excelente. Entonces veré qué vino tenemos en stock.

—No mucho, me temo.

—Eso se puede cambiar.

—No tienes por qué sentirte obligado.

—¿Obligado con qué?

—Bueno, con padres. Conmigo.

—¿Y si quiero?

Ella lo miró y él la miró con una expresión hambrienta que le hizo revolotear mil mariposas en el estómago.

—Puedes hacer lo que quieras, por supuesto —respondió ella, con un ligero temblor en la voz.

Sus padres se acercaron a ella con el equipaje.

—Qué lástima que apenas haya congestión en el tráfico de las Tierras Altas, ¿no? Imagínate si hubieran llegado media hora más tarde.

Ellie tragó y cerró los párpados brevemente.

—Oh, Dios"

Le puso una mano en la parte baja de la espalda y la soltó primero.

—Definitivamente quiero ponerme al día con eso. ¿Y tú?

Sintió frío y calor al mismo tiempo. No tenía ni idea de qué responder, un simple "yo también" sonaba demasiado banal a sus oídos, así que permaneció callada como un pez y se limitó a asentir.

Kenneth rio con dureza.

—Bueno, veamos cómo resulta. Tomaré eso como medio "sí".

—Así que aquí estamos otra vez —llamó Helmut detrás de ellos y Ellie se hizo a un lado. Quería abanicar su cara acalorada, pero no lo hizo porque no quería que todo el mundo viera lo disgustada que estaba por dentro. Kenneth se le había metido en la piel, ¡y de qué manera!

—Maravilloso, veré dónde está Donald, estará encantado de ayudarles, tengo algo que hacer en un minuto.

—Y yo me voy a mi cocina —dijo Ellie con voz chillona—. No queremos comer a medianoche, ¿verdad? —Se rio, sonando demasiado aguda y artificial.

—Sí, anda tú tranquilamente. ¿Seguro que no te importa que nos quedemos aquí? —oyó que le preguntaba su madre a Kenneth.

—Me parece bien —respondió. Ella ya no entendía lo que decía su padre, porque ya había doblado la esquina.

CAPÍTULO 19



Kenneth aparcó el coche en el estacionamiento junto a la gasolinera y entró a comprar vino en la sección de supermercados del Kiltarff Trading Centre. No había estado aquí ni una sola vez desde que su padre había fallecido y, por supuesto, no tenía ni idea de dónde encontrar las cosas. Detrás de la caja había una señora mayor con gafas de leer que le deseó un buen día. Él le devolvió el saludo. Probablemente sabía quién era, pero eso no era nada nuevo para él. Kiltarff no era particularmente grande. Echó un vistazo a la oferta, cogió dos botellas de vino blanco francés y dos botellas de Burdeos de la estantería. No eran vinos de primera, pero se podían beber. No era un distinguido que sólo pudiera disfrutar de lo más caro entre lo caro. Alejó el pensamiento de sus preocupaciones económicas mientras buscaba el estante con los artículos de droguería. Se sintió como un adolescente cuando eligió un paquete de preservativos. Helena solía ocuparse del tema de los anticonceptivos, y él nunca había comprado ninguno en una gasolinera.

Se preguntó qué pensaría de él la mujer que está detrás del mostrador, con cuatro botellas de vino y condones, mientras pasaba la mercancía por el escáner y le indicaba el total.

Pagó con tarjeta de crédito y pidió una bolsa.

—Adiós —se despidió.

—Que tenga un buen día, Sr. MacGregor —le dijo.

Vale, bien. Así que ella sabía quién era él y también qué se proponía hacer hoy. Hizo una mueca y entró en su coche.

Antes de cenar, sacó a Dougie a dar una vuelta, luego se puso una camisa y unos pantalones limpios antes de ir a la cocina a enfriar el vino y abrir el tinto. Ellie estaba detrás de la cocina, con la cara sonrojada, las mangas de la camisa echadas hacia atrás y el delantal con algunas manchas.

—¿Puedo ayudar? —le preguntó, y ella gritó.

—Jesús, ¿estás tratando de matarme? —Se giró hacia él.

—Lo siento, creí que me habías oído.

—No, no lo hice. —Ella sonrió y a él se le encogió el corazón. Quiso estrecharla entre sus brazos y besarla, pero no sabía cómo se sentiría ella, así que se detuvo.

—¿Cómo va todo? —preguntó sin saber qué más decir.

—Muy bien, ya lo tengo todo listo. —Sonrió—. ¿Quieres probar un poco? Esto es para el parfait, aún tiene que ir al congelador. —Señaló una masa cremosa delante de ella.

—Claro, me encantaría.

Mojó una cuchara y le hizo señas para que se acercara.

—Toma, Pruébalo.

Dejó que le diera de comer.

—M-mhhh —dijo—. Agradable y dulce.

Luego metió un dedo y lo lamió.

Ellie le dio una palmada en la mano, alejó el molde de él y lo metió en el congelador.

—Olvídalo, eso es para más tarde. Tendré que cambiarme en un minuto, no ocurre que la cocinera suela sentarse a la mesa.

—¿Necesitas ayuda?

Los ojos de Ellie se pusieron del tamaño de platillos.

—¿Sabes siquiera dónde están las dependencias del servicio? —bromeó, él la notó nerviosa.

Curiosamente, él también lo estaba.

—Creo que lo encontraría si se diera el caso. —Estaba tan cerca de él que sólo tuvo que inclinarse para besarla.

Ella parecía estar pensando lo mismo, pues tenía la mirada fija en los labios de él. La lujuria se disparó por sus venas y llevó la sangre a regiones más profundas.

En ese momento se abrió la puerta y entró Donald.

—Me adelantaré y pondré la mesa... —cuando les vio, titubeó, se aclaró la garganta y continuó—: Señor, prepararé todo para la cena.

Kenneth dio un paso atrás, no se le escapó que Ellie se dio la vuelta avergonzada y se dirigió al horno donde comprobó cómo estaba la pierna de cordero.

—Está bien, Donald, adelante. Y, por favor, no sea demasiado formal —añadió, para que no se ponga los guantes y la casaca.

—Muy bien, señor. —Se volvió hacia Ellie—. ¿Cómo piensa servir? Normalmente la criada ayuda cuando tenemos varios invitados, pero esta vez... —vaciló y Kenneth tuvo que sonreír.

—No te preocupes, Donald, puedo...

Donald se llevó una mano al pecho.

—¿Usted? No, por favor. —Su expresión era de tal consternación que incluso Ellie tuvo que reprimir una risita.

—Está bien, Donald. Te echaré una mano, por supuesto. De todas formas, probablemente tendré que improvisar un poco —ayudó Ellie.

—Todos tenemos que hacerlo —refunfuñó Donald—. Todos nosotros.

Kenneth quería explicarle al fiel sirviente que la vida aquí nunca volvería a ser la misma; no quería eso en absoluto. Sin embargo, hasta ahora no había obtenido respuesta a lo que deseaba. Bueno, esa noche tendría una muestra de lo que podría ser. Tal vez.

No estaba seguro, sólo sabía que le hacía ilusión. Posiblemente era porque había cenado solo con demasiada frecuencia en las últimas semanas, o porque quería conocer mejor a Ellie y a su familia. Probablemente esto último.

Y luego, por supuesto, estaba el hecho de que él la deseaba. Tanto que apenas podía pensar en otra cosa que en terminar lo que habían empezado en la casita para botes.

—¿Algo más, señor? —La voz de Donald le devolvió a la realidad.

—No, no se preocupe, voy a salir de la cocina —dijo con una sonrisa hacia Ellie—. ¿Cena a las siete?

—Sí, eso está perfecto —dijo tras él levantando el pulgar.

a cena había estado deliciosa y Ellie se había desenvuelto a la perfección entre la cocina y el ser

Lanfitriona, pero él se había dado cuenta de lo nerviosa que estaba. Eso sólo la hacía más atractiva, pensó mientras la miraba. Sus miradas se cruzaron y por un segundo quedaron los dos solos en la habitación.

—¿Adónde crees que podríamos planear una excursión de un día? —la voz de Helmut le sacó de sus pensamientos.

Kenneth se aclaró la garganta, luego sonrió y sugirió algunos destinos a los padres de Ellie, que Regina anotó en una libretita. Después del postre, Donald recogió los platos y Regina desapareció a la cocina con Ellie. Kenneth sonrió para sus adentros, era de suponer que le echaría más broncas a su hija de cómo se relacionaba con él. Se preguntó por qué Ellie estaba tan incómoda y había esquivado todas las preguntas en esa dirección. Casi le parecía como si ella descartara categóricamente una relación más estrecha y quisiera dejarlo claro. Extrañamente, no le gustaba ese pensamiento, en absoluto.

Bebió el último sorbo de su whisky.

—¿Quieres otro, Helmut?

—Oh, no, muchas gracias. Me retiro. He disfrutado mucho de la velada, muchas gracias por dedicarnos tu tiempo.

—Con mucho gusto, ha sido un gran placer. —Los dos se levantaron—. Que duermas bien.

Se dieron un apretón de manos. Helmut se rio.

—Si puedo encontrar el camino hacia arriba... Este castillo es enorme.

Él también se rio.

—Oh, te acostumbras. ¿Te acompaño?

Helmut negó con la mano, Ellie había heredado el color de sus ojos. Brillaban alegres y sinceros.

—No, gracias, espero poder arreglármelas. No te tomes la molestia.

Eso también le sonaba; Ellie tampoco había querido nunca que la ayudaran.

—Tu hija tiene mucho de ti —dijo de repente—. Es maravillosa.

—Gracias, sí, estamos muy orgullosos de ella. Aunque al principio mi mujer no estaba muy entusiasmada con la idea del restaurante.

Kenneth se rio.

—Sí, ya me he dado cuenta.

—Pero ahora que ella lo ha visto todo, parece diferente, por supuesto —se apresuró a decir—. Ellie es una joven inteligente.

—Sí, lo es.

—Estará bien.

—Lo hará, no hay duda. Además, tiene a su lado a un montón de gente que está encantada de echarle una mano y apoyarla.

—Es estupendo. Al menos yo también puedo aportar una pequeña parte para que la cocina se adapte.

—Me temo que yo tengo dos manos izquierdas —dijo Kenneth—. Ni siquiera puedo clavar un clavo directamente en la pared.

—Es que no lo has aprendido, si quieres te enseño un poco. —Exhaló brevemente—. No, olvídale. Claro que no es algo para ti.

—Sí, sí. Me gusta ayudar. Pero... —torció la boca—. Tienes que asumir que no seré de mucha ayuda.

—Ellie me matará cuando sepa que te animé a trabajar.

—Puede ser. —Volvió a reír—. Pero Ellie no decide si yo participo o no.

Kenneth esperaba con impaciencia esta discusión con ella, podía imaginar vívidamente que se lo prohibiría, después de haberle regalado ya la casita para botes, como ella repetía una y otra vez.

—Bueno, debería dormir —Helmut ahogó un bostezo—. Buenas noches.

—Buenas noches, Helmut.

Kenneth se quedó solo en la biblioteca y se paseó inquieto frente a la ventana. La luz de la luna brillaba en las oscuras aguas del lago Ness, un búho gritaba en alguna parte, lo que pudo oír a pesar de la ventana cerrada. Un vistazo a su reloj de pulsera le dijo que era cerca de medianoche. Se preguntó si Ellie ya habría terminado.

Kenneth sacó a Dougie a dar un pequeño paseo, porque no tenía intención de volver a sacarlo esa noche. El monstruo de pelaje debería hacer sus necesidades en ese momento, porque quería ocuparse ampliamente de las necesidades de Ellie esa noche, no de las del perro...

Dios, estaba tan nervioso como un adolescente antes de un primer beso. Quizá no quería volver a verle. Se sacudió el pensamiento y se dirigió a las dependencias del servicio. A medio camino recordó que había olvidado algo. Se apresuró a ir a su habitación y sacó dos preservativos del paquete, se los metió en el bolsillo trasero del pantalón y volvió a bajar las escaleras. La casa estaba en silencio, Donald seguramente ya se había marchado, los padres de Ellie estaban arriba en la habitación de invitados. Dougie lo acompañó, al parecer preguntándose si era hora de salir a dar otra vueltecita.

—Ahora no, amigo —dijo y entró en la cocina.

Allí todo estaba oscuro.

Bien, entonces ella ya se había ido a su habitación. La incertidumbre brotó en él, ¿y si estaba delante de su puerta y ella se sentía acosada por él? ¿No le había insistido en que tenían una relación laboral? Desde luego, no quería que ella tuviera la impresión de que no tenía elección.

Maldijo con cautela y dudó. ¿Debía volver a su habitación?

Dios, ¿por qué era tan complicado? ¿Y qué habitación era la de ella?

Allí solía haber una docena de empleados, pero con los años cada vez había menos. Era una lástima que todo quedara sin utilizar. Pero era soltero, no necesitaba tres criadas, criados y ayudantes de cocina.

—Eres un idiota —se reprendió en silencio, luego se animó y buscó la habitación de Ellie.

Un rayo de luz cayó bajo una puerta, tenía que ser la de ella. El suelo crujió bajo cada uno de sus pasos hasta que se detuvo frente a ella. Levantó la mano, se detuvo inmóvil un instante. La sangre le corrió por los oídos. Luego, tocó a la puerta.

Esperó y no ocurrió nada. Volvió a tocar, pero tampoco hubo respuesta.

Bien, eso estaba claro. Entonces, ¿por qué demonios estaba tan decepcionado?

Porque eres un imbécil.

Kenneth suspiró, se pasó las manos por el pelo y volvió a subir. Dobló la esquina y chocó con algo. No algo, alguien.

—¡Ay! —exclamó alguien.

—¡Ellie!

—¿A quién esperabas? ¿A la brigada moral?

Sonrió.

—Toqué a tu puerta.

—Oh. Y yo a la tuya.

Se miraron y rieron al mismo tiempo.

—Y yo pensaba que no querías verme —gimió aliviado.

—Yo también.

Kenneth la acercó a él. Olía ligeramente a perfume, con el pelo suelto.

—Apuesto a que no te imaginas lo contento que estoy de que no pienses que soy un asqueroso acosador.

—¿Por qué iba a pensar eso?

—¿Ni idea? Porque te estoy siguiendo como un perro desesperado tras una perra en celo.

Ellie se rio.

—Todavía no me he enterado.

—¿Y ahora? —preguntó mirándole la boca.

—Dímelo tú —su voz era sólo un suspiro.

—¿En tu habitación o en la mía?

—Si mi humilde morada es suficiente para ti —bromeó—, entonces eres bienvenido, ya casi llegamos.

Kenneth le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Debo admitir que hacía siglos que no bajaba por aquí. Bastante solitario, ¿no?

—Así es, a menudo me he preguntado cómo era en los viejos tiempos cuando todos los sirvientes correteaban por los pasillos para los que hay habitaciones aquí.

—Incluso cuando yo era pequeño, no teníamos tantos. A principios del siglo pasado, aún se tenían chimeneas en todas las habitaciones y no tenían calefacción, así que alguien tenía que ocuparse constantemente del fuego, limpiarlo y echar leña. Hacer la ropa era una faena, preparar la comida para la alta burguesía para el desayuno, el almuerzo y la cena. Eran otros tiempos. Había sirvientas y criadas que ayudaban a vestirse.

—Sabes bastante sobre ello, lo encuentro locamente emocionante.

—Bueno, por supuesto, de alguna manera por necesidad. Nací aquí, viví aquí, la tradición es muy importante en esta familia. Era, debo decir. Mi padre ha muerto, mi madre también. Aunque imagino, no, sé que ambos querrían que la línea continuara.

—Dios, este no es mi mundo.

En ese segundo se dio cuenta de que quería que se convirtiera en su mundo también, pero no se atrevía a decirlo. No quería hacerse vulnerable, aún no estaba preparado. Tal vez nunca lo estaría, porque sabía lo que era ser abandonado y apartado. Tenía miedo al compromiso, y ni siquiera estaba claro si Ellie estaría interesada.

—El mío tampoco, Ellie. Ya no.

—Entonces, ¿qué haces en este castillo? —Ella parpadeó, y el deseo en su mirada le golpeó justo en el corazón. Sus entrañas se agitaron y dejó que sus manos recorrieran su espalda. Su pregunta era válida, pero ni siquiera él sabía la respuesta, y ahora tenía otras cosas en la cabeza como para discutirlo. Prefería besarla y no pensar en lo que le preocupaba.

—Te estoy acariciando.

Ellie sonrió con satisfacción.

—Me doy cuenta.

—¿Y qué te parece?

Él pudo verlo en su reacción, sus labios se habían entreabierto, sus ojos se oscurecieron.

—Tienes potencial —murmuró ella y dejó que sus dedos se deslizaran bajo su camisa, que ya había sacado de sus pantalones.

—Estoy de acuerdo —refunfuñó, luego la cogió de la mano y tiró de ella hacia su habitación.

—Bienvenido —bromeó—, a mi humilde reino.

—Oh, Dios, Ellie —miró las paredes desnudas que ni siquiera tenían un cuadro en ellas—.

Esto es muy... Sencillo. —Había un armario demasiado antiguo, una cama pequeña y una consola junto a la cama con una lámpara de lectura. Las cortinas amarillas estaban descoloridas y la tela traslúcida. La alfombra también había tenido días mejores.

—Estoy bien, no paso mucho tiempo aquí.

—Si lo hubiera sabido...

—Está bien, Kenneth. Supongo que no has venido a hablarme del mobiliario. —Sonrió tímidamente—. Aunque tengo que decir que las habitaciones de los sirvientes ciertamente podrían transformarse en otra cosa. ¡Hay una gran cantidad de espacio aquí! ¿Has pensado alguna vez en alquilar parte del castillo?

—¿Alquilarlo?

—Sí, no sé, así tendrías ingresos regulares para el mantenimiento, supongo que eso se comería un montón de dinero. Y, además, lo que creo que es mucho más importante, por fin daría algo de vida a la estructura. Es una lástima, siempre me sangra el corazón cuando limpio las espectaculares salas que hace siglos que nadie usa. Todo está polvoriento y solitario.

Tragó. Tal vez esa era la solución al problema.

—¿Tú crees?

Ellie asintió.

—No tengo ni idea, sólo digo tonterías porque estoy muy excitada.

Kenneth dio un paso hacia ella.

—¿Por qué estás excitada?

Parpadeó varias veces.

—Ya sabes por qué.

La rodeó con un brazo y la atrajo contra su cuerpo. Sólo unos centímetros separaban su boca de la de ella. Olvidadas las conversaciones sobre el dinero y el mantenimiento del castillo, ahora sólo existían ella y él.

—Ya te he visto desnuda —le recordó con tono divertido—. ¿Por dónde íbamos?

Ellie se lamió los labios y él inhaló bruscamente mientras se acurrucaba aún más. Debería haberse dado cuenta de que ya estaba duro.

—Querías besarme —bromeó, ofreciéndole la boca.

—Basta de charla —gruñó y la besó con avidez. Sabía dulce y seductora, su aliento caliente se mezclaba con el suyo. Sus lenguas jugueteaban entre sí, la cercanía y la intensidad le hacían perder la cabeza. Durante todo el día apenas había podido pensar en otra cosa que no fuera Ellie. Estar aquí con ella le llevaba al límite de su autocontrol, aunque seguían vestidos y de pie en medio de la habitación.

Con movimientos erráticos empezó a desnudarla, mientras Ellie jugueteaba con los botones de su camisa. Sus bocas se separaron sólo unos instantes, para volver a caer hambrientos el uno sobre el otro. Su camisa cayó al suelo y el jersey de Ellie también. Ella le pasó los dedos por el pecho y bajó hasta los abdominales. Él jadeó suavemente cuando ella le acarició la erección.

—Me estás volviendo loco —murmuró, tomándole la cara entre las manos—. No pares.

Luego volvió a besarla mientras ella le desabrochaba los botones del pantalón, que le cayó por las piernas. Kenneth le desabrochó el cierre del sostén y también lo dejó caer al suelo. Finalmente, los dos se quedaron en shorts y calzoncillos de encaje, respirando agitadamente y llenos de deseo. Kenneth la empujó suavemente hacia la cama, Ellie se tumbó con él y tiró de él hacia ella. Se deshicieron también de los últimos trozos de tela. Sus manos se recorrieron mutuamente mientras él cubría los pechos de ella con besos ardientes. El pecho de Ellie subía y bajaba rápidamente, él también respiraba con dificultad. Ella le agarró el pene y él apretó los

dientes y jadeó.

—Será mejor que tengas cuidado o esto terminará más rápido de lo que empezamos.

Su risita ronca lo decía todo. Kenneth cerró los ojos y se rindió a sus caricias por un momento, adaptando sus caderas a su ritmo. La besó una y otra vez hasta que no pudo aguantar más.

—Espera —jadeó y se apartó. Se bajó de la cama y buscó un preservativo en sus pantalones.

—Vaya, estás preparado —la oyó decir detrás de él.

Con una sonrisa, se volvió hacia ella.

—No te imaginas la vergüenza que me dio comprarlos en la gasolinera.

Los ojos de Ellie brillaban, sus labios estaban rojos e hinchados.

—¿Así que por eso accediste a traer el vino?

—También —dijo—. Además, no soy demasiado fino como para entrar yo mismo en una tienda.

—Donald sin duda no pensaría lo mismo.

—Pobre tipo. —Se rieron, él abrió el condón y se lo tendió.

Ellie se incorporó y tiró de él hacia ella por el hombro.

—Dame eso —murmuró y le mordió el lóbulo de la oreja. Sus delicados dedos rodearon los de él y buscaron el preservativo. Disfrutó viéndola hacerlo, con el pene palpitando bajo su contacto. Luego se subió a su regazo y lo besó larga y sensualmente hasta que él olvidó dónde estaba y cómo se llamaba. Kenneth levantó suavemente a Ellie a su lado, la empujó contra las almohadas, besó su boca, su cuello, sus pechos, y se dirigió a su lugar más íntimo. Sólo cuando Ellie se retorció de deseo bajo él, gritando suavemente una y otra vez, se apartó y se tumbó entre sus muslos.

La besó y penetró su húmedo calor de un solo empujón. Kenneth maldijo en voz baja y echó la cabeza hacia atrás. “Esto no va a durar mucho”, pensó mientras empezaba a moverse dentro de ella.

Ellie levantó las caderas impacientemente bajo él, llevándolo al infierno y al séptimo cielo con palabras sucias y su estrechez. Una y otra vez, cada vez más rápido, hasta que ambos se cubrieron de sudor y sus gemidos se hicieron más fuertes y urgentes.

—Ellie —gruñó, besándola fuerte y posesivamente.

Le clavó las uñas en la espalda y se puso rígida bajo él. Él soltó su boca y abrió los ojos. El éxtasis era evidente en sus rasgos, era perfecta. Todo en ella era perfecto. Kenneth la llamó por su nombre y se dejó caer. El clímax lo arrasó y lo hizo salir de este mundo. Nunca había experimentado nada comparable y más satisfactorio que con ella.

En algún momento se hundió en la almohada junto a ella y la estrechó entre sus brazos, dejando caer descuidadamente el preservativo al suelo. Estaba demasiado agotado para moverse. Se sentía ingrátido y libre.

—¿Cómo estás? —le murmuró. Ellie le había puesto una mano en el estómago.

—Estoy destrozada —susurró—. Ha sido increíble.

—Me alegro de oírlo —bromeó con desgana.

—Muy gracioso. —Ella le dio una palmadita juguetona, pero él estaba demasiado cansado para responder. Se sumió en un mundo de paz y se quedó dormido.

Cuando se despertó, alguien le había tendido una manta.

Ellie, fue lo primero que se le ocurrió. Entonces la sintió, se había acurrucado contra él y respiraba tranquilamente. Volvió a relajarse y la estrechó entre sus brazos.

Al amanecer hicieron el amor una vez más, con ternura y deliberación. Palabras suaves y

susurradas y movimientos extremadamente lentos que los catapultaron a ambos a alturas insospechadas. Ellie respondía con tanta naturalidad y pasión, que a él le excitaba aún más. Cuando ella se corrió abrieron los ojos, con el débil sol de la mañana brillando a través de la ventana sobre sus suaves facciones. Se fundieron uno en el otro. Se hicieron uno.

CAPÍTULO 20



Somnolienta, Ellie se frotó los ojos, Kenneth yacía a su lado y miró su bonito rostro.
—Buenos días —murmuró, acariciándole la mejilla.

—Buenos días —respondió ella con una tímida sonrisa—. Sigues aquí.
—¿Qué pensabas? ¿Qué me escaparía al amanecer? —Sonrió con desgana.

Se encogió de hombros.

—Sinceramente, no sé qué pensar.

Le dio un beso en la boca.

—Gracias por lo de anoche. —Sonrió—. Y por lo de esta mañana.

Ellie se sonrojó, lo cual era muy tierno teniendo en cuenta que habían estado cayendo desenfundados el uno sobre el otro. Cerró los ojos y se dejó hundir de nuevo en la almohada.

—Creo que tengo que levantarme. Seguro que el señor del castillo quiere desayunar, y además tiene invitados.

—Estoy seguro de que el señor del castillo no se enfadará por cinco minutos. ¿Qué te pasa? ¿Te estás arrepintiendo de lo de anoche?

Ella abrió los ojos.

—¿Qué? No, en absoluto. ¿Tú?

—De ninguna manera, me siento de maravilla. —Aun así, él sintió que había algo que ella no le estaba diciendo—. ¿Qué pasa, Ellie?

Se apoyó en un antebrazo y se puso de lado.

—No sé, de algún modo preferiría que no hagamos una gran cosa de eso y no hablemos en voz alta.

—¿Quieres decir que no quieres que les diga a tus padres que eres muy adorable cuando te vienes?

Ellie gruñó suavemente.

—Sí, algo así.

—¿Prefieres que finjamos que no hay nada entre nosotros?

Se encogió de hombros.

—¿Sería un problema? Quiero decir, supongo que sería un poco absurdo que tuviéramos esta aventura en público delante de mis padres y Donald.

“Aventura”. Se tambaleó, luego se dio cuenta de que realmente para Ellie no era más que eso.

—¿No quieres apresurarte? —preguntó por si acaso.

—Así es, de esa manera, no será un acto embarazoso para nosotros cuando termine en algún

momento.

—¿Qué te hace estar tan segura de que se acabará?

Frunció el ceño.

—Vivimos en mundos diferentes. Es sólo cuestión de tiempo, ¿no?

Se miraron a los ojos hasta que él se tumbó boca arriba y se quedó mirando al techo.

—Claro —respondió él lacónicamente. Le dolía que ella considerara su noche juntos con tanta frialdad por la mañana. Pero al mismo tiempo era un alivio, de algún modo. “Es mejor que no te involucres emocionalmente con ella”, decía la vocecita en su cabeza, pero Kenneth no sabía si no era ya demasiado tarde para eso.

Ellie se acurrucó contra él.

—Me alegro de que lo hayamos aclarado.

Kenneth la rodeó con un brazo, sin compartir realmente su alegría. Le resultaba ahogado y equivocado dejar el tema de ese modo, porque la noche había sido muy especial. Al menos para él. O tal vez se estaba volviendo loco.

—Sí —dijo, sin saber qué quería decir exactamente con eso.

—Me temo que debo levantarme, podría imaginarme al mismísimo Donald apareciendo por aquí y arrastrándome a la cocina si no voy.

Se rio, pero no sonó tan sincera como de costumbre.

—Adelántate, yo me escabulliré arriba entonces. Voy a llevar a Dougie a dar una vuelta antes de bajar a desayunar.

Ellie le dio un beso.

—Fue agradable estar contigo. —Algo brilló en sus ojos. Al momento siguiente había desaparecido, haciéndole pensar que se había equivocado. Ciertamente no había sentimientos por su parte, ¿por qué si no habría insistido en que nadie supiera que tenían una aventura? Así lo había llamado ella. Al fin y al cabo, se había ligado con él porque definitivamente había atracción sexual. Por lo visto, las mujeres modernas sabían separar muy bien los sentimientos del sexo. Parecía que él estaba fuera del ejercicio.

Con Helena, nunca te importó.

Quería callar esa estúpida voz en su cabeza, así que se levantó también y se vistió en silencio.

—Hasta luego —le dijo y le dio un beso en la coronilla antes de salir a toda prisa de la habitación.

Cada vez que pensaba en la noche anterior sentía calor y se le apretaba el estómago con anhelo. Kenneth era un gran amante, y no sólo eso, todo en él era demasiado bueno para ser verdad. Sin embargo, Ellie sabía por experiencia propia que nada en la vida venía sin trampa, y por eso había respondido a su pregunta sobre la noche anterior con sobriedad y cautela. Estaba claro que, como conde y gran terrateniente, no tenía ningún interés en presentar a su cocinera como su nueva esposa. Ellie era una miedosa, pues estaba segura de que no habría podido soportar escuchar de su boca que una relación entre ellos nunca fue una opción para él. No se permitía soñar, no soportaba ver truncadas sus esperanzas, de eso estaba segura. Sin embargo, se había entregado a la pasión porque no podía evitarlo.

“Es sólo sexo”, se decía a sí misma una y otra vez. Simplemente lo disfrutaría. En cuanto “Bluebell” estuviera amueblado y abierto, encontraría su propio alojamiento y entonces el asunto de Kenneth se arreglaría solo. Nadie tendría que separarse porque no se habrían prometido nada. Sin problemas.

Ojalá.

Ella no permitiría sentimientos, de ninguna manera.

—¿Está lista? —sonó la voz de Donald detrás de ella.

—Sí, Donald. Subiré con usted"

—¿Sólo tres platos?

Ellie asintió.

—Sí, me temo que no tengo tiempo para agradecer a mis padres y al Conde con mi compañía.

Él enarcó una ceja, pero no hizo ningún comentario, de lo que ella se alegró.

—El almuerzo debe estar preparado, y la cena, por supuesto.

—Muy cierto.

—He hecho una lista, ¿podría conseguir los ingredientes en el pueblo más tarde?

—Por supuesto.

—¿Y bien, Donald?

—¿Sí?

—¿Cree que puede buscar una criada? No puedo arreglármelas sola con todo.

—Créame, estoy en eso, pero no es tan sencillo.

—Entiendo.

En silencio, cogieron el desayuno para Kenneth y sus padres y se lo llevaron arriba. Ya había puesto café, té, zumo y panadería en el elevador de platos de antemano, solo había que servirlo arriba.

Ellie se disculpó con sus padres, diciendo que tenía mucho que hacer, lo cual no era mentira. Kenneth no estaba en la habitación, lo que la irritó un poco, pero no hizo ningún comentario. Trabajó como una esclava en el castillo hasta la hora de comer, después del almuerzo tenía una cita con los chicos para recoger la cocina y los muebles. Stuart había organizado dos furgonetas. Su padre también la acompañó, cosa que Ellie agradeció. Afortunadamente, estaba tan ocupada que no tuvo tiempo de pensar mucho en Kenneth.

Era temprano por la noche cuando llegaron a "Bluebell" con todas las pertenencias. Kendra y Maisie les esperaban con bebidas y aperitivos.

Ellie saltó de la furgoneta y los abrazó a ambos.

—Gracias por estar aquí.

Kendra la apartó mientras los hombres se abalanzaban sobre la comida y la bebida que les ofrecía Maisie.

Kendra le dijo en voz baja:

—He hablado con las autoridades y todo está en orden, sólo tienes que firmar unos papeles y todo estará hecho. En principio, podrás abrir inmediatamente cuando todo esté listo.

A Ellie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡No sé cómo agradeceréte!

Kendra sonrió y la estrechó entre sus brazos, soltando una risita.

—Pensaré en algo.

—Absolutamente.

—Vamos, come algo primero. Pareces agotada. ¿No has dormido bien?

Las mejillas de Ellie ardían. Sí, había dormido bien... Pero había estado despierta y en éxtasis la mitad de la noche.

—Es todo muy emocionante —dijo como excusa.

Y, de repente, las conversaciones se silenciaron, porque Kenneth apareció por la esquina, con botas, jeans y una camiseta. Su corazón comenzó a acelerarse, como siempre que lo descubriría inesperadamente en algún lugar. Tenía ese efecto sobre ella, no podía negarlo.

Kenneth sonrió.

—Buenas tardes a todos. He pensado que quizá podría ayudar un poco. Soy Kenneth —se presentó.

Uno tras otro, le estrecharon la mano.

Ellie quiso protestar, pero su padre se puso a su lado:

—No lo hagas, Ellie. Ayer me preguntó si podía ayudar, así que le dije que sí.

—¿Dijiste que sí?

—No te lo preguntó porque sabía que dirías que no. —Ellie frunció el ceño.

—Sí, así es. Kenneth ya ha hecho bastante.

—Déjale —dijo su padre, y Ellie guardó silencio.

Se vería muy extraño frente a los demás si le prohibiera a Kenneth ayudar. Conde o no.

—Ellie —la saludó Kenneth y asintió.

—Kenneth —respondió ella. Intercambiaron una mirada en la que ella le dijo claramente lo que pensaba de su presencia. Pero él se limitó a enarcar una ceja y sonreír con complicidad.

Colin dio una palmada.

—Bueno, allá vamos. Sería genial si pudiéramos terminar todo antes de que oscurezca.

Stuart refunfuñó algo en señal de acuerdo y Helmut agarró a Kenneth.

Las mujeres empezaron a llevar cosas ligeras, como sillas y cajas de vajilla, a la casita para botes. No pasó mucho tiempo antes de que todos estuvieran empapados en sudor y sin aliento. Una y otra vez, Ellie miraba a su alrededor buscando a Kenneth. Él no parecía perdido, pero tampoco parecía tan confiado como de costumbre. Escuchaba atentamente cuando alguien le daba instrucciones sobre qué hacer y dónde.

Kendra le dio un codazo en el hombro.

—Bastante caliente, ¿eh?

—Sí, yo también estoy sudando.

—Kenneth, quiero decir.

—Oh, él. Sí. Me parece que todos los hijos de este pueblo son de un catálogo de modelos. Se rio, pero sonó demasiado aguda para ser natural.

—Puedo verte mirándole... Y él a ti.

Oh, Dios, ¿tan obvio era?

—¿Qué? No, te equivocas.

Kendra se rio entre dientes.

—Bueno, si no quieres hablar de ello, no pasa nada. Llevo un rato preguntándome qué hacen los dos solos en el castillo.

—¡Kendra!

Levantó las manos a la defensiva.

—Un poco de hormigueo, un secreto tan sucio. Ojalá pudiera experimentar un día algo así también.

Ellie negó con la cabeza.

—Ves demasiadas series románticas.

Kendra movió las cejas.

—Si tú lo dices. —Luego fingió cerrar los labios—. ¡Silencio como una tumba! No oirás nada más de mí. Nada. Nada de nada.

Ellie tuvo que reírse.

—Sí, claro. Vamos, sigamos, no queda mucho.

Ya había anochecido cuando se despidió de sus ayudantes del pueblo. Los músculos de Ellie parecían de gelatina, no estaba acostumbrada a cargar o sostener tantas cosas.

—Ya sólo faltan los baños —le dijo contenta a su padre, que caminaba a su lado con Kenneth—. Y un poco de decoración.

“Y algo de dinerito”, pensó en silencio. El hecho de que sus padres estuvieran allí no significaba que fueran a entregar la herencia de la abuela.

—No puedo creer que hayas conseguido hacer todo esto en tan poco tiempo —la elogió su padre.

—Sí, de verdad —aprobó Kenneth.

—Ahora sólo tengo que encargarme de la cena —respondió riendo—. Deben de tener mucha hambre. Kenneth, no sabía que fueras tan buen obrero.

—Yo tampoco, la verdad. —Se encogió de hombros.

—Es un chico listo. Muy bien como para no haber cogido nunca un martillo. —Helmut le dio una palmada en el hombro a Kenneth.

Donald ya les esperaba en el recibidor.

—Buenas noches —saludó con una cortés inclinación de cabeza.

—Puede dar por terminado el día —respondió Kenneth, y los ojos del mayordomo se abrieron de par en par.

Tartamudeó.

—¿Q-qué?

—Es tarde, debería descansar un poco. Estaremos bien.

—S-Señor, pero...

—Insisto, Donald.

Éste cerró la boca.

—Está bien, señor.

Ellie y su padre siguieron caminando, Kenneth y Donald conversaban de otra cosa.

—Voy a echar un vistazo a la cocina, luego me daré una ducha antes de preparar algo de comer.

—Bueno, podríamos salir a cenar.

—Cierto, no había pensado en eso en absoluto. Pero, ¿y Kenneth?

—Bueno, él podría venir con nosotros. ¿O está encadenado al castillo?

Ellie chasqueó la lengua.

—No sé por qué no he pensado en eso todavía, de alguna manera... No lo sé.

—Bueno, hagámoslo así.

Ellie volvió una vez más, Donald se despidió de Kenneth.

—¿Kenneth?

—¿Sí? —Se volvió hacia ella.

—Mi padre acaba de sugerir que salgamos a cenar.

—¿Y bien?

—Bueno, quiero decir... Estoy empleada aquí como cocinera, pensé en preguntarte si eso te parece.

Kenneth la miró con expresión inescrutable.

—Creo que no pasa nada. Estaré bien.

Ella dio un paso hacia él.

—Oh, pensé, bueno, lo siento, que estúpido de mi parte.

—Ellie, ¿qué quieres decir?

—Pensé que podrías venir con nosotros. Está bien si no lo haces, por supuesto, lo entiendo, y...

—Ellie —la hizo callar con suavidad, pero con firmeza—. Me encantaría acompañarles, si quieres. No quería darlo por hecho.

Y ahí estaban de nuevo, las mariposas que hacían que su corazón latiera más rápido.

—Me haría feliz.

—Maravilloso, ¿aquí en media hora entonces?

—Perfecto. Entonces, eh... —Señaló detrás de ella con el pulgar—. Voy a meterme en la ducha.

Kenneth enarcó una ceja.

—¿Es una... Oferta?

Ellie inhaló bruscamente.

—Oh, Dios.

—No, no creo que sea Dios. —Las comisuras de sus labios se crisparon—. Pero es agradable verte reaccionar así. —En un paso estaba con ella y le dio un beso rápido—. Nos vemos en un rato, Ellie.

Luego la dejó plantada y desapareció escaleras arriba a grandes pasos.

Respiró hondo y trató de convencer a sus huesos de que volvieran a estar firmes. Casi se derribe delante de él.

A Ellie le resultaba extraño ir en coche a cenar con sus padres y Kenneth. Su padre iba en el asiento del copiloto y ella y su madre habían ocupado el asiento trasero del Range Rover de Kenneth, ya que se dirigían a cenar a la siguiente ciudad. Su madre había visto de camino un sitio "bastante apetecible" que ahora quería probar. Para Ellie estaba claro que su elección tenía como objetivo comprobar posibles competidores en el negocio de la gastronomía. Estaría bien, hacía tiempo que no salía de Kiltarff y, curiosamente, no echaba de menos estar en otro sitio.

Al cabo de quince minutos llegaron al Invergarry, en Aberchalder. Kenneth abrió la puerta para que su madre pudiera salir cómodamente.

—Oh, gracias, es muy amable.

Ellie reprimió una sonrisa de satisfacción, sin duda ya tenía a su madre entre sus brazos. Y a ella también, en cierto modo, probablemente él era muy consciente de ello.

El local era rústico y acogedor, a Ellie le recordó un poco a "La Linterna", pero olía ligeramente a cerveza rancia y grasa de fritura, lo que le resultó desagradable. Buscaron una mesa libre junto a la ventana, Kenneth movió primero la silla de su madre y luego la suya, antes de sentarse él mismo junto a su padre.

La camarera trajo los menús y pidieron cuatro cervezas de barril Cask Ales y cuatro pescados con papas fritas.

Una y otra vez, Ellie lanzaba miradas furtivas a Kenneth, que él casi siempre devolvía. Su corazón reaccionaba a ello con un aleteo nervioso que casi la hacía planear sobre el suelo.

—Tengo curiosidad por cómo sabe —dijo su madre—. El interior es bastante... Rústico.

Ellie se abstuvo de comentar que había sido ella quien había elegido el lugar. Su padre dio un sorbo a su cerveza antes de decir:

—Estoy seguro de que este lugar no es competencia para nuestra Ellie.

Kenneth asintió.

—Por supuesto. Por lo que sé, "Bluebell" tendrá la mejor cocina de todo el mundo.

Ellie se sintió enormemente complacida por el elogio y le sonrió agradecida.

—Tantos elogios por adelantado.

—Bueno, ya he probado un poco de lo que has cocinado.

—Es una gran cocinera —confirmó ahora también su madre.

Mientras le servían la comida, Regina preguntó a la camarera.

—¿Van bien los negocios?

Ellie sintió que se ruborizaba. Se sentía muy incómoda de que su madre estuviera molestando a la joven. A ella no pareció importarle y sonrió.

—Sí, el turismo ha vuelto a subir desde esta serie de *Outlander*, aunque ya antes hemos tenido una buena racha. No podemos quejarnos.

Esto pareció satisfacer a su madre, que levantó la servilleta y la extendió sobre su regazo.

—Me alegro de oírlo.

—Más bien hay demasiada poca oferta gastronómica en la zona, sobre todo de restaurantes que ofrezcan algo más que el menú estándar —añadió la camarera.

—Es interesante —dijo su padre.

—Sí, ya tenemos algunos buenos hoteles y también casas de vacaciones de alto precio en la zona, pero faltan restaurantes de lujo.

El corazón de Ellie dio un brinco de alegría, pero se abstuvo de comentar que aquello cambiaría pronto.

—Les dejo comer en paz. ¿Falta algo más?

—No, gracias —respondió Kenneth—. Lo tenemos todo.

Cuando volvieron a quedarse solas, Regina sonrió a su hija.

—Empiezas a convencerme.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ellie, recogiendo los cubiertos.

Su madre cortó un trozo de bacalao frito con cerveza rebozada.

—Creo que tu decisión fue correcta.

Ellie enarcó una ceja.

—Uh —fue todo lo que pudo decir como respuesta.

Su padre apretó la mano de su madre.

—Díselo ya —le instó.

—¿Decir qué? —repitió Ellie.

—Sí, bueno —empezó su madre—. Hemos decidido que te daremos el dinero de la abuela.

Ellie se quedó con la boca abierta.

—¡No!

—Sí, estamos convencidos, ahora que lo hemos mirado todo, de que lo conseguirás. Y tienes a Kenneth a tu lado.

Casi se atragantó. Por el rabillo del ojo vio que él estaba allí sentado con expresión inescrutable, sin aceptar ni negar.

—Sí —fue todo lo que pudo decir como respuesta—. Estoy un poco sin palabras, no me lo esperaba en absoluto.

—Casi lo has conseguido tú sola —le dijo su padre—. Estamos muy orgullosos de ti.

Ellie estaba mareada de felicidad. Apenas podía creer que todo estaba sucediendo realmente. —Gracias. Dejó los cubiertos a un lado y abrazó primero a su madre y luego a su padre—. ¡Es una gran noticia!

CAPÍTULO 21



El día había sido increíble, aún no podía creer lo lejos que había llegado. La ayuda que había recibido de todas partes la abrumaba. Además, entre ella y Kenneth siempre había una atmósfera crepitante que amenazaba con explotar a cada mirada casual, a cada toque casual. Sentía como si la noche anterior hubiera actuado como un acelerante sobre sus terminaciones nerviosas, que ahora eran tanto más receptivas que antes a los encantos de Kenneth. Después de cenar en Aberchalder, Kenneth y ella habían dado un paseo por Kiltarff sin sus padres, y cada uno había comprado una bola de helado en la tienda de Bridget, que habían sorbido de camino al parque. Se habían sentido como si fueran una pareja, a pesar de que Kenneth nunca la había tocado conscientemente, ni siquiera la había besado. Ellie no sabía exactamente a qué atenerse, pero una cosa estaba clara: pasaría aquella noche en sus brazos. Con el pulso acelerado y las palmas de las manos sudorosas, se dirigió a su habitación.

—Ven a mi habitación esta noche, mi cama es más cómoda —le había susurrado al oído al darle las buenas noches.

Ella sólo había asentido y exhalado un "sí".

Y ahora subía las escaleras de puntillas, esperando que las estúpidas tablas del suelo no hicieran ruido. Desde la habitación de sus padres les oía charlar entre ellos. Con una sonrisa, avanzó en la oscuridad hasta llegar a la habitación de Kenneth, al otro extremo del pasillo. Con cuidado, empujó la manilla y entró.

Era extraño, aunque ya había estado aquí muchas veces.

Pero nunca para ir a la cama con él y tener sexo salvaje.

Ellie tragó en seco y se preguntó qué debía hacer ahora. ¿Desvestirse y esperarlo bajo las sábanas? Frunció la boca y paseó inquieta, luego se detuvo frente a la ventana y miró hacia fuera. La luz de la luna iluminaba el césped frente al castillo y se reflejaba en las aguas del lago Ness. Aunque nunca había sido una fanática de la naturaleza ni de Escocia, eso había cambiado en poco tiempo. Como tantas otras cosas en su vida.

Quizá tenía que estar agradecida a su antiguo jefe por haber sido tan estúpido de dejarse pillar lavando dinero.

Un ruido suave la hizo sobresaltarse. Entonces alguien encendió la luz, Ellie tuvo que parpadear y se dio la vuelta. Kenneth estaba de pie en la puerta, mirándola sorprendido.

—¿Por qué estás aquí de pie en la oscuridad?

Sintió que se ruborizaba.

—No lo sé.

—¿Apago la luz otra vez? —Él sonrió, la apagó y se acercó a ella a pocos y grandes pasos. La rodeó con los brazos y la estrechó contra su glorioso cuerpo. Olía tan bien, le resultaba tan familiar y correcto que tuvo que tragar. La suave luz de la luna caía por la ventana sobre sus rasgos angulosos.

—Gracias por ayudarme —susurró.

—Deja de agradecerme todo el tiempo, no tienes que hacerlo. —Su voz sonaba casi ronca.

—¿Por qué te molesta?

—Porque me gusta hacerlo por ti.

—Pero no es algo que se debe dar por sentado.

Él sonrió débilmente y le puso una mano en la nuca.

—Algunas cosas entre nosotros no son dadas por sentado, ¿así que tengo que cuestionarlas todo el tiempo?

Ellie le devolvió la sonrisa.

—No.

—Donald renunció.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Dice que no lo necesito. Parece que pronto estaremos solos aquí.

—No parece importarte.

Kenneth se encogió de hombros.

—El buen hombre tiene casi setenta años, no debería tener que atenderme. Pero le ofrecí a hacer algún trabajo administrativo y aceptó.

—¡Eso suena genial!

—Sí, pero sólo unas horas a la semana, como he dicho, está en edad de jubilarse y debería disfrutar del tiempo. —Dio un paso hacia ella.

—¿Y qué haces ahora?

—Te besaré, te desnudaré y te haré el amor toda la noche.

Ellie se estremeció ligeramente.

—No me refería a eso.

—Lo sé —murmuró él, cubriéndole el cuello con mil besos. Su piel áspera arañó ligeramente la de ella y la hizo estremecerse.

—No puedo pensar cuando haces eso.

—Eso es maravilloso, creo que hemos hablado suficiente de todos modos.

Y entonces la besó con calor y urgencia, mientras sus manos parecían estar en todas partes. Ellie se entregó a él y a sus caricias, aferrándose a él como si fuera su único apoyo en una tormenta furiosa. Una a una, todas las ropas volaron al suelo hasta quedar desnudos el uno frente al otro. La evidencia de su excitación se sentía evidente en el vientre de ella, su respiración entrecortada llenaba la habitación de él. No sabía de dónde lo había sacado, pero tenía un preservativo en las manos. Ellie se lo quitó, abrió el paquete y lo empujó suave pero firmemente hacia el alféizar de la ventana. Kenneth se sentó y Ellie se arrodilló frente a él. Kenneth jadeó cuando ella cerró la boca alrededor de su pene y lo acarició con los labios y la lengua. Sus manos le arañaron el pelo mientras ella disfrutaba saboreándolo y dándole placer. Sus sonidos estrangulados le demostraron lo mucho que le gustaba lo que estaba haciendo, lo mucho que le excitaba. El tirón en su propio abdomen crecía con los gemidos de él, aunque ni siquiera la había tocado allí.

—Ellie —refunfuñó, apartándola de él—. No... ¿Dónde está el condón?

Le dio la vuelta antes de empujarlo aún más sobre el alféizar y sentarse a cabalgar sobre sus

muslos.

—¿Sabes realmente lo que me estás haciendo? —Rodeó uno de sus pezones con la boca, chupándolo y mordisqueándolo hasta que Ellie gimió suavemente y suplicó más. Ella frotó su calor húmedo contra él y se empujó contra su dureza.

—Basta —jadeó ella, agarrándole la polla y dejando que se deslizara lentamente en su interior.

Le puso las manos en las caderas y le enterró la cara en el cuello.

—Es tan bueno estar dentro de ti. —Su voz era áspera y por cada palabra ella oía lo mucho que le excitaba lo que ella estaba haciendo.

—Muévete —la instó, y ella empezó a mover las caderas. Lo cabalgó sin prisa, saboreando el dulce deseo, marcando el ritmo hasta que la lentitud ya no fue suficiente. Kenneth amasó sus pechos, los besó y empujó con impaciencia su pelvis hacia ella.

—¿Más? —preguntó ella, relamiéndose los labios.

—Mucho más —gruñó en respuesta.

Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se entregó por completo a las sensaciones. Cuando él colocó el pulgar en su parte más íntima y la masajeó ligeramente, ella gritó de placer y se erizó. Gritó su nombre mientras el clímax crecía cada vez más rápido en su interior. Un dulce tirón se había convertido en un agónico anhelo que sólo él podía saciar. Sus movimientos se hicieron más rápidos, más incontrolados. La pasión de Kenneth la llevó más allá del umbral, Ellie se aferró a él, llevándolo más adentro. Sólo era consciente de que él también se ponía rígido, enterraba la cara contra su hombro y se corría dentro de ella.

—Oh, Dios —jadeó, Kenneth bajando la espalda contra la ventana, Ellie apoyada en su torso cubierto de sudor.

—Ellie —murmuró, abrazándola un poco más fuerte.

Descansaron así un buen rato, hasta que los latidos acelerados y la respiración jadeante de ella se calmaron un poco. Kenneth le rodeó la cintura con las piernas y se levantó, la llevó hasta la cama y la bajó suavemente sobre el colchón. Se subió a ella y la besó.

—¿Necesitas algo?

Ellie negó con la cabeza.

—No, estoy feliz como una perdiz.

La besó fugazmente.

—Bien, ahora vuelvo. —Luego desapareció en el cuarto de baño, con el agua corriendo, presumiblemente limpiándose, y al cabo de unos minutos estaba de nuevo con ella, extendiendo la manta sobre los dos.

Los días siguientes fueron todos parecidos, durante el día fingían no ser pareja, por la noche hacían el amor y se dormían abrazados. Kenneth disfrutaba de las horas con ella, pero la incógnita de qué pasaría después no le daba paz. Estaba sentado en el estudio, mirando fijamente, como hacía a menudo, el cofre con los diarios y las cartas. Hacía tiempo que no los tocaba, aún no había abierto las cartas de su madre. No sabía si era bueno para él. ¿Qué cambiaría si supiera lo que ella pensaba? Ella había estado enferma, tal vez sus palabras lo perturbarían. No estaba preparado. Probablemente nunca lo estaría.

Sonó su teléfono, era su manager. Kenneth exhaló audiblemente, había ignorado las llamadas de Winston durante los últimos días porque no había nada que informar. Su hombro estaba mejorando, aunque no había buscado a Angus desde que los padres de Ellie estaban allí. Secretamente, sabía que todo había terminado si no aceptaba la oferta, y al hacerlo, estaba

molestando a Winston. Dudó. Distinto era decirlo en voz alta, eso lo haría definitivo. Kenneth no tenía ni idea de qué hacer con su vida. Por el momento, lo que tenía con Ellie le bastaba. Pero estaba claro que no podía pasar el resto de su vida alimentándose de sexo con ella. En algún momento la pasión se agotaría, y ¿qué atractivo tenía un hombre que no tenía metas?

Kenneth suspiró y apartó la conversación. Tocaron a la puerta y Ellie entró.

—Hola —dijo y se levantó. Dougie aguzó el oído, pero no se movió cuando se dio cuenta de que sólo entraba Ellie.

Ella sonrió y, como siempre, cuando él la miró a los ojos, su corazón se calentó.

—No quise molestar.

—Nunca lo haces.

—Mis padres han hecho las maletas, quieren irse pronto.

—Oh, iré entonces. Definitivamente quiero despedirme de ellos.

Y lo decía en serio, esperaba volver a verlos. Inmediatamente apartó el pensamiento, Ellie durmiendo con él no significaba nada. Aunque compartían noches juntos, hacía tiempo que ella había dejado claro que no era más por su parte. Y era bueno que ella hubiera definido esos límites. Así no había malentendidos.

—Eres muy amable. Seguro que tampoco demorará mucho.

—Realmente no es un problema, no tengo mucho que hacer en este momento.

—¿Qué estás haciendo realmente en tu estudio? Lo siento, no quería ser curiosa.

Rodeó su escritorio y caminó hacia ella.

—Para ser sincero, la mayor parte del tiempo estoy reflexionando como seguir andando.

Ellie frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No he sido el señor del castillo tanto tiempo.

—Sí, ya lo sé, pero... ¿No estuvo siempre claro que tú ocuparías el lugar de tu padre?

Kenneth se dio cuenta dolorosamente en ese momento de que, aunque ella conocía cada centímetro de su cuerpo, no sabía casi nada de su vida.

—No puedes decirlo así, no.

—No tengo ni idea, lo siento. En mi imaginación, los chicos ricos y aristocráticos son enviados a internados y universidades caras para que luego hagan exactamente lo que sus padres les habían puesto en la cuna.

Kenneth se rio ante tan acertado resumen.

—No estás tan equivocada.

—¿Pero?

—La cuestión es que no hablé con mi padre durante años.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Porque no fui a una universidad cara.

—¿No?

—Me convertí en atleta profesional.

—¡Oh!

Lo siento, debería habértelo contado hace tiempo. De alguna manera el momento nunca parecía el adecuado.

—¿Qué deporte entonces?

—Polo.

—Vaya, allí sólo tienen acceso los ricos y los guapos, ¿no?

—Bueno, no es tan malo, pero de alguna manera lo es. Como jugador, nunca me interesó el

dinero ni el alrededor.

—Entonces, ¿ganas bien allí?

—Los jugadores mejor pagados están en Argentina, allí tienen un estatus similar a dioses — se rio.

—¿Y aquí no?

—No se puede comparar, pero está muy bien.

—¿Y nadie te echa de menos?

—Sí, o no. Mi hombro.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Oh, ya veo, tu cicatriz en el hombro, tienes una pausa por lesión.

—Algo así. Sin embargo, hay una oferta para jugar en un nuevo club y Angus ha hecho todo lo posible para restaurar mi hombro. Aun así... —Vaciló.

Ellie se apresuró a negar con la mano.

—Lo siento, no quería molestarte con tantas preguntas.

—No lo estás haciendo, está bien que al menos nos conozcamos un poco, ¿no? Con todas las cosas que hacemos juntos por la noche.

Había sido una broma, pero Kenneth pudo ver por su reacción que había fracasado.

—Sí —dijo ella—, cuando abra el restaurante, encontraré un sitio para vivir en alguna parte.

—No tienes que hacerlo.

—Pero no puedo trabajar aquí y llevar mi restaurante al mismo tiempo.

—¿Eso es todo esto para ti? ¿Trabajo?

Ellie suspiró.

—No quería decir eso.

—Está bien —respondió secamente—. Seguro que tus padres ya esperan.

Pasó junto a ella y salió al aparcamiento frente a la casa. Regina y Helmut se pararon delante del coche y tomaron unas cuantas fotos más.

—Ah, veo que ya han hecho las maletas... —llamó alegremente.

Regina asintió.

—Sí, nuestro avión no espera.

—Lo entiendo, ¡espero que vuelvan pronto!

—Estoy segura.

Le tendió la mano a Regina, que la ignoró para abrazarle.

—Gracias por dejar que nos quedemos aquí, ha sido genial.

—Muy contento y con placer de recibirlos otra vez.

Se separó de él y le sonrió.

—Me alegro de que estés aquí para apoyar a Ellie.

Sonrió.

—Por supuesto, estoy muy feliz de hacerlo.

—¡Mamá! —protestó, pero ella se limitó a hacer oídos sordos—. Así es como es, ¿no, Helmut?

No contestó, pero le tendió la mano a Kenneth.

—Si alguna vez necesitas consejos de reparaciones, dímelo.

—Claro, lo haré. Buen viaje.

Poco después, Ellie y Kenneth los saludaron con la mano mientras conducían por el camino de entrada y doblaban la esquina.

Ellie pasó de un pie a otro.

—Bueno, se han ido.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿qué más estás haciendo?

—¿Tú?

—Tengo una cita con Kendra, quería presentarme a alguien, una mujer que posiblemente podría empezar en el servicio. Y luego tengo que empezar a pensar en el menú, mañana vienen los fontaneros... Ya sabes. Hay todo tipo de cosas que organizar.

—Por supuesto, bastante.

—Y luego tengo que planear la inauguración, espero que venga alguien.

—No te preocupes, la temporada está arrancando de verdad ahora, tendrás el lugar lleno todos los días.

—¿Y tú? ¿Qué harás?

Se encogió de hombros.

—Ya veremos.

Kenneth sintió la mirada inquisitiva de Ellie sobre él, pero no había olvidado lo que ella le había dicho antes en el estudio.

—Puedes vivir aquí todo el tiempo que quieras, cocines para mí o no.

—G-Gracias —balbuceó ella, y él sintió que algo había cambiado entre ellos.

O tal vez era sólo él quien había cambiado.

Aquella noche no encontró el sueño, Ellie no había acudido a él y él no había ido a buscarla. Inquieto, recorrió su habitación hasta que no pudo soportarlo más. Con pasos furiosos corrió escaleras abajo, se detuvo frente a la habitación de ella, respirando agitadamente.

“¿Qué hago aquí?”, se preguntó, pero el anhelo de su cercanía y de su suave piel era más fuerte que su orgullo.

Respiró hondo, tocó a la puerta y entró en silencio.

—Ellie, ¿sigues despierta?

Vio en la tenue luz de la luna que ella se sentó.

—Sí.

—¿Puedo pasar?

Se levantó y caminó hacia él.

—Me alegro de que estés aquí.

Se aferraron el uno al otro, él intuyó que ella sentía lo mismo que él. Al parecer, ni él ni ella querían arruinar el momento con palabras mal elegidas, así que se besaron como si fuera la última vez. Ella se acurrucó en su pelo, se frotó contra él y suspiró suavemente en su boca. Y si sólo era sexo, maldita sea, él aceptaría todo lo que pudiera obtener de ella. Estaban unidos por esta aventura, nada más. Pronto estaría de nuevo en la carretera, haciendo un último intento por reanudar su carrera. Se aferró a ese pensamiento como a una rama, en parte para evitar tener que lidiar con sus sentimientos florecientes por Ellie. Sentimientos que ella no correspondía. Y en ese segundo se dio cuenta de que tenía que marcharse antes de perderse por completo.

Se acercaba el gran día y Ellie estaba hasta arriba de planificaciones. Estaba casi a tiempo completo ocupándose del nuevo personal, la prensa y la publicidad de la inauguración. Pero todo eso no era más que una excusa para evitar a Kenneth durante el día. No comía con él ni lo visitaba en su estudio, pero por la noche, cuando estaba oscuro, se encontraban como ladrones y hacían el amor como si sólo existieran ellos dos en el mundo. Ya no se hablaban mucho. Ellie temía el momento en que él le dijera que estaba enamorado de ella. No se atrevía a hacerlo, no

quería que se acabara nunca. La noche anterior había estado a punto de decirlo, las palabras habían estado en sus labios, sólo que en el último momento lo reconsideró y calló.

No había forma más rápida de deshacerse de un hombre que no quería comprometerse que con un “te quiero”, eso lo sabía todo el mundo, y ella no quería hacer el ridículo. No quería que la hirieran de nuevo.

El trabajo la distraía, eso era bueno, y por la noche disfrutaba de cada segundo, de cada aliento entre sus brazos. Estaba en “Bluebell” escribiendo con una tiza el menú de apertura en una pizarra cuando se abrió la puerta y entró el hombre que dominaba sus pensamientos cada segundo del día. En secreto, deseaba que él diera el primer paso y que estuviera a su lado durante la inauguración, como su pareja, no como su amante.

—Kenneth —dijo sorprendida—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Quería echarle un vistazo a todo ahora que el gran momento está tan cerca.

Frunció el ceño.

—¿Qué significa eso? Una sensación de inquietud se extendió por la boca de su estómago.

—Tengo que ir a Londres, por desgracia. Lo habíamos hablado antes, tengo una oferta de trabajo y... Quería echarle un vistazo.

Con las rodillas a punto de ceder, se agarró al mostrador.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿Cuándo vas a volver?

El pesar en sus facciones decía más que cualquier palabra.

—Todavía no lo sé.

—Entiendo. —Supongo que era su forma de romper.

—Lo siento, me hubiera encantado estar allí en tu gran día".

—Oh, no importa. —Hizo un gesto con la mano y se arrancó una sonrisa. Parecía una mueca. En el fondo el dolor amenazaba con partirla en dos. Que él no estuviera allí en ese día tan importante demostraba que ella no significaba nada para él. Nada en absoluto.

“No dejes que lo note”, se dijo a sí misma. Dudaba siquiera de poder empezar a tener éxito en eso.

—Ciertamente te deseo la mejor de las suertes, Ellie.

Quería caminar hacia él, pero temía que sus piernas cedieran, así que se quedó dónde estaba.

—Encontraré un lugar donde vivir, por supuesto, no te preocupes.

Kenneth se puso pálido.

—No, por favor, no. Quédate, hay espacio de sobra.

—¿Y Dougie?

Sonrió tristemente.

—Lo llevaré conmigo, le he tomado cariño.

Al perro sí, a mí no, corría por su cabeza. Sintió que las lágrimas le ardían detrás de los ojos.

—Me pregunto si Londres es un buen lugar para él.

—Se acostumbrará.

—Entonces... —Vaciló—. ¿Entonces eso fue todo?

Kenneth tragó.

—Lo siento, Ellie. No pertenezco a este lugar, te habrás dado cuenta, nunca lo he ocultado.

—No sé, no, la verdad es que me pareció que encajabas bastante bien. —El shock inicial dio paso a algo más, la ira apretando su garganta. Llevaban semanas teniendo algo juntos, ¿y él se largaba sin más?

—No estoy seguro de volver.

—Ah —fue todo lo que pudo decir. Ella sospechaba que él estaba jugando con la idea, pero esperaba que tal vez lo conversaría con ella. Que no lo hubiera hecho sólo demostraba una vez más que lo único que los unía —los había unido— era el sexo.

—Es un gran equipo para jugar la próxima temporada y realmente espero que funcione.

—Oh, sí, ya lo habías mencionado antes.

—Este no es mi sitio —repitió en voz baja—. Donald se ocupará de algunos asuntos administrativos por mí. No es mucho.

—Eso no es cierto en absoluto, si alguien debe estar aquí, eres tú.

Él negó con la cabeza, y en aquel momento parecía tan joven, tan vulnerable, que ella olvidó su propia decepción y se preguntó qué había cambiado tan repentinamente entre ellos para que él quisiera salir corriendo como un tiro. Que la oferta se hubiera vuelto tan atractiva de repente casi le pareció una excusa endeble. Pero ella qué sabía...

Sintió como si él la hubiera dejado plantada fríamente, muy poco antes de que ella quisiera hacer realidad su gran sueño. Nunca se lo perdonaría.

—Todo es una ilusión. Me siento en mi enorme castillo y no sé qué hacer con mi tiempo. Nada me retiene aquí. —Un golpe no podría haber dolido más—. ¿Cuánto se suponía que iba a durar, Ellie? —continuó, pero ella ya no escuchaba. Cualquier cosa que él dijera ahora sólo la lastimaría más.

Se quedó callada y apretó los labios.

—No puedo respirar entre estas viejas paredes —continuó, y lo único que ella quería era que parara.

—¿Por qué ahora? ¿Qué pasa? —Ella levantó la cabeza y buscó su mirada.

—No puedo hacer esto, Ellie. —Dio un paso atrás.

—¿Qué no puedes hacer?

Vio en sus ojos, llenos de tristeza y dolor, que eso no podía ser todo. Ella deseaba poder ayudarle, pero él nunca le había abierto una puerta. Y ahora él había decidido que lo que tenían no era suficiente para querer quedarse. Ella tenía que respetarlo, aunque le doliera mucho.

—Tienes la cabeza ocupada con la inauguración, no quería molestarte. Lo siento, pero tampoco quería irme sin despedirme.

Ella sacudió la cabeza con incredulidad y la ira por su comportamiento egoísta se apoderó de ella.

—¡No puedes hacer eso! —casi gritó—. Dormimos juntos todas las noches, todas las putas noches. ¿Y ahora simplemente desapareces?

—Eso es, Ellie. Dormimos juntos. Te mereces más que eso.

Respiró hondo.

—Claro, como si eso no me sonara familiar. Un hombre al que no le importo me dice que merezco algo mejor. —Se rio sin humor.

—Nunca dije que no me importaras.

—Pero tampoco lo contrario.

—Así es. ¿Y qué hay de ti, Ellie? ¿Alguna vez me hiciste sentir que era algo más que sexo de tu parte?

Se apretó el pecho.

—Me dijiste desde el principio que no te interesaba una relación.

—¿Y tú no?

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. ¿Vas a pasarme ahora la pelota para poder irte con la

conciencia tranquila? Olvídalo. Si no te apetece jugar a ser el señor del castillo, adelante. Pero no me culpes por ello.

—Tienes razón, y te pido disculpas por ello.

—¡Dios, cómo me repugna esta presunción aristocrática!

Kenneth se enderezó.

—Será mejor que me vaya.

—Sí, bueno, supongo que será mejor que te vayas. —Respiró hondo y contuvo la respiración. Si exhalaba, podría pedirle que se quedara después de todo. Y su orgullo se lo prohibía.

Kenneth no dudó, se dio la vuelta sin decir palabra y salió de “Bluebell” a grandes pasos. La puerta se cerró silenciosamente tras él. Ellie se arrodilló y miró desconcertada sus manos temblorosas.

CAPÍTULO 22



El sol brillaba desde el cielo profundamente azul, no se veía ni una nube en el horizonte. Ellie no había encontrado ni cinco minutos para respirar entre tanta acción, y eso era bueno, así no tenía que pensar en él. Ni en la ira, la rabia y su propia maldita vulnerabilidad por la que se odiaba a sí misma.

La cocina ya bullía de actividad, con el ruido de las ollas, el tintineo de los platos y el pulido de los vasos. En unos minutos era hora de empezar, el corazón le latía con fuerza hasta la garganta. Ellie esperaba que todo saliera bien, que hubiera tomado las decisiones correctas con el personal. No tenía tiempo para dudas, aunque todo no saliera según lo previsto, ahora tendría que improvisar. Y eso es lo que haría. Era su día, su sueño, y no dejaría que nada ni nadie lo arruinara o lo pusiera en peligro. En el fondo, aún tenía la esperanza de que Kenneth volviera después de todo, de que hubiera cambiado de opinión. Pero tan pronto como esos malditos pensamientos sentimentales aparecieron en su cabeza, los ahuyentó de nuevo. No tenía tiempo para eso.

Miró por la ventana y vio a los primeros invitados que se acercaban por el camino de grava hacia “Bluebell”. Ellie tragó y respiró hondo. Así que ahora empezaba.

Se dio la vuelta y silbó con fuerza, de modo que de repente se hizo el silencio en la cocina.

—¡Queridos! Allá vamos. Cada uno sabe lo que tiene que hacer. A partir de ahora la concentración es total. Con ustedes, este día puede ser un éxito, lo estoy deseando. A las ollas, listos, ya —gritó, y siguieron los aplausos de las filas. Pasó las horas siguientes entre sartenes, ollas, vapor y sudor. El suyo y el de sus empleados. Estaba plenamente en su elemento. Comprobaba cada uno de los platos antes de tocar el timbre de servicio, arrancaba el papelito de la pizarra y lo clavaba en el soporte donde se recogían los pedidos procesados.

Cherry, una de sus nuevas empleadas de servicio, entró en la cocina y la llamó.

—Sí, ¿qué pasa? —preguntó Ellie.

—Un invitado desea hablar con usted personalmente.

A Ellie se le hizo un nudo en el estómago.

“Maldita sea”, pensó, “la primera queja”. Exteriormente no dejó que se le notara, limpiándose las manos en un paño sujeto a su delantal.

—Ya voy.

Interiormente, se preparó para esta conversación. Era normal que algo saliera mal de vez en cuando, pero hasta ahora había estado segura de que todos y cada uno de los platos habían salido de su cocina más que perfectos. Cherry la condujo a una mesa junto a la ventana, donde había

una mujer rubia con el pelo recogido en un nudo. A juzgar por su ropa, debía de ser una turista; llevaba unos pantalones funcionales y una camisa de franela a cuadros.

—Buenas tardes —empezó Ellie, presentándose—. ¿Qué puedo hacer por usted?

El plato que tenía delante estaba vacío. Así que no podía haber sabido tan mal.

La mujer levantó la vista y sonrió.

—Oh, qué bien que pudiera tomarse un momento.

—Por supuesto, con mucho gusto.

—Sólo quería decirle lo genial que me parece que haya abierto este restaurante.

Ellie se sorprendió, pero siguió sonriendo.

—Disculpe —dijo la mujer, sacando una tarjeta de presentación de su mochila—. Soy Becky Martin, trabajo para la estación Foxx.

Ellie aceptó la tarjeta.

—Gracias.

—¿Es de Alemania?

—Sí, de Hamburgo, para ser exactos.

—¿Y lo hizo todo usted sola?

—Bueno, la idea es mía, pero tuve bastante ayuda de gente encantadora.

Becky sacudió la cabeza riendo.

—¡Necesitamos más mujeres como usted!

—Gracias. —Ellie se alegró del cumplido.

—Y cocina como una diosa. Incluso me comí hasta la última miga del postre.

—Es un honor, muchas gracias.

—¿Sabe qué? Creo que una historia como la suya podría ser una gran motivación para muchas mujeres que luchan con su propia idea y no se atreven. ¿Le gustaría darme una entrevista?

—¡Uh, sí! Sí, por supuesto. Muchísimo.

—¿Vendría a Londres a mi programa para eso también?

Ellie se quedó con la boca abierta y el corazón le dio un vuelco.

—¿En la tele?

Becky se rio.

—Sí, ¿le parece bien? También enviaría a mi equipo aquí para hacer algunas tomas en el restaurante y, por supuesto, de usted en el trabajo.

—No sé qué decir —admitió sinceramente. No se lo esperaba ni por asomo, y para “Bluebell” una publicidad de este tipo valdría su peso en oro, sobre todo ahora en la nueva fase de apertura.

—¡Diga que sí!

Ellie se rio.

—Por supuesto que digo que sí. Muchas, muchas gracias.

Charlaron un rato y luego Ellie tuvo que volver a la cocina, pero no perdió la oportunidad de preguntar a cada mesa si la comida estaba rica.

Al final de un largo y emocionante día, Ellie estaba sentada en la cocina con Kendra, habían abierto una botella de champán y sostenían copas llenas. Hacía unos minutos había llamado a Sabine a Hamburgo y la había contratado. Ya formaban un gran equipo en "Kopernikus" y su colega favorita estaba deseando enfrentarse a un nuevo reto.

—Salud, querida —dijo Ellie, levantando su copa.

—Por ti —respondió Kendra y ambos bebieron.

En realidad, había querido terminar el champán con Kenneth, Ellie intentó que el sentimiento de decepción no volviera a bullir, pero por supuesto siempre estaba ahí subliminalmente. Le echaba de menos y, aunque no quería, ese día había pensado en él mil veces y le había maldecido al momento siguiente.

—¿Dónde está Kenneth? ¿Por qué no ha venido hoy? ¿Está enfermo? —preguntó Kendra como si pudiera leerle el pensamiento.

—Se fue a Londres.

Kendra tragó y resopló.

—¿Qué?

—Oye, no hace falta que me escupas aquí.

—¿Por qué no está aquí en este día tan importante?

—¿Por qué debería?

—Vamos, ¿crees que no sé que había algo entre ustedes dos?

—Aunque así fuera, no significaba nada —mintió y se sirvió más champán, tal vez le ayudara a ahogar y olvidar.

—Sí, y por eso tienes un aspecto tan miserable, está claro. —Kendra enarcó una ceja, sin creer una palabra de lo que decía. No le extrañaba, ni ella misma se lo creía.

—Me veo miserable porque acabo de recibir una ducha de champán.

—Vale, no quieres hablar de ello, lo entiendo. —Kendra empujó su labio inferior hacia adelante y se sentó en la superficie de trabajo.

—No sabría qué decir. Tuvimos sexo, mucho sexo. Eso fue todo.

—Parece una historia muy simplista.

Ellie suspiró:

—Yo tampoco lo sé, Kendra.

—¿No estarás enamorada de él por casualidad?

—Esto no nos lleva a ninguna parte, él se ha ido y yo estoy aquí. Fin de la historia.

—¿No vale la pena luchar por el amor?

—Dios, ojalá fuera tan romántica como tú.

—¿De verdad lo soy? Estúpido de mí, ¿no? Probablemente por eso sigo soltera, pero no me imagino aceptando a cualquiera.

—Nunca fui pareja de Kenneth.

—Seguro que es una granada en la cama.

Ellie agitó la mano delante de su cara.

—Eso es un subestimado.

Kendra se rio.

—Lo sabía, no deberías haberle dejado marcharse.

—¿Debería haberme encadenado a su parachoques?

—Por ejemplo —se rio y se sirvió más champán—. ¿Por qué no le llamas?

—Ni siquiera tengo su número de teléfono.

—Señor de los cielos, ¿por qué no?

—Por favor, Kendra. Viví en su casa, todavía lo hago, soy su empleada que durmió con él. Genial, esas son grandes condiciones para que él también me ame.

—¿Se lo has dicho alguna vez?

—¿Qué?

—Bueno, que sientes algo por él.

—No, pero él tampoco.

Frunció los labios.

—Como si los hombres reflejaran tal cosa.

—De todos modos, se ha ido.

—Londres tampoco está fuera del mundo.

—No voy a ir tras él.

—Sabes, en cierto modo te entiendo. Pero cualquiera que haya tenido una infancia como la suya debe tener un cable quemado.

—¿Qué quieres decir?

—Una madre loca que estrella su coche contra un árbol y muere, un padre que deporta a sus hijos. No sé, sólo digo que quizá haya que darle un poco de ayuda de arranque.

—Debería haber dado, en pasado —la corrigió Ellie.

—No sé, yo no me rendiría tan fácilmente.

—No tengo energía para esto, Kendra. Salgo de una relación de mierda y ahora el siguiente tipo me deja. Necesito tiempo para digerirlo.

—Sí, lo entiendo. Lástima que no conozca mejor a Kenneth, o hablaría con él.

—¡No lo hagas, de ninguna manera! O se da cuenta por sí mismo, o no. —Exclamar eso tuvo un efecto devastador en ella que ni siquiera el hormigueo del champán pudo aliviar.

CAPÍTULO 23



Dougie odiaba Londres y, si Kenneth era sincero consigo mismo, él mismo seguía odiándolo, aunque ya tenía quince días en su ático. Estaba sentado en el salón con una bolsa de hielo en el hombro: el entrenamiento había sido un desastre y tenía que admitirse a sí mismo que, a pesar de todos los progresos que había hecho físicamente, nunca iba a funcionar. Si una sesión de entrenamiento le agotaba de esa manera, nunca aguantaría toda una serie de partidos. Su carrera había terminado, ahora era oficial, y tenía que enfrentarse a los hechos. Kenneth tenía la mirada perdida en la pantalla. Había un estúpido programa de entrevistas en la televisión que le importaba un bledo. Su lamentable intento de batear a lomos de un caballo no había hecho más que dejarle claro que todo había terminado. Podía empacar.

Kenneth cogió el teléfono y marcó el número de su manager.

—Tienes cojones de presentarte ahora después de haberme ignorado durante años.

—Puedo entenderte, lo siento. Creo que deberíamos reunirnos y escribir un informe.

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Qué vas a jugar para Hurlingham de ahora en más?

—No, Winston. Iba a decírtelo, pero quería probar el hombro primero.

—¿Y bien?

"Desafortunadamente, no. Se acabó. Estoy terminando mi carrera. Para siempre.

Winston suspiró.

—Sí, me lo esperaba, lo siento Kenneth.

—Yo más.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Aún no estoy seguro, quizás vuelva a la escuela.

—Eso es lo que quiero ver. Siempre puedes trabajar como entrenador, lo sabes, ¿no?

—Sí, pero no sé si quiero. De momento está todo demasiado fresco, tengo que pensarlo antes.

Dios, si había algo que ya había hecho bastante, era pensar. Sabía que cuando se acababa el juego, se acababa el polo. No era de los que decían a los demás por dónde tenían que ir. Su mundo era marcar la pauta desde el caballo, de esa manera y no de otra.

—¿Por qué no vienes mañana a mi casa y lo discutimos todo?

—De acuerdo, lo haré.

—Cuídate, Kenneth. Hasta mañana.

Colgaron y él tiró el teléfono en el sofá. A su lado estaba también esa estúpida caja. Por qué la había cogido en primer lugar no lo sabía. O tal vez sí. Tenía que dejar de huir.

En algún momento tenía que enfrentarse al pasado, ocuparse de la historia de su familia, aunque el pánico le invadiera sólo de pensarlo. Se armó de valor, abrió la tapa y buscó la carta superior que yacía encima.

“Para la boda”, decía.

No tenía ni idea de por qué, pero lo abrió de un tirón y empezó a leer.

Querido Kenneth,
Por fin ha llegado el día, no sólo te estás convirtiendo en un hombre, hoy te estás convirtiendo en un marido. Aunque no pueda sentarme en la primera fila de nuestra pequeña capilla, estoy allí observando desde arriba. Estoy increíblemente orgullosa de ti y estoy segura de que tu futura esposa sabe muy bien y aprecia mucho en qué maravillosa persona te has convertido. No tengo ninguna duda de que es así, ya eras estupendo y estabas lleno de amor cuando eras un bebé.

Muchas veces me he imaginado este día y me pregunto, ¿la acompañará su padre por el pasillo de la iglesia y pondrá su mano en la tuya? Así es como debe ser. Es un gran momento y ya se me están cayendo las lágrimas porque me resulta tan conmovedor pensar que a partir de ahora nunca más estarás solo.

Te lo ruego, Kenneth, abre tu corazón, abre tu alma que tanto ha sufrido en estas circunstancias. Sé que eres un niño fuerte —ahora hombre— que intenta ocultar su dolor bajo una gruesa capa de terquedad. Me he disculpado muchas veces, pero nada puede compensar lo que le he hecho a mi familia. Si hay algo que puedas hacer por mí después de todos estos años, es esto: sé feliz y deja atrás el pasado. Ama, vive y entrega tu corazón a esa persona especial que está dispuesta a darte todo por ti.

Te amo, Kenneth.

Tu madre

No podía hacerlo, no podía cumplir el único deseo de su madre. Tenía miedo de abrir su corazón y ser abandonado. Sentía rebeldía bajo todas las capas de soledad y tristeza que le habían acompañado todos estos años. Sabía lo que era estar en una habitación llena de gente y, sin embargo, sentirse completamente perdido. Estaba seguro de que nadie se daba cuenta, pero había perdido la cuenta de cuántas veces le había ocurrido.

Aunque Ellie también sintiera algo por él, no había garantías de que la relación fuera a durar. ¿Y si él se liaba con ella y al cabo de dos, tres o diez años ella se daba cuenta de que, después de todo, no le quería lo suficiente como para quedarse con él para siempre?

Sabía que no sobreviviría a ser abandonado de nuevo. Era más seguro haber trazado la línea antes de involucrarse más con ella.

Un timbre en la puerta de entrada le hizo levantarse de un salto, Dougie saltó y ladró.

—Está bien, acuéstate.

No esperaba a nadie y pensó en ignorarlo. Al parecer, el visitante no tenía intención de darse por vencido, porque sonó varias veces seguidas.

Estridente. Estridente. Estridente.

—Sí, ya voy —gritó, preguntándose quién podría ser que el conserje le había dejado pasar.

Esperaba que no fuera Helena. No, ella no sabía que estaba allí, además la había visto por casualidad con un hombre en la cena del dos días atrás. No parecía estar de luto por su relación...

Tal vez era Ellie, eso estaría bien, pero no, probablemente tampoco era ella, porque no tenía

ni idea de dónde vivía. ¿Y por qué iría a verlo?

Pensar en ella le apuñalaba el corazón. La echaba de menos, la echaba mucho de menos.

Kenneth abrió la puerta de un tirón, el amigo de cuatro patas aulló detrás de él. Se sorprendió al ver a Shirley de pie frente a él.

—¡Dougie fuera, tumbate! —le llamó.

Para su sorpresa, el irlandés perro lobo obedeció de inmediato, tal vez recordando a Shirley.

—Hola, hermano querido —le saludó amablemente—. ¿No vas a invitarme a pasar?

—Claro, pasa. —La abrazó brevemente. Cuando dio un paso atrás, lo vio: una pequeña barriga se asomaba bajo su blusa—. ¿Shirley?

Ella sonrió como un niño con un dulce.

—Sí, puedes felicitarme.

—Ven aquí, qué bien. —Le dio otro abrazo—. ¿Qué te trae a Londres?

—Pierre tiene citas y pensé en ver cómo estabas.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

— ¿Intuición? No he sabido mucho de ti en las últimas semanas y supuse que huirías de Kiltarff en algún momento tras el shock inicial.

—Ahora mismo no sé si encontrar tu análisis acertado o aterrador. ¿Puedo ofrecerte algo?

—Preferiría que no, me alegro de no estar colgando sobre el inodoro en ese momento. — Sonrió y se puso una mano en su pequeño vientre.

—¿Pero puedes sentarte? —bromeó.

—Claro que sí. —Le siguió hasta el salón y se dejó caer en un sillón—. ¡Así que, dispara!

—¿Qué quieres decir?

—¿Dónde está la piedrita del zapato?

—Oh, en muchos lugares, para ser honesto. Nada que te deba molestar.

—¿Has leído las cartas?

—No todas.

—¿Pero?

—Pero lo suficiente para hacerme pensar si no debería haber derribado la estructura.

—¿Está tan mal?

—¿Qué te escribió a ti?

Shirley se puso seria.

—Ella nos quería, Kenneth. En algún momento tenemos que entender que una depresión maníaca así es una enfermedad como el cáncer, la carcomió hasta que no quedó nada de ella. Perdió la batalla, no es culpa suya, y desde luego no quería hacernos daño.

—Ojalá pudiera verlo como tú.

—Tuve más tiempo para lidiar con ello.

—No me imagino viéndolo de otra manera en algún momento.

—¿Y ahora qué?

—No tengo ni idea, mi carrera está hecha trizas, el castillo se come grandes sumas de dinero, pero, ¿quién va a vivir en él? —Suspiró y pensó en la sugerencia de Ellie de alquilarlo.

—¿Algo más?

—¿Cómo lo haces?

—Siempre has tenido esa cara de niño, cuando tenías algo en la punta de la lengua. —Su mirada se posó en el televisor, apenas podía creer lo que veían sus ojos.

—¿Kenneth?

—Shh, espera —dijo distraídamente, cogiendo el mando a distancia y subiendo el volumen.

En ese programa de entrevistas estaba Ellie. Su Ellie.

Llevaba una blusa clara y unos jeans oscuros con bailarinas, el pelo brillante y hablaba con la presentadora con una sonrisa.

—¿Y no ha dejado que el Brexit le desanime? —preguntó la presentadora—. Es una mujer valiente, ahí arriba en las Tierras Altas de Escocia, usted sola.

Ellie se rio.

—No es exactamente así, tengo muchos amigos que me ayudan siempre que me atasco.

—Y su cocina ya ha sido noticia, he oído.

—Sí, yo misma estoy abrumada por la buena acogida que ha tenido “Bluebell”. Mi mayor sueño se ha hecho realidad, estoy encantada.

Kenneth ya casi no escuchaba, sólo podía mirarla fijamente todo el tiempo. Ni siquiera prestó atención a las otras preguntas de la presentadora. Ellie sonreía, hablaba y se apartaba nerviosamente un mechón de pelo de la cara una y otra vez.

—¿Hay también un hombre a su lado? —La presentadora miró a la cámara—. Si no, podemos decirles a los valientes chicos que pueden enviar sus cartas a nuestra emisora.

Ellie sonrió valientemente, pero él la conocía lo suficiente como para saber que la sonrisa no era auténtica. Su corazón se contrajo tan dolorosamente que perdió el aliento.

—No... Hay alguien a quien quiero, pero al parecer tengo mejor mano en la cocina que con los escoceses. —Ella guiñó un ojo y se rio, todos pensaron que era una broma, pero Kenneth se dio cuenta en ese momento de que se refería a él.

Ella lo amaba.

¿Por qué Ellie nunca había dicho nada? Ella lo amaba.

La imagen se desdibujó ante sus ojos, dio un paso atrás.

—¿Kenneth? —La voz de Shirley llegó a sus oídos como a través de la niebla.

—Lo siento —murmuró, pasándose la mano por la cara.

—¿Conoces a esta mujer?

Miró a su hermana.

—Me acabo de dar cuenta de algo.

—¿Ah, sí? ¿Qué? Parece como si hubieras visto un fantasma.

—Me di cuenta de que estaba exactamente donde debo estar. Después de todo, pertenezco a Kiltarff.

—Hablas con acertijos, mi querido.

—Yo tampoco lo entiendo. Y sí, conozco a la mujer. Es la mujer con la que quiero casarme.

Shirley se quedó con la boca abierta.

—¿Perdón? ¿Qué pasó con Helena?

Kenneth se sentó, con el corazón martilleándole con fuerza contra la caja torácica.

—Helena nunca tocó mi corazón.

—¿Y ella sí? ¿Quién es? Habla con un acento extraño.

—Ellie es de Hamburgo, es alemana.

—Vale, ¿y cómo se conocen?

—Eso, mi querida, es una larga historia. —Sonrió. Por primera vez en mucho tiempo, sintió que su corazón se iluminaba.

—La versión corta, ¿sería posible?

—La primera vez que la vi, la recogí de la calle.

Shirley se sorprendió.

—Una gran manera de empezar un romance.

—No lo entendí en ese momento, pero algo en ella me fascinó desde el primer segundo. La segunda vez que la vi, la eché de la propiedad.

—¡Cielo, Kenneth! ¿Te has vuelto loco?

—Shirley, tienes que entender, yo estaba totalmente fuera de mí después de que papá murió y el testamento...

—No tiene nada que ver con las mujeres inocentes... No importa, sigue. —Negó con la mano y sonrió.

—Me rogó que le alquilara la casita para botes.

—¿La casita para botes? ¿Para qué la quería?

—Ella es cocinera, hizo un restaurante allí. Y es por eso que ella está en la televisión ahora, al parecer.

—¿Y tú eres el hombre del que ella estaba hablando?

Sonrió.

—Eso espero.

—Pero, ¿no son pareja?"

—No, porque soy un idiota. Hui de Kiltarff porque tenía miedo de perderla. La dejé sola en su día más importante. Dios, soy tan idiota.

—¿Te escapaste?

—Fui tan estúpido... En vez de decirle lo que sentía, asumí que no era mutuo. Aunque las cartas de mamá y los cuadernos de papá probablemente pretendían animarme, tuvieron el efecto contrario.

—¿Y ahora qué?

—Shirley, me da muchísimo miedo quedarme ahí solo algún día, abandonado por la persona que más quiero, pero me he dado cuenta de que estaré solo de todas formas si al menos no lo intento. Tengo que confesarle al menos lo que siento por ella. Puede que después de todo ni siquiera me quiera, ahí no podría culparla. —Sólo de pensarlo se le revolvía el estómago. No era el tipo de persona que mostraba abiertamente sus sentimientos. Estaba aterrorizado.

—Eso suena muy adulto, estoy orgullosa de ti.

—Parece que los dos estamos creciendo, e incluso tú te estás convirtiendo en madre. —Sonrió y los ojos de Shirley se llenaron de lágrimas.

Agitó las manos delante de su cara.

—¡Oh, Dios, este llanto, las hormonas! Ven aquí, hermano querido. Déjame darte un abrazo. No la conozco, pero tus ojos se iluminan cuando hablas de ella. Por primera vez en todos estos años, veo eso en ti. Me hace increíblemente feliz. Siempre estabas tan triste, tan cerrado. Ojalá hubiera podido estar más a tu lado.

—Tú también eras una niña. —Se abrazaron con fuerza—. Nadie dijo nada durante unos segundos, luego ella dio un paso atrás.

—Oh, Dios, voy a vomitar otra vez. No eres tú, el bebé, el embarazo.... —Luego se tapó la boca con la mano y salió corriendo hacia el cuarto de baño. Kenneth se pasó la mano por el pelo y se volvió hacia Dougie.

—Parece que tendremos que hacer un viajecito a Kiltarff. Cruza las patas, quizá sea para siempre.

Sólo era primera hora de la tarde cuando Ellie salió del estudio, pero se sentía como si hubiera pasado semanas allí. Londres era ruidosa, sucia y olía a gases de escape. Se sentía como una gota de aceite que no quería mezclarse con el agua. Flotaba en la superficie y no

podía sumergirse.

Ellie no tenía ni idea de si había sido buena idea, pero debido a la publicidad de “Bluebell”, había aceptado inmediatamente aparecer en el programa. Fue un milagro que el periodista estuviera en su fiesta de inauguración.

“En la vida no hay casualidades” decía siempre su difunta abuela, y ella empezaba a pensar que tenía razón. Sólo le fastidiaba una cosa: haberle servido a media nación —o al número de personas que vieran ese programa de entrevistas— su vida emocional en bandeja de plata.

“¿Y qué?”, se dijo. Probablemente a nadie le interesaría de todos modos, y la persona a la que afectaba seguramente no veía el noticiero del mediodía.

Pidió un taxi y se dirigió al aeropuerto. Se preguntó en qué parte de Londres viviría Kenneth, pero luego dejó de pensar en él. Tarde o temprano lo superaría, lo primero que haría sería buscar un piso. Cada centímetro del castillo —y era enorme— le recordaba su tiempo con él. Eso tenía que acabar, y los pisos de alquiler en Kiltarff tampoco podían ser tan caros. A su restaurante ya le iba muy bien, no sólo era capaz de cubrir todos los gastos, sino que realmente le sobraba algo en la cuenta de resultados. Lo tenía todo, casi todo lo que quería, y sin embargo había un pequeño rincón en su interior que seguía pidiendo a gritos a Kenneth.

—Oye, saliste hoy en la tele, ¿no? —alguien se le acercó en el aeropuerto cuando llegaba a pie a su puerta de embarque. Era un hombre de unos cuarenta años, pelo escaso y ojos marrones.

—Eso parece, sí. —Sonrió.

—Eso es genial, no sabía que había un lugar como ese en Kiltarff. Tal vez hagamos un viaje allí alguna vez.

—Maravilloso, eso me haría muy feliz. —Ellie asintió cortésmente.

—Es estupendo que se haya arriesgado. El país necesita mujeres así —la elogió y le sonrió.

Ellie entendía que él quería coquetear con ella, pero no estaba de humor, ni siquiera lo habría estado si él hubiera sido su tipo.

Sólo había un chico que le gustaba, pero este había huido.

Odiaba la ironía de su vida.

Ellie suspiró.

—Muchas gracias. No dude en pasarse, quizá deba llamar antes, tenemos muchas reservas en este momento.

—Sí, claro. Lo haré.

—Que tenga un buen día. —La última frase casi se le atascó en la garganta cuando un hombre con pelo moreno y ancho de hombros dobló la esquina.

Kenneth, fue su primer pensamiento. Quizá había visto el programa y la estaba buscando.

La esperanza brotó en ella e hizo que su corazón latiera más rápido.

Pero no, él no sabía que ella iba a coger ese vuelo. Y entonces se dio cuenta de que no era él. Mirando de cerca, se dio cuenta de que ese hombre no se le parecía en nada.

Ellie quiso darse una bofetada en la frente, pero entonces recordó que no estaba sola en la puerta. Así que se sentó y esperó la salida.

El avión despegó demasiado tarde y ella estaba agotada cuando aterrizó en Inverness y se subió a su Golf. Tardó una hora en llegar de Inverness a Kiltarff. Subió el volumen de la radio y cantó todas las canciones para mantenerse despierta. La noche era oscura y las carreteras estrechas y sinuosas, pero la sensación al conducir era completamente distinta a la de

hacía unas semanas. Incluso la circulación por la izquierda se había convertido en algo natural para ella.

Exhaló aliviada al aparcar el coche frente al oscuro castillo. Era una noche fresca, mil estrellas brillaban en el firmamento sobre ella. Un búho ululó y un zorro corrió por el césped. Aspiró el aire fresco profundamente en sus pulmones, era bueno estar de vuelta, pero al mismo tiempo se sentía terriblemente sola. El día había sido emocionante, y el hecho de haber confundido a un completo desconocido en el aeropuerto con Kenneth en un primer momento la había atormentado... Y seguía haciéndolo.

Le echaba de menos, le echaba muchísimo de menos. Quizá debiera averiguar dónde vivía y escribirle.

Dios, qué anticuado. ¿Quién escribía cartas todavía?

Ellie se frotó los ojos, estaba cansada y agotada. Debería dormir, seguro que al día siguiente se sentiría mejor. El castillo estaba sombrío y frío, vacío y sin alma. Nunca se había sentido así cuando Kenneth había estado allí. Necesitaba urgentemente buscar otro lugar donde quedarse.

Pero no esa noche.

Ellie bostezó fuerte y se durmió. En algún momento se sobresaltó despertándose.

Había algo.

Un sonido.

Se sentó y escuchó. Su corazón hacía cabriolas. Oh, Dios, seguro que nadie entraría aquí.

No, probablemente no.

Ella tampoco creía en fantasmas. Sin embargo, había algo.

Tal vez un ratón... O una rata.

Oh, Dios. Odiaba a los roedores, no podía volver a dormirse así. Tenía que ver qué era.

“Tal vez no sea nada”, se dijo para tranquilizarse. Ellie se levantó y caminó descalza por la alfombra. Para mayor seguridad, cogió un candelabro de plata y se lo llevó.

“Porque puedes matar a una rata a golpes con él”, se burló de su propio miedo.

Dios mío, había alguien allí. Unos pasos chirriantes se acercaban en la oscuridad. El corazón le martilleaba tan fuerte contra el pecho que estaba aterrorizada. Levantó el brazo y esperó. Cuando el ladrón dobló la esquina, golpeó.

El tipo cayó al suelo gimiendo y maldiciendo.

Momento.

Ella conocía la voz.

¡Oh, Dios!

Kenneth.

¡Era Kenneth!

Había golpeado en la cara al hombre que amaba.

El hombre que era dueño del castillo.

Que la había abandonado.

—¿Qué haces aquí? —gimió al darse cuenta de que casi lo mata.

—Esta es mi casa —le aclaró con un gemido, como si ella misma no lo supiera.

Se frotó la frente, pero no parecía estar malherido. Exhaló, pero su pulso seguía acelerado, además de la sensación de aleteo en el estómago. Ellie temía desmayarse, pero Dios sabía que no era de las que se derrumbaban.

—Sí, ya lo sé. Pero, ¿por qué estás aquí? —preguntó, porque no quería dar pie a falsas esperanzas. Encendió la luz.

Kenneth frunció los labios y se puso en pie.

—De alguna manera me lo había imaginado diferente, ¿sabes? —Parpadeó y la miró. Ellie se sintió mareada al ver el brillo y el amor en sus ojos. ¿Era posible?

—¿Has visto el programa?

—Sí.

—¿Por eso estás aquí?

—¿Te referías a mí?

Ellie se echó a reír, con lágrimas de alegría brotando de sus ojos al mismo tiempo.

—¡Por supuesto, idiota!

Dejó caer el candelabro con un ruido seco. Kenneth se acercó a ella, con la herida de la frente sangrando poco, por suerte.

—Espero que no tengas una conmoción cerebral.

—Y si la tuviera, ¿me cuidarías? —Sonrió irónicamente, derritiendo el corazón de Ellie.

—¿Por qué te fuiste a Londres? ¿Por qué me dejaste? —Tenía que saberlo, el dolor y la conmoción aún eran demasiado profundos.

—Me acobardé, contigo todo me parecía tan bueno, tan familiar. Tenía miedo de perderte.

La esperanza brotó en ella, ¿acaso era posible que él sintiera algo por ella después de todo?

—Simplemente no tiene sentido, ¿sabes? Quizá la herida de tu cabeza es peor de lo que pensabas. —Tuvo que reír en contra de su voluntad.

—Ellie —le cogió la mano—. Te quiero. Lo digo muy en serio. No quiero echarle la culpa a mi desastrosa infancia, pero hay muchas cosas que no sabes.

Comprendió lo que quería decir y por fin todas las piezas del rompecabezas encajaron. Kenneth sentía algo por ella, pero el miedo a ser herido le había hecho reaccionar con pánico. Por eso había huido.

Dios, y ella no lo había entendido.

—Sé un poco de eso —dijo con el pulso acelerado.

—Hice muchas cosas mal —empezó—. Eso no pretende ser una justificación de mi comportamiento, pero quiero que me entiendas un poco. Mi infancia fue... Complicada. Tras la muerte de mi madre, mi padre se sintió abrumado y nos apartó como hijos. Eso me cambió, en algún momento perdí el control totalmente y luego seguí mi propio camino. No volví a ver a mi padre hasta que murió. La noticia de su muerte me desorientó por completo. Y luego tuve un bloqueo en la vida, ya sabes en qué condiciones está el castillo. Estaba sobrepasado... Y entonces llegaste tú. No esperaba que te colaras en mi corazón en tan poco tiempo.

El estómago de Ellie se tensó nerviosamente.

—Yo también tenía planeada otra cosa, créeme. Me iba de vacaciones.

—Sí. —Sonrió—. Muy bien planeado. Con una tienda en las Tierras Altas...

Tuvo que sonreír.

—Bueno. Ya he anidado aquí en el castillo bastante rápido y secretamente cocinado para ti.

La atrajo hacia él.

—La mejor decisión. —Kenneth le puso una mano en la mejilla—. Sé que tenemos mucho de qué hablar, tengo mucho que reconciliar con mi pasado. Hay cartas de mi madre.

—¿Cartas? ¿Qué cartas?

—Me encantaría enseñártelas. Más tarde. Mañana. En algún momento. Pero lo que es más importante ahora: Te amo, Ellie.

Sintió lo nervioso que él estaba y sus rodillas se ablandaron mientras el mundo a su alrededor se difuminaba. Solo estaban ellos dos, nada más, y eso era bueno.

—Creo que ya me estaba enamorando de ti cuando me echaste enfadado de la propiedad.

—¿Así que te gustan los Grinches? —bromeó con una sonrisa irónica.

—Por supuesto que no. Aun así, había algo tan vulnerable y fuerte en ti que me atrapó de inmediato.

—¿Puedes perdonarme por ser tan estúpido y darme cuenta tan tarde de lo que realmente quiero? ¿Que mi miedo era mayor que mi valor?

El nudo en la garganta de Ellie era enorme. Se aclaró la garganta.

—Sí, claro. Yo... También fui demasiado cobarde. Los dos fuimos un poco estúpidos.

—Vamos a espabilarnos juntos —dijo, y luego la besó apasionada y posesivamente. Lo puso todo en aquel beso, Ellie se lo devolvió con un suspiro y se acurrucó aún más contra él.

Se sentía tan bien estar finalmente en sus brazos otra vez. Sentirle, tocarle y olerle. Solo ahora se daba cuenta de lo mucho que le había echado de menos.

En algún momento se separaron.

—¿Dónde está Dougie? —preguntó ella sin aliento.

—Oh, está en el coche.

—Déjalo salir al pobre —se rio—. Antes de me eche encima de ti y nos olvidemos de él.

—¿Así va a ser siempre ahora? ¿Piensas primero en el saco de pulgas?

Ellie le besó de nuevo y le cogió la cara entre las dos manos.

—De ninguna manera, ¿alguien está celoso tal vez?

—Un poco... No, tonterías, estaba bromeando. Hay muchas facetas mías que aún no conoces. Espero que me sigas amando, si es así.

—Estoy segura de que amaré cada uno de tus defectos.

—Un momento, ¿quién ha hablado de defectos? —Kenneth se rio.

Ellie rio también.

—Típico de hombre.

Kenneth la acercó y volvió a besarla, de modo que ella no podía oír ni ver.

—Dougie —le recordó sin aliento.

Kenneth gruñó algo incomprensible.

—Sí, está bien. Pero luego me curas.

—Claro que sí —contestó riendo—. Toda la noche.

Kenneth le cogió la mano.

—¿Quieres ponerte algo?

—¿No te gusta mi pijama?

—Me gustas más desnuda.

—Muy gracioso.

—Hace frío fuera, eso es lo que quería decir.

—Oh, sí, claro. Considerando que en realidad me puse muy caliente hace un momento.

—Me honra, pero no quiero que te resfríes.

Ellie se rio, cogió un cárdigan y se calzó los pies descalzos en unas zapatillas de deporte. Dejaron salir al perro del coche, que enseguida saltó y le lamió la cara. Kenneth lo regañó, pero Ellie se limitó a carcajearse.

—Él también me echaba de menos, Dougie al menos nunca ocultó lo que sentía por mí.

—Lo siento mucho —refunfuñó Kenneth.

Ella le dio un empujón en el costado.

—Está bien, vamos.

Kenneth caminaba de la mano de Ellie por el parque. La luna se reflejaba en el lago Ness, bañándolo todo con una luz suave y apagada. Las hojas de los árboles crujían al viento y un gato

lloraba en alguna parte. Dougie olfateaba aquí y allá y levantaba la pata. No parecía interesado lo más mínimo en los grandes sentimientos de los dos, para él era como si siempre hubiesen estado ahí.

Kenneth le apretó la mano un poco más fuerte.

—No la voy a soltar.

—Yo tampoco.

—No tengo trabajo nuevo. Me temo que se acabó el polo para siempre. Mi hombro no lo soportará.

—Oh. Lo siento por eso.

—En secreto, lo sé desde hace mucho tiempo, pero, como te habrás dado cuenta, se me da bastante bien hacer la vista gorda ante los hechos. —Soltó un bufido—. Sin embargo, en el largo viaje hasta aquí tuve una idea.

—Entonces, ¿vas a hablarme de ella?

—Ya estoy en eso.

—¡Dispara!

—Dijiste algo de un museo el otro día, o que debería alquilar el castillo.

—No me refería a todo el castillo. Sólo a una parte.

—Sí, lo he entendido. Pensé que, ahora que tenemos aquí un restaurante de primera, podríamos hacer de él un hotel de lujo.

—¿Un hotel?

—Sí, ¿no crees que sea una buena idea?

—¿Y quieres ser el gerente?

—¿No crees que pueda hacerlo?

—Oh, sí que lo harías. Creo que estarías genial. ¿Es algo que podrías disfrutar?

Se detuvo y la abrazó:

—He comprendido que mi lugar está aquí, contigo, en Kiltarff. Me he resistido durante mucho tiempo, y todavía hay mucho que tengo que entender y aceptar... Y procesar. Pero, sí, pertenezco aquí y quiero estar aquí. Contigo a mi lado.

—Lo has dicho muy bien.

—¿Me ayudarás?

—¿Con qué?

—Con todo.

—Sin duda. Todo junto es más fácil y creo que es una gran idea, sería una lástima no usar el castillo.

—Me alegro de que te guste mi idea. Hablemos de ello mañana, porque primero me voy a la cama contigo a demostrarte lo mucho que te quiero.

—No puedo esperar.

Kenneth silbó a Dougie y regresaron al castillo. Una alegre expectación se extendió por su vientre cuando él la empujó a su habitación y cerró la puerta en las narices de Dougie.

—Estará bien sin nosotros —murmuró, empujando a Ellie hacia la cama. Al hacerlo, le arrancó el pijama y cayó sobre su boca. Ella jugueteó impaciente con sus pantalones.

En un muy poco tiempo estaban desnudos, Kenneth la besaba con avidez, sus manos estaban por todas partes. Ellie respiraba a borbotones, todos los sentimientos de las últimas semanas salían de ella en forma de pasión. Le suplicaba sin saber por qué. Finalmente, él la penetró, ella jadeó, él se detuvo un momento y luego empezó a moverse lentamente. Cada vez más rápido, cada vez más alto, la condujo hacia la liberación.

Gritó su nombre, se aferró a él y sintió cómo se corría también dentro de ella. Sólo unos minutos después su respiración se había calmado lo suficiente como para que pudiera hablar.

—Olvidamos el condón —susurró conmovida.

—No me importa.

—¿Por qué?

—Aquí hay sitio suficiente para un equipo de fútbol —la iluminó y le estampó un beso en la frente—. ¿Te acuerdas? Tú misma me lo sugeriste.

—Oh, Dios, ¿no es un poco pronto?

—Lo quiero todo contigo, por fin me he dado cuenta.

—Pero... Tal vez no de inmediato.

—Si no quieres, nos tomaremos nuestro tiempo, pero practicar está permitido, ¿no? —Sonrió ampliamente.

Ella se rio y le pasó las yemas de los dedos por el vientre plano.

—Definitivamente. Tenemos que practicar mucho.

—Te lo garantizo. —Y entonces la besó y le hizo el amor de nuevo, esta vez agonizantemente despacio y con ternura.

EPÍLOGO



Unas semanas más tarde

Kenneth estaba sentado en su escritorio estudiando detenidamente el plan financiero cuando entró Ellie.

—Aquí estás.

Dougie estaba tumbado frente a la chimenea y levantó la cabeza, pero sólo movió la cola perezosamente antes de volver a bajar la cabeza y reanudar la siesta. Un tronco crujió y saltaron chispas.

—¿Todavía estás despierto? —preguntó ella, acercándose a él.

—Sí, ¿qué tal tu día?

Ella sonrió y se sentó en su regazo.

—Ocupada.

—Eso está bien.

—¿Y tú?

—Muy bien, la financiación ha sido aprobada por el Royal Bank of Scotland. Scott Darlington, de la sucursal de aquí, está encantado de que hayamos hecho este trato con él.

—¡Eso es genial! ¿Por qué no me dijiste algo antes?

—Porque no quería saltar sobre ti en el restaurante. —Sus ojos se ensombrecieron y la estrechó aún más entre sus brazos.

—¿El sexo es la respuesta a todo? —se burló de él.

—No, pero casi —murmuró.

—Locura, ¿entonces ahora pasa a la gran fase de planificación?

—Eso parece. Necesitamos un arquitecto.

—O una arquitecta.

—Está claro. —Le dio un golpe en la nariz—. Pero quería enseñarte otra cosa.

—¿Qué?

Señaló la caja.

—Hay una carta que aún no he leído. ¿Quieres verla conmigo? También las otras cartas, las de mi madre.

Los ojos de Ellie se llenaron de lágrimas.

—¿Compartirías eso conmigo?

—Quiero que sepas todo sobre mí. Eres parte de mi vida, por supuesto también quiero que leas las palabras de mis padres.

Ellie le besó.

—Gracias por confiar en mí.

—Gracias a ti por aguantarme.

—No digas eso. —Volvió a besarle.

Kenneth levantó la tapa de la caja y sacó la carta de su padre.

—¿Me la lees?

Ellie tragó.

—Por supuesto.

Se la entregó y ella la abrió con un abrecartas. Con dedos temblorosos la desdobló y luego se aclaró la garganta.

—*Querido Kenneth, gracias por leer esta carta, sé cuánto debe haberte costado.*

Se volvió hacia él.

—Te conocía bastante bien, ¿eh?

Kenneth asintió, incapaz de hablar. Ellie continuó.

—*Siento que las cosas salieran como salieron. En ese momento no pude saltar por encima de mi sombra, no fui capaz de ser el padre que necesitabas. Soy consciente de que cometí muchos errores que ahora no se pueden corregir, pero quiero que sepas que siempre te he amado. Te amo, eres mi único hijo. Lamento mucho que no haya habido contacto entre nosotros, pero es que no sabía qué podía decir o hacer para compensar mis errores.*

—Debería haber estado ahí para mí, eso es todo. No esperaba más que eso, pero eso no pudo.

—La voz de Kenneth sonaba áspera.

—Lo siento dijo Ellie en voz baja.

—Está bien, por favor sigue leyendo.

—*Espero de verdad que aceptes la herencia, que encuentres la forma de que la vida vuelva al castillo de Kiltarff. No dejes que termine así, tan vacío y silencioso. Te amo, hijo mío. Tal vez mis diarios puedan contarte un poco más sobre la vida aquí, cómo era con tu madre, por qué no podía sacar todo de mi cuerpo. Esto no pretende ser una excusa para mí, sólo quiero que entiendas por qué actué como lo hice. Quería que fueras feliz. Tenía miedo de hacerlo todo mal. Al final, tengo que admitir mi fracaso. Renunciar a la responsabilidad fue el mayor error de todos. Perdí el contacto contigo, ya no confiabas en mí, te entiendo. Eres un hombre fuerte, estoy orgulloso de ti. Eres la mejor persona de los dos. Deseo que seas feliz, que puedas vivir y no tener que pensar siempre en el pasado. Yo no he podido hacerlo, nunca. Amaba a tu madre, una parte de mí se fue con ella. Pero ustedes nunca debieron sentir eso, ahora lo sé. Debería haber sido más fuerte. Pero no estoy libre de defectos, por desgracia incluso tengo muchas debilidades.*

Por favor, perdóname.

Papá.

Kenneth sintió un grueso nudo en la garganta. Ellie se acurrucó contra él.

—¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—Sí, abrázame.

—Eso estoy haciendo.

—¿Para siempre?

—Para siempre.

—Te amo.

—Yo también te amo.

—Quememos las cartas.

—No lo dices en serio.

—Sí, sé lo que dice y seguiré el consejo. Viviré en el presente, no en el pasado.

—Piénsalo, esto es muy emocional ahora.

—No, estoy seguro. —Con suavidad, pero con firmeza, la apartó de sus muslos, se acercó a la chimenea y avivó el fuego. Ellie permaneció en silencio detrás de él, uniéndose finalmente a él con la caja.

—¿Seguro?

—Absolutamente.

—Entonces lo haremos juntos —dijo ella y le entregó una carta, que presentaron al fuego cogidos de la mano.

Tardó mucho, pero con cada papel que se disolvía en las llamas, se sentía más libre.

Nadie dijo nada durante un rato hasta que Kenneth se volvió hacia Ellie.

—Puede que no te lo creas, pero hacía años que no me sentía tan bien. Posiblemente nunca.

—Soy feliz contigo.

—Yo soy más feliz —respondió él, abrazándola aún más fuerte—. Y estoy impaciente por ver qué pasa ahora. Un nuevo capítulo, una nueva vida, contigo.

Kenneth selló su boca con la suya y se fundió con ella. Había llegado, con Ellie estaba completo. Quizá por primera vez en su vida.

F^{IN}

RECETA

Pastel de carne

Ingredientes

4 unidades

[Cebollas](#)

400 g

[Setas](#)

400 g

Zanahorias

1 manojo

Perejil

600 g

[Carne de vacuno \(del corte de rosbif\)](#)

300 ml

Caldo

330 ml

[Cerveza \(Guinness\)](#)

40 g

Mantequilla

50 g

Maicena (o harina como alternativa)

300 g

Hojaldre congelado

2 unidades

Yemas de huevo

2 cucharadas

[Agua](#)

Opcional

Caldo Maggi

Preparación

Cortar las cebollas en dados y las zanahorias y los champiñones en rodajas. Picar el perejil. Cortar la carne en lonchas finas. Mezclar la maicena con pimienta y sal y pasar la carne por ella.

Calentar la mantequilla en una olla y sofreír las cebollas hasta que estén translúcidas, después añadir el perejil, los champiñones y las zanahorias. Removiendo de vez en cuando y tras unos minutos, añadir la carne y asar brevemente. Agregar el caldo y la Guinness y hervir todo durante

unos 15 minutos, después cocer a fuego lento durante una hora y media.

Dejar descongelar las láminas de hojaldre. Pasar el ragú de la olla a un molde de horno grande. Cubrir con el hojaldre, presionando firmemente alrededor del borde. Hacer un agujero en la parte superior del hojaldre para que salga el vapor. Batir la yema de huevo con agua y untar el hojaldre con ella.

Hornear a 200 grados durante 20-30 minutos hasta que el hojaldre esté dorado.

La ensalada y el arroz son guarniciones adecuadas.

GRACIAS

Al final de un libro, siempre hay una serie de personas a las que me gustaría dar las gracias. En primer lugar, por supuesto, a mis lectores, sin ustedes no me sería posible vivir mi sueño. Agradezco cada reseña, correo electrónico o mensaje en Facebook.

Para no perderte ninguna novedad, suscríbete ahora a mi [boletín](#). Recibirás una sorpresa especial de mi parte como agradecimiento.

Pasión bajo protección

La vida de Abbie da un vuelco cuando de repente se convierte en testigo de un importante caso criminal. Finalmente, la embarcan en un avión con destino a lo desconocido, con el objetivo de que pueda esconderse allí hasta el juicio. Cuando llega a Alaska, conoce a Dexter Clark. Este no sólo es diabólicamente guapo, sino que también será su protector durante las siguientes semanas. Aunque Abbie está bajo la tutela de Dexter, él se siente atraído por ella. Abbie también siente que hay algo entre ellos. La tensión erótica está a flor de piel, pero, entonces, descubren su tapadera y Dexter tiene que tomar una decisión: el deber o el amor...



*Con mucho cariño
Karin Lindberg*

ACERCA DEL AUTOR



Karin Lindberg pasó diez años trabajando en consejos de administración de empresas internacionales. Sin embargo, en cuanto se publicó su primera novela, dejó su trabajo para dedicarse a tiempo completa a su pasión por escribir. Le apasiona crear heroínas fuertes y héroes atractivos que se enfrentan a ciertos obstáculos de su vida, para finalmente permitirles vivir un final feliz soñado. Hoy, Lindberg deleita a sus fans con historias llenas de humor, pero sobre todo con su talento para los grandes momentos emotivos. Karin es una de las autoras alemanas de mayor éxito, con títulos que encabezan regularmente las listas de los más vendidos. La autora vive con su familia en las afueras de Hamburgo. Ha publicado más de cincuenta novelas, de las que se han vendido más de dos millones de ejemplares.

PARA LOS BLOGGERS

Si eres blogger y te gustaría hacer una crítica o descubrir un ejemplar de alguno de mis libros, contáctame: karinlindbergschreibt@gmail.com

Gracias

Karin Lindberg